

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

OBRAS

publicadas é inéditas

DE D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS,

COLECCION HECHA É ILUSTRADA

POR D. CANDIDO NOCEDAL.

TOMO PRIMERO.



MADRID.

M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,

CALLE DE LA MADREA, 8.

1858.



DISCURSO PRELIMINAR.

CONSAGRADO á las obras de JOVELLANOS el presente tomo de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLEs, que con laudable perseverancia publica el señor Rivadeneyra, justo es y necesario dedicar algunas líneas al exámen de la vida y escritos de aquel ilustre varón, uno de los mas insignes que han florecido en España. Confiésase poco apto el autor de este *Discurso preliminar* para el trabajo que emprende; pero la admiracion que profesa á JOVELLANOS, el respeto que tiene á esa noble figura histórica, no de todos basantemente conocida, y que se debe á su talento, á su patriotismo, á sus virtudes y á su ilustracion, le darán aliento y fuerzas para desempeñar tan honrosa tarea, si no continuo, por lo menos con amor y buen deseo.

En todas las situaciones de su vida, en todas las crisis por que atravesó su patria, que fueron graves y terribles, mostró JOVELLANOS altísimas cualidades, las mas relevantes prendas, la virtud mas heroica y el mas distinguido talento. Y sin embargo, le veremos, ya perseguido por la corte y encerrado en una fortaleza, ya calumniado por el vulgo y fugitivo ante las iras populares. Nadie sirvió con mayor celo ni con mas acierto á sus reyes y á su patria, y no obstante es sañudamente perseguido, cuándo por los aduladores de los reyes, cuándo por los lisonjeros de las turbas; serviríale de gran consuelo y descanso en ambas ocasiones el testimonio de su conciencia, con la cual siempre quiso vivir en paz; y en ambas le ha de ofrecer cumplido desagravio el juicio de la posteridad en el tribunal de la historia. ¡Dichosos los que despues de una vida de azares y desgracias se satisfacen con semejantes recompensas! Dichosos los que al bajar al sepulcro, despues de haber dedicado su vida á la patria, pueden elevar al cielo serena su vista y entregar á Dios su alma limpia de impureza! Tal el sábio y prudente JOVELLANOS. Despues de él se han visto algunas medianías colmadas de favores de la fortuna, abrumadas con el peso de innerecidos premios y de honores injustificables; pero la historia olvida sus nombres, y levanta un monumento de estimacion, si no de gloria, para el recto, probo é incorruptible repúblico.

Triste es considerar que los atinados y generosos pensamientos de un hombre eminente no logren acogida, y en su lugar prevalezcan el error y las pasiones, trayendo á los pueblos numeroso cortejo de males y desventuras; mas no por eso es menor la fama del entendido y discreto consejero. Antes por el contrario, los errores ajenos confirman y justifican el acierto propio, mientras la historia, maestra de los hombres, recoge para los por venir las lecciones de la experiencia con mano imparcial y segura. La Providencia no ha querido que la tierra sea la mansion de la felicidad; patrimonio del género humano es el error, y la desgracia su compañera. Hay además para los pueblos épocas miserables de abatimiento, en que Dios quiere probar su constancia, y acaso depurarlas para fortalecerlas. Esa la triste suerte de nuestra España en el periodo

que vamos á bosquejar : la voz del hombre esclarecido se pierde en el tumulto de las pasiones ó entre la algazara de la corrupcion ; pero mas tarde se le hace justicia, y los mas apasionados y los mas corrompidos rinden tributo á su memoria.

¡ Nació DON GASPAN MELCHOR DE JOVELLANOS el día 5 de enero de 1744 en la villa de Gijón, del principado de Astúrias, hoy provincia de Oviedo. Su padre, don Francisco, fué un caballero ilustre de aquella tierra, muy aficionado á los buenos estudios, docto en humanidades y amante de su patria. Doña Francisca Jove Ramirez, su madre, señora de extremada hermosura y de mayor virtud, cuidó de inspirar á sus hijos en los primeros años de la vida los sentimientos religiosos que tanto ayudaron á DON GASPAN, andando el tiempo, á sufrir con resignacion las desgracias que, como espantoso nublado, se desplomaron sobre su cabeza. Aun por entonces la impiedad y la falta de toda creencia no habian empenzonado el corazon de los españoles; todavia no era moda en nuestra patria dudar de todo, burlarse de todo, querer reemplazar los milagros de la fe con los delirios de la razon. La madre de JOVELLANOS era el tipo de las damas españolas): religiosas y creyentes, educaban á sus hijos en las verdades de la santa religion; y cuando salian de sus brazos para entregarse al estudio de las ciencias, ó al cultivo de las letras, ó al manejo de las armas, si eran varones, ó para contraer matrimonio, si eran hembras, llevaban grabados en el pecho los principios eternos de virtud, de honor verdadero, de caridad y de temor de Dios, que saben inspirar las mujeres cristianas y que jamás abandonaron á nuestro DON GASPAN. Mas de una vez en sus grandes tribulaciones, el ministro de Carlos IV y el miembro de la Junta Central que gobernó los reinos de España en la cautividad de Fernando VII, tuvo ocasion de recordar aquellas máximas santas y preciosas con que su buena madre templó su alma elevada antes de entregarle á los peligros del mundo; alguna vez le parecieron á JOVELLANOS de mas subido precio que los bienes de fortuna que heredó de sus padres, que por otra parte no serian muchos, porque fueron nueve los hijos de aquel feliz matrimonio. Tan dilatada familia no podia menos de preocupar vivamente el ánimo previsor de unos padres carifiosos, y contanda con las excelentes disposiciones que mostraba DON GASPAN, con su precoz inteligencia, docilidad y buena índole, resolvieron dedicarle á la Iglesia, para que libre de todo otro lazo, pudiera servir de amparo á sus hermanos, y muy particularmente á las hembras, pues siendo cuatro, no seria extraño que alguna mepos dichosa hubiese menester el arrimo y seguro apoyo de persona tan allegada. Con este fin, despues de haber apréndido primeras letras y latinidad en Gijón y filosofia en Oviedo, pasó en edad de trece años á la universidad de Ávila, donde emprendió la carrera de leyes y cánones bajo la inmediata solicitud del prelado de aquella diócesis don Romualdo Velarde y Cienfuegos, gran protector de sus paisanos, que habia convertido el palacio episcopal en una especie de seminario de los hijos de Astúrias. Encantaron al Obispo el talento, la viveza y la aplicacion del nuevo alumno; y deseoso de estimular sus progresos, le confirió la institucion canónica de dos beneficios. Mas adelante, contemplándole con su carrera concluida y ya licenciado en ambos derechos, creyó reducido campo á la capacidad y al saber de su protegido los límites de aquel palacio y provincia, y proporcionándole una beca en el colegio mayor de San Ildefonso, dispuso su traslacion á la ciudad de Alcalá de Henares, cuya universidad era centro de doctrina, escuela de sábios, plantel de operarios entendidos para las diversas carreras del Estado.

¡ Dos años residio nuestro DON GASPAN en la ciudad que hizo famosá en todo el mundo



el cardenal Jimenez de Cisneros, brillando en las academias, distinguiéndose en los ejercicios, haciéndose amar de todos, cuando resuelto á colocarse, y noticioso de que se abrian oposiciones á la canongía doctoral de la santa iglesia de Tuy, determinó aspirar á ella y emprender al efecto el necesario viaje á Galicia. Teníalo Dios dispuesto de otra suerte: en Madrid trataron todos sus amigos de persuadirle á que desistiese de la carrera eclesiástica, y en ello su tío el duque de Losada, sumiller de corps, formó particular empeño, prometiéndole obtener alguna plaza de alcalde del crimen entre las que á la sazón habia vacantes en varias audiencias de la Península. Accedió DON GASPAS á sus deseos, aunque ya habia recibido la primera tonsura, y se dejó proponer dos veces por la cámara de Castilla.

Ocupaba el trono español el buen rey Carlos III, príncipe escrupuloso por demás en la eleccion de todos los funcionarios públicos, y muy especialmente de los que tenían á su cuidado la administracion de justicia. Padre amoroso de sus pueblos, diligente investigador del mérito y circunstancias de los que habia de elegir para cargos tan importantes, y deseoso de conservar en sus puestos ó adelantar en sus carreras á los hombres dignos que una vez nombraba, hacia poco caso del favor y de la recomendacion, y se pagaba mucho de los merecimientos, llegando á distinguirse por sus elecciones acertadas y por el empeño de conservar á los buenos servidores. Si andando luego los años, aquel esclarecido monarca hubiese podido ver las incesantes variaciones que se han hecho un día y otro en todos los ramos del servicio público, sin exceptuar la administracion de justicia; si hubiera podido presenciar las destituciones en masa y los nombramientos en turbion al compás de las sucesivas revueltas y mudanzas, y el favor entronizado en el lugar propio del mérito, y el espíritu de banderia reemplazando al santo amor de la patria, ¿cómo no habria desesperado de un buen régimen en España, de una buena administracion de los intereses públicos, la cual principalmente descansa en la inteligencia, que la mayor parte de los hombres solo adquieren con la práctica, y en la pureza; que algunos, aunque no todos por dicha, solo hacen compatible con su conservacion y perpetuidad? ¡Lamentables consecuencias de las revoluciones posteriores! Son así las cosas del mundo: revuelto el mal con el bien, cuando por un lado se progresa, se retrocede por otro; y el espíritu humano ¡lastimoso error! presume en no pocas ocasiones de haber encontrado remedio eficaz y seguro contra las dolencias que afligen á la sociedad. En unos tiempos se confieren los destinos públicos, de que dependen la suerte del país y la tranquilidad ó el honor de las familias, al favor de los palaciegos ó de oscuros intrigantes de antesala; en otros se atiende á ganar votos para la eleccion de un diputado complaciendo á los que se llaman electores influyentes, ó se encumbra á los mas altos puestos, en visperas de una votacion parlamentaria, á un hombre político importante, como ahora se dice. ¿Cuál es mejor entre los dos sistemas? No lo sabemos; solo pedimos á Dios, y en eso estamos seguros de no errar, para el sólio español, reyes como Carlos III; para los consejos, para los tribunales, para el gobierno en fin de nuestra patria, magistrados como Jovellanos.

Accedió al cabo el Monarca á la segunda consulta de la Cámara, y fué nombrado DON GASPAS alcalde de la cuadra (1) de la real audiencia de Sevilla, para donde

(1) Llamábanse así los alcaldes de la sala del crimen en la audiencia de Sevilla. Habian tomado este nombre por suceder en la jurisdiccion á los antiguos alcaldes

mayores de aquella ciudad, que tenían el juzgado en la sala capitular, conocida con el nombre de *cuadra*, esto es, sala cuadrada.

marchó, no sin haber ido antes á Astúrias á ver á sus ancianos padres, y á Ávila á abrazar tiernamente á sus compañeros de estudio y á visitar el sepulcro del prelado su favorecedor y patrono. Al despedirse en Madrid del conde de Aranda, encargóle este que no siguiera la costumbre de cortarse el pelo para encasquetarse el empolvado pelucon que usaban todos los golillas. Hé aquí sus propias palabras, segun refiere el mismo JOVELLANOS: «No Señor, no se corte usted su hermosa cabellera; yo se lo mando. Haga usted que se la ricen á la espalda, y comience á desterrar tales zaleas, que en uada contribuyen al decoro y dignidad de la toga.» Fué en efecto JOVELLANOS el primer magistrado que dejó de usar la peluca de estilo; y su ejemplo, imitado por otros en cuanto se supo que era tal el gusto del presidente del Consejo, desterró esa costumbre de los tribunales españoles. Lo cual, dicho sea de paso, ocasionó algunas punzantes murmuraciones contra el jóven alcalde, puesto que imaginaron muchos que era el deseo de lucir su figura lo que le obligaba á prescindir del ridículo adorno. Porque era JOVELLANOS de proporcionada estatura, airoso de cuerpo, de semblante agraciado y expresivo, ojos rasgados y vivos, larga y rizada cabellera, y de modales sueltos y elegantes; su vestido siempre esmerado, su voz agradable y simpática, su conversacion amena y entretenida. Era religioso sin afectacion, ingénuo, sencillo como un niño, siendo fácil empeño engañarle; amante de la verdad, aficionado al orden, suave en el trato, firme en las resoluciones, agradecido á sus bienhechores, en la amistad constante, en el estudio incansable, duro y fuerte para el trabajo. Oia con placer los consejos de sus amigos y respetaba la opinion de los doctos; pero cuando su conviccion ó su conciencia le impulsaban á obrar de una manera, todos los esfuerzos del mundo no fueron bastantes á desviarle de su propósito. Esa es la base de la justa reputacion de JOVELLANOS: los hombres nacidos á gobernar y á influir en las sociedades humanas, se han de distinguir mas bien acaso por el carácter que por la inteligencia. Con largos estudios y con un ingenio privilegiado, pero con un carácter débil, se puede ilustrar y causar asombro á la humanidad, pero no se la gobierna. Si JOVELLANOS brillara no mas que por sus talentos, admiráramos del mismo modo sus escritos; pero su levantado carácter es lo que hace sobresalir su figura en la corte desventurada de María Luisa, y que se le contemple como una clara estrella en aquel nublado cielo.

No es mucho que con tan notables prendas el jóven y agraciado alcalde se hiciese estimar pronto de los moradores de Sevilla. Concurria á la tertulia del ilustrado asistente don Pablo Olavide, y era su mas bello adorno; se le confiaba la redaccion de todos los informes y consultas del tribunal; y las actas, que todavia se conservan, dan testimonio de su laboriosidad, de su influencia; de su golpe de vista, de sus dotes de gobierno. Mas tarde pasó de la sala de alcaldes del crimen á una plaza de oidor, y en ella se ensanchó el horizonte de su actividad y el estímulo para sus estudios. Olavide, que le apreciaba sobremanera, le aconsejó que se dedicase al de ciencias que entonces no se habian generalizado, y le hizo aprender idiomas á la sazón poco sabidos en España. De esta suerte añadió á los conocimientos que en las letras humanas adquirió de estudiante y conservó toda la vida, otros no menos útiles para el desarrollo de la inteligencia y para el gobierno de los pueblos. Tuvo asiento en la sociedad de Amigos del País, y fué ocupacion de sus mejores horas el desarrollo de todos los ramos de la industria. Sevilla no olvidó en mucho tiempo los favores de que le fué deudora. Él estableció escuelas patrióticas de hilaza, buscó por sí mismo los edificios en que se debian plantear, maestras expertas que supiesen dirigir, tornos y lino para

las discípulas, proporcionó recursos, hizo el reglamento por que todas se habían de gobernar, y propuso premios para las que hiciesen mayores progresos. Introdujo en la provincia un modo de perfeccionar la poda de los olivos y la esibitacion del aceite, trabajando mucho, y no sin algun resultado, en mejorar el beneficio de las tierras, los instrumentos agrarios y las pesquerías de las costas de aquella parte del Océano; procuró introducir el uso de los prados artificiales, y con sus consejos y socorros auxiliaba á un gran número de inteligentes artistas y de menestrales honrados. Así que, necesariamente su casa fué el centro de los sábios, de los literatos y de los artistas; en ella se discurría sobre los negocios mas graves de la gubernacion y sobre las obras maestras del ingenio humano, sobre los adelantamientos de las ciencias y sobre la belleza de las artes. Allí acudían tambien los pobres sin dejar de recibir constantemente proteccion y recursos; y si los necesitados no encontraban grandes socorros, porque no era rico JOVELLANOS, conseguían de él eficaces recomendaciones para que se los prestasen los poderosos.

Encarecer cuánto se afaná por el establecimiento de un hospicio que llenase las grandes condiciones que él se proponía, es imposible. No parece sino que ya leía en lo porvenir aquella alma elevada, movida por la caridad, los problemas sociales que á algunos espíritus atrevidos estaba reservado plantear. Parece que adivinaba ya su inteligencia que andando los dias habían de tener las casas de misericordia un inmortante fin de gobierno, mayor aun que en los tiempos antiguos. Si fué siempre necesario y justo que la sociedad socorra al desvalido, lo es mas hoy, que se oyen por todas partes extrañas teorías sobre el derecho al trabajo, y suena en nuestros oídos la palabra *socialismo* y otras no menos peregrinas, nacidas de las revoluciones pasadas, y engendradoras de otras futuras. En vano se esforzarán los hombres; en vano buscarán remedio á los males que los afligen y atormentán; en el estudio de quiméricas teorías, absurdas y peligrosas, ó lanzándose á las calles, acoró en mano, en busca de mejor fortuna. La tierra no es el paraíso; la igualdad es de todo punto imposible, y ni siquiera por aproximacion puede establecerse: habrá siempre familias opulentas, gentes de mediana suerte, y muchedumbres de pobres y miserables. El remedio de todos estos males está dicho hace diez y ocho siglos y medio, y no hay otro ni puede haberlo: es preciso predicar á los pobres resignacion, y caridad á los ricos; así, y solo así, lanzándose los gobiernos y los pueblos por las vias católicas con perseverancia infatigable, se evitarán algun dia las revoluciones, que no hacen sino agravar la dolencia, y se reducirá todo lo posible el número de infelices que carecen de lo necesario para la vida.

No en balde dijimos antes que el bien y el mal andan siempre revueltos en el mundo: la sociedad descansaba sobre instituciones seculares, imperfectas, es verdad, llenas de inconvenientes y de defectos; pero en nuestros dias se han destruido precipitadamente con ciega imprevision, no se han reemplazado á tiempo, y ya el edificio parece como que se bambolea y amenaza ruina al impulso de violentas pasiones, de encontrados intereses, de aspiraciones infinitas. ¡Quiera Dios iluminar á los gobiernos; para que reprimiendo con mano vigorosa y fuerte las malas pasiones que por todas partes rugen feroces y desencadenadas, merced á los hábitos de licencia y de inmoderada discusion sobre todas las cosas divinas y humanas, se levante algun dia puro y sereno el sol de la caridad, remedio divino de los males humanos!

La residencia de JOVELLANOS en Sevilla tuvo tambien gran influjo en su afición á las bellas artes; y en el buen gusto y exquisita erudicion que avaloran sus ultteriores escri-

tos. Así como hizo amistad en aquel pueblo con Olavide, y emprendió de sus resultados una serie de estudios que le dieron mas tarde justo renombre, así igualmente hubo de conocer á don Agustín Cean Bermudez, que inclinó su ánimo á la contemplación de las bellezas artísticas y á meditar sobre un punto que tambien le habia de valer merecida fama. Allí además es difícil que un hombre medianamente dotado de sentimiento artístico no avivie su afición y dió vuelo á su fantasía. La gótica bellísima catedral, el alcázar morisco, la lonja del severo Herrera, los lienzos de Roelas, del granadino Alonso Cano, de Zurbarán y de Murillo, y tantas maravillas como encierra en su seno la hermosa ciudad del Rey Santo, hablan á la imaginación un lenguaje elocuente, á que no resisten nunca los corazones sensibles y las inteligencias bien dispuestas. Y luego, aquel ardiente clima, y aquel purísimo cielo, y aquella atmósfera embalsamada con la mas rica fragancia, todo, todo convida en Sevilla á gustar de las artes y á dejarse llevar del irresistible encanto de las obras de ingenios peregrinos. Allí adquirió don GASPAN las vastas noticias y el delicado gusto, que admiraron despues en Madrid los discretos, ya en la oración pronunciada en la academia de San Fernando el dia 14 de julio de 1784, con motivo de la distribución de premios á los alumnos, ya en el elogio del arquitecto mayor de esta villa, don Ventura Rodríguez, que con ocasion de su muerte, acaecida en 26 de agosto de 1785, leyó á la sociedad Económica, y que no satisfecho, adicionó mas tarde con notas de arquitectura sobremanera curiosas. En el discurso pronunciado cuando la distribución de premios, exclama de esta manera JOVELLANOS:

« ¡Gran Murillo! Yo he creído en tus obras los milagros del arte y del ingenio; yo he visto en ellas pintados la atmósfera, los átomos, el aire, el polvo, el movimiento de las aguas, y hasta el trémulo resplandor de la luz de la mañana. »

Estas palabras revelan que comprendia maravillosamente la belleza, y sentia como sienten los varones inspirados por el genio de las artes. Una y otra oración demuestran con evidencia que poseia en estas materias JOVELLANOS una instruccion riquísima, de que no podian hacer alarde sus contemporáneos: él fija el origen, hasta entonces por lo comun ignorado, de la arquitectura llamada gótica, y examina tantos autores y con tan exquisito criterio, y presenta tan delicadas observaciones, tan acertadas conjeturas, deducciones tan verosímiles, y decisiones por lo comun tan seguras y bien fundadas, que no solamente le granjearon el aplauso de los doctos nacionales y extranjeros, sino que le valieron tambien el dictado de historiador de las artes españolas y cronista de la arquitectura, la cual es para algunos la primera, la mas importante y necesaria de todas. ¡ Con qué acierto juzga á los grandes profesores de las varias escuelas de nuestra patria! Con qué buen gusto describe las obras de Lucas Jordan y de Claudin Coello, insignes ambos, precipitado el uno por la avaricia á ser cabeza de los depravadores del arte, y llevándose el otro al sepulcro la esperanza de su restauración! Con cuánta exactitud refiere el paso de la arquitectura que llamamos gótica á la del renacimiento, y de esta á la que ha hecho inmortales á un Toledo y un Herrera! Con qué gracia y tino presenta luego el tránsito al género bastardo que introdujo el italiano Borromini, al que Churriguera ha tenido en España la desgracia de dar su nombre, y en que don Pedro Rivera, su mas desalentado imitador, dejó tan ridiculos monumentos! Las fachadas del Hospicio y del cuartel de Guardias de Corps, y los temples y torrezuelas del puente de Toledo, serán siempre una elocuente muestra de los extravíos del humano entendimiento; y en cambio las observaciones de JOVELLANOS, guía segura para los que no estimen necesario que el ingenio riña con el juicio, y así

durarán todo el tiempo que duraren el buen gusto que las dictó y el idioma en que se escribieron.

A la época de su residencia en Sevilla pertenecen varios escritos de JOVELLANOS, que demuestran ya la generalidad de sus estudios, y la prodigiosa flexibilidad y extension de su entendimiento; cuéntanse, entre otros, un informe al consejo de Castilla sobre el establecimiento de un monte pío en aquella ciudad; una carta dirigida á don Pedro Rodríguez de Campomanes, remitiéndole un proyecto de erarios públicos ó bancos de giro; un luminoso informe sobre el estado de la sociedad médica de Sevilla y del estudio de medicina en su universidad, y otro al Consejo sobre la extraccion de aceites á reinos extranjeros. Allí tambien escribió varias de sus composiciones poéticas, entre las que sobresale la epístola á sus amigos de Salamanca, Melendez Valdés y los padres Gonzalez y Fernandez, estimulándolos á que empleasen sus versos en asuntos graves, para que, labrando su propia gloria, consiguiesen la correccion de las costumbres y el ejercicio de la virtud. En Sevilla es tambien donde escribió su tragedia intitulada *Pelayo* y la comedia *El delincuente honrado*; esta, con la siguiente ocasion: disputábase en cierta tertulia sobre el mérito de la comedia sentimental en prosa, ó sea á *la larmoyant*, como entonces con una frase extranjera se decia, ó *llorona*, como en son de burla algunos la llaman ahora. Convinieron los tertuliantes en calificar de espúreo aquel género; pero así y todo, sostuvo la mayor parte de ellos que era interesante y propio para excitar los afectos del alma. JOVELLANOS fué de este sentir, y se propuso componer una inmediatamente. Es su comedia interesante en efecto; y hoy, que se aplauden y se traducen á varios idiomas, y se ensalzan á las nubes inverosímiles dramas y novelas estupendas, no teniendo en su abono sino que logran interesar, es de todo punto imposible ser severos con una produccion, perteneciente en verdad á un género bastardo, pero que estaba entonces muy en boga, y ha vuelto á estarlo despues, escrita en prosa fácil y elegante, cuya distribucion está muy bien calculada, cuya tendencia es laudable y cuya lectura gusta y enternece. El autor de estas líneas asistió siendo niño á una de sus representaciones en el teatro de la Cruz, y confiesa que le hizo profunda y muy grata impresion, que nunca olvidará, y de que participó todo el auditorio; y eso que ya la moda habia pasado, ó por lo menos no era exclusiva, que el escritor habia muerto hacia bastantes años, y que las opiniones dominantes no eran á la sazón favorables á las del ilustre JOVELLANOS. Hay en el poema controversias un tanto dilatadas, disertaciones algo difusas, y el empeño de que la moral que se propone el dramático resulte de lo que se dice, y no de lo que sucede, contra lo que, á nuestro juicio, conviene en el teatro; bien que todo nace de que el fin de la obra es político, puesto que su propósito evidente es censurar la pragmática sobre desafíos. Pero digase lo que quiera, por aquellos tiempos no se escribió comedia mejor en España, y á no brillar despues don Leandro Fernandez de Moratin, nadie aventajaria á JOVELLANOS entre los escritores cómicos del pasado y primeros años del presente siglo. Ciertó que *El delincuente honrado* no sufre comparacion con *El sí de las niñas*; pero en el propio caso se encuentran muchas comedias, antiguas y modernas, de autores justamente celebrados. Tal como es, ¿quién no la estima superior á *La Petrimetra*, de Moratin padre, á *El señorito mimado* y *La señorita mal criada*, debidas á la pluma de Iriarte, y aun á *El filósofo enamorado*, escrita por Forner? La de JOVELLANOS fué representada por vez primera en uno de los sitios reales, y es de notar que se la acogiese con aplauso en tal coliseo, proponiéndose en ella censurar severamente una pragmática del Soberano.

¡Menos feliz sin duda en la tragedia, confiesa el mismo autor que su plan es incorrecto y está poco examinado. Escribióla atropelladamente, y sacó del molde mil defectos; trató despues de corregirlos, pero con poco fruto, porque los vicios originales nunca ceden á la corrección, como él propio asegura con noble ingenuidad. Ni el *Pelayo* de JOVELLANOS; ni la *Hermesinda* de don Nicolás Moratin, que se asemejan bastante, merecen exámen detenido; uno y otro hubieran hecho mejor en estudiar los grandes modelos del arte que en lanzar sátiras contra Huerta, quien con su *Raquel* les dió, y á todos sus impugnadores, herio con brillante y gallarda respuesta que con sus apasionadas diatribas. Por lo visto, son de todos los tiempos tales escándalos: enfermedad muy frecuente en el *genus irritabile vatum*; pero como hija del amor propio, aflige tambien á los demás hombres aun quando no sean poetas. Hacen desmerecer la tragedia de nuestro autor principalmente los versos, que parecen mas bien prosa elegante y esmerada; defecto que deslustra cuantas composiciones suyas pertenecen á aquella época. Hasta mas tarde no supo imprimir á sus escritos el carácter de verdadera poesia: entre sus pasatiempos de Sevilla y la descripción del Paular, ó las dos excelentes sátiras que le han valido celebridad tan justa, hay toda la distancia que separa del verdadero poeta á un hombre instruido, conocedor de su idioma y de las sílabas de que han de constar los versos. Para mayor desventura de su *Pelayo*, la tragedia que con igual título escribió despues Quintana hace imposible que se recuerde otra alguna de las que se han compuesto hasta ahora sobre el mismo asunto; como que aun seguiria sin rival en todo lo que va de siglo, si Martinez de la Rosa no hubiese escrito el *Edipo*, y Tamayo la *Virginia*.

¡Lástima grande nos parece que no ejercitase JOVELLANOS su flexible talento en escribir mayor número de comedias. Su genio observador, su posición en la sociedad y su notoria aptitud, nos dan derecho á presumir que habria sabido retratar las costumbres de su época de un modo admirable. Gran servicio es este último que hacen los escritores cómicos. La historia de los sucesos que agitan á un pueblo no es todo lo que interesa á la posteridad; es una buena parte, pero no lo único que busca la mirada diligente del estudioso. Para mostrarnos retratadas con viveza y con exactitud las costumbres españolas en el siglo xvi no hay historia mas propia que el teatro. Aquellas máximas de honor de que eran perpétuamente esclavos los caballeros; aquel respeto á la palabra empeñada; aquella galanteria que los distingue en el trato con las mujeres, serán buscados en vano en historia alguna; el teatro refleja todo eso como un espejo; y en él hay que buscar, por regla general, los accidentes de la vida íntima y el carácter de un pueblo, con preferencia á los documentos que guardan los mas ricos archivos. ¿Quién, por ejemplo, no echa de ver que en los dramas de nuestro siglo de oro aparecen rara vez las madres de familia? Quién no habrá reparado que en aquellos lances amorosos, que constituyen la fábula de todas las comedias, no figuran jamás las mujeres casadas? Doncellas son siempre las heroínas del teatro de nuestros abuelos, y cuidan de su honra los padres y los hermanos. En nuestros tiempos las cosas pasan de otra manera: el marido y la mujer suelen ser las principales figuras del cuadro; una pasión adúltera y culpable, que á veces se resiste, que á veces produce mayor caída, forma el nudo de la mayor parte de los dramas que se componen en nuestros días. La mujer casada aparece constantemente en la escena, y la santidad de la familia está puesta siempre á discusión, aunque sea para que resulte enaltecida, que es lo mejor que puede suceder, y lo que no siempre acontece. ¿Inventan eso por ventura los poetas dra-

máticos? No por cierto; lo copian, lo toman de la sociedad que ven, y son el eco fiel de los sucesos que presencian; unos para enderezarlos por el camino de la virtud, otros para aumentar el daño, pintando la pendiente, que ellos llaman irresistible, de las pasiones. Sucede lo propio con los caracteres: el poeta dramático dibuja constantemente los que presenta, copiándolos de los que andan por el mundo. Por eso Moratin nos ofrece en su don Carlos de *El sí de las niñas* un joven enamorado y con todas las condiciones propias de su edad, pero que respeta á su tío, obedece sus órdenes, y le besa la mano al despedirse para volver á su regimiento; mientras Hartzzenbusch, en su comedia intitulada *Un sí y un no*, hace de Florencio un licenciado en leyes, que acabó su carrera ayer y ya solo piensa en adquirir á toda costa bienes de fortuna, y no aspira al matrimonio sino como medio de proporcionarse una renta, y conversa con su padre con el desenfado de camarada y con la desvergüenza de un calavera. Por eso el mismo don Carlos de Moratin asegura á su tío, y precisamente cuando cree que este le roba su amada, «que ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud»; mientras Vega, en su *Hombre de mundo*, hace que diga don Juan, tipo del calavera corrompido de estos tiempos: «Volveré dentro de un año,» al ver que no ha podido viciar á una esposa y turbar para siempre la paz de una familia quizá por ser reciente el matrimonio. Vega y los otros dos, como él ilustres ingenios, han procedido cuerdaamente: los tres han pintado lo que veían al rededor suyo, y no merecen en verdad pequeña alabanza los dos que hoy viven, presentando en sus excelentes comedias triunfante la virtud y ridiculizado el vicio. También Moratin, si ahora viviese, enriqueciendo con sus producciones el teatro, habria huido, no hay duda, de exponer á la risa del público la disculpable ignorancia de una madre sencilla; apurando, por el contrario, los chistes y el grácejo en sacar á la vergüenza tantos ridículos tipos como desdoran y envilecen la sociedad; y en vez de censurar el forzado, pero noble sí que daban las niñas educadas en un convento, arrojaría al público desprecio y á la condenación general de las almas honradas, el no que pronuncian ahora algunos jóvenes educados de otra manera.

Pues bien, fundados en esto, y seguros de la índole y dotes del ingenio de Jovellanos, permítasenos lamentar que no hubiese retratado su época en muchas y sazonadas composiciones cómicas, cuando en *El Delincuente honrado* y en las sátiras se muestra capaz de producir obras muy apreciables y joyas dignas del teatro español.

Muy contento con su género de vida, y satisfecho con su posición desahogada y cómoda se hallaba nuestro don GASPAR en Sevilla, cuando el Soberano determinó, en 1778, trasladarle á Madrid, confiéndole el codiciado y honroso destino de alcalde de casa y corte. No le satisfizo, antes bien sintió con todas las veras de su alma este ascenso, y (según dice en carta á su hermano don Francisco) hubo de abandonar bañado en lágrimas las orillas del Guadalquivir. Esta para él sensible traslación le inspiró una *epístola* á sus amigos, en que pinta con vivos colores el dolor que le causaba separarse de ellos y de la hermosa ribera del *Bétis*, centro feliz de sus venturas en días mas claros y serenos. Y cuando mas adelante, en la real academia de San Fernando, leía la oración ya citada á propósito de la distribución de premios, todavía dedicaba sus recuerdos á la ciudad querida: «Pasando á hablar de Sevilla, dice, permítame vuestre celerencia que no esconda los sentimientos de aprecio y gratitud con que mi corazón oye el nombre de un pueblo cuyos ilustres hijos han señalado la mejor parte de mi vida con singulares beneficios. Si, gran Sevilla; si, generosos sevillanos, voy á consagrar mi lengua en vuestro obsequio. ¡Feliz en este instante, en que la verdad me permite pagar

á vuestra inclinacion el tributo de gratitud y de alabanza que os debo de justicia! Entre las causas que aumentaban su disgusto, era grande la consideracion de volver á ocuparse en el conocimiento de los negocios criminales, que miró siempre con aversion y profunda pena. Así es que no pudo menos de apreciar como señalada muestra de la piedad del cielo que al año y medio de su nombramiento para alcalde de corte le pasaran al consejo de las Ordenes, en cuyo dia se le descargó el pecho de una incómoda pesadumbre y respiró tranquilo. Mas en ese período, en que era su ocupacion ordinaria repesar los comestibles, asistir á los incendios, averiguar y perseguir atroces delitos ó reprimir raterías de la vida holgazana y vagabunda, á fe que no estuvo ocioso para las letras. Entónces cabalmente escribió la célebre descripcion del Paular, que entre sus mas bellas composiciones ocupa lugar aventajado, presentándola Quintana como una prueba irrecusable de haber sabido llegar á veces JOVELLANOS á la mas alta y verdadera poesia. Es una epístola á don Mariano Colon, duque de Veragua, oculto bajo el nombre de Anfriso. La bosquejó en la misma cartaja del Paular, á la sazón en que allí permanecia formando la sumaria de un robo escandaloso hecho en el convento, aprovechando así los breves ratos que le permitia su comision, y desahogando su espíritu de la pena de tan incómodo empleo. En nuestros dias hay quien tiene (1), y es sin duda competente su voto, la tal epístola, no solo por la mejor composicion de JOVELLANOS, sino tambien por la mas perfecta y acabada de cuantas produjo el siglo anterior en idioma castellano. Que es una de las mejores créanlo todos; y es que brota espontáneamente del corazon, es que nace de la inspiracion verdadera, es que educado en las máximas de buen gusto y de sana crítica, y seguro en ellas, deja volar su fantasía por los ricos horizontes de la belleza moral y material que descubren sus ojos extasiados, y acierta su pluma con la diction poética cuando su alma se ha empapado en las regiones de la mas sublime poesia.

Llegado apenas á Madrid, le llamó á su seno la Sociedad Económica; poco despues, á propuesta del conde de Campomanes, ingresó en la Academia de la Historia; coincidió con su nombramiento de consejero de las Ordenes su entrada en la de Nobles Artes de San Fernando, y en 24 de julio de 1781 le concedió la Española el título de académico supernumerario. Fuera prolijo y cansado en demasía referir los trabajos científicos, artísticos y literarios que en el espacio de diez años salieron de su pluma; ya por encargo de los cuerpos referidos, ya para el tribunal de que era parte, ya para las academias de Cánones y Derecho patrio, fundadas por Carlos III, y á que perteneció JOVELLANOS. Nuestros lectores pueden consultar sus informes, dictámenes ó discursos sobre tantos y tan diversos ramos del saber, y les causará maravilla aquella extension de conocimientos, aquella profundidad de estudios, aquella seguridad de doctrina; aquella claridad en la expresion, aquella elocuencia vigorosa, aquella sensibilidad, aquel exquisito tacto que resplandecen en todos sus escritos. La vida entera de un hombre se necesita para adquirir los rudimentos no mas de las ciencias en que sobresalló; parece imposible que el cronista de la arquitectura sea el profundo jurisconsulto y canonista eminente, que el poeta inspirado del Paular sea el sábio economista; que escriba con igual acierto y con la misma superioridad sobre literatura, sobre artes, sobre la roturacion de los campos, sobre el cultivo de las tierras, sobre la conservacion y aumento de nuestra ganadería, sobre la extraccion y contratacion de nues-

(1) Don Manuel Cañete.

tros productos. Si en la silenciosa y ordenada paz de la vida monástica hubiera pertenecido á una de aquellas órdenes regulares cuyos hijos pasaban la vida dedicados al estudio y á la meditacion, aun costaria trabajo explicar su inagotable deseo de aprender, y el éxito pasmoso que alcanzó en tan variadas materias; pero viviendo en el mundo, asistiendo constantemente al desempeño de su obligacion en sus destinos, y no faltando jamás ni á las corporaciones que se honraban con tenerle en su seno, ni á las tertulias y reuniones de los hombres doctos de su época, toma el escritor y repúblico á nuestros ojos la proporcion de un verdadero prodigio. Ciertó es que escribimos en un tiempo en que son muy comunes los hombres enciclopédicos; cierto que desde las aulas se practica ahora el método de enseñarlo todo en unufuso revoltijo, y que apenas salidos de la escuela, pluma en ristre, acometen mozos imberbes la tarea de enseñar al género humano desde una y otra tribuna. Mas cabalmente por eso crece nuestro asombro; los escritos de JOVELLANOS viven, y los de nuestros días, á que vamos ahora aludiendo, mueren antes que sus autores; mal hemos dicho, mueren con el sol que los vió nacer, pareciéndose en eso, por lo menos, á la pura, encendida rosa, de quien Rioja decia:

Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

Son las de JOVELLANOS á las de sus imitadores de hoy, lo que las obras monumentales á los productos efímeros del tercio de siglo en que vivimos; lo que el acueducto de Segovia y la catedral de Toledo á los puentes colgantes que cerca de Madrid y Zaragoza vinieron abajo apenas construidos en estos últimos años, y la iglesia parroquial del barrio de Chamberí, que se tiene en pié á duras penas; lo que un sólido edificio á una decoracion de teatro.

Ni somos panegiristas ciegos de nuestro autor, ni enemigos jurados de la época en que vivimos; antes bien aquel tiene defectos, y no hemos vacilado en señalarlos; en esta hay ingenios peregrinos y adelantamientos portentosos, y no los desconocemos. Pero milagros como aquel no son de todos los días, y en tiempos como los presentes, en que abundan los medios de que abusa la charlatanería, importa recordar á cada paso con el poeta;

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

Gozaba entonces de grandes satisfacciones JOVELLANOS y duraron cuanto el reinado de Carlos III, que pasó de esta vida en 14 de diciembre de 1788. Un mes antes, el 8 de noviembre, leia DON GASPAS en la Sociedad Económica Matritense el elogio de aquel monarca, en el que con el vigoroso estilo de su correcta prosa, parece como que le despedia del mundo, exhortando á los príncipes á cumplir la obligacion de atraer la prosperidad sobre los pueblos que les tiene encomendados la Providencia divina, y con voz enérgica les trae á la memoria como de sus acciones depende que sena venerados ó maldecidos sus nombres en los siglos futuros. Conviene advertir que era un panegirico, y no un estudio histórico, lo que la sociedad habia encargado al autor; que si esto último fuese, echaríamos nosotros de menos la censura que merecen algunos lunares de aquel período. El pacto de familia y la expulsión de los jesuitas de los dominios

españoles, nunca hallarán, para quien escribe estas líneas, justificación ni disculpa. Mércela sin embargo DON GASPAS, no siendo de aquella sazón entrar en tales por menores ni juzgar uno por uno los hechos de aquel reinado; ni estaba bien á la sociedad que con laudable propósito habia erigido el Príncipe, alzar la voz para otra cosa que para rendirle agradecidas alabanzas. Fuera de que á Carlos III se le podia alabar sin pecar de adulador: la lisonja habia de consistir solamente en pasar en silencio algo que, por otra parte, no era tampoco de la incumbencia de aquel cuerpo. Aun así, es menester juzgar al autor por la atmósfera que respiraba, dado que con sus palabras ó con su silencio hubiera alabado ó dejado de censurar la persecucion de la Compañía de Jesus; porque hoy es, y todavia á pesar del tiempo trascurrido, de las justificaciones publicadas y de las preocupaciones desvanecidas, no falta quien ensalce con sinceridad y con brio aquel acto de inquisitorial y tremenda tiranía (1). De gran provecho ha sido para la memoria de don Carlos que la voz de JOVELLANOS se alzara en su elogio; por eso ni lo olvidan ni lo dejan de consignar cuantos hacen su apología. Pero de todos modos, ¿se puede pronunciar mejor discurso en su alabanza que la proteccion que dispensó á los sábios, que las mejoras que hizo, que los monumentos artísticos que erigió, que las carreteras con que cruzó la Península? No es lo mejor que salió de la pluma de JOVELLANOS el *Elogio de Carlos III*; pero los edificios y monumentos que labró este rey son los mejores que Madrid ostenta, y no los aventajan ni igualan otros en lo demás de España, á pesar de la época de cultura en que vivimos (2). Fué propósito constante de aquel monarca remover los obstáculos que se oponian á la prosperidad del reino, y entre ellos, los que no dejaban tomar vuelo á la decaida agricultura. Con tal objeto formó el consejo de Castilla un expediente de ley agraria, sobre cuyo punto quiso oír á la Sociedad Económica, y es el origen del famoso *Informe* que escribió JOVELLANOS, que todos conocen siquiera de oídas, aun los menos doctos, y que ha valido á su autor grandes alabanzas y amargas censuras, al compás de las diversas opiniones que han subdividido á nuestra patria en variados grupos y partidos encontrados andando luego los tiempos.

La imparcialidad mas severa exige que el libro de nuestro autor se juzgue con arreglo á la época en que fué escrito y al estado social del reino: mirado por ese prisma, es imposible dejar de tributarle grandes alabanzas. Procediendo de otro modo, ¿cuáles serán las obras humanas que se libren de áspera censura? Cualquiera otra manera de juzgar es contraria á las exigencias mas vulgares de la razon y de la buena fe. Todos los males que especifica el *Informe sobre la ley agraria* son ciertos y reales, y era urgente el remedio. No es JOVELLANOS responsable de que la revolucion haya aplicado fuego al edificio antiguo antes de tener levantado el nuevo, dejando descubiertos y á la intemperie grandes y respetables intereses, que se han visto en peligro, y que acaso no

(1) El silencio de JOVELLANOS, no solo en esta ocasion sino en todas, mas parece significar desaprobacion que otra cosa. No hay que olvidar que terminó su carrera en el colegio de San Ildefonso, y que Carlos III era poco aficionado á los que estudiaban en los colegios mayores, porque los suponía, y con razon, contrarios al partido de los *regalistas*, tan en boga en su reinado, y mas adictos que estos y que él á la Compañía de Jesus; así es que procuraba á toda costa conferir los cargos públicos á los *manteístas*, amigos por regla general de novedades. Probable es que fuese esta la razon

de la primera repulsa del Rey, cuando la Cámara propuso á JOVELLANOS para un destino en la magistratura.

(2) No son estos, ni la buena administración de las rentas públicas, los únicos motivos de justa alabanza que presenta el reinado de Carlos III. Tratándose de este monarca, aunque sea tan incidentalmente como aquí se hace, sería injusto y parecería parcial pasar en silencio que el que recobró á Menorca y procuró reconquistar á Gibraltar merece por ello la gratitud de la nacion española.

están aun del todo asegurados. Si se juzga así de las obras humanas, ya lo hemos dicho, ninguna hay buena ni digna de alabanza. Fuera de que nace al punto la contienda entre los que sostienen que la irritacion revolucionaria proviene del que señala los males existentes, y los que aseguran que es hija de los males mismos; disputa de imposible solucion. Cuando JOVELLANOS decia que era conveniente enajenar las tierras concejiles, para entregarlas al interés individual y ponerlas en útil cultivo, asentaba una verdad evidente á nuestros ojos; cuando decia que uno de los medios mas seguros de proteger el interés particular de los agentes de la agricultura seria variar las leyes que favorecian la amortizacion, exponia un principio ciertísimo, y á nuestro modo de ver, incontrovertible. ¿Tiene él, por ventura, la culpa de que haya llegado una época en que se mandase todo eso sin respeto á los derechos adquiridos y con notorio detrimento del órden social, que exige el mayor pulso y cordura en buscar la sazón y disponer el modo de plantear las mas necesarias mejoras? No por cierto; semejante acusacion es una injusticia enorme, y no puede pesar sobre el ilustre JOVELLANOS en cuanto las pasiones, irritadas por espectáculos dolorosos, dejan libre paso á la razon serena. Si de aquella suerte fuera lícito apreciar las obras de los hombres, habria que decir que nuestro inmortal Cervántes, descargando el golpe de gracia sobre los libros de caballería y sobre sus gigantes y vestiglos, es culpable del positivismo en que ha venido á caer la sociedad moderna; que el primero que predicó á los reyes máximas de prudencia y de amor á la justicia, como Fenelon, tiene la culpa de los horrores de la revolucion francesa y de los asesinatos de Luis XVI y de su real familia; que el inventor de la imprenta es responsable de los libros inmundos ó de los extravíos del periodismo. No: tal modo de razonar es absurdo, tan absurdo como suponer que el autor del *Informe sobre la ley agraria* tiene la culpa de que se haya despojado á la Iglesia de sus bienes sin su consentimiento y contra su voluntad; de que se hayan arrebatado sus rentas á las casas de caridad, sin reemplazarlas siquiera con otras igualmente saneadas, por ellas con gusto recibidas; y de que se haya atentado á la propiedad colectiva, abriendo ancha puerta á los ataques contra la propiedad individual. No: JOVELLANOS no es el que inspira con su libro á las modernas asambleas para romper tratados, infringir pactos solemnes, y arrancar de cuajo el firmísimo cimiento de la sociedad, que es el respeto debido á todo linaje de propietarios; lo que hace es manifestar el rumbo que deben seguir los gobiernos y los legisladores para poner remedio á males positivos y gravísimos, con medidas eficaces, pero sucesivas, bien meditadas y tomadas con anuencia de los propios dueños. Sobre esto no puede quedar duda: cuando comienza la parte que dedica á las tierras concejiles, por cuya venta ó distribucion se decide, no olvida que «esta propiedad es tan sagrada y digna de proteccion como la de los particulares»; cuando sostiene ser la excesiva amortizacion eclesiástica una de las causas que tienen atrasado el cultivo, no olvida manifestar que «la aplicacion del remedio toca á la Iglesia, y al Rey nada mas que promoverle»; y por último, para que en todo se note la gran prevision y prodigioso tacto que le hacian eminente repúblico, cuando se declara enemigo de las vinculaciones, de que en efecto se hallaba plagado el territorio español, no se olvida de aconsejar que retenga la nobleza sus mayorazgos; porque es justo que, ya que no puede ganar en la guerra estados ni riquezas, se sostenga con las que ha recibido de sus mayores; porque es igualmente justo que el Estado asegure en la elevacion de sus ideas y sentimientos el honor y la bizarría de sus magistrados y defensores; porque si no puede negarse (¿y cómo pudiera?) que la



virtud y los talentos no están en el nacimiento vinculados, y que fuera una grave injusticia cerrar á nadie el paso á los servicios y á los premios, es, sin embargo, tan difícil esperar de una educacion oscura y pobre el valor, la integridad, la elevacion de ánimo y las demás grandes calidades que piden los grandes empleos, cuanto es fácil hallarlas en medio de la abundancia, del esplendor y aun de las preocupaciones de aquellas familias que están acostumbradas á preferir el honor á la conveniencia, y á no buscar la fortuna sino en la reputacion y en la gloria. Firme en estas ideas, que sostiene con elocuencia admirable, propone que se cierre en lo sucesivo la puerta á las vinculaciones; pero si un ciudadano, á fuerza de grandes y continuos servicios, se colocare en aquella altura que atrae á sí la veneracion de los pueblos, cuando las recompensas dispensadas á su virtud le hubiesen engrandecido con autoridad y largos bienes de fortuna, sea entonces remate y corona de los premios la facultad de fundar un mayorazgo que trasmita su nombre á las generaciones futuras.

Al cabo de tantos años, de tantas experiencias, de tan grandes escarmientos y de tantas exageraciones, á lo que proponia JOVELLANOS hemos venido á parar, y al arsenal de sus razones han acudido los defensores de la última reforma constitucional, entre los cuales se cuenta el autor de este discurso, para esgrimir buenas y bien templadas armas. ¡Quiera Dios que no se malogre la empresa por no tener presentes los consejos del *Informe* que vamos analizando! Segun el cuní se han de dispensar esos gracias con parsimonia y con notoria justicia para que no se envilezcan. «Si el favor ó la oportunidad las arrancan para los que se han enriquecido en la carrera de Indias ó en los asuntos, dice JOVELLANOS, ¿qué podrá reservar el Estado para el premio de sus bienhechores?»

No se limita el *Informe* á solo estas materias; abraza una exposicion clara y metódica de los estorbos que se oponen al interés de los agentes de la agricultura, y por consecuencia á su progreso, ya sean políticos ó derivados de la legislacion, ya morales ó nacidos de las opiniones á la sazón reinantes, ya físicos ó producidos por la naturaleza de nuestro suelo. Desenvolviendo ó demostrando la existencia de tan diferentes estorbos, se indican los medios de removerlos; y una y otra tarea se ven desempeñadas con profundo conocimiento de causa, y generalmente con singular acierto. Muchas de las opiniones allí sustentadas son hoy comunes en plazas y corrillos, pero eran poco estimadas y conocidas en aquel tiempo, y aun por eso existian abusos entonces que hoy parecen imposibles. En conclusion, el *Informe sobre la ley agraria* puede presentarse como modelo, así por la claridad y sencilla elegancia del lenguaje, como por la profundidad de las ideas; así por el acierto en recorrer y presentar los males, como por el tino en señalar los remedios. En este último punto se puede muy bien no discurrir ni opinar siempre como JOVELLANOS, pero nadie dejará de tributarle el respeto que merecen opiniones sinceramente profesadas, vigorosamente expuestas, y razonadas con uncaudal de noticias y de observaciones á que no es dado llegar sin grandes estudios, sin vasta capacidad, y sin gran elevacion de miras y alteza de pensamientos.

Hemos dicho mas arriba que pasó JOVELLANOS á ocupar una plaza en el Consejo de las Ordenes, y ya adivinará el lector que allí no estaria ocioso quien en todas partes se distinguió por su laboriosidad. La *Consulta acerca de la jurisdiccion temporal del Consejo*, y el *Reglamento del colegio imperial de Calatrava*, en la ciudad de Salamanca, se han de estimar como dos modelos en sus respectivos géneros. La consulta, que es un resumen de la historia política de las órdenes militares y del cuerpo que aconseja al

Rey al ejercer el cargo de gran maestro, brilla por la escogida erudicion que oportunamente ostenta, por la atinada distribucion del plan, por la gracia del estilo y por la perspicuidad con que están presentadas las ideas. El reglamento es mas bien un plan completo de estudios, el mas cabal y perfecto que hubo hasta entonces en parte alguna de Europa, filosófico y cristiano á un mismo tiempo; lo cual de intento decimos, no por creer que corren separados el cristianismo y la filosofia, sino porque se escribió en época en que se llamaba vulgarmente filosofia á una coleccion de máximas reñidas con los preceptos de nuestra santa religion, y en que se pensaba (; mentira parece!) que era preciso ser impio para merecer el nombre de filósofo. Los que tengan obligacion de ocuparse en mejorar la instruccion pública, ó en preparar métodos de enseñanza, ó en dirigir establecimientos de educacion para la juventud, no pueden dispensarse de leer el *Reglamento del colegio imperial de Calatrava*, en que se hallan juntos un plan de estudios sábiamente pensado, y reglas de disciplina dictadas por el ingenio observador y profundo de quien habia cursado en las aulas y conocia el humano corazon y las mudanzas que experimenta en las diversas épocas de la vida.

Apenas hacia un año que ocupaba Cárlos IV el sόlio espańol, cuando empezó contra el varon cuyos hechos bosquejamos la cadena de infortunios y desventuras que ya, puede decirse, no habian de tener término hasta el fin de su vida; pero tambien comienza en este momento la época de su mayor gloria, que corre pareja con sus fatigas y quebrantos. Fué el primero, y el que abrió la puerta á los demás, la persecucion que en 1789 sufrió el conde de Cabarrús: era JOVELLANOS su amigo, preciábase de ello, y no consentia su carácter firme y honrado que renegara de sus cordiales afectos á la hora de la desgracia. Tomó parte en sus tribulaciones por lo tanto; y como á titulo de representante y apoderado de varios pueblos de Nueva España concurriese á las juntas del banco nacional de San Cárlos, y ellas fuesen terreno el mas propio para defender á Cabarrús, no quiso desperdiciar la ocasion, y tuvo á gala mostrarse á los ojos del público y de la corte como su protector decidido. Lurena, á la sazón ministro de Hacienda, y sus agentes, dirigian terribles tiros contra el Conde, siendo el resultado de la intriga encerrarle incomunicado en un castillo, y mandar que JOVELLANOS saliese de Madrid inmediatamente y partiese á Astúrias para hacer un reconocimiento general y prolijo de las minas de carbon de piedra. Dejar á su amigo en situacion tan triste y sin poderle valer fué lo que sintió DON GASPÁR, que no volver á su país y recorrer los lugares en que pasó su infancia, y dedicarse á estudios que tanto le agradaban, y á otros que él revolvía en su mente, y que en efecto habia de realizar con gran provecho del principado y gloria suya. Tardó en llegar á Gijón, porque se hubo de detener en Salamanca desempeńando unas comisiones del consejo de Ordenes, á quien informó sobre ellas; con lo cual desembarazado, siguió su camino, y á 12 de setiembre de 1790 entró en la casa de su hermano mayor, que era la misma en que habia nacido. Recibióle con agasajo el dueńo, pues le amaba tiernamente, y en su compańía pasó el largo periodo de su primera desgracia. Así la llamaremos, porque al cabo así la llama el mundo. Llamémosla así además porque es en efecto desgracia para un súbdito leal incurrir en el enojo de su rey, aunque sea inmotivado é injusto; merece tambien ese nombre porque fué la primera entre las varias vicisitudes que cayeron sobre su cabeza desde allí en adelante, sin darse lugar unas á otras y en precipitado torbellino; pero es lo cierto, que aquellos años dedicados por JOVELLANOS al estudio, á la lectura, á la contemplacion de la naturaleza, al exámen de cuestiones

importantes para el desarrollo de la riqueza pública, y sobre todo, á la fundacion del Real Instituto Asturiano, fueron para él felicísimos, y comparables solamente con los de su residencia en Sevilla. Y en aquel hómesto destierro se vigorizó su alma para los sucesos posteriores; que en eso principalmente se distinguen los hombres de levantado espíritu, que son los inmortales sin duda, de la muchedumbre de los mortales. El aislamiento, la injusticia del mundo ó de los poderosos, las persecuciones no merecidas, abalen los corazones vulgares, y los hacen escépticos, insensibles, contemporizadores con todo género de demasías. Las almas elevadas reciben nuevo temple, se purifican, se enaltecen, y en lugar de abatirse, se preparan á las nuevas luchas que en lo porvenir les depare la Providencia. Hombres como JOVELLANOS perdonan á sus enemigos, olvidan los agravios, no guardan rencor á sus perseguidores; pero salen de sus tribulaciones con nueva fuerza, con mas fe, con propósito mas decidido de no transigir nunca con lo que no sea decoroso y propio para labrar su fama y la prosperidad de su patria. En aquel rincon de la Península, en que le creian mortificado y abatido, pasaba dias serenos y alogres, consagrado á planes que Asturias no olvidará jamás. Visitó las recién descubiertas minas de carbon de piedra, hizo presente al Gobierno el estado en que las encontró, y propuso para su beneficio y explotacion los medios mas convenientes. Promovió y erigió despues el célebre Instituto, abriendo en él desde luego cátedras de matemáticas, de fisica, de mineralogía y de nautica, que eran las mas necesarias para que los alumnos se dedicaran con provecho al beneficio y comercio del carbon; y con su acostumbrada actividad formó por el mismo los planes de enseñanza, arregló los métodos y aun regentó las cátedras cuando faltaban profesores. Tuvo siempre amor de padre á este instituto, sin descansar hasta que mas tarde le completó y realzó, agregándole los estudios de humanidades, geografia, historia, dibujo y de los idiomas togles y frances, estribiendo él mismo, por cierto con lucidez admirable, los tratados que habian de servir de texto en la mayor parte de estas últimas cátedras.

No contento con eso, y deseoso de emplear en mas ancho campo las fuerzas de su privilegiada inteligencia, propuso al Gobierno con las mas vivas instancias la construccion de una carretera de Oviedo á Leon. Demostró en sábios informes y extensos memoriales, que la situacion ventajosa de Asturias en la costa septentrional convidaba á un poderoso comercio con las demás provincias litorales del reino y con ambas Américas; que los frutos salirantes de las Castillas se exportarian por los puertos asturianos, y recibirian en cambio, por el mismo conducto, los preciosos frutos de Andalucía y de Valencia, y los azúcares, cacao y demás efectos ultramarinos que necesitasen para su consumo. Demostró asimismo con copia de datos que el camino que proponia producia grandes ventajas para la cómoda extraccion de lanas del ganado trashumante; que fijada como estaba la trashumacion de las merinas en las montañas de Leon, no esarian mejor en ninguna parte los esquilos y lavaderos que en las erillas de los rios Bermuesga y Luna; que si se habian establecido en las faldas del Guadarama, país frio, faltade pastos, y así distante de los veraniegos como de los puertos de mar, habia sido por la falta de carretera; hecha la cual y establecidos los esquilos en las referidas márgenes, conducirian las ovejas sus lanas hasta el pié de los mismos montes en que habian de veranear, librándose de atravesar, ya desnudas, cincuenta leguas por un territorio destemplado y yermo, en una esincion en que todavia hay heladas, lluvias y ventiscas; se haria el esquileo en mas apacible clima, en país de-

fendido de los vientos y rico en sabrosos pastos; tendrían los lavaderos á la mano abundantes y regaladas aguas, y las lanas, apenas cortadas y empaquetadas, podrían ser conducidas al puerto de extracción con un viaje de veinte y dos leguas, en lugar de sesenta, que recorrian con enorme dispendio. La demostración de tan palpables beneficios no pudo menos de decidir al Gobierno á aprobar el plan de JOVELLANOS, á lo que también se agregó el deseo de tenerle entretenido para prolongar sin violencia su destierro; y en su virtud se le nombró subdelegado y director de la carretera. Este y otros encargos análogos, que recibió durante su destierro, le obligaron á recorrer variados territorios de Castilla la Vieja, Rioja, Santander y provincias Vascongadas, cuidando de extender unos diarios, en que puntualmente describe cuanto en aquellas comarcas halló digno de estudio perteneciente á los reinos animal, mineral y vegetal; todo lo relativo á la población de las ciudades, villas y lugares; á los fueros, privilegios y gobierno civil y eclesiástico de cada pueblo; al estado de la agricultura, industria y comercio, ferias y mercados, usos y costumbres de los habitantes; describiendo las montañas con expresión de su materia, situación y figura; el nacimiento, dirección y confluencia de los ríos, con su pesca y las vegas ó arboledas situadas en las orillas; el giro y construcción de los caminos nuevos, y la dirección que llevaban los antiguos; los monumentos arruinados, los templos, castillos, palacios, conventos, hospitales y colegios; los puentes, muelles y dársenas; los archivos de los pueblos, con expresión de sus códices y documentos antiguos; en fin, de todo cuanto se presentaba á su vista indagadora, dan razón esos preciosos diarios.

En Gijón, y en la época que vamos reseñando, como que tiene la fecha de 29 de diciembre de 1790, escribió la *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre su origen en España*. Acerca de este escrito nada podemos decir, porque pronunció su fallo tribunal competentísimo; y siendo nuestra opinión, aunque humilde, en todo conforme á él, nos limitamos á copiarle. La Real Academia de la Historia, por cuyo encargo lo había compuesto JOVELLANOS, celebró su lectura con vivo y general aplauso, acordando darle las gracias, como en efecto lo hizo, por medio de la siguiente comunicación, firmada por el secretario don Antonio Capmany:

«Dí cuenta á la Academia del informe sobre los espectáculos públicos que usó ha trabajado y remitió con su carta de 29 de diciembre último por conducto del señor director; y habiendo acordado que se leyese, lo ejecutó nuestro compañero señor Vargas, con grandísima satisfacción de todos los oyentes, y del señor conde de Campomanes, que la tuvo particular en la junta de ayer, ya que no pudo asistir por sus ocupaciones á la anterior en que se empezó la lectura. Celebraron todos á una voz la elocuencia, la energía, la suma política y sólida filosofía con que usó ha tratado tan nueva, árdua é importante materia en tan corto tiempo, y falto de los auxilios que se podía procurar en la corte. La Academia, muy complacida del esmero y acierto con que usó ha desempeñado su encargo, me manda darle en su nombre las mas expresivas gracias, como lo ejecuto con especial satisfacción mia. ¿Qué añadir á estas palabras, que no las desvirtúe? Dijolas una corporación justamente apreciada por todos los sabios de Europa; y se sirvió para que las transmitiera á JOVELLANOS, del autor de la *Filosofía de la elocuencia*.

Mas adelante, á 12 de junio de 1792, escribió DON GASPÁR una carta á Vargas Ponce, en que le propone el plan que debía seguir en una disertación que iba á escribir este

contra las fiestas de toros. De aquí sin duda nació la idea, que aun conservan algunos, de que fué JOVELLANOS el autor del opúsculo intitulado *Pan y Toros*, la cual es completamente equivocada. Fuera de quo no es suyo el estilo, ni se parece siquiera el de esta obrilla al de ningun otro escrito del mismo autor, la carta á que nos referimos lo demuestra de una manera á nuestros ojos evidente. Publicámbosla en esta coleccion por haber logrado una copia que posee la Academia de la Historia; y la acompañan las notas que consideramos suficientes para esclarecer este punto. Don Carlos Posada, amigo de JOVELLANOS, que le trató toda la vida con la mayor intimidad, y á quien habló sobre el particular en una carta, que tambien damos á luz, aseguró que el tal opúsculo le fué atribuido por la malicia de alguno de sus enemigos con el designio de perderle; nosotros podemos añadir que los que aun insistan en adelante en sustentar que es obra suya *Pan y Toros*, ó no se han enterado de la cuestion, ó quieren falsear deliberadamente el carácter y las opiniones de JOVELLANOS (1).

En tal situacion, entregado á tales entretenimientos, desterrado de la corte, estándole prohibido llegar á ella ni á sus inmediaciones en los viajes y conrerías, ¿cómo habia de esperar la nueva que vino súbito á sorprenderle en su retiro? Que no fué otra sino la de que su majestad le habia nombrado primero su embajador en Rusia, y muy poco despues ministro de Gracia y Justicia.

¿Qué era aquella mudanza repentina? ¿Por ventura un capricho de la corte? ¿Acaso el conocimiento de que se habia obrado mal, y el deseo de reparar un agravio? Estas y otras muchas imaginaciones revolvía JOVELLANOS en su acalorada mente, y se propuso renunciar el ministerio; prohibióselo su hermano, y DON GASPAS, dócil á quien tenia en lugar de padre por el amor y el respeto, triste, pero resignado, seguro de un fracaso, pero resuelto á cumplir dignamente con su obligacion, emprendió el viaje. Despedíale con júbilo y algazara sus agradecidos paisanos porque le veian caminar á la cima del poder; respondíales él con serena apostura, amable, pero no alegre; como quien sabia que adonde caminaba era al fonde de un precipicio. La corte estaba en el Escorial; en el puerto de Guadarrama le esperaba un amigo; contóle la causa y la historia de su nombramiento, y emprender la fuga fué el primer impulso del ministro; pero su honor, su decoro, la confianza que tenia en sí mismo para resistir las malas tentaciones y para sufrir las consecuencias de la integridad de su carácter, ganeron, como debian, la partida, y se presentó en su puesto. ¡Puesto de espinas siempre en épocas revueltas y azarosas! Mas aun en aquella en que le ocupó el ilustre JOVELLANOS.

Mas ¿por qué caminaba triste el nuevo ministro? ¿Por qué habia sido nombrado? ¿Qué le dijo el amigo que salió á recibirle en Guadarrama?

Sabíase en Asturias y en todo el reino español la situacion de la corte. Cierito que

(1) En la coleccion de las obras de nuestro autor, publicada en Madrid en la imprenta de don Leon Amara, de 1830 á julio de 1832, tuvieron ya cuidado de no insertar *Pan y Toros*. El editor de Barcelona, en la que dió á luz en 1839, manifestó sus dudas. Insértase, sin embargo, en la edicion hecha en los años 1846 y 1847 en Logroño y en las oficinas de don Domingo Ruiz, y se afirma que la tiene por de JOVELLANOS la inmensa mayoría de los que leen sus obras; pero con tan buena fe y con tal deseo de acertar, que se omite toda la correspondencia de JOVELLANOS con Posada, á pesar de que se halla en las ediciones anteriores. Y para que no se

crea que es hija esta omision de que en el plan de aquel editor no entrase el propósito de publicar la correspondencia particular, debemos decir á nuestros lectores que esta es la única que omite, hallándose en la coleccion misma la que siguió con otras personas, como Bayeu y Trigueros. ¿Será necesario recordar que en la correspondencia de Posada aparece una prueba de que no es JOVELLANOS el autor de *Pan y Toros*? Es cosa sabida que no gustaba DON GASPAS de las fiestas de toros, y que deseaba su abolicion; pero en el folleto de que se trata, los toros es lo de menos, y lo que se quiere es autorizar todo lo demás con un nombre respetable.

no había entonces telégrafos, ni frecuentes comunicaciones, ni correos diarios, ni siquiera diligencias, que condujeran viajeros de uno á otro extremo de la Península; pero las malas nuevas corrieron siempre con rapidez espantosa sin necesidad de alambres eléctricos. Quien sepa lo que acontecía en aquella lamentable época, si ha podido formar con la lectura del presente escrito una idea cabal, ó al menos aproximada, de JOVELLANOS y de su carácter, no se sorprenderá de verle venir camino de la corte, resignado, aunque no abatido; sereno, pero triste. Dócil instrumento de ajenas é interesadas miras no podía ser aquel hombre, ni cómplice siquiera; remediar el cáncer que devoraba las fuerzas y la vitalidad de la monarquía, no lo estimaba posible: luchar en vano era pues su destino, lidiar sin esperanza y volverse á su destierro, si es que no le estaban reservados mayores males á su pronta salida del ministerio.

Su nombramiento se verificó de esta manera: había logrado el conde de Cabarrús la gracia del príncipe de la Paz. Era el privado de instruccion escasa, y aunque no destituido de entendimiento, como han querido suponer sus implacables y desatentados enemigos los consejeros del entonces príncipe de Asturias, todavía no alcanzaba aquella elevacion de inteligencia, única que alguna vez logra el perdón de una subida rápida y de un favor incesante; pero no fué hombre de mala intencion, ni cruel, ni de duras entrañas. Habría querido (¿y cómo no?) hacer la ventura de su patria y eternizar su nombre; que eso quieren sin duda cuantos llegan al poder, si no tienen una naturaleza depravada y un corazon pervertido. Pero no sabia cómo hacerlo, no conocia los males, menos aun los remedios; y como se apoyaba además su grandeza en reprobados cimientos, faltábale el apoyo de la opinion pública, faltábale la ayuda de varones rectos y entendidos. Sagaz y emprendedor, el conde de Cabarrús, digno por su talento é ilustracion de la amistad de JOVELLANOS, pertenecía al número de esos hombres frecuentes en tiempos de universal trastorno y algaraza, de conciencia elástica y acomodaticia, que piensan que debe hacerse el bien, sean cuales fueren los medios, buenos ó malos; de esos hombres que se llaman conocedores del mundo, que de sus preocupaciones, hasta de sus vicios, creen que es lícito valerse para aspirar al logro de sus propósitos, y llegan hasta hacer alarde de su doctrina si sus propósitos son buenos. Pero ¡ay! que la Providencia es la única y sola que por medios desconocidos convierte el mal en bien algunas veces, y hace brotar de una série de crímenes y de escarmientos la regeneracion de un pueblo: camino vedado para los hombres. Deben estos cumplir con la conciencia; y dejar á Dios, por cuya voluntad se gobierna el mundo y se rigen todas las cosas, que las disponga á su arbitrio y con arreglo á sus designios.

Conversaban á menudo el Príncipe y el Conde sobre las necesidades de la nacion, procurando Cabarrús hacer que recayese la plática sobre la conveniencia de que el valido se rodease de hombres eminentes que lograsen sacar á salvo la nave del Estado, y que hiciesen memorable la época de su privanza; amenazábale con la triste suerte de antiguos privados, y ponía delante de sus ojos con singular osadía el desastroso fin de don Álvaro de Luna, que, vencedor de los moros en Sierra-Elvira, y de sus adversarios en Olmedo, no había acertado á dar prosperidad ni abundancia ni reposo al pueblo castellano. Deducía de todo que era indispensable hacer el bien de la monarquía para perpetuar el favor, y que el único medio de lograrlo había de ser nombrar ministros á un JOVELLANOS y á un Saavedra, á quien quería que se encomendase el despacho de los negocios de Hacienda. Dejose convencer el Príncipe por las razones del

Conde; y fuerza es confesar que si habia algun modo de salvarse, era en efecto el que le aconsejaban, y que él aceptó de buen grado. La justicia exige tambien que digamos que no era un perverso quien así proemaba que su privanza redundara en provecho de todos. Tiene razon cuando estampa en sus *Memorias* que nadie podrá afirmar que JOVELLANOS le hubiese adulado en ningun tiempo; tiénela asimismo cuando asegura que ni con él ni con Cabarrús le ligaba de antemano lazo ninguno de amistad; enváncese con justicia de haberle hecho nombrar ministro sin tratarle, ni deberle servicios ni lisonjas; pero rinde igualmente tributo á la verdad, y debe agradecersele la historia, cuando añade que «los principios de una estrecha y severa filosofia (deberia haber dicho virtud) le produjeron (á JOVELLANOS) los poderosos enemigos que contaba en el reino».

La persona que le esperaba en el puerto, que no era otra que Cabarrús, le enteró de la situacion de la corte, confirmando las noticias que por Astúrias corrian; refirióle lo sucedido, le enteró de la causa de su elevacion al ministerio, y no le ocultó que se habia logrado contra la voluntad y la opinion de la Reina, que era la que pocos dias antes le habia hecho nombrar embajador en Rusia para desviarle del gabinete, cediendo al fin, mal su grado, á las reiteradas instancias y al empeño decidido del principe de la Paz. ¿Cómo no habia de aterrarse en oyendo tales noticias? Pero era imposible retroceder; su renuncia habria sido inexplicable en aquellos momentos, y no quedaba otro recurso que resignarse; fuera de que tal vez pondria la suerte en su mano hacer un gran servicio á su patria: consiguiendo ganarse la voluntad del Monarca, aficionándole á los negocios, podria enterarle del mal estado del reino, interesarle en acudir al remedio y reorganizar la administracion pública; acaso lograria alejarle poco á poco del privado, y ¡quién sabe! separar á este de la corte con algun motivo honroso ó con alguna comision en que fuese útil á su soberano y á su patria. Resolvióse pues á ser ministro del Rey, nada mas que del Rey, y á llevar adelante su hidalgo propósito, el cual le habia de conducir, saliendo bien, cosa al parecer imposible, á salvar la monarquía, mal encubiertamente amenazada por la revolucion vecina; y saliendo mal, que era lo mas probable, á volverse en breve á su retiro. Continuó pues el viaje, presentándose en la corte, visitó á la real familia, y tomó posesion de su cargo despues de conferenciar con Saavedra, trabando con él desde aquel momento relaciones de compañerismo sincero y de cariñosa amistad.

Seguir paso á paso este periodo importante, aunque cierto, de la vida de nuestro autor, no es de la índole de la presente publicacion estereotípica; quien escriba la historia del reinado de Carlos IV tendrá obligacion de explicar ese episodio; nosotros hemos echado sobre nuestros hombros la tarea de componer una biografia de JOVELLANOS para que aparezca al frente de sus obras, y de examinar sus principales escritos; y como él no habló nunca de tales sucesos, como jamás salió de su pluma, ni aun creemos que de sus labios, una sola palabra contra sus perseguidores ni contra los enemigos que le concitó su vida ministerial, entendemos que es nuestro deber encerrarnos en igual silencio. Dirémos solo que á poco tiempo de subir al ministerio salió del gobierno el principe de la Paz, quedando en él JOVELLANOS, lo cual prueba que no fracasaron, antes bien comenzaron á lograrse, los proyectos de tan insigne varon; quien á los cinco meses de esto cayó en desgracia sin causa alguna conocida y fué exonerado, reemplazándole en la secretaria del despacho de Gracia y Justicia don José Antonio Caballero, personaje de infausta memoria. Nada mas añadiremos sino que en

el destierro á que volvió, en el convento en que estuvo mas tarde recluso, en la fortaleza en que fué despues encerrado con extraordinario rigor, nos parece mas grande que en la fortuna sus contemporáneos; mas digno le creemos de envidia en la cartuja de Valdemuza y en el castillo de Bellver, que los gobernantes que en el pueblo español, abatido, pobre, sin ejército, sin arsenales, sin recursos y sin crédito, ofrecieron cebo tentador á una invasion alevosa y criminal. Toca á estos últimos la responsabilidad de grandes calamidades, que no habrian llovido tal vez sobre nosotros á no venir á tierra los planes de JOVELLANOS; pero son inexcrutables los juicios de Dios, cuyos fines desconoce el hombre. La sangre de nuestros padres, derramada en los campos de batalla durante la guerra de la Independencia, que hicieron necesaria los sucesores de nuestro autor, nos regeneró sin duda, y las glorias del Dos de Mayo, de Bailen, de Zaragoza y de Gerona, atrajeron hácia esta tierra de España la estimacion y el respeto de la asombrada Europa. Y aunque sea adelantar el discurso, no se ha de omitir aquí una consideracion, que completa el cuadro, probando qué áun en esta vida reciben muchas veces las buenas acciones el merecido premio. En la heroica y gigantesca lucha que hemos de ver mas tarde sostenida por esta nacion altiva y pundonorosa contra el hombre mas grande que han producido los siglos modernos, y uno de los mas famosos de todas las edades; en esa guerra que ilustra el nombre español tanto como su cruzada de siete siglos y sus conquistas en Europa y en América, veremos figurar el nombre de JOVELLANOS organizando la resistencia nacional, gobernando á un pueblo huérfano de sus monarcas, y dirigiendo la poderosa voz en nombre de su rey á sus compatriotas. ¡Justo galardón de la virtud!

\ Pero tomemos de nuevo el hilo de los sucesos: volvió JOVELLANOS á su destierro, y Carlos IV á su vida acostumbrada, que, segun él mismo referia despues á Napoleon, corrió veinte años empleada en salir á cazar todos los dias por mañana y tarde, en invierno y en verano, sin mas tregua que la precisa para comer y regresar al instante al cazadero. Y para que á todo buen español sea mas doloroso este periodo de la historia patria, conviene advertir que, segun atestiguan cuantos conocieron y trataron á aquel rey, tuvo comprension fácil y memoria vasta; amó la justicia, y cuando por acaso alguna vez se empleaba en el despacho de los negocios, mostraba expedicion y tino; llegando el conde de Toreno á afirmar, en su *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, que con otra esposa que Maria Luisa, no hubiera desmerecido su reinado del de su augusto antecesor y padre. Mas eran tales prendas deslucidas por un insigne defecto, á saber: la dejadez y habitual abandono, con los de ningun otro monarca comparables; y esto cabalmente cuando rugia en nuestra frontera misma la revolucion francesa; y mas que nunca se necesitaban tranquilidad interior y un gobierno solcito, previsor y vigoroso.

Al llegar á su casa de Gijón nada de cuanto dejaba atrás ocupó el animo del desterrado; afligíale vivamente la falta de su hermano, á quien durante su ausencia habia arrebatado la muerte. Su amor le era antes consuelo y compañía, y ahora estaba solo, abandonado á sí mismo; todo le traia á la memoria la persona querida que habitaba allí de ordinario, y cuanto mas agradables los objetos que se ofrecian á su vista, convertíanse mas fácilmente en torcedor de su alma. Quiso buscar reposo en el trabajo, y puso el pensamiento en su ipstituto, pero el Gobierno le negó todo auxilio; no desistió por eso, y hubo de sufrir grandes amarguras. En vano dirigia repetidas súplicas reclamando la proteccion necesaria para aquella escuela; ninguna obtenia resolucion

ni respuesta. ¿Ni cómo podía ser otra cosa? Estaba meditada su ruina, y á se que no se hizo esperar mucho tiempo. Cuando fué destituido del ministerio se procuró extender la voz de que era hereje, y que por ello cabalmente habia caído del poder. Llegó la noticia á sus oídos sin que le causase mella alguna: tal era y tan absurda la calumnia, que no merecia mas castigo que el desprecio. Pero se esparcieron por Astúcias algunos ejemplares de una version del *Contrato social*, impresa en Lóndres, y diciéndole sus amigos que en cierta nota del traductor se le dispensaban grandes elogios, reveló si seria algun lazo que le tendian sus émulos; que tales cosas habian hecho con su persona, que estaba autorizado á temerlo todo. Escribió inmediatamente al ministro de Estado contando lo que pasaba, segun lo referian personas de crédito, porque él no habia logrado tener á la vista ningun ejemplar de semejante libro; se le contestó que recogiese cuantos pudiera, y como no diesen resultado ninguno las mas exquisitas diligencias, lo puso de nuevo en conocimiento del Gobierno; esta comunicacion tuvo por respuesta prevenirle que se abstuviera en adelante de escribir á los ministros. Pocos dias despues, el 13 de marzo de 1804, fué sorprendido en la cama antes del amanecer, y con escolta de soldados, en la mas rigurosa incomunicacion, le hicieron atravesar toda la Península por Leon, Búrgos y Zaragoza hasta la ciudad de Barcelona, de donde, embarcándole en el bergantín correo, le llevaron con las mismas precauciones á Mallorca. En llegando fué al punto presentado al Capitan General, quien sin dilacion le envió á su destino, que era la cartuja de Jesus Nazareno, en Valdemuza, á tres leguas de Palma, sin fijar plazo ni término á su reclusion, y disponiendo que no tuviese trato con otros que con los monjes.

Al propio tiempo que hacian presa en su persona, se apoderaban de todos sus papeles, que examinaron y sellaron. Fué el reconocimiento prolijo y minucioso, indudablemente queriendo dar á entender que buscaban ó habian hallado pruebas de que era hereje; ó ateo, ó revolucionario; y este escrutinio le causó mas honda pena que su prision incommunicada, que su traslacion humillante y vergonzosa, y mas, en fin, que todas las vejaciones personales. Comprendia muy bien (porque á su costa iba sabiendo ya á qué punto suele llegar la perversidad humana) que se le hiciese víctima de una venganza inmerecida, no provocada, injusta; pero no podia sufrir que para cohonestar su persecucion, villanamente se supusiera y extendiese que él, tan religioso, tan monárquico, tan temeroso de Dios, tan amante del trono, era capaz de haber escrito cosa alguna que menoscabara los semimientos de piedad ó la lealtad á sus reyes que distinguieron siempre á los españoles. Así es que apenas instalado en la Cartuja, el 24 de abril, dirigió una expasicion á su majestad, respetuosa, pero llena de vigor; documento bellísimo, que nuestros lectores hallarán en el lugar correspondiente, porque le merece distinguido en la presente coleccion; suplica en ella al Rey, no en son de pedir gracia, sino reclamando justicia, que si se le ha imputado algun delito se le haga cargo de él y se le oigan sus defensas, con arreglo á las leyes, ante cualquier tribunal públicamente reconocido, ya fuese el consejo de Estado, de que era miembro, ya el de las Ordenes, á que habia pertenecido, ó á título de caballero profeso de la de Alcántara, ya en el Consejo Real, el primero de los tribunales civiles de la nacion, ya ante el acuerdo de la real audiencia de aquellas islas, á que habia sido conducido con extremado rigor y ruidoso aparato; y que declarada que fuese su inocencia, «de lo cual, dice, estoy bien seguro,» se dignase su majestad, no solo reintegrarle en su antiguo estado, que era para él lo de menos, sino tambien reparar amplisimamente la nota y

baldon que tantas violencias y atropellamientos cometidos en su persona hubieren podido causar á su reputacion y buen nombre. Remitió esta exposicion al marqués de Valdecarzana, sumiller de corps y primo suyo, con encargo de que la pusiera en las propias manos del Rey; mas eran tales los aires que corrían, que el Marqués, hombre sin duda apocado y á quien no podemos librar de la nota de egoista, no se atrevió á presentarla. Súpolo el preso á los seis meses, allí por el de octubre, y en seguida hizo nuevo recurso, vigoroso y digno, pero en frase la mas respetuosa. Unióle copia de la anterior y lo envió á su casa, encomendando al capellan de ella, don José Sampil, que pasase á la corte y viese el modo de que tan importantes documentos llegasen al poder del Soberano. Había en Astúrias agentes secretos con la comision de averiguar las comunicaciones que mediasen entre el preso de Mallorca y sus amigos, parientes y paisanos, y en traslucienao el encargo que tenia el sacerdote, dando pronto aviso á Madrid, enviaron postas á la ligera para detener en el camino al conductor de la instancia. Bien comprendió el honrado capellan que era preciso emplear suma diligencia en su cometido; y usó de tanta, que los espías supieron el caso cuando llevaba algunos dias de viaje, por lo cual no pudo ser habido en el camino. Fueron mas felices los agentes de policia en Madrid; se apoderaron de él en los momentos de entrar en la corte por la puerta de Segovia, y le condujeron á la cárcel llamada de la Corona, por estar destinada para reclusion de eclesiásticos. Siete meses estuvo allí encerrado, premio de su lealtad y diligencia, y al cabo de ellos le llevaron á Oviedo, previniéndole que no saliera de la ciudad y se presentase todos los dias al reverendo Obispo. Conocemos gentes que en vista de este suceso dirán cómo hizo bien el de Valdecarzana en guardarse el papel y no entregarlo; seguros estamos de que la historia imparcial continuará calificándole de egoista.

Entre tanto circulaban por Madrid copias de las dos representaciones, y eran leídas con afan donde quiera que no llegaba la vigilancia de los agentes del Gobierno; en las tertulias y reuniones de toda especie se hablaba continuamente de JOVELLANOS, siendo su nombre objeto de veneracion, y de lástima su mala ventura; los padres le propinaban por modelo á sus hijos, y hacian las mujeres gala de mostrársele aficionadas; que siempre fué compasiva y generosa esa bella mitad del género humano. Un sugeto desconocido, por caridad sin duda y creyendo dispensarle un singular obsequio, hizo una copia de ambas exposiciones, y dióse tan buena maña, que logró ponerla en manos del Rey; pero este en seguida se la entregó á sus ministros para que la examinaran. Grande debió ser despues la desesperacion de aquella buena alma, al saber que su oficiosa compasion habia sido causa de que se le sacase á JOVELLANOS del convento y se le condujese, en medio de un destacamento de dragones, al castillo de Bellver, situado en una alta colina, á media legua de la capital de la isla de Mallorca.

Fuerza es hacer mencion del trato que recibió el preso mientras estuvo en la cartuja de Jesus Nazareno, porque son aquellos cenobitas, encargados de su custodia, dignos de los mayores elogios, y seguro es que se los prodigarán cuantos lean la vida de JOVELLANOS. Su propia familia no le hubiera asistido con mayor esmero; atentos á su comodidad y regalo, ellos en persona le cuidaban, aderezándole y sirviéndole la comida con sus propias manos, y ya solícitos le acompañaban para hacerle olvidar su aislamiento, ya se ocupaban en buscarle libros, ya descubierta su aficion á toda clase de útiles conocimientos, sacábanle á pasear por aquellos fragantes montes y pintorescos valles con pretexto de buscar plantas y yerbas para el estudio de la botánica, que

en efecto le enseñaban los religiosos, explicándole la figura, virtudes y propiedades de las plantas; DON GASPAS escribía con método estas explicaciones, y entre todos hicieron un tratado de botánica, que repartido á los moradores de las cercanías, fué muy útil á mas de una familia necesitada. En una ocasion se le hincharon las piernas de un modo tal, que infundió serios temores al facultativo á quien llamaron los monjes para que le asistiese; creyóse que no solo las amargas padecidas y las molestias del viaje de doscientas leguas, que preso, incomunicado, sin comodidad alguna, acababa de hacer, serian causa de su mal, sino que tambien podia tener parte la continua comida de pescado que, con sujecion á la regla del convento, sorbian al recluso. Aquellos buenos religiosos acudieron al Soberano Pontífice, pidiendo una bula para servirle otros manjares, y un dia le sorprendieron presentándole cubierta la mesa con los mas excelentes y regalados; ellos, que en todo tiempo, en la juventud como en la vejez, en la fuerza de la vida como en la proximidad del sepulcro, insistian en comer sus pobres viandas. Resistióse el cautivo á probar alimentos allí exóticos; mostráronle el breve de Su Santidad y le dijeron la opinion del médico; todo en vano: el enfermo dió la comida á los pobres del pueblo y no probó otra que la de sus compañeros y amigos, los santos moradores del convento. Pero tan tierna solicitud le hizo derramar lágrimas de purísimo gozo; su corazon, naturalmente benévolo y expansivo, se abrió á los consuelos de sus nuevos hermanos, y no solo se curó, sino que llegó á olvidarlo todo y á vivir satisfecho y alegre en aquella sociedad, que bien valia tanto, por lo menos, como la mejor que hubiese cultivado en todos los dias de su vida. No hubo medio tampoco de que los religiosos aceptaran nada en remuneracion del gasto que les hacia; dijéronle que era uno de ellos y que no podian admitir estipendio. Vínoles bien á los pobres, porque JOVELLANOS destinó sus ahorros á socorrer con limosnas á los vecinos necesitados de Valdemuza y á dar pensiones á los jóvenes de escasos recursos que se dedicaban al estudio de la latinidad. Cuando le arrancaron de aquella santa casa, no pudiendo darle otra cosa, diéronle lágrimas y bendiciones, que no dudamos nosotros le infundieron la fortaleza necesaria para soportar resignado seis años de encierro en una nueva cárcel.

¿Moveria acaso el interés á los monjes? Necesitado estaba JOVELLANOS de favores, que no en ocasion de dispensárselos á nadie; ni por entonces se columbraba que para él habian de amanecer mejores dias. Tampoco los guiaba el espíritu de partido, menos el deseo de vengar agravio alguno; la caridad tan solo. Ni ¿qué premio podian ellos esperar? Por palacio su convento, por viandas los pescados de aquellos mares, por ordinaria ocupacion el rezo, la penitencia y las obras de misericordia, por esparcimiento y regalo los montes y las selvas de las cercanías, por lujo un tosco sayal, por esperanza la gloria eterna; nada de esto les habia de arrancar el poder, quien quiera que lo ejerciese. Ninguna otra recompensa aguardaban pues aquellos piosos varones, sino la que ya habrán alcanzado, porque han fallecido todos.

Muy diversa fué la vida de nuestro héroe en el castillo, donde tenia siempre un centinela de vista, el cual y su criado eran las únicas personas con quien podia comunicarse. Mas se permitió luego la entrada á un religioso, y en él halló el pobre cautivo compañía, consuelo, docta y amena plática, y alivio á todas sus amarguras. Llevóle dos códices antiguos que existian en la libreria del convento de San Francisco, y de ellos el preso copió, y tradujo despues al castellano, una geometría que Raimundo Lulio compuso en Paris el último año del siglo xiii; viendo el religioso que así lograba distraerle, facilitóle tambien un códice original de mano del célebre Juan de Herrera, que

contenia un discurso sobre la figura cúbica, y DON GASPAS lo copió igualmente con todas las figuras geométricas, añadiendo á la copia una larga y erudita advertencia sobre el origen y circunstancias del código. Estos trabajos, una curiosa y amena descripción que hizo de la propia fortaleza que le servia de cárcel, y otros varios escritos sobre antigüedades de la isla, sobre fábricas preciosas y sobre excelentes pinturas (1), sirviéronle de ocupacion y entretenimiento durante algunos períodos de aquellos siete años de persecucion tenaz y rigorosa.

Quien así tenia presente las bellas artes, no era natural que se olvidase de las letras; en el castillo de Bellver escribió tres excelentes epístolas, una á Cean Bermudez y dos á don Carlos Posada, canónigo de Tarragona. Bien merecia este los repetidos recuerdos que le conságrala DON GASPAS; en cuanto supo su destierro voló á Palma, se disfrazó de religioso, penetró en la prision, y con grave riesgo de ser descubierto y de sufrir los mismos daños que su amigo, tuvo el placer de abrazarle. DON GASPAS en una de las epístolas que le dedica le exhorta á que no le tenga compasion, porque no es infeliz su suerte :

¿ Infeliz?... ¿ Cómo?
 ¿ Acaso puede un inocente serlo?
 ¿ Con la virtud, con la inocencia pueda
 Morar el infortunio? El justo cielo
 No lo permite.
 El las sostiene, las conforta, y tiende
 Para apóyarlás próspera su mano.

Aconséjale igualmente que no haga caso de las calumnias que contra él se divulguen, ni sufra por ellas molestia alguna :

¿ Qué pueda el ronco
 Rumor de la calumnia? Qué la envidia,
 Aunque con sople venenoso incite
 Las furias del poder, su fragua encienda,
 Y sus rayos invoque en mí ruina?
 Yo en tanto escucho intrépido su aullido.

Ruégale que no se aflija, suponiendo que le falta la libertad, puesto que no le falta :

No, no; que no le es dado
 Hasta el alma llegar, donde se anida,
 Y aherrojarle no puede.
 ¿ Es esto esclavitud? No, Posidonio.
 Por mas que esta porcion de polvo y muerte
 Yaga en austera reclusion sumida,
 Libre será quien al eterno alcázar
 Pueda subir; al Protector, al Padre
 De la inocencia y de la vida, absorto
 Y postrado adorar.

Quiérole consolar, él, que está preso, al amigo que vive libre y en la abundancia; y para quitarle todo motivo de pena, le recuerda cuál ha sido su vida :

Que fui patrono
 De la verdad y la virtud, y azote
 De la mentira, del error y el vicio (2).

(1) Los escritos sobre pintura á que aludimos son las cartas que dirigió desde el castillo al padre fray Manuel Bayeu, conventual de Mallorca. Llamamos sobre ellas la atencion de los aficionados á las artes.

(2) También es á don Carlos Posada dirigida la oda sáfica que se halla á la página 23 de este tomo, que empieza así :

Ya cierra Febo plácido la línea,
 Carlos, que el curso de tus años mide.

Contra nuestra costumbre hemos copiado estos versos de una de las epístolas, porque habrían sido inútiles cuantos esfuerzos hubiésemos hecho para pintar el espíritu de que estuvo poseído JOVELLANOS durante su larga prision, y la lectura de estas pocas palabras dan de ello una idea completa. Es tambien preciosa la composicion dedicada á Cean Bermudez pocos meses antes de salir de su encierro; figurar en el mundo, dice, es un presuntuoso y necio desvarío: en la virtud y en la práctica de la religion está la felicidad. Enternece ver que quien llevaba mas de seis años de incomunicacion rigurosa, tuviera cristiana resignacion suficiente para escribir á sus amigos que vivia tranquilo, que era feliz, que su corazon se abrasaba en amor de Dios, y se deshacia en inmensa gratitud por los bienes que sobre él á manos llenas derramaba la suprema Misericordia. Razon tenia; semejante conformidad era don de la Providencia, mil veces mas envidiable que las riquezas y los honores.

Todo esto prueba su resignacion, pero hay todavía mas: JOVELLANOS gozaba de la serena tranquilidad con que Dios se digna fortalecer las almas de los justos. ¿Quién acertaria á discurrir que en aquella mansion escribiese una obra encaminada á la enseñanza de la niñez? Pues así es en verdad; encerrado en las mazmorras de Bellver, compuso el *Tratado sobre educacion pública con aplicacion á las escuelas y colegios de niños*. Lo cual vale tanto como decir que estaba en la prision entregado á las mismas meditaciones que en Sevilla, en Madrid, en Asturias; que su fantasia volaba con deleite y con libertad detrás de los muros en que estaba aprisionado su cuerpo. Y si por acaso se le antoja á alguno sospechar que estaba animado nuestro héroe de la estoica filosofia que precedió en el imperio romano á la venida del Redentor, y que fué resucitada en Francia á fines del siglo pasado por los revolucionarios, los cuales, renegando de la doctrina de Jesucristo, necesitaban buscar en cualquiera parte un átomo de fuerza y de valor para marchar á la vengadora guillotina, ó un disfraz para la criminal cobardia de refugiarse contra ella en el suicidio, sepa que tenemos al punto contestacion cumplida para demostrarles que era la de DON GASPAS cristiana conformidad y resignacion valerosa, capaz únicamente de ser infundida por la religion del Crucificado. Y la respuesta ha de ser elocuente, porque no la darémos nosotros, sino el mismo JOVELLANOS: « Pero entre todos los objetos de la instruccion, dice en la obra á que nos referimos, siempre será el primero la moral cristiana, de que va á tratarse ahora; estudio el mas importante para el hombre, y sin el cual ningun otro podrá llenar el mas alto fin de la educacion. Porque ¿qué hará esta con formar á los jóvenes en las virtudes del hombre natural y civil, si les deja ignorar las del hombre religioso? Ni ¿cómo los hará dignos del título de hombres de bien y de fieles ciudadanos, si no los instruye en los deberes de la religion, que son el complemento y corona de todos los demás? Yo no creo que sea necesario persuadir entre nosotros esta preciosa máxima, cuyo abandono y olvido ha producido ya en otras partes tantos males. Pero ¿acaso ha tenido el influjo que debiera en nuestros métodos de educacion? Creo que no, y hé aquí por qué me he propuesto tratar con mas detenimiento esta parte de mi plan... La enseñanza de la moral cristiada presupone el conocimiento de los misterios de la religion que estableció su divino Autor. Pero ¿cuál es el plan de educacion que haya reunido en un mismo sistema estos dos sublimes estudios? Cuál es el que haya consagrado á ellos todo el tiempo y todo el cuidado que requieren? Cuál es el que los haya tratado en el orden, por el método y con la extension que convienen á su dignidad é importancia?... ¿Qué hay por qué admirar que en materia de religion sea la instruccion tan imperfecta y li-

mitada, aun en personas que se dicen bien educadas? ¿Ni qué tampoco que la juventud salga al mundo tan indefensa y poco prevenida contra los sofismas y artificios de una impiedad que la asesta por todas partes?... Este presentimiento (de Platon) fué confirmado para dicha del género humano con la aparicion de nuestro Salvador en el mundo, el cual vino á iluminar; derramando sobre él aquella luz divina que debia disipar todas las tinieblas, deshacer todos los errores de los filósofos, confundir la presuncion de la sabiduria humana, y abrir á los hombres las fuentes de la verdad y los caminos de la verdadera sabiduria. Asi que quisiéramos que la enseñanza de las virtudes morales se perfeccionase con la luz divina que sobre sus principios derramó la doctrina de Jesucristo, sin la cual ninguna regla de conducta será constante, ni verdadera ninguna virtud.» Tenemos que resistir á la tentacion de prolongar la cita; nuestros lectores además acudirán presurosos á admirar por sí mismos y por completo este escrito del cautivo, que se tenia por dichoso, y lo era en efecto, porque creia en Dios y practicaba la religion.

No preja el lector que estos pasatiempos, merced á los cuales solian correr veloces para JOVELLANOS las interminables horas de la cautividad, eran benévolamente consentidos por la corte ni por sus carceleros. Antes, al contrario, segun las prescripciones de la consigna dada al oficial de su guardia, y la cual ha llegado hasta nosotros, dos centinelas debian de vigilarle constantemente, colocado el uno delante de la puerta, y enfrente el otro de una ventana del encierro; á toda costa era preciso evitar que nadie le hablase ni le diese papel, lápiz ó dinero; y el propio oficial de la guardia habia de estar presente cuando necesitase del criado para su servicio ó el aseo de la persona, á fin de impedir que este le entregara cartas ó le comunicase noticias. ¿Qué mas? Para que pudiera confesarse fué menester consultarlo al Gobierno, y el ministro Caballero respondió que confesara en buen hora, pero exigia que de antemano prometiese el sacerdote no tratar con el de mas asuntos que de los relativos á su conciencia, y ordenaba que se cuidase de que por tal conducto no recibiera papel alguno, y que en adelante se le impidiese comunicar hasta con su mismo criado. De resultas de la inflamacion de una parótida, producida por la falta de ejercicio y por el calor y poca ventilacion del cuarto que le servia de encierro, tuvo que sufrir una operacion dolorosa y una larga cura para que se le cerrase la herida; el comandante de la plaza representó espontáneamente para que se le permitiese algun desahogo y ejercicio, acompañando la certificacion de los médicos, que así lo estimaban indispensable; el Gobierno no contestó, creyendo sin duda que la necesidad no seria urgente cuando nada reclamaba el interesado. ¿Cómo lo habia de pedir, sin papel, pluma ni tinta? Probable es que aun pudiendo nada habria solicitado. Un principio de cataratas le acometió al año siguiente, originado, segun dictámen de los facultativos, por las mismas causas, y el Capitan General pidió permiso para que se bañase en el mar; accedió á la instancia el ministro Caballero, pero con la condicion de que el preso, vigilado por dos centinelas, se bañase en un paraje público cercano al paseo; JOVELLANOS renunció al remedio probable de sus padecimientos, no queriendo hacerse blanco de la lástima y el desprecio de las gentes. Un año despues el General reprodujo su peticion, y entonces el Gobierno, ordenando que en nada se alterasen las demás formalidades antes prevenidas, consintió en que se eligiera un sitio menos concurrido para los baños; con ellos, con el consiguiente paseo de ida y vuelta y con el aire libre, alcanzó alivio en sus dolencias; debióse esto al general don Juan Miguel de Vives, así como el que pudiese leer y escribir en la cárcel

al religioso de que ya hemos hablado, y cuyo nombre sentimos mucho ignorar.

Yacia nuestro héroe en el encierro donde le tenían confinado enconos palaciegos, cuando el motín de Aranjuez vino á arrancar el cetro de las débiles manos de Carlos IV y á dar en la persona de Godoy nuevo testimonio de la inconstancia de la fortuna. Aun no se habían quebrantado los inierros de la ilustre víctima, y ya estaban castigados sus verdugos. El valido encerrado, no en un castillo, sino en un rollo de esteras, acosado por la sed, con un panecillo por toda provision, debió acordarse de los pronósticos de Cabarrús, si estaba serena su mente; mas aun debió sentir no haber dejado que el Rey gobernase la monarquía, aconsejado por ministros entendidos y leales. Suelen ser lecciones de Dios lo que se ha dado en llamar caprichos de la veleidosa fortuna; cuando atravesaba la plaza de San Antonio, jadeando, herido, insaltado por la amatinada plebe, apoyadas las manos en los caballos de los guardias de corps que corrían al trote, cuando se miraba tendido sobre unas miserables pajas, sonó sin duda en sus oídos, tremendo y pavoroso, el nombre de JOVELLANOS: magnífico palacio le hubiera parecido entonces el castillo de Bellver.

No era este, sin embargo, el último golpe que le tenia reservado su fatal estrella; á perder la vida en aquella ocasin á manos de los revoltosos, librárase de la afrenta de firmar despues, como plenipotenciario de Carlos IV, el indigno tratado que se concluyó en Bayona á 5 de mayo de 1808, por el cual se cedía al emperador de los franceses todos los derechos á la corona de las Españas y las Indias. Ningún español debió suscribir semejante convenio; jamás echó sobre su fama borron mas negro que aquella firma el príncipe de la Paz. ¡Cuántas veces lo habrá llorado en los largos años que ha sufrido despues de expatriacion y de pobreza! Cuántas veces habrá envidiado la firma de JOVELLANOS, puesta al pié de los decretos de la Junta Central! Inútilmente procura defenderse de este cargo en sus *Memorias*; supóngase en buen hora que sin conocimiento suyo habia hecho el Soberano la renuncia; que él reprobó este acuerdo cuando, ya tarde para el remedio, le enteraron de lo acaecido; que aun insistió, prestándose á sostener la negativa en nombre de su majestad; créase cuanto el Príncipe dice, y así y todo, antes que estampar su firma en tan ignominioso papel, debió cortarse ambas manos, que no la derecha solamente. Verdad es que hay otro convenio, el de 10 de mayo, y una firma en él de otro español, don Juan Escoiquiz, en que el rey don Fernando hacé igual renuncia; el ignorante y presumido canónigo ¡mal pecado! despues de infamar de tal modo su nombre, reconoció y juró á José Napoleon como rey de las Españas. ¡Y habia creído poder gobernar la monarquía, guiando á su augusto alumno! ¡Habia imaginado perpetuar su fama rigiendo la nave del Estado por entre los escollos de tan revueltos y furiosos mares! A lo menos el príncipe de la Paz se habrá podido consolar, y se ha consolado en efecto, con los versos de Melendez Valdés y de Moratin (1), cuyo protector fué y cuyos elogios envanecerian á los mas grandes monarcas; ¿qué le queda á Escoiquiz, sepultado ya como escritor en el polvo del olvido, y vivo solo en la memoria de las gentes como consejero funestísimo de un príncipe jóven é inexperto?

(1) El Príncipe, en sus *Memorias*, tomo II de la edicion de Madrid de 1836, copia una nota de las poesías sueltas de Moratin, escrita por el mismo poeta, y que no reproducimos aquí por hallarse señalada con el número 3 en el tomo II de la presente BIBLIOTECA, diciendo que en ella le hace justicia aquel eminente es-

critor; y con razon añade que el libro en que consta vivirá mas tiempo que sus enemigos y sus nietos y biznietos. Copia en el propio pasaje y en otros, varios versos del mismo autor y de Melendez. No fueron estos dos los únicos hombres de mérito que debieron proteccion al príncipe de la Paz.

La fecha del primer tratado, por el cual hace Napoleon que se le traspasen los derechos á la soberanía de España, consumando una gran iniquidad, es capaz de asombrar el ánimo mas despreocupado y descreído. EL DIA CINCO DE MAYO: este día fué tambien el primero que vió amanecer en su destierro de la isla de Elba, y el último que alumbró su vida en la roca de Santa Elena.

(Entre tanto habia corrido ya la generosa sangre española; Madrid dió el grito de guerra, y despues, toda á un tiempo, se levantó la nacion por su Dios, por su Rey y por su Patria. JOVELLANOS, á quien se mandó poner en libertad en un real decreto de 22 de marzo, expedido por Fernando VII y refrendado (¡quién lo diría!) por el marqués Caballero, volvía entonces á su hogar, deseoso de reponerse de los males padecidos en su larga prision. Tan pronto como salió del castillo, no mas tarde que al dia siguiente, corrió á la Cartuja de Valdemuza y pasó la Semana Santa en compañía de los ejemplares anacoretas que tanto le habian favorecido, recibiendo ahora de ellos nuevas pruebas de amor; y no se desprendiera tan pronto de sus brazos á no instarle dentro del pecho el recuerdo que siempre vivo conservaba de sus paisanos, del pueblo que le vió nacer, del Instituto y de sus alumnos. Ardía en ansia de volver á Gijón para consagrar los años que le restasen de vida á dirigir su escuela, enseñar á los jóvenes de la provincia, y procurar la felicidad y los adelantamientos de su pais natal. Esperaba además reparar en aquel sitio el quebranto de su salud; tenía tan escasa, y tal le habia dejado de macilento y extenuado su encierro, que aun dos meses despues no le conoció al verle un grande amigo suyo, don Juan Arias Saavedra, con quien fué á pasar unos dias en su casa de Jadraque. Pero antes de embarcarse para el continente, que fué á 19 de mayo, residió algun tiempo en Palma, y visitó varios puntos de la isla; entonces bosquejó una memoria sobre las fábricas de Santo Domingo y San Francisco de Palma y una descripcion histórico-artística del edificio de la Lonja de la misma ciudad, cuyos opúsculos, con la descripcion del castillo de Bellver, de que ya antes hemos hecho mérito, y las memorias de la misma fortaleza, compuestas tambien mientras en ella estuvo preso, forman un precioso estudio de gran interés para la historia general de la arquitectura, y utilísimo para conocer á fondo la de la edad media.

Al llegar á Barcelona le recibió con grandes muestras de aprecio el general Ezpeleta, que tenia el mando de las armas en aquella provincia y era sabedor de sus merecimientos y desgracias. Ofrecióle su casa y le instó á que tomase en ella algun descanso; pero despues de tan largo encierro le era á JOVELLANOS insopertable el bullicio de las grandes poblaciones, y determinó partir inmediatamente á Molins de Rey, dejando en la ciudad á su mayordomo con el encargo de recoger el equipaje y de buscar y disponer un coche para continuar en breve la marcha; y como el fiel servidor supiese cuán ardientemente deseaba su amo partir, para mayor desembarazo y celeridad resolvió dejar confiado á persona amiga el equipaje. Perdióse este á la entrada de los franceses, y con él una escogida coleccion de libros y algunos manuscritos y apuntamientos, que eran fruto de sus tareas en los breves espacios en que durante su dilatada reclusion se le permitió leer y escribir. «Pérdida pequeña en sí, dice él mismo en su *Memoria*; grande en mi estimacion;» grande sin duda para los aficionados al estudio de las ciencias y al culto de las letras.

Cuando llegó á las puertas de Zaragoza, ya se habia levantado este pueblo, y al punto con ruido y confusion rodearon su coche gentes de la ciudad y del campo, informadas de que venia de Barcelona. Pedían unos á voces que se registrara con la mayor

escrupulosidad el carruaje, y otros que se arrestase al viajero y se le llevara á presencia del nuevo general, don José de Palafox. En esto conoció alguno de los circunstantes, supuso quién era, y corriendo la voz, cesó el tumulto; trocóse en aplauso la desconfianza, y fué entre vitores conducido á casa de su amigo el marqués de Santa Coloma. Apresuróse Palafox á verle, y con reiteradas instancias le pidió que permaneciese en su compañía y le ayudara con sus consejos; pero JOVELLANOS no podia tenerse de pié; mas parecia un meribundo que un hombre capaz de organizar ejércitos y juntas de gobierno, y sintiéndose falto de todo vigor, suplicó al caudillo de los aragoneses que lejos de detenerle, protegiera la prosecucion de su viaje. Cedió benévolo Palafox á sus ruegos; le acompañó durante la noche á una posada extra-muros, y al amanecer del siguiente dia le puso en camino, dándole una escolta de escopeteros, mandada por el tío Jorge, el insigne patriota que murió despues sobre una batería en la primera defensa de la ciudad siempre heróica, cuyo nombre ha de servir perpétuamente de enseñanza y de bandera á los pueblos que quieran resistir el yugo de extraña gente.

Llegó por fin á Jadraque, y allí estaba bien avenido con la tranquilidad de espíritu que aquella residencia le proporcionaba, respirando el aire puro del campo, y confortándose con las atenciones de la amistad, cuando se presentó á deshora un correo de Madrid; enviábale el príncipe Murat, general en jefe de las tropas francesas que habian invadido la Península, y era portador de una orden para que se presentase JOVELLANOS en la capital. Contestó que estaba enfermo y no podia moverse, y con esta evasiva despachó al posta, proponiéndose desoir todos los nuevos mandatos que á éste tenor se le hiciesen. Mas no es posible figurarse la sorpresa, la indignacion, la vergüenza que se apoderaron de su ánimo candoroso cuando otro correo, despachado desde Bayona por el mismo Napoleon, le trajo la noticia de haber sido nombrado ministro de lo Interior en el gobierno del rey intruso, y la orden del Emperador para que antes de encargarse del ministerio pasase á Asturias y con su ejemplo y su voz apaciguara el principado. Habian de ser sus compañeros en el ministerio grandes amigos suyos, como Urquijo, Azanza, Mazarredo y Cabarrús; de uno de ellos traíale carta el portador de las órdenes; en ella le referia Azanza todo lo acaecido en Bayona, y noticiábale que en lo sucesivo regiria á los españoles una constitucion ilustrada, destruyéndose los abusos contra cuya existencia habia clamado siempre el perseguido escritor, y al propio tiempo planteándose las mejoras por él aconsejadas y defendidas antes, con lo cual muy luego se trasformaria el reino; participábale tambien cómo el mismo rey don Fernando, no contento sin duda con haber hecho renuncia de todos sus derechos, acababa de escribir una carta á Napoleon felicitándole por el advenimiento de su hermano José al trono de España; y añadia, por último, que los mismos individuos de la comitiva de Fernando, apegados á su persona y consejeros de sus actos, un duque de San Carlos, un Escoiquiz, habian dirigido un humilde escrito al rey de la nueva estirpe, *considerando como obligacion suya muy urgente la de conformarse con el sistema adoptado y estar prontos á obedecer ciegamente su voluntad* (la de José) *hasta en lo mas minimo*. Cierta era, por desgracia, lo que Azanza referia, como que están copiadas textualmente estas palabras del espontáneo memorial presentado al rey intruso por la servidumbre del legítimo monarca. Tales noticias, ya de muchos españoles conocidas, no pudieron hacer cambiar de resolucion á JOVELLANOS; contestó al Emperador en términos parecidos á los que habia usado con Murat, y á Azanza dijo que «estaba muy lejos de admitir ni el encargo ni el ministerio, y que le parecia vano el empeño de reducir con exhortaciones á un

pueblo tan numeroso y valiente y tan resuelto á defender su libertad. Redoblaron sus instancias los de Bayona; y Ofarril, Mazarredo y Cabarrús le escribieron esforzando las razones de Azanza, exponiendo otras nuevas y pintándole como desesperada é inútil toda resistencia. A unos y otros dió respuesta, repitiendo lo que ya tenia manifestado, y expresando en una de sus cartas «que cuando la defensa de la patria fuese tan desesperada como ellos se pensaban, sería siempre la causa del honor y la lealtad, y la que á todo trance debia preciarse de seguir un buen español». Palabras dignas de eterna alabanza y de pasar á la posteridad.

Abatida y desatinada era por entonces sin duda la resistencia de los españoles, si han de juzgarse empresas de este género por sus probables resultados. Abatida y en silencio la Europa, vencidos grandes y poderosos ejércitos capitaneados por ilustres caudillos, obedientes casi todos los gabinetes á la voz del emperador francés, ni aun siquiera podia soñarse que la resistencia española fuese mas que una gran locura, una heroica, pero inútil calaverada. Si á esto se agrega el mal estado del reino, si se toma en cuenta que los consejeros del monarca nuevamente aclamado eran mucho mas ineptos que los del anterior, que su conducta habia sido torpe hasta llegar á Bayona, y ajena á toda grandeza y elevacion en llegando á aquella ciudad; si se trae á la memoria que nuestros reyes habian abdicado la corona y traspasádola á las sienes del jefe del imperio, dando con ello pretexto á que se acallaran los escrúpulos de la lealtad jurada; y si, por último, se tiene presente que José Bonaparte comenzaba su reinado prometiéndolo todas ó la mayor parte de las mejoras por que anhelaban los hombres doctos de aquel tiempo, y se proponia sostenerlas con gran número de aguerridos soldados, fácilmente se comprenderá por qué no era de esperar otra cosa sino que ante el nuevo ídolo doblasen la rodilla los españoles. Así se explican las defecciones que tuvo la causa de la patria, y la circunstancia de reclutarse aquellos á quien se llamó *afrancesados*, entre los hombres que pasaban por mas instruidos y capaces. ¿Y cuál otra hubiera podido dejarse alucinar con mayor disculpa que JOVELLANOS, á quien siete años tuvo preso el gobierno de la dinastía legítima, y que ahora recobraba la libertad en virtud de un decreto refrendado por el mismo ignorante ministro que antes se habia prestado á ser instrumento de todas sus desgracias? No oyó, sin embargo, la instigadora voz del rencor, ni tampoco la persuasiva de la amistad; y sin vacilar un instante abrazó la noble causa de su patria, que se arrojó denodada á la pelea.

A pesar de sus constantes negativas y explícitas declaraciones, dieron el mal paso sus amigos de insertar su nombramiento en la *Gaceta de Madrid*: conducta que habria de estimarse pérfida si no la abonase la buena intencion; mas ni empañaron con eso el lustre de su limpia fama, ni le obligaron á aceptar el ministerio; expusieronle, sí, á una nueva persecucion del usurpador y del general Murat, que no pecó de blando para con los españoles. La jornada de Bailén, por siempre memorable en los fastos de nuestra historia, le libró de todo riesgo; la corte de José y su ejército tuvieron que retirarse de Madrid, y no pararon hasta verse en las orillas del Ebro. JOVELLANOS pudo respirar tranquilo en medio de los ardientes aplausos que todos le prodigaban por haber desdenado el ministerio y acogido desde el primer momento á las banderas de la patria.

Gloriosa fué, á mas no poder, la conducta de España: invadida alevemente, ocupada por sorpresa, no tenia á quien volver los ojos; de ejércitos organizados carecia por completo; de generales prácticos en la guerra, dignos de medirse con los invictos caudillos de las armas francesas, nadie tenia noticia; los hombres de estado, supo-

viendo que algunos mereciesen tal nombre, por cálculo los unos creyendo segura la victoria, por convencimiento los otros pensando que la dinastía de Bonaparte reinaría con gloria sobre los españoles, habíase hecho partidarios de José Napoleon. Pero el instinto general juzgó de otra manera, y resolvió con acierto: someterse equivalía á perder la nacionalidad, derribar la linea natural del Pirineo, entregarse al coloso de Francia, unirse al carro triunfador del héroe extranjero, borrarse del mapa de Europa como pueblo independiente, y sufrir el yugo infamante que pesa sobre las naciones envilecidas que hacen traición á la santa causa tradicional de su existencia. Quizá no se discurrió sobre nada de esto en el momento primero; pero todo se sintió con visísimo impulso, y produjo el levantamiento mas universal, mas espontáneo, y mas glorioso por consiguiente, que en sus páginas registra la historia. Los jóvenes que se dedicaban al estudio abandonaron las universidades, los religiosos dejaron sus conventos, los canónigos sus catedrales, los médicos se olvidaron de sus enfermos, los abogados de sus pleitos, los labradores soltaron el arado, los fabricantes sus máquinas, y todos corrieron á combatir, en confuso turbien algunas veces, con mas orden después, con desgracia en muchas ocasiones, con gloria siempre, al enemigo que alevoso y artero se habia apoderado de nuestro territorio.

Se han burlado algunos, y entre ellos nuestros mismos poco desinteresados auxiliares, y sus capitales; mas célebres, de aquellos nuestros ejércitos improvisados, sin táctica, sin disciplina, sin conocimiento del arte de la guerra, sin oficiales experimentados ni generales famosos; en esto precisamente se cifra nuestra gloria, y por esto además vencieron los españoles. Que la tierra en que vimos la luz produce grandes hombres y capitanes invencibles, lo tenían ya demostrado muchas generaciones. Los mas de nuestros antiguos reyes fueron eminentes caudillos: bastan los Alfonsos, los Fernandos, los Pedros y los Jaimes de Castilla y de Aragon para formar un catálogo tal de heroicas monarcas, que no pueda presentarle mas numeroso ni de mayor valía pueblo alguno de Europa; el Gran Capitán, el duque de Alba y Hernán-Cortés han elevado su gloria y la de la patria, sin que nadie se atreva á oscurecerla; nuestra infantería en Italia, nuestros tercios en Flandes, nuestros hombres de armas en Pavia, en San Quintín y en Otumba no han menester que ahora nuevamente se les alabe. De lo que á España cumplia dar testimonio, y patente lo dió, asombrando al orbe entero, es de que sin soldados veteranos, sin generales expertos, sin planes estratégicos y sin plazas pertrechadas, todavía es incontestable por el indomito valor de sus moradores. Tan gloriosa es á nuestros ojos la batalla de Bailén como la rota de Ocaña: figurará la primera en los fastos de nuestras marciales glorias; la segunda contrilayó á formar esa magnífica epopeya en que vencedores ó vencidos, bien acaudillados como en Bailén ó mal dirigidos como en Ocaña, nuestros padres no economizaban su sangre, ni perdian el denuedo, ni se arredraban por los reveses, ni se cuidaban del éxito de una batalla, ni dejaban de volver á la pelea. Hambrientos casi siempre y desnudos, guiados por hombres de humilde extracción, como Mina y Morillo, ó por hijos de casas solariegas, como Castaños y Palafox; revueltos los descendientes de nobles familias, como los que después fueron duques de Frias y de Rivas, con proletarios, como el Empecinado, y con modestos representantes de la clase media, como el padre del autor de estas líneas, soldado voluntario en aquehas campañas, nunca cejaron en su propósito, aunque alguna vez, aunque muchas veces, fueron derrotados en encuentros infelices. Las guerras de gabinete terminan en un día con batallas como la de Austerlitz ó la de Jena; las guerras nacionales no concluyen

ni aun con derrotas tan sangrientas como la de Medellin, en que perecieron al filo de las espadas vencedoras diez mil españoles, cuyos despojos blanqueron por mucho tiempo en aquella vasta llanura, ocultando las pintadas flores de una y otra primavera.

Momentos hubo, y el que siguió á este glorioso desastre fué uno de ellos, en que los candillos imperiales dieron por terminada la guerra; pero España continuó luchando, puesta la confianza en Dios y en su justicia. En tal coyuntura se redoblaron las sollicitaciones dirigidas á JOVELLANOS, escribiéndole el general Sebastiani una carta que así decia :

« Señor : La reputacion de que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais de verla feliz y floreciente, deben haceros abandonar un partido que solo combate por la Inquisicion, por mantener las preocupaciones, por el interés de algunos grandes de España, y por los de la Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgracias de la España. Un hombre cual vos sois, conocido por su carácter y sus talentos, debe conocer que la España puede esperar el resultado mas feliz de la sumision á un rey justo é ilustrado, cuyo genio y generosidad deben atraerle á todos los españoles que desean la tranquilidad y prosperidad de su patria. La libertad constitucional, bajo un gobierno monárquico, el libre ejercicio de vuestra religion, la destruccion de los obstáculos que varios siglos há se oponen á la regeneracion de esta bella nacion, serán el resultado feliz de la constitucion que os ha dado el genio vasto y sublime del Emperador. Despedazados con facciones, abandonados por los ingleses, que jamás tuvieron otros proyectos que el debilitaros, el robaros vuestras flotas y destruir vuestro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, no podeis ser sordos á la voz de la patria, que os pide la paz y la tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo con nosotros, y que la energía de España solo se emplee desde hoy en cimentar su verdadera felicidad. Os presento una gloriosa carrera; no dudo que acojais con gusto la ocasion de ser útil al rey José y á vuestros conciudadanos. Conoceis la fuerza y el número de nuestros ejércitos, sabeis que el partido en que os hallais no ha obtenido la menor vislumbre de suceso; hubierais llorado un dia si las victorias le hubieran coronado, pero el Todopoderoso, en su infinita bondad, os ha libertado de esta desgracia. Estoy pronto á entablar comunicacion con vos y daros pruebas de mi alta consideracion. »

Quiso la buena suerte de JOVELLANOS depararle ocasion oportuna para que, á raíz de la sangrienta catástrofe presenciada por el pueblo en que nació Hernán-Cortés, fuese el órgano de los sentimientos de España. Su respuesta contiene las siguientes palabras, que no han menester elogio ni comentario :

« Señor General : Yo no sigo un partido; sigo la santa y justa causa de mi patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos habemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendéis, por la Inquisicion, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro Rey, nuestra Religion, nuestra Constitucion y nuestra Independencia... No hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresion ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á quienes, despues de pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes, se niega aun aquella humanidad que el derecho de la guerra exige y encuentra en los mas bárbaros enemigos. Pero ¿ á quién serán imputados estos males? ¿ á los que los causan, violando todos los principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que

•lidian generosamente para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para siempre
•de esta grande y noble nacion? Porque, señor General, no os dejeis alucinar; estos
•sentimientos, que tengo el honor de expresaros, son los de la nacion entera, sin que
•haya en ella un solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, que
•no sienta en su pecho la neble llama que arde en el de sus defensores... En fin, señor
•General, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que,
•segun ven decís, profesa vuestro rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro
•territorio, reconozca que una nacion, cuya desolacion se hace actualmente á su nom-
•bre por vuestros soldados, no es el teatro mas propio para desplegarlos. Este seria
•ciertamente un triunfo digno de su filosofia; y vos, señor General, si estáis pene-
•trado de los sentimientos que ella inspira, deberéis gloriaros tambien de concurrir á
•este triunfo para que os toque alguna parte de nuestra admiracion y nuestro reco-
•nocimiento. Solo en este caso me permitirán mi honor y mis sentimientos entrar con
•vos en la comunicacion que me proponeis, si la suprema Junta Central lo aprobaré.

Tiene por fecha esta carta el 24 de abril de 1809; sus palabras nos conducen natu-
ralmente á referir cómo habia sido nombrado JOVELLANOS para la Junta Central,

Cuando despues del Dos de Mayo se hubo levantado todo el reino con irresistible
impulso y como si de pronto le agitara con la rapidez del pensamiento algun secreto
resorte, cada provincia encomendó su direccion y gobierno á una junta especial. Mu-
chos han creido que este proceder fué hijo de conservar cada cual de las comarcas es-
pañolas distintas tendencias y costumbres, y anhelo inextinguible por aislarse de las
demás á consecuencia de haber formado en lo antiguo todas ellas reinos separados, in-
dependientes y aun rivales. Nosotros, sin negar que este mal exista en España y que
seria conveniente acudir á su remedio con tino y perseverancia á fin de que se arrai-
gue y fortifique la unidad nacional, no nos conformamos con la opinion de los que
juzgan que fué tal la causa de conducirse las provincias segun se ha visto en los prin-
cipios de la guerra contra los franceses en 1808. Hicieron entonces la que únicamente
les era dado, no habiendo de elegir sino entre dos caminos: ó someterse y tolerar el
oprobio y la aniquilacion de la España independiente, ó levantarse como se levanta-
ron, organizarse como se organizaron y combatir como combatieron. De la capital del
reino estaba ya apoderado el extranjero, y de varias plazas y fortalezas; no era posible
una comunicacion tranquila, periódica; á través de ejércitos numerosos distribuidos en
varios puntos de la Península. ¿Pues qué otro partido adoptar, sino el que adoptaron
los españoles, aconsejados del patriotismo para su alzamiento, y de la necesidad para
su organizacion? Cabalmente entonces no habia peligro alguno, ni el mas pequeño,
de que se desmembrase el reino tan á duras penas formado en el trascurso de muchos
siglos y á costa de tan grandes fatigas. El lazo de union entre las diversas comarcas
de la Península es la religion y la monarquia; sin la unidad católica y sin el sentimiento
monárquico no hay para qué disputar si habriamos adelantado mas ó menos en las pa-
sadas edades, porque no habria España. Y como la religion y la monarquia, el cató-
licismo y la legitimidad del trono, fueron los dos móviles de aquella santa y patriótica
guerra, no habia nada que temer de la formacion necesaria, indispensable, de las
juntas de gobierno para cada una de las diversas provincias. No se nos oculta que en
adelante; puestos los ojos en aquel ejemplo, se ha procedido de la misma manera or-
ganizando resistencias rebeldes contra gobiernos legítimos; pero eso nada quiere decir
contra las juntas de 1808. Las unas por los medios que están á su alcance se proponen

defender la nacionalidad; introducen las otras el desconcierto en el seno de la madre patria, y tienden á desbaratar y destruir la monarquía, haciendo imposibles por muchos años el gobierno y la administracion; las unas son el resultado de un pensamiento universal y unánime, que tiene por mira libertarse de extraño yugo; y son hijas las otras de las intrigas de un partido en contra de sus adversarios, siendó el fin de cada uno de ellos apoderarse del mando y repartir entre sus secuaces los cargos públicos y los sueldos que les sirven de estipendio.

Prueba irrecusable es de que las juntas formadas para el gobierno de las provincias en la invasion francesa no hacian peligrar la integridad del territorio y la unidad nacional, el haber procurado estas corporaciones, en cuanto les fué posible, pónerse de acuerdo entre sí, uniformar sus medios de accion, y sujetarse á un centro superior y único. Tan pronto como la batalla de Bailén obligó á retroceder hasta la frontera de Francia á los ejércitos imperiales, entraron en tratos y negociaciones las juntas de provincia para la formacion de una Central y Suprema, que gobernase el reino en nombre del ausente y oprimido monarca. Se ha dicho que tambien este pensamiento fué desacertado y anárquico, y que en vez de la Junta, debió crearse una regencia de uno, tres ó cinco individuos, como manda la ley de Partida, y concentrar el poder en pocas manos, y estas vigorosas y firmes. Nueva ilusion y error; que se desvanece con el mero recuerdo de los hechos y sus circunstancias. La regencia que en sentir de algunos procedia formar, segun la misma ley, habia de ser nombrada por las Cortes. ¿Y á estas entonces quién las convocaba? Y si las Cortes no, ¿quién nombraba la regencia? Desde que pasó la corona á la dinastía austriaca, en España realmente no se habian reunido las Cortes; menos aun pensó en elles la augusta estirpe de Borbon. Antiguamente celebráronse en Castilla de una manera, de otra en Aragón, de otra en Navarra, y aun separadamente en Valencia y Cataluña; y de las de Castilla fueron expulsados los grandes y los nobles en el reinado del emperador don Carlos. Fuerza era pues, en la ocasión de que se trata, resolver en qué forma deberian convocarse. ¿Pedia llamar por sí cada junta unas cortes especiales? Absurda presuncion, propia solo para aumentar la anarquía y aniquilar el reino. ¿Habian de congregarse cortes distintas en cada una de las antiguas monarquías peninsulares? Hubiera sido esto incurrir en el propio defecto que se censura, y en un solo día deshacer la obra lenta y progresiva de los siglos, separar de un solo golpe lo que poco á poco juntó infatigable perseverancia; perpetuar, sin que la necesidad lo disculpara, el sistema de gobiernos provinciales, que por el pronto habian sido necesarios. ¿Y cuál sistema se habia de elegir? ¿El antiguo de Castilla, acaso el moderno, el de Aragón, el de Navarra, ó uno que respetando las tradiciones comunes á todos, se pudiera llamar español? Pues mientras todas estas cosas se resolvian, para resolverlas; y para gobernar entre tanto, era de todo punto indispensable formar la suprema Junta Central. El Rey no lo podia resolver, ausente como se hallaba é incomunicado con sus pueblos; tuvo solamente ocasion de manifestar que de su renuncia estaba pesaroso, ó que la habia hecho forzado; habia dicho tambien que era su voluntad que se celebraran cortes; pero sin ordenar nada acerca del modo de celebrarlas y proveer á la gobernación de la monarquía. Hizose pues á la sazón, como al principio, lo que únicamente permitian las circunstancias; y ahora, como antes, hubiera equivalido el no hacerlo á desistir de la guerra, ó cuando menos á dar de mano al pensamiento patriótico y salvador de formar un gobierno que aunase los esfuerzos de todos los miembros dispersos.

Lo que si estaba en lo posible y aconsejaba la prudencia era que la misma Junta Central, una vez instalada y reconocida por todos los defensores de la legitimidad, crease con individuos de su propio seno una regencia interina, que ya así se llamara, ya comision ejecutiva ó de gobierno, ya de otro modo diferente; la cual hubiera debido conservar á la Junta para que; en calidad de auxiliar ó consultiva, la informase y la ayudara, y aun para que determinase la forma, sitio y ocasion en que conviniera reunir las Cortes, si bien ejerciendo el mando ella sola, dirigiendo las operaciones militares, reasumiendo el poder que las juntas de provincia habian delegado en la Central, y que esta podia delegar á su vez en su comision ejecutiva ó de gobierno. Tal fué el parecer de JOVELLANOS; pero, sin desaprobarlo jamás, fueron sus colegas aplazando de dia en dia el tomarlo en cuenta, y no llegó al fin á discutirse, porque lo impidieron las circunstancias y los enemigos, que seguian apurando cada vez mas á los españoles. Convenimos en que debió hacerse lo que queda expresada, y la iniciativa del pensamiento corresponde precisamente á DON GASPÁR; en que la reunion de la Junta pecase de ilegítima y desacertada no convenimos de ningun modo. Como quiera que sea, para esa Junta Central y Suprema es para la que fué elegido JOVELLANOS por el principado de Asturias.

Tan pronto como se le comunicó el nombramiento, dejó su retiro de Jadraque, se dirigió á Madrid y se dispuso á cumplir las obligaciones de su cargo, á pesar de sus muchos años, graves achaques y escarmientos anteriores; que nunca fué sordo á la voz de su patria, y loenos que nunca era noble y justo en aquellos dias anteponer la conveniencia personal al interés y á la defensa del Estado. Quería en sus previsores pensamientos que la Junta se reuniese en Madrid; pero habiendo resuelto el mayor número que se estableciera en Aranjuez, verificóse solemnemente su instalacion en el palacio de este real sitio á 25 de setiembre de 1808.

No es el presente escrito lugar oportuno para juzgar á aquel gobierno: formado de muchas personas, no tuvo la cohesion conveniente; reinando en él diversas y aun encontradas opiniones, no fué posible que señalara con mano segura el rumbo que en España debian seguir las ideas nuevas para producir resultados ventajosos sin trastornos y perturbaciones. Pero en fidelidad á su rey y á su patria, en celo por la defensa del territorio, en constancia para sostener la guerra contra el invasor, ninguno de cuantos gobiernos le sucedieron logró aventajarle. En el seno de la Junta Central comenzó el famoso litigio entre las ideas antiguas y las modernas acerca de la forma de gobierno; pendiente está todavia de fallo en el continente europeo, y darle ahora y en este sitio seria presuncion temeraria. Puede tan solo asegurarse con evidencia que en algunos periodos de la vida de los pueblos no es fácil elegir entre dos opuestos sistemas; los que son llamados á gobernar no han de proceder como un filósofo, que medita y escribe en el fondo de su gabinete, sin consideracion á los dias presentes ni á las circunstancias del momento. Decida este de un modo abstracto y absoluto cuál es á sus ojos el sistema mejor para regir las sociedades; el repúblico ha de enterarse de lo que paseó su alrédedor, ha de tomar las cosas tal cual las halle, los hombres según sean, las opiniones como corran y dominen, contentándose con hacer el bien que esté en su mano, lo cual muchas veces consiste en evitar el mayor número de males posible. A principios del presente siglo, formada la inteligencia de los jóvenes con la lectura de los libros que habia dado á luz la revolucion de Francia, con el ejemplo vecino y con el espectáculo doloroso del reinado de Carlos IV y de la privanza de Godoy,

cuyas consecuencias exageraba unánime el pueblo español, era imposible no decidirse por el régimen representativo. El conde de Floridablanca, presidente de la Junta Central, fué en ella el jefe de un partido que se oponia á innovaciones peligrosas y queria conservar intacto, y aun ensanchar, el poder de nuestros monarcas; ni era enemigo de las luces ni de las mejoras morales y materiales que exige la moderna cultura y el espíritu de la época; pero á su juicio, mejor las realizaria un rey dotado de amplias facultades y asesorado de Consejos sábios y numerosos, que los gobiernos que se llaman representativos, condenados á perpétua inestabilidad y agitacion extraordinaria. Tenia acaso razon el antiguo y afamado ministro de Carlos III, y llegará quizá dia en que su plan sea por todos considerado como el solo capaz de salvar á las naciones de una espantosa ruina; pero se engañaba tal vez sosteniendo que en aquel tiempo era posible dejar de dar al pensamiento alguna latitud, y un tinte al gobierno de representacion pública, de libre discusion y de formas constitucionales, ó por mejor decir parlamentarias. JOVELLANOS opinaba lo contrario. ¿Cuál de estos dos sistemas predominará cuando vuelvan en su acuerdo los pueblos, curados al fin del horrible delirio que hoy los conmueve? ¿Quién de ambos acertaba, Floridablanca ó JOVELLANOS? Ya lo hemos dicho; no es todavía llegada la ocasion de sentenciar definitivamente este proceso; cualquiera fallo pecaria aun de apasionado y habria de tenerse por alegacion de una de las partes contendientes, y no por sentencia inapelable de competente tribunal. Falle como juez la posteridad algo mas remota, amaestrada por la historia de los pasados siglos y fortalecida con el caudal de experiencia que nosotros le legáremos.

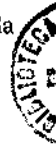
Pero lo que ya no es lícito dudar, lo que está ya patente para la vista menos perspicaz y el mas vulgar entendimiento, es que una vez decididos nuestros padres por el régimen constitucional ó representativo, para designarle como ahora se estila, ó seáse por las soluciones de la escuela liberal, lo que tan solo ofrecia probabilidades de permanencia y duracion y virtud suficiente para librar al reino de las revoluciones y reacciones que tantas veces le han alterado, presentándonos rebajados á los ojos de la Europa, aun despues de tan gloriosas campañas como las de la Independencia, era el plan que proponia JOVELLANOS.

Quería este varon insigne, verdadero fundador del partido conservador ó moderado, que se convocasen unas solas cortes generales para todo el reino, atento á no romper la unidad nacional; pero queríalas parecidas á las que de antiguos tiempos recordaban la historia y la tradicion. Si este dictámen hubiera prevalecido; si en lugar de seguir el ejemplo de la ásamblea constituyente de Francia, se hubieran tenido en cuenta los que presentaba la historia patria; si nuestros prelados y nuestros grandes hubiesen tomado asiento desde luego en las asambleas legislativas, lícito es pensar que otra habria sido la suerte de la nacion española. JOVELLANOS afirmaba que España tenia ya su constitucion, no articulada, no escrita en un cuaderno de pocas páginas, pero si fundada en sus antiguas costumbres y consignada en sus códigos y en su historia. Recopilarla y restablecerla era su anhelo y su propósito, é imitar así la conducta que observó Inglaterra en su revolucion de 1668, consiguiendo provechosos y permanentes resultados, porque nunca se salió del carril histórico-tradicional. A no haberse empeñado todos en aquel país (que los liberales del continente, sin reflexionar lo que dicen, presentan como modelo) en que los lores temporales, cubiertos con sus arminios y adornados con sus blasones, y los espirituales con sus vestiduras, siguiesen recibiendo siempre en la barra á los comunes, en que jamás se considerase completo el parlamento

sin el concurso del Rey, y en sostener la constitucion antigua por respeto á las formas tradicionales, ¡cuántas veces se habrian visto cubiertas de barricadas las calles de Londres! Cuántas habria ya corrido la sangre de aquellos isleños en las ciudades y los campos de la Gran Bretaña! Pero aquí se procedió á la francesa, y aun peores frutos que nuestros vecinos recogimos nosotros. Se convocó una asamblea popular, única, omnipotente; hizo esta una constitucion medio monárquica, medio republicana, monstruo informe de partes abigarradas, exótica en España, contraria á nuestras costumbres y antiguas leyes, y vino abajo por su propio peso, sin que lo sintieran el clero ni los nobles, en cuyas pretensiones mas legítimas habia desairado, sin que en el mismo pueblo produjera su caída disgusto, sino antes al contrario cierta alegría, y teniendo motivo el Rey, que no pretextó, para derribarla de un soplo. Librenos Dios de justificar, ni de disculpar siquiera, la conducta rigorosa y cruel que se observó despues con sus candidos autores, que pecaron de inexperiencia, y no de malicia; pero su obra por fuerza tenia que morir al punto, y si bien es probable que la historia se muestre severa con la reaccion de 1814, no será blanda con los autores de un código que echaba por tierra la monarquía, y no se podia presentar con formalidad al Rey para que le aprobase.

Figúrese el lector que el plan de JOVELLANOS se hubiera realizado. ¡Cuán diversas habrian sido las consecuencias, no solo para la tranquilidad pública, sino tambien para los mismos partidarios de las opiniones liberales! Solo Dios puede sondear el corason de los hombres y saber lo que habria hecho Fernando VII al regresar de Francia, próximo á despenarse Napoleon de en portentosa grandeza; pero no es temerario suponer que acaso habria aceptado, de buena ó mala gana, las instituciones antiguas, vestidas en lo posible á la moderna; lícito es creer que no habria derribado una constitucion que se pareciese á la de nuestros antiguos reinos, siempre que la monarquía hubiese quedado incólume en su representacion, y fuerte y libre y desembarazada en sus prerogativas. Y si aun así el Rey tampoco la hubiese aceptado, esta constitucion á lo menos, restablecida mas tarde, no habria sido derribada ciertamente: por un ejército de Luis XVIII de Francia, cruzándose de brazos y consintiéndolo Inglaterra.

Todo lo que escribió á este propósito JOVELLANOS es propio de un verdadero hombre de estado y merece ser detenidamente leído. Confesémos para gloria suya que cuánto se ha dicho en el mismo sentido desde 1834 hasta el presente por varios oradores y escritores, es una imitacion de sus informes á la Junta Central y de una parte relativa á este asunto de la *Memoria* que compuso en defensa de aquel cuerpo. Le ha sucedido en esta empresa lo mismo que con las opiniones que habia sustentado en el *Informe sobre la ley agraria*. Los enemigos de toda reforma política y algunos de los que hoy, escarmentados en vista de lamentables extravíos, que no admiten justificacion ni disculpa, vuelven los ojos con envidia á tiempos anteriores y quisieran resucitarlos, nensuran á JOVELLANOS, haciéndole responsable de todos los males á que dió origen la reunion de las Cortes, por haber sido él en la Junta Central jefe del partido que la consideraba necesaria. Esta acusacion es tan injusta y tan fácil de desvanecer como la otra: su pecado (si es que in hay, que nosotros no lo hemos de decidir) consistiria, si acaso, en ser liberal, como ahora se dice; pero dentro del partido que desde entonces con este nombre se califica, no cabe proceder con mayor juicio. Cuando propuso á la Central, á poco de instalarse, en 7 de octubre de 1808, su pensamiento acerca de la institucion del nuevo gobierno; dejó asentado que ningun pueblo tiene el derecho de insurreccion, y que concedérsele en cualquiera forma seria destruir los cimientos de la



obediencia debida á la autoridad suprema, sin la cual no habria de ofrecer á la sociedad su constitucion garantia ni seguridad de ninguna clase. Ciertó es que en su arrebatado frenesí dieron al pueblo los franceses este derecho, consignándolo en un código que se hizo en pocos dias, llenó pocas páginas y duró muy pocos meses; «mas esto fué solo para arrullarle mientras que la cuchilla del terror corria rápidamente sobre las cabezas altas y bajas de aquella desgraciada nacion.» Cuando mas adelante elevaba á la Junta su dictámen sobre la convocacion de las Cortes por estamentos, decia que segun el derecho público de España, la plenitud de la soberanía reside en el Monarca, sin que la mas mínima porcion de ella exista ni pueda existir en otra persona ni en cuerpo ninguno; que ha de considerarse, por lo tanto, como una herejía política el sostener que una nacion completamente monárquica es soberana, atribuyéndole las funciones de la soberanía; y que siendo esta indivisible por su naturaleza, no puede haber manera de despojar al Soberano, ni tampoco de que el Soberano se despoje á sí propio de parte alguna en favor de otro, ni aun de la nacion misma.

Pero donde mas notoriamente se comprende que seguidos los consejos de este ilustrado repúblico, no habrian ocurrido despues los sucesos que han abismado á España en opuestas direcciones; donde mas resplandece su prevision, es en unas palabras notabilísimas, que nos creemos obligados á reproducir textualmente, porque son un testimonio positivo de la fidelidad con que hemos interpretado sus opiniones.

«Y aquí notaré (dice en la consulta ya citada sobre las Cortes por estamentos, firmada en Sevilla á 24 de mayo de 1809) que oigo hablar mucho de hacer en las mismas Cortes una nueva constitucion, y aun de ejecutarla; y en esto si que á mi juicio habria mucho inconveniente y peligro. ¿Por ventura no tiene España su constitucion? Tiénela sin duda; porque ¿qué otra cosa es una constitucion que el conjunto de leyes fundamentales que fijan el derecho del Soberano y de los súbditos, y los medios saludables de preservar unos y otros? Y ¿quién duda que España tiene estas leyes y las conoce? ¿Hay algunas que el despotismo haya atacado y destruido? Restablézcanse. ¿Falta alguna medida saludable para asegurar la observancia de todas? Establézcase. Nuestra constitucion entonces se hallará hecha y merecerá ser envidiada por todos los pueblos de la tierra que amen la justicia, el orden, el sosiego público y la verdadera libertad, que no puede existir sin ellos. Tal será siempre en este punto mi dictámen, sin que asienta jamás á otros que so pretexto de reformas, tratan de alterar la esencia de la constitucion española. Que en ella se hagan todas las reformas que su esencia permita, y que en vez de alterarla ó destruirla la perfeccionen, será digno del prudente deseo de vuestra majestad (tenia este tratamiento la Suprema Junta) y conforme á los deseos de la nacion. Lo contrario, ni cabe en el poder de vuestra majestad, que ha jurado solemnemente observar las leyes fundamentales del reino, ni en los votos de la nacion, que cuando clama por su amado rey es para que la gobierne segun ellas, y no para someterle á otras que un celo acalorado, una falsa prudencia ó un amor desmedido de nuevas y especiosas teorías pretenda inventar.»

Digan ahora los hombres de recto juicio, y aquellos, sobre todo, que por su edad ó por sus circunstancias estén desapasionados y no hayan tomado parte en la contienda, si practicándose lo que Jovellanos propuso, habria sido de esperar la conducta observada por el Monarca en 1814, ni la série de revueltas que, originadas por el grave desacerto en que se incurrió desoyendo consejos tan sábios y propios de un previsor estadista, empezó entonces, y dura todavia cuando esto escribimos.

No cabe mayor desdicha que la de España en estos últimos tiempos: pudiérase creer, en leyendo las precedentes líneas, que las opiniones de JOVELLANOS no prevalecieron en la Junta Central, y no fué sin embargo tal cosa lo que aconteció; antes al contrario, con su claro razonamiento y persuasiva elocuencia triunfó de sus colegas, logrando que se aprobara su dictámen. Pero la mano aciaga de los motines comenzó ya en este punto á revolver las heces de la sociedad, y bajo el pretexto de que el enemigo se encontraba por Andalucía y se habia apoderado de Jaén y de Córdoba, impacientáronse las turbas en Sevilla, movidas por descarados revoltosos, y la Junta Central tuvo que salir fugitiva, encaminándose á la isla de León, habiendo sido JOVELLANOS el último que se embarcó en el Guadalupe. Perdieron sus equipajes aquellos leales defensores de la patria, y corrió gran peligro de perder tambien la vida el arzobispo de Laodicea, que desde que murió Floridablanca hacia veces de presidente. ¡Como si la Junta Central tuviese la culpa de que nuestros ejércitos hubieran sido desbaratados! ¡Como si no hubiese hecho bastante con no desmayar en medio de tantos crudos reveses, y con rechazar tenaz y heroica todos los tratos que movió el enemigo para que abandonase la causa de su legítimo soberano! Pues ¡qué! ¿ignoraban que habia triunfado nuevamente del Austria el dominador de la Francia, obligando á los antiguos césares á darle una princesa para su tálamo imperial? ¿No sabian que el autócrata de todas las Rusias tenia por entonces á honra solicitar su amistad y su alianza? ¿No habian visto al ejército inglés retroceder delante de su persona, y no parar hasta refugiarse en sus naves, ancladas en la Coruña? Jamás injusticia igual se cometió con un gobierno; pero quedó franca desde aquel instante la puerta á las asonadas, y ya en lo sucesivo no tienen cuenta las injusticias. Excusado parece añadir que los promovedores del alboroto, tan fieros y tan bravos con los inermes vocales de la Junta, no intentaron siquiera defender su hermosa ciudad, y permitieron que en ella entraran los franceses sin la menor resistencia.

Los pueblos del tránsito estaban ya alborotados por los emisarios de Sevilla, y aun hasta Cádiz llegaron sus manejos: la Junta Central acordó nombrar una regencia de cinco individuos y entregarle el mando, á fin de que, concentrado en pocas manos, cobrase vigor y fuerza; mas propúsose realizar lo acordado con dignidad y prudente calma, como en prueba de que no se disolvía con la precipitación del miedo ni por sugerencias interesadas. Fijó, pues, en un reglamento los medios de acción de los regentes, hizo que estos jurasen por Dios y por Jesucristo crucificado conservar la religion católica apostólica romana, sin mezcla de otra alguna, expeler á los franceses del territorio español, volver al trono de sus mayores al rey don Fernando VII, y *no quebrantar ni permitir que se quebrantasen las leyes, usos y costumbres de la monarquía*; ordenó que ninguno de sus miembros pudiese formar parte de la nueva regencia, y expidió el decreto convocando las Cortes. En este notable documento, escrito por JOVELLANOS, se encuentran las siguientes cláusulas:

«El Rey, y á su nombre la Suprema Junta Central de España é Indias... he venido en mandar y mando lo siguiente. Primero: la celebracion de las Cortes generales y extraordinarias, que están ya convocadas para esta isla de León y para el primer día de marzo próximo, será el primer cuidado de la Regencia que acabo de crear, si la defensa del reino, en que desde luego debe ocuparse, lo permitiere. Segundo: en consecuencia se expedirán inmediatamente convocatorias individuales á todos los reverendos arzobispos y obispos que están en ejercicio de sus funciones, y á todos los grandes

de España en propiedad para que concurran á las Cortes en el día y lugar para que están convocadas, si las circunstancias lo permitiesen. Tercero: no serán admitidos á estas Cortes los grandes que no sean cabezas de familia, ni los que no tengan la edad de veinte y cinco años, ni los prelados y grandes que se hallaren procesados por cualquiera delito, ni los que se hubieren sometido al gobierno francés... Duodécimo: serán estas (las Cortes) presididas á mi real nombre, ó por la Regencia en cuerpo, ó por su presidente temporal, ó bien por el individuo á quien delegare el encargo de representar en ellas mi soberanía... Décimoquinto: abierto el s6lio (ya antes en otro artículo se manda que esta ceremonia se haga segun las antiguas prácticas), las Cortes se dividirán para la deliberacion de las materias, en dos solos estamentos: uno popular, compuesto de todos los procuradores de las provincias de España y América, y otro de dignidades, en que se reunirán los prelados y grandes del reino.»

De propósito hemos transcrito estos mandatos, porque encargados de componer una biografía de JOVELLANOS, cúmplenos procurar que sea conocido con sus verdaderas facciones, y no con las que aparece en los falsos retratos que de él han hecho atrevidos dibujantes, fantaseándole á su propia hechura y semejanza, y delineándole á medida de su deseo.

¿Por qué no se publicó este decreto? No se ha podido averiguar, ignorándose además la causa de que no circularan las convocatorias á los grandes y prelados. En vez de cumplirse lo que en el citado documento se disponia, fueron llamadas Cortes de una sola cámara, y se proclamó el principio de la soberanía nacional. Los que tal mandaron dieron al olvido la tradicion y todos los antecedentes, entre los cuales figura el de que con la expulsion de los nobles de las Cortes habian desaparecido las libertades públicas en Castilla; olvidaron asimismo que las clases privilegiadas, que hoy no deben aspirar ni aspiran á otro privilegio, son las conservadoras naturales del órden social y de una libertad racional y prudente. Ellos son, pues, los que dieron muerte á la que JOVELLANOS llamaba con razon antigua constitucion de España; y engendraron otra sin ninguna condicion de posible vida; de ellos es la culpa de que naciese moribundo el gobierno representativo entre nosotros; de ellos tambien la mas grave de que los trastornos sucesivos hayan dado el triunfo alguna vez á los principios revolucionarios, y nunca á la libertad; la cual, como dice nuestro autor, «no puede existir sin la justicia, el órden y el sosiego público.»

¿Consistiria la falta de publicacion del decreto en que creyese la Regencia que habia sido ilegítima la Junta Central? No puede ser, porque de ella recibió la investidura y en su seno prestó juramento. ¿Eran acaso los miembros de la Regencia mas inclinados á las ideas nuevas que los de la Junta Suprema? No por cierto; antes se tachó á esta de haberlos elegido entre personas aficionadas al antiguo régimen. Fué sin duda que aun no habian pasado todos los días de prueba que Dios tenia reservados para la nacion española.

Disolvióse, pues, la Junta Central en la noche del 31 de enero de 1810, asistiendo á su sesion postrera y tomando en ella posesion, la Regencia, presidida por el general Castaños, á quien tocaba este honor hasta tanto que se presentase el obispo de Orense, que habia de ser presidente en propiedad. Así coronó aquel cuerpo respetable las funciones de su augusto ministerio, procurando salvar á la patria de la horrible anarquía que sus enemigos internos la tenian envuelta, y habiendo cumplido el sublime juramento que hizo en Aranjuez, acosada ya por las avanzadas del ejército enemigo, de

no oír ni admitir proposición alguna de paz sin que se restituyese á su trono el soberano legítimo, y sin que se estipulase por primera condicion la absoluta integridad de España y de sus Américas, sin la desmembración de la mas pequeña aldea, ¡Aun es glorioso, al contemplar estos hechos, haber nacido en España! Parece que asistimos al senado romano cuando el ejército de Anibal acampaba no lejos de la ciudad, despues de la batalla de Canas.

Los que tan rudamente combatieron á la Junta Central para derribarla, causaron á sus individuos un daño mayor que el de despojarlos del mando supremo: la calumnia se habia cebado en su fama, y en cuanto estuvieron reducidos á la clase de particulares y súbditos fueron por todas partes atropellados, no solo con falta de justicia, sino tambien de decoro. Primero y lastimoso ejemplo fué este (del cual, porcierto, han sobrevenido grandes daños) de humillar el principio de autoridad; seguido en mas de una ocasion, ha sido causa de que los gobiernos no hayan procedido siempre con el vigor y desembarazó indispensables para reprimir las malas pasiones. Se necesita un temple de alma nada comun, y esfuerzo casi heróico, para exponerse á riesgos ciertos en lo futuro, cumpliendo obligaciones que son además desagradables y penosas. Ciertó que debe ser examinada la conducta de los ministros, y castigados ellos si han cometido actos de infidelidad ó de peculado; mas hágase esto por quien tenga facultad competente, segun las leyes, y con la circunspeccion necesaria, á fin de que no redunde en descrédito de todos el desdoro de los malos gobernantes, y pierdan sus sucesores el prestigio que han medester para regir un reino. Cuando alzan su voz las pasiones, rompiendo todo freno; cuando se permite que la calumnia se ensañe con los que un dia gobernaron á su patria, y que la injuria sea el derecho comun de los caidos, los gobiernos no son fuertes, y la sociedad encierra en su seno un gérmen de perdicion. Los individuos de la Junta Suprema fueron atropellados indignamente por la chusma; la Regencia, que lo toleró y que en algun caso se convirtió en instrumento del ciego furor del vulgo, fué tambien á su vez calumniada y abatida. Las famosas cortes de Cádiz, mas atentas al afianzamiento de la libertad política que á la conservación del orden, hicieron muy poco caso de estos desmanes, y tambien los diputados sintieron muy pronto estallar sobre sus cabezas la tormenta de la saña popular, y desenfrenada y ciega la muchedumbre, los calumnió y maltrató como antes á los headmértitos patricios de que la Junta se componia. Nada menos que de traidores y ladrones se oyeron acusar aquellos hombres de bien, y hasta osaron decir los mismos que habian trabajado con el fin de que soltasen las riendas del gobierno, que se apresuraban á dejarlas y abandonarlo todo para poner en salvo el fruto de sus rapiñas: á presuncia de los alborotadoras y de la tripulacion de la fragata *Cornelia*, surta en la bahía de Cádiz, y á cuyo bordo se habian trasladado los mas, fueron ignominiosamente registrados sus baules y maletas, sin que á ninguno de ellos se le encontrase otra cosa que las prendas habituales de su vestido y las sumas proporcionadas á su condicion respectiva.

JOVELLANOS, por una casualidad, se libró de esta afrenta: en compañía de su fiel amigo, el marqués de Campo-Sagrado, habíase embarcado tambien en la fragata que debiendo marchar á Galicia en busca del obispo de Orense, los conduciria hasta punto no lejano de su provincia, desde donde pensaban hacer por tierra el resto del viaje. Noticiosos de que se dudaba en Cádiz de su honradez, se apresuraron á remitir una especie de reto, provocando á los calumniadores á suir á la luz del dia y justificar en algun modo sus alevosas acusaciones. El Gobierno no consintió este noble desenfado,

temeroso de que se promoviera mayor bullicio, y JOVELLANOS trató de pasar á tierra á fin de poner en claro los sucesos; mas impidiéronlo el Marqués y su esposa, conociendo que seria insultado por las audaces turbas y que no hallaria en las autoridades la proteccion necesaria. Supo tambien entonces que por la ciudad corria la nueva de que los miembros de la Central estaban arrestados á bordo de la *Cornelia*, voz que sin duda dejó correr el Gobierno con el intento de apaciguar á los revoltosos; y como JOVELLANOS era partidario decidido de las situaciones despejadas y claras, y á la sazón se encontraba en aquella bahía un bergantin de paso para los puertos de Asturias, pidió permiso al consejo de Regencia para trasbordarse á él con Campo-Sagrado y su familia; accedióse al punto á su deseo, y con esto, vuelta la calma á su espíritu, pudo apreciar las intenciones del Gobierno respecto de su persona, y dió respuesta contundente, aunque muda, á los propagadores de la degradante noticia. A pesar de todo, pidió á la Regencia su jubilacion ó retiro de consejero de Estado, y licencia para marchar á Gijón con objeto de procurar alivio á sus achaques y cuidar del Instituto; el Gobierno, que procuraba ser justo cuando podia, no enterándose el público (sin reparar que la debilidad en los que mandan es tan perniciosa como la falta de justicia, y que ambos defectos vienen á confundirse en uno de trascendentales y funestas consecuencias), respondió que no consentia en su retiro, pero sí en que se trasladase á su casa por todo el tiempo que la total curacion de sus dolencias reclamara: bien entendido que una vez restablecida su salud, deberia volver al consejo de Estado para coadyuvar á la salvacion del reino con sus notorias luces, acreditado celo y acendrado patriotismo; autorizábale juntamente á continuar desempeñando los encargos que en otro tiempo habia tenido, de adelantar la explotacion y comercio de carbon de piedra, que él habia promovido, y de perfeccionar el real Instituto Asturiano, por él fundado; y como hubiese renunciado á la mitad del sueldo que le correspondiera mientras durasen aquellas urgencias, disponíase en la misma real orden que lo cobrase íntegro y que emplease la mitad que queria ceder, del modo que le dictara su patriotismo. A darse á esta honrosa reparación, suscrita por el marqués de las Hormazas, ministro de la Regencia, la debida publicidad, y á no tolerarse la persecucion de que eran blanco otros vocales de la Central, llegando dos de entre ellos á verse encerrados en los fuertes de la plaza y á morir uno en la prision, no habrian tenido que sufrir JOVELLANOS y Campo-Sagrado las nuevas vejaciones y molestias que en el camino les sobrevinieron.

Que no habian manejado con pureza los caudales públicos era uno de los delitos que les imputaba el revuelto populacho; á este cargo contesta nuestro autor refiriendo que cuando iba á salir de Cádiz examinó el estado de su pobre bolsillo, y halló que todo su haber se reducía á 7,985 reales vellón y 200 onzas de plata en cubiertos; es decir, que atendidas las circunstancias de aquellos dias, los riesgos que se corrian por todas partes y las dificultades que aun por mar ofrecian los viajes, á duras penas poseia lo necesario para llegar á su casa, en la que nada le quedaba, por haberla entrado á saco los franceses; y si tenia que parar en algun punto, bien á causa de que las operaciones del enemigo no consintiesen el desembarco, bien por accidente ocurrido en la navegacion, ignoraba cómo habia de procurarse la subsistencia (1). De este apuro le sacó

(1) Es de advertir que el principado de Asturias señaló á JOVELLANOS cuatro mil ducados anuales como dietas mientras durase su encargo de individuo de la Junta Central; DON GASPAS se apresuró á renunciar

generosamente todo estipendio, y la provincia le dió las gracias, manifestando que aceptaba la renuncia por la estrechez de los tiempos.

su mayordomo, ofreciéndole 12,000 reales, ahorrados al cabo de trece años de servicios, y que aceptó agradecido JOVELLANOS: Llamábase tan leal servidor don Domingo García de Lafuente, y es el mismo que le acompañó en la Cartuja y en el castillo con singular fidelidad y constancia, bien recompensadas por cierto con las tiernísimas palabras que en su célebre *Memoria* le dedica su amo. De infidencia era la otra acusación; ya se ha visto la conducta de JOVELLANOS en particular y las cartas que mediaron con Sebastiani; fuera de que, como ya va apuntado, los franceses no le dejaron en su casa de Gijón ni muebles ni ropas, ni otra cosa mas que las paredes, y aun estas conmovidas y en ruina. Por lo que hace á la Junta, nadie hay ya que ponga en duda la pureza y desinterés de todos sus vocales; y en cuanto á la fidelidad con que cumplan sus juramentos, menester es consignar, para honra de aquellos varones, que por el mismo tiempo que se tentaba la de JOVELLANOS, un antiguo magistrado, de nombre Sotelo, que seguía la causa de los franceses, recibió el encargo de hacer proposiciones al gobierno de Sevilla, siendo el acuerdo que tomó la Junta digno en todo de la elevación y grandeza de aquella guerra descomunal: « Si Sotelo trae poderes bastantes para tratar de la restitucion de nuestro amado Rey y de que las tropas francesas evacuen al instante todo el territorio español, hágalos públicos en la forma reconocida por todas las naciones, y se le oirá con anuencia de nuestros aliados. De no ser así, la Junta no puede faltar á la calidad de los poderes de que está revestida ni á la voluntad nacional, que es de no escuchar pacto, ni admitir tregua, ni ajustar transaccion que no sea establecida sobre aquellas bases de eterna necesidad y justicia. Cualquiera otra especie de negociacion, sin salvar al Estado, envileceria á la Junta; la cual se ha obligado solemnemente á sepultarse primero entre las ruinas de la monarquía que á oír proposicion alguna en mengua del honor é independencia del nombre español. » Y como Sotelo insistiese por conducto del general Cuesta, se limitó á ordenar á este caudillo que volviese á leerle el anterior acuerdo, y le advirtiese que en adelante no recibiría mas contestacion si los franceses no empezaban por allanarse á cumplir lo que el gobierno español tenia reclamado. Entre tanto, y considerando que en algunas jornadas, como en la de Ciudad-Real, habia reinado desorden y confusion, y que en Medellin se habia combatido, aunque con desgracia, con ánimo sereno, perdiendo la batalla, pero con el rostro siempre de frente al enemigo, elevó á Cuesta, que la habia mandado y dirigido, á la suprema dignidad de capitán general de los ejércitos. No conocemos resoluciones mas heroicas de gobierno alguno ni en los antiguos ni en los modernos tiempos; ni sintió decaído su ánimo la Central á pesar del peligro que le amenazaba de cerca, ni desesperó jamás de la salvacion de la patria. Otro tanto, y nada mas, era suficiente para adquirir renombre inmortal en la república romana. Mayor lauro merece quien no cuenta con la justicia de envidiosos contemporáneos, y vive en una tierra de quien ya se dijo en el siglo xiv: « Esta es Castilla, que hace los hombres y los gasta. »

Dió la vela el bergantín el día 26 de febrero; por delante de las costas de Galicia navegaba en la noche del 4 al 5 de marzo, cuando se levantó furiosa borrasca, que puso el mar por los cielos. Perdió el barco su rumbo, y cerca del amanecer estuvo para estrellarse contra las rocas de la isla de Ons; pasado el grave peligro, no sin gran trabajo y á punto de naufragar, tomó abrigo en la ria de Muros de Noya, pueblo de aquel antiguo reino, en la parte que es hoy provincia de la Coruña. Los que salieron á reconocerle en cumplimiento de las leyes de sanidad, dieron á los pasajeros la traza

nueva de que segunda vez se habian enseñoreado de Astúrias los franceses; aquí fué el dolor de los dos amigos y su amargura y quebranto. Saltaron á tierra, inciertos del partido que tomarian, pero se hallaron sorprendidos con un recibimiento cordial y entusiasta en aquella para ellos casi ignorada poblacion, cuyos moradores agradecian á los miembros de la Junta Central los servicios prestados á la patria; allí no se les tentó envidia y no se les levantaba falsos testimonios; no llegaba á los oídos de aquellos sencillos y laboriosos gallegos la voz de la calumnia, que arrastra detrás de sí la duda y la sospecha y las va depositando en el ánimo de los oyentes. Todos se les ofrecieron, y hubo familia que abandonó su casa para que la ocuparan los náufragos: premios son estos y compensaciones que Dios envía, que pasan ignorados del mundo, que no conocen las almas encenagadas en la soberbia, y que estiman de gran precio los corazones sensibles y generosos. Los labradores y pescadores (pues no era otra la ocupacion de los vecinos de Muros de Noya), celebrando en su antigua colegiata, con la posible solemnidad, la salvacion de las preciosas vidas de los dos tristes náufragos, dan testimonio de que nunca desampara el cielo la causa de la inocencia.

Pero las voces siniestras que esparcian los insurrectos de Sevilla y los maldicientes de Cádiz habian ya circulado por el reino, y los miembros de la Suprema Central eran en todas partes objeto de medidas violentas y bochornosas; cinco de ellos, que llegaron al Ferrol á bordo de la *Cornelia*, fueron presos en un castillo, y contra JOVELLANOS y Campo-Sagrado disparó la junta de la Coruña una comision militar que recogiese sus pasaportes y examinara sus equipajes, apoderándose de todos los papeles. Es fama que JOVELLANOS en aquel trance perdió su calma habitual y se condujo con un calor y vehemencia que jamás se le habian conocido en las adversidades de su vida: confíeselo él mismo, y da como causa de que la indignacion llegara á su colmo, «que habiende sentido una vez la mano feroz del despotismo, ejecutando sobre él igual atropellamiento, ni le quedó humor para sufrirle otra, ni creia que llena ya la medida de horror con que la nacion miraba estas violencias, pudiese ningun ciudadano estar expuesto á ellas.» Lo cierto es que hizo enmudecer y vacilar al coronel encargado de tan penosa comision, y que dejándole registrarlos todo, y aun sacar copia de sus papeles si queria, le dijo que estaba resuelto á no entregarlos, y que solo se los arrancaria á viva fuerza, para lo cual podia empezar á hacer uso de la que llevaba, cuando bien le pareciese. Retiróse en esto el jefe militar con todo su aparato de asesor, escribano y escolta, y la junta de la Coruña no pasó adelante; mandando, por el contrario, poner en libertad á los presos del Ferrol. ¡Tanto corrieron las injuriosas sospechas contra aquellos desventurados gobernadores de la monarquía! Pero ni un momento faltaron á los detenidos en Muros de Noya el aprecio y el respeto de sus generosos huéspedes; inútilmente quisieron alguna vez mudar de residencia para no causarles mayores vejaciones; opúsose todo el pueblo, sin aquietarse mientras no obtuvo palabra de que morarian en él hasta que estuviera libre de enemigos la villa de Gijón y sus contornos. Allí pues residió JOVELLANOS mas de un año, y en julio de 1811 dispuso y emprendió su viaje por tierra, noticioso de que los franceses se habian retirado de Astúrias.

Allí es donde entre honradas gentes, pero ignorantes y oscuras, sin libros, sin documentos, sin el consejo y censura de doctos amigos, ni otra guia que su claro juicio y recto corazon, escribió la *Memoria* en defensa de la Junta Central; oracion elocuentísima, la mas patética y tierna y vigorosa que recordamos en idioma español, y comparable con las mas renombradas del príncipe de los oradores del Lacio. Al acabar su

lectura desfallece el ánimo mas atrevido: estilo elegante y sencillo, vuelos elevados y majestuosos arranques, nunca reñidos con la dición pura y limpia, claridad portentosa, método ordenado y lógica irresistible, son las dotes que principalmente respaldan en aquel precioso modelo de castellana elocuencia. Nunca tuvo aplicación mas exacta que en el presente caso la máxima conocida de que el orador ha de ser hombre de bien y de honrados pensamientos; hay que nacer, ante todo, con disposición, que solo camude el cielo; es necesario además cultivarla con el estudio incesante, y ser docto en las ciencias y conocedor de las bellas letras; es menester formar el buen gusto con la lectura de escogidos modelos, y sobre todas esas cualidades, nativas ó adquiridas, es preciso que guie la pluma ó mueva los labios la buena fe, la rectitud, la probidad sincera. Así brillan los autores de insignes oraciones dignas de pasar á la posteridad; no de otro modo habria podido componer su *Memoria* el defensor de la Junta Central. Quien escriba ó hable en apoyo de ridículas paradojas, quien no se sienta inspirado por el amor de la justicia y de la verdad, quien no haya depurado su gusto con el estudio y la lectura, el que no haya creditado sobre la belleza de las formas literarias, ese que no escriba, que no hable, que no se llame orador, que no borrajee discursos que ha de matar en breve la mano implacable del tiempo. Ocasimes habra en que sean aplaudidos los desaliñados esfuerzos de algun energúmeno ignorante, por el interés ó las pasiones de este ó aquel partido; mas la gloria sigue los pasos del que avanza por segura senda; muere y desaparece la maleza de tantos arbustos enanos, para que la vista se espacie en la contemplacion de algun árbol robusto y frondoso que desafíe á la fortuna y al tiempo. Si de algo puede valer el desinteresado consejo para los que aspiran á brillar en la oratoria profana, rogámosles que en sus estudios no olviden esta oracion de JOVELLANOS: no ofrece nuestra lengua, de muchos años á esta parte, mejores modelos en que aprender, ni fuera de nuestra patria exceden á este otros que gozan de fama bien adquirida. Un defecto le hallamos, y no lo hemos de ocultar: en algunos pasajes, bien pocos por dicha, se deja llevar el autor de la irritacion disculpable que á la cuenta le dominaba, y rompe con insólita destemplanza en frases desnudas de todo miramiento, dirigidas á señaladas personas. Si hubiese tenido ocasion de dar la última mano á su trabajo, de seguro con la lima habrian desaparecido estos lunares; bueno es hacerlos notar para que, advertidos los estudiosos, no se vicien, ni confundan con la elocuencia el pugilato repugnante de descarados insultos; defecto fácil de adquirir, y contra el que, por lo mismo, hay que estar prevenidos en el régimen parlamentario: porque echados á luchar los representantes de los opuestos bandos á la vista del público, aguijoneados por la ardiente pasión de los ataques y por la contradiccion sistemática y tenaz de los adversarios, y bajo la impresion del amor propio herido ó lastimado, se llega á tomar la desvergüenza por gracia y el insulto por razon. Semejante tendencia, provocada por las discusiones públicas, es acaso uno de sus mayores riesgos, y el escollo, ó uno de ellos, en que pueden fracasar las instituciones modernas.

Dió, por fin, vista á su patria JOVELLANOS; al contemplar de lejos sus risueños campos se le humedecieron los ojos con lágrimas de placer. La acogida que tuvo en Gijón fué digna del huésped que recibía en su seno el pueblo en que habia nacido; echadas á vuelo las campanas, tronando la artillería como si se celebrase la feliz llegada de algun príncipe, la multitud se agolpaba á las calles, ansiosa de saludar al virtuoso magistrado. Desde que salió de su casa arrancado por la fuerza de las bayonetas, para

ser conducido de pueblo en pueblo y de convento en convento hasta la cartuja de Valdemuza, que ha hecho célebre su residencia, no le habian vuelto á ver sus amantes compatriotas. Las salvas sonaron en sus oídos con agrado, porque ellos las disponian, pero mas aun le conmovieron las lágrimas de hombres y mujeres, niños y ancianos; estos recordaban mejores tiempos y le hacian salva con sus corazones; los pequeñuelos lloraban de ver llorar á sus padres, y en aquel dia aprendieron á pronunciar con amor y respeto el nombre de JOVELLANOS. Aquel triunfal aparato, aquellas muestras de hidalga correspondencia, aquella veneracion, nõ han cesado todavía; los hijos de Gijón, los asturianos todos, llámanle aun su bienhechor y su padre. No ha sido, no, desgraciado JOVELLANOS; parécelo á los ojos de una generacion esclava del deleite, devorada pör hambre y sed inextinguible de materiales goces; mas no fué desgraciado aquel cuyos dolores calman y cuyo espíritu fortalecen y alegran los cenobitas de Jesus Nazareno, los aldeanos de Muros, los habitantes de Gijón. Justo es ensalzar la memoria de los varones ilustres; pero no menos digno ni útil consagrar un recuerdo á sus bienhechores.

Las armas francesas volvieron en breve á dominar en aquella comarca; oponiéndose á la nueva invasion, hicieron otra vez rostro los asturianos al formidable enemigo. JOVELLANOS los animaba al combate, y entonces fué cuando escribió el himno guerrero que se hizo tan popular y que conocen todos los que presenciaron aquellos sucesos; vale mas esta composicion por el sentimiento patriótico que la vivifica, que por la inspiracion poética; tiene, no obstante, ardor y energia, con ser obra de un anciano. No favoreció la suerte de las armas á los soldados españoles, y de nuevo se desparramó el ejército enemigo por aquellas provincias; DON GASPAS se acogió en un barco vizcaíno que bogaba por la costa, con intencion de refugiarse en Rivadeo, pueblo limítrofe entre Astúrias y Galicia. Alborotado el mar, se opuso á sus intentos; una deshecha borrasca, que duró ocho dias, hizo al pequeño bergantín juguete de los vientos y de las olas; desembarcó al cabo JOVELLANOS en un pueblecito llamado Vega, en los confines de Astúrias, entre Luarca y Navia, y reposó en la casa y en los brazos de su amigo don Antonio Trelles Ossorio, caballero morador de aquella aldea. Uno de sus compañeros de infortunio, don Pedro de Valdés Llanos, rendido á la fatiga y al desvelo, contrajo una enfermedad mortal y entregó su espíritu al Criador; JOVELLANOS le asistió con amorosa solicitud de dia y de noche, hasta que una violenta pulmonía lo puso á él mismo en los umbrales del descanso eterno.

Preparóse á morir como buen cristiano, recibió los santos sacramentos con fervorosa devocion, y obtuvo de una vez, y para siempre, el premio de sus afanes, pasando á mejor vida, entre nueve y diez de la noche, el dia 27 de noviembre de 1811; faltábale poco mas de un mes para cumplir 67 años. Cuando iba á terminar su tránsito por este mundo, quiso Dios darle una muestra de su infinita misericordia: el constante servidor que nunca le abandonó en la desgracia, el leal compañero de su prision en Bellver, el honrado mayordomo que con tierna solicitud le entregó sus ahorros para que pudiese salir de Cádiz, quedóse allí colocado; mas á la hora de la muerte estuvo presente en Vega, salvándose milagrosamente de un naufragio, y pudo estrechar la mano desfallecida y cerrar los entornados ojos de su señor y su amigo. ¡Siempre vela la Providencia por los buenos! Teniendo á su lado JOVELLANOS á aquel hombre, tenia familia, amistad, cariño; tenia sobre todo quien al lado del sacerdote dirigiese humildes ruegos á Dios por el perdon de sus pecados, caliente aun su cadáver.

Llegó al fin para DON GASPAS MELCHOR DE JOVELLANOS la hora de las justas alabanzas; cundió por toda España la noticia de su fallecimiento, y calló la envidia, enmudecieron las pasiones; donde quiera, con clamoreo universal, se levantaba su nombre á las nubes. ¿Quién sabe si harian mayores alardes de entusiasmo sus propios detractores? De alguno consta que habiendo consentido sus crueles padecimientos, no escribió de él sino alabanzas despues de su muerte. Como patricio obtuvo la honra de ser calificado de benemérito de la patria en grado eminente y heroico, por las cortes generales y extraordinarias de Cádiz, en época en que este género de declaraciones no se habia aun prodigado; enalteciendo á la par tan solemne manifestacion la memoria de JOVELLANOS y la de los miembros de la Asamblea, puesto que es hija de la imparcialidad y la justicia, vencedoras esta vez de los malos sentimientos que suele engendrar la diferencia de opiniones políticas; recomendó además el Congreso á su comision de Agricultura que tuviera presente y en su dia estudiase el *Informe sobre la ley agraria*. Como escritor le encomia cuanto es debido, en su elegante *Introduccion á la poesia castellana del siglo xviii*, don Manuel José Quintana, que sirvió á sus órdenes cuando jóven, como oficial de la secretaría de la Junta Central, y cuyo juicio no llegó á ofuscar-se en el exámen de nuestro autor por la circunstancia de ser diversas, ó mejor dicho, contrarias sus respectivas tendencias filosóficas; mereciendo grande estima, por otra parte, el voto de Quintana en la apreciacion del mérito literario. Pero ya antes la lumbrera de nuestro moderno teatro, don Leandro Fernandez de Moratin, le habia dedicado una preciosa epístola, á la cual contestó JOVELLANOS con otra en igual metro, que en nada desmerece aun cuando se la compare con la primera y se lean ambas de seguida. En una de las notas que posteriormente puso á sus poesías sueltas aquel insigne escritor, gloria de nuestro Parnaso, le dedica las siguientes palabras, que son su mas completo elogio, hecho por persona tan competente y autorizada:

«DON GASPAS MELCHOR DE JOVELLANOS, uno de los mas distinguidos españoles que ilustran los reinados de Carlos III y Carlos IV, literato, anticuario, economista, juriconsulto, magistrado, buen poeta, orador elocuente, unió á estas prendas la amabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. A este hombre célebre debió Moratin una cordial estimacion, que ni la ausencia, ni el tiempo, ni las violencias ni alteraciones políticas pudieron extinguir ni debilitar. No se omita en el recuerdo de un varon tan ilustre el mayor elogio que puede dársele: sus ideas y su conducta no eran acomodadas á la edad de corrupcion en que vivia, ni al palacio, que nunca hubiera debido conocer. No es mucho pues que el autor de *El Delincuente honrado* padeciese destierros y cárceles, sin que ningun tribunal tuviese noticia de su delito. Agitada despues la nacion en el conflicto de una invasion, precisada á formar un gobierno para su conservacion, y un ejército que la defendiese; volvió JOVELLANOS á ocupar el puesto que le pertenecia; y á poco tiempo la envidia, la ambicion, los privados intereses, el furor de los malvados le arrojaron de él; que en tales agitaciones y desórdenes nunca es el mando recompensa de la virtud, sino del atrevimiento. Insultado, proscrito, fugitivo de una á otra parte, anciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de *la ley agraria* un asilo remoto en que poder espirar. Añádase este borron á los muchos que afean la historia de nuestra literatura.»

Negro debia ser el humor de Moratin al estampar en el papel estas últimas palabras. Arrojado á tierra extranjera por su mala ventura, lejos del cielo de España, espiró

fuera de ella, habiéndola ilustrado con sus escritos. Ya por fin reposan entre nosotros sus cenizas, y su sombra estará desagraviada al contemplar los unánimes aplausos que le dispensa su patria. Ex-profeso hemos dicho que era, en extremo competente su voto: ¿quién mas autorizado que Moratin para dar la corona de buen poeta y de elo- cuente orador? Uno de los primeros entre nuestros poetas cómicos, el mas eminente de nuestros literatos en su tiempo, es el que honra la memoria de JOVELLANOS y le confiere sus títulos. Y en lo demás que de él dice, su elogio es doblemente imparcial y desinteresado, por lo mismo que nunca tuvo la dicha de estar conforme con su ami- go: á la privanza del principe de la Paz, tan preñada de desastres para JOVELLANOS, fué deudor Moratin de proteccion y amparo singulares; cabalmente por haber conser- vado siempre viva dentro del corazon la llama del agradecimiento, y porque así lo hizo constar con generoso brio y noble franqueza cuando Godoy era desgraciado sin vis- lumbré alguna de esperanza, merece los plácemes de todos los hombres de bien, que cuentan la gratitud en el número de las mas esenciales virtudes. Si en la invasión francesa abraza JOVELLANOS la causa de su legítimo Rey, Moratin se hace partidario de la dinastía de Bonaparte, proviniendo de aqui su destierro y su desgracia; pero nada es superior á la fuerza de la verdad, y por mas que Moratin no reniegue de sus bienhechores ni parezca arrepentirse de su comportamiento en el conflicto de la inva- sion, no por eso deja de tributar á su antiguo amigo fervorosas alabanzas en todo lo que las merece, sin excepcion de aquello mismo en que siguió conducta y opiniones contrarias á las suyas. Confundidos ya por la muerte, amfúndenlos tambien en la es- timacion y el respeto sus compatriotas, aunque por causas distintas (1).

No fué casado JOVELLANOS: en estos últimos tiempos se ha atribuido á un defecto de

(1) No son Moratin y Quintana los únicos que han hablado de JOVELLANOS con elogio, ó que han trabajado por realzar su memoria. Don Agustín de Argüelles, verdadero autor de la Constitución de 1812, le retrata con primor y le encomia sin tasa, aunque combate sus opiniones, en el libro que publicó en Londres el año de 1835 con el título de *Exámen histórico de la reforma constitucional de España*. El conde de Toreno hace mencion honrosa y distinguida de su nombre en varios pasajes de la *Historia de la guerra de la Independencia*. El señor Ferrer del Rio, en la que ha escrito del reinado de Carlos III, le consagra igualmente algunas frases de merecido elogio. El señor Amodor de los Rios ha publicado recientemente, compuesta ya el presente discurso, un escrito en la revista intitulada *La América*, reseñando los principales sucesos de su agitada vida. Don Manuel Cañete ha ensalzado el nombre del recto juzgador, entendido republicó á inspirado poeta, al cantar en armoniosos y sentidos versos las venerandas y profanadas ruinas de la capilla del Paular. Don José Caveda, cuyo padre fué amigo de nuestro autor, nos ha suministrado datos curiosos y escritos inéditos, que enriquecerán esta coleccion. Don Vicente Abello, hijo de Astúrias, como Caveda, ha puesto igualmente á nuestra disposicion con mano franca preciosos papeles, originales algunos de JOVELLANOS, y los cuales oadie co- noce, y sus apuntes, trabajos y observaciones, dignos de mayor aprecio. A don Cayetano Rosell debemos el que

nos haya prestado su eficaz é ilustrada cooperacion en la empresa de dar á luz estas obras, cuya publicacion se ha retardado mas de lo que era de esperar, á causa de los quehaceres y diversos incidentes de nuestra vida política. La Academia de la Historia nos ha facilitado los documentos que en ella se custodian, por conducto de su digno individuo el señor don Aureliano Fernandez- Guerra, que con su notoria diligencia ha hecho este servicio á la memoria de JOVELLANOS, y en obsequio de la tierna amistad que con él nos une. Pero, á decir verdad, la Academia no ha dejado pasar ocasion alguna en que no se haya mostrado envejecida con la honra de haber contado entre sus miembros á tan in- signe español: en la noticia extractada de sus actas, impresa el año de 1817 en el tomo v de las *Memorias*, se encuentran las siguientes notables palabras: «De la clase de número falleció, á 27 de noviembre de 1811, en el Puerto de Vega, principado de Astúrias, el excelentísimo señor don GASPARD MELCHOR DE JOVELLANOS, mo- delo de magistrados, de patriotas y de sabios. No es posible reducir á breve suma los títulos que tiene la memoria de este grande Hombre á la gratitud de la nacion y de las letras; asunto que la justicia exige se trate de propósito, y que es de esperar tenga lugar algun dia entre las *Memorias de la Academia*, de quien fué particular lustre y ornamento.» ¡Dichoso el autor del presente discurso, si ha acertado á llenar una pe- queña parte de los deseos de la docta Academia!

organizacion, porque la humana malignidad, siempre suelta, y mas ahora por carecer de todo freno, no quiere buscar la razon de ciertos fenómenos en principios de virtud que no comprende. Sintió JOVELLANOS prender en su corazon la llama del amor, y fué siempre galante y obsequioso con las damas; « mis versos contienen (dice á su hermano don Francisco, en una carta con la cual le remite las poesias compuestas en sus años juveniles) una pequeña historia de mis amores y flaquezas; mira tú si estando yo arrepentido de la causa, podré hacer vanidad de sus efectos. » A punto estuvo de contraer matrimonio en cierta ocasion; pero entonces y siempre desistió de tal idea por creer que, habiendo sido ordenado de primera tonsura, estaba en la obligacion de consagrar su vida á la castidad. Nueva prueba esta, y no la menor, de que no llegó á inficionarse con los aires *rollerianos*, que corrieron en su tiempo y marchitaron el entendimiento de muchos de sus coetáneos. La epistola del Paular, las que escribió en la fortaleza de Bellver, su vida entera y su muerte demuéstranlo tambien con irresistible fuerza; como que á eso debió, en nuestra opinion, que, pensando de otro modo que sus amigos, no quisiera afrancesarse. Pueden, por consiguiente, reirse de él á mas y mejor los que se llaman *espíritus fuertes*, porque, gracias á Dios, no han hallado frase castellana con que darse á conocer: no nos opondrémos á que reciban los escritos de JOVELLANOS con insolentes carcajadas ó con burlona y compasiva sonrisa, pero si nos oponemos á que intenten llevarse á sus filas, aun dado que prueben algun deslíz ó alguna equivocacion propios de la juventud; nos oponemos á que quieran hacer partidario suyo á quien no lo fué nunca, á quien los combatió tenazmente con sus escritos y con sus acciones.

Sus restos mortales fueron trasladados á Gijón en 1844 (1); yacen al presente en su iglesia parroquial (2), y señala su sepultura una inscripcion, compuesta por don Manuel José Quintana y don Juan Nicasio Gallego, que dice así:

D. O. M.

AQUÍ YACE EL EXCMO. SR. D. GASPAR MELCÓR DE JOVELLANOS,
MAGISTRADO, MINISTRO, PADRE DE LA PATRIA,
NO MENOS RESPETABLE POR SUS VIRTUDES QUE ADMIRABLE POR SUS TALENTOS;
URBANO, RECTO, ÍNTEGRO, CELOSO PROMOTOR DE LA CULTURA
Y DE TODO ABELANTAMIENTO EN SU PAÍS:
LITERATO, ORADOR, POETA, JURISCONSULTO, FILÓSOFO, ECONOMISTA;
DISTINGUIDO EN TODOS GÉNEROS, EN SUOS EMINENTES:
HONRA PRINCIPAL DE ESPAÑA MIENTRAS VIVIÓ;
Y ETERNA GLORIA DE SU PROVINCIA Y DE SU FAMILIA,
QUE CONSAGRA Á SU ESCLARECIDA MEMORIA
ESTE HUMILDE MONUMENTO.

R. I. P. A.

Nació en Gijón, en 1744.

Murió en el Puerto de Vega, en 1811.

Ahora sea lícito al autor de esta biografía dar fin á su imperfecto trabajo de un mo-

(1) Mandó hacer la traslacion don Baltasar Cienfuegos y Jovellanos, sobrino de don Gaspar y sucesor en el vinculo que poseyó por muerte de su hermano mayor.

(2) Desde 1812, en que sus sobrinos, don Gaspar Cienfuegos de Jovellanos, sucesor del don Baltasar, y doña Cándida Gracia de Cienfuegos, solicitaron y obtuvieron el competente permiso del gobierno de S. M. y de la autoridad eclesiástica, hizo á sus expensas un sencillo monumento, delineado por don Juan Miguel de Inclán Valdés, antiguo alumno del Instituto Astu-

riano; se verificó la traslacion en un acto exclusivamente religioso, acompañando al cadáver el clero con la cruz parroquial, haciendo de preste el beneficiado don José Peñerudes y Cienfuegos, sobrino del difunto, cantándose un solemne responso en el cementario, y en la iglesia una misa de cuerpo presente, con oracion fúnebre, dicha por el presbítero don Justo González Valdés Granda. A la misma hora se celebró otro oficio en el convento de Agustinas Recoletas del pueblo de Gijón, en atencion al especial recuerdo que de aquella comunidad hizo JOVELLANOS en su testamento.

do parecido á aquel con que JOVELLANOS terminó su oración en elogio de un sábio amigo. ¡Ah! Si la envidia, que tanto persiguió en su vida á éste célebre escritor y repúblico, tomase á mal, aun despues de su muerte, el débil obsequio que hoy dedico á su memoria, por lo menos me quedará el consuelo de haber desempeñado dos grandes obligaciones : la de pagar en nombre de los españoles el tributo debido á la virtud y al mérito, y la de vengar de la injusticia de sus coetáneos á un ciudadano sábio y virtuoso. ¡Ojalá que este pequeño monumento, que hoy levanta mi respeto á su reputacion, una para siempre mi nombre con el suyo! Ojalá que atrayendo constantemente á los lectores por el deseo de conocer la vida y las obras de JOVELLANOS, traslade juntos á la mas remota posteridad los nombres del escritor y del biógrafo! Así se salva acaso del olvido un nombre oscuro inscrito por casualidad en un edificio destinado á larga vida; no de otro modo buscan los desvalidos en la tierra el auxilio de los poderosos. A quien no puede valer el mérito propio, como sucede al autor de este *Discurso*, válgale siquiera la profunda admiracion que consagra á la virtud y al talento.

Madrid, 27 de febrero de 1858.

CÁNDIDO NOCEDAL.



ADVERTENCIA.

Las notas del Autor van al fin de los escritos á que hacen referencia; las del colector al pié de las respectivas páginas. Cuando las que aparecen de este último modo no son del colector, sino del Autor ó de otra persona, llevan en su debido lugar la expresion de su origen.

Con el tomo II y último de las obras de JOVELLANOS daremos un índice bibliográfico de todas las ediciones y manuscritos que se han tenido á la vista.



CURSO

DE

HUMANIDADES CASTELLANAS ⁽¹⁾.

PLAN DE ESTA OBRA.

ESTE curso supone una perfecta inteligencia del arte de leer y escribir; esto es, de las primeras letras.

Empezará por los principios de la gramática general, enseñados según nuestro método, de que separadamente daremos bastante razón.

Como estos principios serán enseñados en lengua castellana, podrán excusar el estudio particular de esta lengua.

Con todo, para ilustrar mas y mas uno y otro estudio, se explicará separadamente la índole de la lengua castellana, y comparándola con los principios de la gramática general, resultará á los jóvenes un completo conocimiento de la gramática de su lengua; y por este método, cuando los jóvenes hubieren de pasar al estudio de las lenguas muertas ó vivas, y de sus gramáticas, la enseñanza se reducirá á hacer esta misma comparación de la lengua cuyo estudio emprendieron.

Cuanto facilitará el estudio de las lenguas este método, solo se podrá calcular cuando la experiencia y el tiempo lo demostrare.

De aquí se pasará naturalmente al estudio de la elocuencia, y por el mismo método; es decir, se darán aquellos principios generales de este arte, que siendo tomados inmediatamente de la naturaleza, son unos y extendidos para todas las lenguas. Si la gramática es el arte de hablar, la elocuencia es el de hablar con elegancia; y esta elegancia, siendo regulada por los diferentes objetos del discurso, debe tener sus preceptos generales y relativos á la naturaleza de estos objetos. Y no se diga que la elocuencia es el arte de mover y persuadir, porque esta definición, mas bien que el arte, explica su objeto y último fin. Explicados los principios de la elocuencia, se dará á los jóvenes la idea particular de aquellos que pertenecen á nuestra lengua, atendida su índole, su sintaxis, sus modismos, sus figuras, etc.; y otro tanto se hará cuando alguno de los jóvenes hubiere de aplicar los principios generales de la elocuencia á las demás lenguas que hubiere estudiado. También la poética tiene sus principios universales y que abrazan todas las lenguas. Por ellas de-

berá empezar la enseñanza, y como todas las lenguas tengan sus diferencias de estilo, prosodia, ritmos y metros, la enseñanza particular de estos se hará separadamente, primero de la lengua castellana, y sucesivamente de aquellas á que se aplicaren los jóvenes. Al estudio de la poética debe seguir el de la lógica; pero las semillas y primeros principios de este arte deberán haberse sembrado en la enseñanza de la elocuencia general. Y en efecto, si de la lógica se dice que es el arte de pensar y discurrir, ¿cómo se podrá enseñar bien la elocuencia, que se define el arte de hablar con elegancia, y que tiene por fin persuadir y mover, sin dar alguna idea del arte de enlazar y ordenar nuestros pensamientos del modo mas conveniente á dicho fin? Pero la lógica, remontándose mucho mas, sube á explicar el origen de nuestras ideas, á calificar por él la naturaleza de nuestros pensamientos, la comparación de unos con otros, y los juicios que resulten de esta comparación; y así es como resultará aquel arte de poner en uso todos los argumentos que podemos emplear en nuestros discursos para persuadir la verdad, y lo que es mas, para buscarla y alcanzarla. ¿Y cómo se podrá subir al origen de nuestras ideas, sin entrar al conocimiento del ente que las forma y produce, y al de aquellos con quien está enlazada por su origen y relaciones? Hé aquí pues naturalmente trabado con el estudio de la lógica el de la ontología, que le debe seguir, ó mas bien acompañar. Se deben pues enseñar á los jóvenes los principios de la metafísica, esto es, de la naturaleza de los entes; y como el primero de todos, y el que los abraza y contiene en sí, es el supremo Autor de cuanto existe, es visto que en esta enseñanza de la metafísica debe entrar la teología natural, esto es, la enseñanza y demostración de la existencia de Dios con aquellos grandes atributos que son inseparables de ella; esto es, su omnipotencia, su sabiduría y su bondad.

Así pues, conocido el Criador y conocida la criatura racional, y en fin, conocidas las relaciones entre uno y otra, se hallarán naturalmente establecidos los

(1) Escribióse para el Instituto Asturiano. Véase el discurso preliminar.

principios de la ética acerca del Sumo Bien, y del fin de las acciones humanas, los del bien y el mal, y los de la virtud y el vicio. Este conocimiento establece los principios del derecho natural; porque, descubiertas las relaciones que tiene el hombre hácia su Criador y hácia sus semejantes, serán fácilmente establecidos sobre ellas sus derechos y obligaciones. Pero los hombres, reunidos primero en familias, después en tribus, y al fin en sociedades, contrajeron nuevas obligaciones, y adquirieron nuevos derechos particulares y relativos al cuerpo moral que resultó de esta reunión. Estos derechos y obligaciones debían ser de dos clases: unos relativos á las diferentes sociedades, en cuanto se interesase el bien y tranquilidad de unas y otras para sostenerse recíprocamente y no dañarse; y otros que señalasen los derechos y obligaciones del hombre social, así respecto del cuerpo moral á que cada uno pertenece, como con respecto á los demás hombres reunidos en la misma sociedad.

Resta solo el estudio de la política para completar la filosofía especulativa ó racional; pero la política, ó es una ciencia incierta y vana, ó no es otra cosa que la aplicación de los principios del derecho público y privado que acabamos de explicar, y en uno ó otro sentido, no nos parece digna de particular enseñanza.

Mas hay una política que dice relacion al gobierno interior de cada sociedad, y que, por lo mismo, se llama económica, cuyos principios son ya generalmente conocidos, y cuyo estudio es digno de la mas seria atención, por lo mismo que de su observancia pende infaliblemente el bien ó el mal, la prosperidad ó la decadencia de las sociedades.

Hé aquí los estudios que deben servir de cimiento á todos los demás, y sin los cuales el teólogo, el jurisconsulto, el filósofo natural jamás alcanzará otra cosa que ideas vagas, inconexas y faltas de todo buen cimiento.

Bellas letras.

Las bellas letras consideran al hombre como un ser dotado de imaginación. A ellas pertenece todo lo relativo á la belleza, á la armonía, á la elegancia, á la grandeza, y todo lo que puede ablandar el ánimo, lisonjear la fantasía y mover los afectos. Su fin principal es formar el gusto, aquella preciosa facultad, cuya falta es la que menos se disimula en la edad presente.

El gusto se contrae á todas las artes liberales, como la música, la pintura, etc. Nosotros le consideramos solamente con relacion al lenguaje, estilo y composición, cuyas tres partes componen el estudio de las bellas letras.

El hombre, destinado por su Criador para vivir y tratar con sus semejantes, tiene en la admirable composición de sus órganos la facultad de articular palabras, y la facilidad de emplearlas para la expresion de sus ideas. Además de las palabras, usa el hombre de gritos, que expresan los afectos de su alma, de gestos y de ciertos movimientos del rostro, que contribuyen

á dar mucha fuerza á la expresion, mucha gracia al que habla y mucho gusto al que oye.

El alma del hombre conoce todos los objetos de la naturaleza por medio de los sentidos, y después de conocerlos, tiene la facultad de conservar su imagen. Llámase sensación la impresion que el alma recibe de los objetos que están presentes, é idea la imagen que el alma conserva de los objetos que están ausentes. Luego cuando decimos que las palabras expresan las ideas del hombre, entendemos que expresan aquellas imágenes de los objetos que el alma conserva después de haberlos conocido por medio de los sentidos.

Siendo cinco los sentidos, recibirá el alma cinco especies de sensaciones. Luego, si queremos comecar un objeto, no habrá mas que dirigir nuestros sentidos á él, observando las sensaciones que recibimos; estas sensaciones serán distintas, porque son distintos los sentidos, y distintas las cosas que se hallan en un mismo objeto. Llámense calidades aquellas cosas distintas. De ahí se infiere: 1.º que un objeto es un punto de varias calidades; 2.º que nuestros sentidos no perciben en un objeto sino sus calidades.

No percibiendo el alma las calidades de los objetos sino por medio de los sentidos, claro está que el que no hubiese percibido una calidad, no comprenderá la palabra que la indica, por mas esfuerzos que se hagan para explicársela. Mas puede cualquiera comprender una palabra que indica un objeto, aunque no le hubiese percibido, con tal que le digan sus calidades.

No hay en la naturaleza dos objetos que tengan sus calidades iguales. Todos son distintos los unos de los otros, y por esta razon se llaman individuos. Luego, si hubiéramos de dar nombres distintos á todos ellos, no hay memoria humana que pudiese retenerlos.

Para remediar este inconveniente se dividieron los objetos en varias clases, de esta manera: se observó que varios objetos tenían algunas calidades semejantes, por cuyo motivo se les puso en una misma clase, con un nombre que puede darse á cada uno de ellos. Así se formaron las palabras *hombre*, *casa*, *caballo*, *árbol*, etc. Observando después las calidades semejantes entre dos ó mas clases, se formaron otras mas generales; por ejemplo, comparando los hombres con los caballos, los perros, etc., se formó otra clase, que tiene el nombre de animal, y haciendo del mismo modo otras comparaciones, se hicieron otras clases.

Para aquellos nombres generales, por convenir á todos los individuos de una misma clase, no determinaban bastante aquellos objetos que el hombre podía necesitar á menudo. De ahí la necesidad de nombres menos generales; por ejemplo, las palabras *manzana* y *caballo* se refieren á muchos individuos; y como entre estos hay muchas diferencias, se formaron las palabras *camuesa*, *repinaldo*, etc., con respecto á la manzana; y *alazan*, *overo*, etc., con respecto al caballo. Estas palabras se llaman *especies*; de modo que pueda decirse que *camuesa* es una especie de manzana, y *alazan* una especie de caballo; donde se ve que, después de hacer clases generales, fueron los hombres haciendo otras menos generales siempre que necesitaban determinar con

mas distincion algunos individuos. Cuanto mas importantes eran estos, tanto mas hubieron de determinarse; así la palabra *hombre* se subdividió en *viejo*, *joven*, *niño*, etc.; y siendo todavía muy generales estas clases, por el grande é indispensable trato que tenían entre sí sus individuos, se llegó á dar nombres distintos á cualquiera de ellos.

Así como se formaron clases de objetos, se formaron tambien clases de calidades. Por ejemplo, observando que algunos objetos eran blancos y otros negros, etc., se formaron las palabras *blancura*, *negror*, etc.; observando después que estas calidades tienen de común el que se perciben con la vista, se formó otra clase mas general con el nombre de *color*; lo mismo puede decirse de las calidades percibidas por los demás sentidos.

Hasta aquí hemos visto cómo el *hombre* percibe los objetos y cómo puede darles nombre; se reducen estos á individuales y generales. Nombre individual ó propio es el que conviene á un objeto determinado; nombre general es el que puede darse á muchos objetos; el primero representa un objeto que existe en la naturaleza; el segundo representa una clase formada por el *hombre* y que no existe sino en su entendimiento.

El *hombre* tiene la facultad de percibir los objetos de la naturaleza, pero tiene tambien la facultad de compararlos y de reflexionarlos. Esta es la base de todos sus conocimientos. Luego, antes de aprender cualquiera ciencia, conviene examinar en qué consiste esta facultad y cómo puede dirigirse bien. Sucede en esto lo que en una obra mecánica, cuya perfeccion pende de la perfeccion del instrumento con que se hizo.

Nosotros comparamos, juzgamos y raciocinamos, sin saber que estas son tres operaciones de nuestra alma y sin examinar cómo se hacen; luego, para conocerlas, no hay mas que observarnos á nosotros mismos. Primeramente, cuando ponemos la vista en algunos objetos, sin atender á uno mas que á otro, observamos que todos ellos producen, poco mas ó menos, en nosotros las mismas sensaciones; pero si fijamos la vista en uno de ellos, los demás que están junto á él producen en nosotros sensaciones muy ligeras, y nuestra alma recibirá una sensación que parece exclusiva; luego la atención se compone el alma en aquella sensación sola.

Así como hemos en esta nuestra atención un objeto, podemos ponerla en dos al mismo tiempo, en cuyo caso recibirá nuestra alma dos sensaciones exclusivas; esto es, dos sensaciones que se observan juntamente, sin atender á otra ninguna. Esto se llama *comparar*; luego la comparacion no es mas que una doble atención.

Pero no podemos comparar dos objetos sin recibir dos sensaciones semejantes ó distintas. Hacer en aquellos objetos semejanza y diferencia, es *juzgar*; luego el juicio se funda en la comparacion.

Nuestra alma reflexiona cuando pone la atención sucesivamente en varios objetos ó en varias calidades de un objeto, comparando y juzgando; luego la *reflexion* es la atención que se dirige sucesivamente á varios objetos para compararlos y juzgarlos.

Sucede muchas veces que, comparando dos ideas una contra otra, no podemos juzgar de su semejanza ó diferencia, sin la intervencion de otra idea, con quien se compará cada una de las dos.

Por ejemplo, cuando decimos: *el hombre es mortal*, *Pedro es hombre*, luego *Pedro es mortal*, comparamos *Pedro* y *mortal* con *hombre*; y cuando hallamos dos cosas iguales á una tercera, decimos que son iguales entre sí. Esto se llama *raciocinar*; donde se ve que el raciocinio se compone de tres juicios.

Hay pues en nuestra alma cinco facultades principales: la atención, la comparacion, el juicio, la reflexion y el raciocinio, á las cuales podemos añadir la memoria, de que se habló anteriormente. Hemos reconocido estas facultades observándonos á nosotros mismos, esto es, observando cómo nuestra alma obra sobre las sensaciones producidas en ella por los objetos exteriores.

La observacion de estas facultades nos hace conocer que no pertenecen á nuestro cuerpo. Esta no habemos que recibir por los sentidos las impresiones de los objetos exteriores, cuyas impresiones se reúnen después en una sustancia, una é indivisible, á que llamamos alma.

Esta es una é indivisible, porque, si no lo fuera, las sensaciones que recibe se repartirian entre sus partes; por ejemplo, las sensaciones de la vista correspondrían á una parte, las sensaciones del oído á otra, y así de las demás; por consiguiente, no habria ninguna parte que pudiese comparár todas las sensaciones; luego el alma es una é indivisible; luego es distinta del cuerpo.

Y si suponamos que cada parte del alma recibe las mismas sensaciones, recibirá el alma tantas sensaciones cuantas partes tiene; es decir, que si las partes son ciento, siempre que miramos á un objeto recibimos cien sensaciones; pero esto es contra la experiencia; luego el alma no puede componerse de partes; luego es una é indivisible.

De ahí se infiere que el alma es distinta del cuerpo: 1.º porque el cuerpo se compone de partes, y el alma no; 2.º el cuerpo de por sí no percibe, compara ni reflexiona, pues hay algunos en quienes no se descubren estas facultades; 3.º el cuerpo se convierte en nuevas sustancias por la traspiracion; el alimento, las enfermedades, la edad, y puede ser privado de uno de sus miembros sin que el alma padezca mudanza alguna; luego el alma es distinta del cuerpo.

Por la reflexion y observacion de nosotros mismos, hemos llegado á conocer la existencia, simplicidad é inmortilidad del alma. Digamos pues que si por los sentidos conocemos las cosas materiales, por la reflexion podemos conocerlas espirituales. Hemos tratado ya del alma; tratemos ahora de Dios.

Cuanto miramos un edificio soberbio, y atendemos á su belleza, grandiosidad, y al órden y proporcion de las partes entre sí y con el todo, suponemos naturalmente que el autor de aquella magnífica obra es un altísimo inteligente; luego si paramos la atención en el órden del universo, el curso regular de los astros, el equilibrio de los elementos, la organizacion de los animales, la estructura interior y exterior de los vegeta-

les, y observamos cómo todas las partes concurren á formar aquel todo llamado naturaleza, ¿no hemos de decir que tan admirable obra tuvo tambien un artífice, y que este artífice es inteligente?

Tienen los hombres grabada en sus corazones una ley sagrada é inviolable, que aprueba lo justo y reprueba lo injusto; ley independiente de todos los convenios y voluntades de los hombres, y que existiría y obligaría aun cuando los legisladores humanos aboliesen, de común acuerdo, las leyes que han establecido; luego existe en la naturaleza un legislador invisible y supremo.

Vemos que en la naturaleza todos los objetos son causas y efectos los unos de los otros. Nosotros, por ejemplo, debemos el ser á nuestros padres, estos á

nuestros abuelos, etc. Lo mismo sucede en todos los otros animales, vegetales y minerales; pero en esta sucesion de seres debe por precision haber una que siempre existió y es causa de todas las demás, porque repugna el admitir una serie infinita de seres sucesivos; luego existe y existió un ser independiente, criador de todo.

Así es como podemos elevarnos al conocimiento de Dios, como lo hicieron aquellos que no tuvieron la dicha de recibir la luz de la revelacion. De la existencia de una primera causa se infiere que es inteligente, todopoderosa, independiente, libre, inmutable, eterna, inmensa, buena, justa y misericordiosa. Estos son los atributos divinos, cuyo conjunto forma la idea de la Providencia.

RUDIMENTOS DE GRAMATICA GENERAL,

Ó SEA INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LAS LENGUAS.

Entre todas las criaturas, solo el hombre recibió de su Criador el don de la palabra, esto es, la facultad de hablar, de la cual trataremos en la leccion de mañana. En la de hoy se explicará lo que debéis entender por estas palabras *lengua* y *gramática*, y de esta explicacion deduciremos lo que se entienda por gramática general, que es el objeto de estas lecciones.

Solo el hombre es capaz de hablar, y en este privilegio ha recibido dos grandes ventajas: 1.ª la de comunicar á sus semejantes sus mas internos sentimientos; 2.ª la de percibir los mas intimos pensamientos de sus semejantes; de entrambas ha resultado la perfeccion de la razon humana, la cual no puede extender sus ideas, ni compararlas ni perfeccionarlas, sino por medio de la palabra ó el discurso.

A la coleccion de sonidos articulados ó palabras de que se valen los naturales de una nacion ó provincia, uniéndolos y ordenándolos para tratarse y comunicar sus pensamientos, se ha dado el nombre de *lengua*; así que, el conjunto de palabras de que se valen los españoles, franceses ó ingleses, y de que se valieron los hebreos, griegos ó romanos, se llama propiamente lengua castellana, francesa ó inglesa, ó bien lengua hebrea, griega ó latina.

Al arte de unir y enlazar las palabras de una lengua para expresar por su medio los pensamientos y formar un discurso seguido, se ha dado el nombre de *gramática*, la cual puede ser definida así: *gramática* es el arte de hablar bien una lengua, ó es el conjunto de reglas que deben ser seguidas y observadas para hablar bien una lengua; así que, el conjunto de reglas establecidas para hablar con propiedad la lengua castellana podrá ser llamada *gramática castellana* ó *arte de hablar bien el castellano*; y lo mismo se puede decir de todas las demás lenguas.

Estas reglas, establecidas por el uso y reunidas por la observacion, fueron en parte derivadas de la natu-

raleza, y en parte de combinaciones arbitrarias; y por eso hay algunas que son comunes á todas las lenguas del mundo, y otras que son propias y peculiares de cada lengua particular.

Al conjunto de reglas de la primera clase daremos el nombre de *gramática general*, y al de la segunda, de *gramática particular*. Las primeras servirán de materia á vuestro estudio en estas lecciones preliminares; las segundas son de inmensa extension; pero nosotros abrazaremos solamente en nuestra ensenanza las que pertenecen á las lenguas inglesa y francesa.

Hemos visto que todas nuestras ideas proceden de la sensacion ó de la reflexion, y observado cómo pueden expresarse con palabras. Hemos visto tambien cómo nuestra alma forma juicios y raciocinios, considerando la relacion de dos ó mas ideas; réstanos ahora saber cómo aquellos juicios y raciocinios se expresan con palabras, ó lo que es lo mismo, cómo expresan nuestros pensamientos.

Para esto acordémosnos de que formar un juicio es percibir entre dos ideas que se comparan una relacion de semejanza ó diferencia; por consiguiente, para expresar un juicio se necesitan tres palabras. Así, cuando decimos *el hombre es mortal*, *hombre* y *mortal* representan dos ideas, y *es* representa aquella percepcion del alma que halla una relacion entre ellas. El juicio expresado con palabras se llama *proposicion*.

Esta proposicion, *el hombre es mortal*, no solamente sirve para expresar un juicio, sino que en ella se hallan señaladas clara y distintamente las ideas y operaciones que el alma hizo para formar aquel juicio; luego por medio de palabras logramos analizar nuestro pensamiento, esto es, descomponerle para considerar sus partes.

La palabra *hombre*, como se dijo arriba, es un nombre general, pues que indica las calidades comunes á todos los individuos de una misma especie; y la pala-

bra *mortal* indica una de aquellas calidades; luego la diferencia que hay en las dos es, que la primera indica un conjunto de calidades, y que la segunda indica una calidad sola. Ved aquí dos especies de palabras, indicantes de objeto ó de sustancia é indicantes de calidad, ó con otro nombre, sustantivo y adjetivo.

Se dió á esta palabra el nombre de adjetivo, porque debe juntarse á un substantive para significar algo, siendo propio de ella indicar la calidad como perteneciente á un objeto. Pero si consideramos la calidad abstracta, esto es, separada de un objeto, entonces la palabra que la indica se convierte en sustantivo. Así, de la palabra *blanco* se formó *blancura*, como de *virtuoso* *virtud*; y así, *blancura* y *virtud* son nombres generales, como *hombre*, *árbol*, pues expresan una calidad que conviene á muchos individuos.

La palabra *es*, que se halla en la proposición de arriba, representa, como hemos dicho, una percepción del alma, cuya percepción se reduce á juzgar que la calidad está en el objeto; luego esta palabra puede llamarse indicante de estado, bien que otros la llaman verbo. Sucede algunas veces que el verbo y la calidad se incluyen en una sola palabra. Así, *Pedro piensa*, es lo mismo que decir *Pedro está pensando*.

Propiedades de las palabras indicantes de ser.

Como los vivientes se distinguen en número y sexo, así también las palabras que los indican; por ejemplo, cuando hablamos de un individuo de la clase de las aves, si es macho decimos *palomo*, y si es hembra decimos *paloma*; de suerte que *palomo* y *paloma* indican, el primero género masculino, y el segundo género femenino. Del mismo modo, si hablamos de un individuo solo, decimos *palomo* ó *paloma*; y de muchos individuos, *palomos* ó *palomas*; donde se ve la diferencia que hay entre el número singular y el número plural.

De los indicantes de calidad ó adjetivos.

La propiedad de los indicantes de calidad es, que deben concordar en género y número con las indicantes de ser; como *ciudad santa*, *hombre valeroso*.

De los verbos é indicantes de estado.

La primera propiedad de las indicantes de estado es que se refieren á tiempo; porque una calidad puede estar ahora, haber estado antes, ó estar después, en un objeto. De ahí se originan tres divisiones de tiempo, conocidas con los nombres de presente, pasado y venidero.

Pero estos tiempos pueden considerarse de distintos modos, por ejemplo: una cosa pudo haber pasado há mucho tiempo ó poco tiempo, cuyas variaciones se expresan con diferentes terminaciones del verbo. *Leí, pensé* indican un pasado remoto, y *he leído, he pensado* indican un pasado cercano. Puede también el tiempo ser pasado y expresar una cosa no acabada, como *leía, pensaba*; ó ser pasado respecto del otro también pasado, como *había leído cuando me puse á escribir*. El primero de estos tiempos se llama imperfecto, y el segundo pluscuamperfecto.

Además de estas terminaciones, dirigidas á señalar

el tiempo, tienen los verbos otras para expresar la persona á quien se refiere la calidad del verbo. Siendo seis las personas, tres para el singular y tres para el plural, dirémos que en cada tiempo hay seis terminaciones.

Cuando decimos *yo leo, Pedro estudiaba la lección*, estas dos proposiciones tienen un sentido completo; pero si en lugar de *leo* y *estudiaba*, decimos *lea* y *estudiase*, observáremos que el sentido queda incompleto, y es menester alguna proposición ó alguna palabra equivalente á una proposición para completarle. Así, podemos decir: *es tiempo de que yo lea, aunque Pedro estudiase la lección*; donde se ve que los dos verbos están subordinados, el primero á la proposición *es tiempo*, y el segundo á la palabra *aunque*.

Los tiempos subordinados tienen sus propias terminaciones: *yo lea* indica tiempo presente; *yo leyera, leería* y *leyese*, tiempo imperfecto; *yo haya leído*, tiempo pasado; *yo hubiese leído*, tiempo pluscuamperfecto, y *yo leyere ó hubiere leído*, tiempo venidero.

Hay otros tiempos que parecen referirse al presente y al venidero, como cuando se dice *piensa, pensemos*. Los gramáticos le llaman presente del imperativo, porque envuelve una orden de parte del que habla.

Por último, cuando el verbo no se refiere á tiempo, número ni persona, como *pensar, decir*, suele llamarse infinitivo ó indeterminado. Los participios se llaman así, porque participan del verbo y del adjetivo, como *pensante* y *pensado*, el primero de los cuales se llama participio presente, y el segundo pasado; al participio presente se refiere lo que suele llamarse gerundio, como *pensando, escribiendo*.

Hay otra especie de palabras cuyo oficio es determinar aquellas de que hemos hablado, y por esto se llaman palabras determinantes. Cuando decimos *dame los libros*, la palabra *los* denota que son ciertos y determinados los libros que se piden; pero cuando se dice *dame libros*, no se señala ni determina cuáles son; y así, no se usa de aquella palabra que suele llamarse artículo.

Hay otras palabras que determinan también los substantivos; tales son los adjetivos posesivos *mi, tu, su*; los demostrativos *este, ese, aquel*, y los conjuntivos *que, cuya, el cual*. Pondránse en la explicación ejemplos de cada uno de ellos.

Así como el artículo y los adjetivos determinan los substantivos hay también otra palabra que determina y modifica el verbo, y por esta razón la llaman adverbio. Cuando decimos *el que estudia sabe*, los dos verbos expresan cierta calidad; pero si decimos *el que estudia mucho sabe bien*, los dos adverbios *mucho* y *bien* añaden un grado á las calidades contenidas en los dos verbos.

La preposición es una palabra determinante que expresa una relación entre dos cosas; porque cuando decimos *las facultades del alma*, la palabra *de* expresa una relación de pertenencia entre *facultades* y *alma*. En *estudia con atención*, la palabra *con* expresa una relación de modo entre *estudia* y *atención*, y así de las demás.

La conjunción sirve para juntar dos palabras ó dos proposiciones, como *es menester que el hombre estudie*

para saber. La interjección expresa un afecto del alma; tales son; *ah, ay, oh*, etc. Por último, los pronombres son unas palabras que se ponen unas en lugar

de otra; *yo, tú, él* son pronombres posesivos, y *que, el cual*, quien son pronombres relativos.

RUDIMENTOS DE GRAMÁTICA CASTELLANA.

Plurima posse dicere, sed paucos debere.

Hay en una lengua principios comunes á todas las demás, porque se fundan en la naturaleza de las cosas y la constitución del corazón humano; y principios peculiares que forman su hermosura y gala, los cuales deben al ser, ya al arbitrio de los nacionales, ya al clima y genio del país, ya á la legislación, ciencias, trato y comercio. Hemos hablado de los primeros en la gramática general; trataremos de los segundos en la gramática castellana.

Pero estas lecciones no se dirigen tan solamente á manifestar las reglas generales y elementales de nuestra lengua, sino que se extienden á la enseñanza de lo necesario para hablarla y escribirla con corrección y con elegancia. Esta es la parte práctica, y sin duda la mas importante; porque no tanto se aprende una lengua con reglas, cuanto con ejemplos selectos; no tanto en una gramática, cuanto en los buenos autores.

Esto sentado, llama desde luego nuestra atención una especie de palabras, que sin duda alguna fueron las primeras sugeridas al entendimiento humano, á las que todas las demás se refieren, y sin las cuales no puede subsistir ninguna en la oración. Tales son los substantivos que sirven para nombrar las cosas ó personas, y para distinguirlos, sin señalar cantidad, calidad, acción ó relación. Hemos visto en la gramática general de dónde les viene este nombre (1), y cómo se divide en comun, abstracto y propio.

Las mas de las palabras de que se compone una lengua son nombres comunes, cada uno de los cuales puede expresar un género, esto es, una clase de individuos; una especie, esto es, una clase menos general ó un individuo solo. Por ejemplo, cuando decimos *el hombre es mortal*, la palabra *hombre* expresa todos los individuos de una especie; cuando decimos *el hombre bueno es estimable*, *hombre* expresa una porción de individuos; y cuando decimos *el hombre que vimos ayer era muy alto*, *hombre* expresa un individuo solo.

Para saber ahora por qué en estos tres ejemplos la misma palabra expresa tres cosas distintas, observaremos que en el primero, *hombre* se junta con *el*; en el segundo, con *el* y con *bueno*, y en el tercero, con *el* y la proposición incidente *que vimos ayer*. Digamos pues que estas palabras con quienes se junta son las que le hacen referirse á mayor ó menor número de individuos; esto es, las que le determinan.

(1) JOVELLANOS añadió amplias explicaciones de viva voz á estas lecciones en el Instituto. A ellas debe referirse en este caso, y lo mismo en otros que no se hallan las referencias.

Vemos aquí señalado el oficio del artículo en la lengua castellana. Por sí solo determina las palabras, refiriéndolas á las clases mas generales; unido con adjetivos ó sus equivalentes, las determina refiriéndolas á clases menos generales y á individuos.

Cuando el nombre comun no necesita determinarse, porque solo se atiende á la idea que expresa, sin referirla á mayor ó á menor número de individuos, entonces se omitió el artículo. Así, decimos: *no es hombre, obrar con prudencia, antiguos filósofos dicen*.

También se omite cuando otras palabras determinan bastante al nombre comun; como *mi casa*, y *no la mi casa*; *un hombre*, y *no el un hombre*.

Por la misma razon debe omitirse ante los nombres propios, bien que en esto hay algunas variedades. Dicese comunmente: *el Dios de misericordia, la Virgen del Rosario, los Cervantes, los Mendozas, el sol, el cielo, el Ebro, el Guadalquivir, la España, la Coruña*, etc.; pero en estos casos, ó solo se considera en el nombre propio una calidad, que es la que se determina, ó se supone un nombre comun unido al propio, con el cual se suple para mayor brevedad, energia ó elegancia.

Los artículos son tres: *el* para el masculino, *la* para el femenino y *lo* para el neutro. Sucede, sin embargo, que el artículo masculino se junta á ciertos nombres femeninos que empiezan con la vocal *a*, como *el agua, el alma, el águila, el ave*; lo que se hace por razon de buen sonido. Por el mismo motivo pierde el artículo su primera letra cuando le preceden las preposiciones *de* y *a*, pues decimos: *del hombre, al hombre*, y *no de el hombre, á el hombre*.

Observemos ahora algunos usos del artículo. Esta expresión *otro día* se refiere á tiempo venidero. *Encerraban toros para correr otro día* (Santa Teresa de Jesus); y con el artículo, á tiempo pasado. *Escribíame el Duque, mi señor, el otro día* (Cervantes). Nótese, sin embargo, que precediendo al artículo las preposiciones *á* ó *para*, significa siempre dia venidero, como: *Se tomó la resolución de combatir los enemigos en su fuerte al otro día* (Mendoza). *Sancho, si os sobran las albondiguillas, las guardais en el seno para el otro día* (Cervantes).

Algunos nombres suelen dejar el artículo. Tales son: *naturaleza, amor, fortuna, hombre*. Mas poderosos quiso naturaleza que fuesen los males para dar pena que los placeres para dar alegría (Fray Luis de Granada.)

Otros dijeron que amor era un no sé qué, que heria

no sé cómo y que abrasaba no sé de qué manera (Pérez del Castillo). Al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda (Cervantes). Nunca hombre fué prodigo de lo suyo, que no fuese después rotador de lo ajeno (Granada).

Otros nombres pueden separarse del artículo con mucha gracia. Junto á la almohada del al parecer cadáver (Cervantes). Las cosas de la guerra y las á ella tocantes (El mismo). ¿Qué vale el no tocado tesoro? (Fray Luis de Leon). Cantaréis la mi muerte cada día (Garcilaso de la Vega). Madre, la mi madre, guardias me ponéis (Cervantes).

Hemos dicho que los adjetivos juntos con el artículo concurren á determinar un nombre común, reduciéndole á clases menos generales ó á individuos. Pero estas palabras no siempre determinan, pues suelen muchas veces juntarse con nombres propios, en cuyo caso no hacen más que significar una calidad en ellos contenida, como *Dios justo, querido Antonio*, etc. También puede referirse á esta clase una especie de palabras que tienen todas las propiedades de los adjetivos; tales son los que heidos llamado posesivos, demostrativos y conjuntivos en la gramática general. Estos siempre son determinantes.

Luego podemos distinguir dos especies de adjetivos: unos que determinan, otros que califican. *Mi, este*, un pertenecen á la primera especie; *bueno, blanco*, á la segunda; todos ellos deben siempre unirse á un sustantivo, con quien concuerdan en género y en número.

Bueno, malo, uno, alguno, ninguno, primero, postrero pierden la misma vocal delante de un sustantivo; y *ciento y santo*, su última sílaba. Solo se exceptúan *santo Tomás, santo Tomé, santo Toribio y santo Domingo*.

Grande pierde también por lo regular su última sílaba cuando precede á los sustantivos; bien que suele no perderla ante aquellos que empiezan por vocal, ó cuando significa, no calidad y estimación, sino cantidad ó tamaño, como *gran caballero, gran caballo*.

Los nombres comunes pueden referirse, ya á una cosa ó á una persona, ya á varias cosas ó á varias personas. En el primer caso se dice que están en número singular, y en el segundo en número plural; señalándose estos números con distintas terminaciones. Los nombres que acaban en vocal breve forman el plural añadiendo una *s* al singular, como *casa, casas*; los que acaban en vocal aguda ó en consonante toman *es* al plural, como *borceguí, borceguies, razón, razones*.

Esto se entiende de los nombres comunes; porque los propios, llevando consigo la unidad, no tienen plural. Tampoco le tienen los nombres de los metales, los de las virtudes, los de ciencias y artes, y los que expresan ideas que miramos como singulares, cuales son: *hambre, sed, sueño, sangre*, etc.

Al contrario, hay nombres que no tienen singular, como *albricias, viveres, visperas* y otros.

Veamos ahora la variación que en el número llevan algunos nombres: 1.º una misma palabra puede significar cosas distintas en ambos números. Tal es el plural *partes* por *prendas*, *panes* por *mieses*.

Hay plurales que tienen verbos por raíz, como: va-

mos á tener dades y tomares con gigantes (Cervantes). El maese Pedro no quiso entrar en mas dimes ni direttes con don Quijote (El mismo).

Otros son irregulares, como mientes respecto de mente, y maravéis respecto de maravéidi.

Dos maravéis de luna
Alcibran á la tierra,
Que por ser yo el que nacia,
No quiso que un cauto fuera.
(Quevedo.)

Hay algunas veces variación de número entre nombres y verbos, como en los ejemplos siguientes: *La misma gente salieron en público*; parte se quedaron en Granada (Mendoza). *¡Válgate mil Salarnes, por no maldecirte por encantador y gigante Malabrúno!* (Cervantes). *Se tuvo nuevas de la liga* (Mocada).

Los nombres, ya sean comunes, propios ó abstractos, se refieren también á género, como lo hemos visto en la gramática general; por lo que no harémos mas que apuntar algunas reglas propias de nuestra lengua.

En primer lugar, son masculinos los nombres de varones y animales machos, como *Pedro, caballo*; exceptuase *haca ó jaca*.

2.º Los nombres que significan empleos propios de varones, como *polvorista, poeta*.

3.º Los nombres de ríos, como *Tajo y Guadalquivir*, y los de vientos, como *Norte, Levante*; exceptuase *brisa, tramontana*.

En segundo lugar son femeninos: 1.º los nombres de mujeres y animales hembras, como *Isabel, cabra*.

2.º Los que significan empleos propios de las mujeres, como *costurera, abadesa*.

3.º Los de las artes y ciencias, como *gramática, escultura*; exceptuase el *dibujo* y el *grabado*.

4.º Los nombres de las figuras de la gramática, poética y retórica, como *elipsis, hipotiposis, polisindeton*; exceptuase *metaplasmo, pleonasmo* é *hipérbaton*. *Hipérbate* es de ambos géneros.

5.º Las de las letras del alfabeto, como la *b, la m*.

6.º Los aumentativos y diminutivos son, generalmente hablando, del género de los nombres de donde nacen; como *Ambrón, perrazo, angelote, mujerona, mujercilla*.

Pero son masculinos los acabados en *on*, aunque se deriven de primitivos femeninos, como de *aldaba, alidabon*; de *olla, allon*; de *ficara, jicaron*.

Los nombres que significan macho y hembra con una misma terminación y son constantemente de un género se llaman epicenos. Tales son *ratón, milano, cuervo*, siempre masculinos, aunque se hable de las hembras; *águila, perdiz, anguila*, siempre femeninos, aunque se hable de los machos.

Los nombres que significan macho y hembra, y varían el género según el sexo de que se habla, se llaman comunes, como *virgen, mártir, testigo*, y son masculinos cuando se refieren á varones, y femeninos cuando se refieren á hembras.

Haeta aquí hemos hablado de las reglas del género de los nombres por su significación; tratemos ahora de aquellas que se fundan en sus terminaciones.

1.º Los acabados en *a* son femeninos, como *palma*,

ventana. Exceptuáanse por masculinos los siguientes: *adema, albacea, almea, anagrama, aneurisma, antipoda, aporisma, apotegma, axioma, carisma, clima, crisma, dia, diafragma, diguma, dilema, diploma, dogma, drama, melodrama, edema, enlitema, epigramma, etna, fa, guarda-costa, guarda-vela, idioma, largo-mira, lema, maná, mapá, numista, paradigma, pentagrama, planeta, poema, prisma, problema, progimnasma, sintoma, sistema, sofisma, tapa-boca, tema, teorema, y algun otro.*

Usáanse como masculinos y femeninos *abalá, anatema, cisma, emblema, hermafrodita, nema, neuma y reuma.*

Los acabados en *e* son tambien masculinos, como *adarve, dedive, conclave, lacre, poste, talie.* Exceptuáanse por femeninos los siguientes: *aguachirle, asumbre, barbarie, base, calvicie, calle, capelardiente, caritide, carne, catástrofe, certidumbre, churro, clase, clave, cohorte, compaje, corambre, corte, costumbre, crasicie, creciente, crenche, cumbre, dulcedumbre, esferóide, especie, estirpe, falange, fase, fe, fiebre, fuente, hambre, hojaldre, huerte, incertidumbre, indole, ingle, intemperie, lande, landre, laringe, láude, leche, legumbre, lente, lite, llave, hombre, madre, marse-dumbre, menguante, mente, molicie, muchedumbre, muerte, mugre, nave, nieve, noche, paralaje, parase-lene, parle, patente, pesadumbre, peste, pirámide, planicie, plebe, padre, podredumbre, pringue, progenie, prole, quiete, salumbre, salve, sangre, sede, serie, servidumbre, sirte, suerte, superficie, tarde, teame, techumbre, tilde, torre, trabe, tripode, troje, ubra, urdimbre, velumbre y algun otro.*

Usáanse como masculinos y femeninos *arte, dote y puente.*

Los acabados en *i* son masculinos, como *alhelí, maravedí, tahalí.* Exceptuáanse por femeninos *diócesi, gracia-Dei, metrópoli, palma-Christi, paráfrasi y algun otro.*

Los acabados en *o* son masculinos, como *arco; exceptuáanse mano y nao.*

Los acabados en *u* son masculinos, como *alajú, dicrici, espíritu; exceptuáanse tribu.*

Los acabados en *d* son femeninos, como *bondad, merced.* Exceptuáanse *almud, archilaud, ardid, ataud, azud, sud, tal mud.*

Los acabados en *t* son masculinos, como *panal, clavel.* Exceptuáanse *agua-miel, cal, decretal, piel y algun otro.*

Los acabados en *n* son masculinos, como *pan, alma-cen.* Exceptuáanse los verbales en *ion*, como *leccion, confesion, y tambien los siguientes: arrumazon, barbechazon, binazon, cancion, cavazon, clin ó crin, concion y otros.*

Márgen y orden se usan como masculinos y femeninos.

Los acabados en *r* son masculinos, como *collar, placer, zafir.* Exceptuáanse *bezoar, beazar, bezar flor, segur y zoster.*

Los acabados en *s* son masculinos, como *arnés, anís, mes.* Exceptuáanse *anagiris, antiperistasis, apothecosis, bacaris, bilis, cola-piscis, crisis, diaperisis, diar-*

trosis, diésis, enfiteusis, epiglottis, elites, galiopsis, hemátiles, hipóstasis, hipótesis, lis, macis, metamorfosis, metempsicosis, miés; paralaxis, parálisis, parenesis, polispastos, raquitis, res, selenites, sirenites, sín-déresis, sintáxis, tésis, tisis, tos y algun otro.

Cúitis se usa como masculino y femenino.

Usáanse como masculinos y femeninos *asúcar y mar;* pero los compuestos de este siempre son femeninos, como *baja-mar, pleamar.*

Los acabados en *t* son masculinos, como *cenit, azimut.*

Los acabados en *x* son masculinos, como *corcaz, reloj, almoradux.* Exceptuáanse *salsifraz, sardoniz y troax.*

Los acabados en *z* son masculinos, como *antifaz, almez, barniz, arroz, capuz.* Exceptuáanse *estrechez, palidez* y los acabados en *ez* que significan propiedad ó calidad, y tambien los siguientes: *cerviz, cicatriz, cox, paz y otros.*

Varias especies de nombres.

Llámanse primitivos los nombres que no nacen de otros, como *cielo, tierra.*

Derivados, los que nacen de los primitivos, como *celestes, de cielo; terrestres, de tierra.*

Gentilicios, los que denotan la gente, nacion ó patria, como *español.*

Patronímicos, los nombres de apellidos, como *Sanchez, Alvarez.*

Aumentativos, los que aumentan la significacion, como *hombren.*

Diminutivos, los que disminuyen la significacion, como *hombrecillo.*

Colectivos, los que significan en el número singular muchedumbre de cosas, como *ejército, rebano.*

Numerales, los que significan número. Estos se dividen en cardinales, como *uno, dos;* en ordinales, como *primero, segundo;* en partitivos, como *mitad, tercio,* y en colectivos numerales, como *decena, centena.*

Pronombres. — Sus variaciones.

El pronombre se pone en lugar de un nombre; *yo* en lugar de la persona que habla, *tú* en lugar de aquella á quien se habla, *él, ella* en lugar del sujeto ó de la cosa de que se habla. Las variaciones en los casos del primero son: *yo, mí, me, conmigo;* las del segundo *tú, ti, te, contigo;* las del tercero *él, le, ella, la;* pero no reciben variacion alguna en el plural, que es: *nosotros, nosotras, vosotros, vosotras, ellos, ellas.*

Estos pronombres van llamados comunmente en la oracion cuando son sujetos de ella. Sin embargo, el primero suele acompañar aquellas voces de tiempo en que la primera y tercera persona tienen una misma termination, para distinguir la una de la otra, como *yo decia, él decia.* Se ponen tambien algunas veces para avivar la expresion. *Tú me harás desesperar, Sancho; vén acá, hereje; ¿no te he dicho mil veces que en todos los dias de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea?* (Cervantes).

En lugar de *nosotros, vosotros* se usa algunas veces de las palabras *nos, vos,* que son comunes á varones y

hembras; y sin embargo de ser plurales, se juntan también con nombres del número singular, como: *Y ¿dónde hallasteis vos ser bueno nombrar la sogá en casa del ahorcado?* (Cervantes). Más particularmente en provisiones reales y despachos de curias eclesiásticas, como: *por cuanto por vos... me ha sido hecha relacion. Vos, Antonio de... obispo de... Vos pierde en algunos casos su primera letra: os dije, os encargo.*

No puede haber duda sobre el uso del tercer pronombre. *El, ella* son siempre sujetos de la acción; *le, la* son términos de ella. Mas puede haberla cuando *le* y *la* se refieren ambos á dos á género femenino, en cuyo caso observaremos si el verbo tiene otro término además de este pronombre, ó si no le tiene. Si tiene otro término, se usa de la variación *le, le* en ambos géneros, como: *Atico usó de la exención que le daba su edad* (Vida de Atico, por Cornelio Nepote). *Hallaron á Leandra en una cueva, preguntáronlo su desgracia; contó cómo el soldado, sin quitarle su honor, la robó cuanto tenía* (Cervantes). Si no lo tiene, se usa de la variación *le* para el masculino y de *la* para el femenino, como:

Después que hubo gustado
De Filis la paloma
El regalado néctar
De sus labios de rosa,
La dejó, y de un vuetito
Al hombre se me posa.
Y de allí le destila
Con su plico en mi boca. (Melendez.)

Lo mismo puede decirse de *lo*, que se usa con poca exactitud en lugar de *le*, como en este ejemplo de Rivadeneyra: *con solo saberse que el Príncipe tiene el cuidado de premiar servicios, muchos le servirán que no lo sirvieran* (Príncipe cristiano).

Variaciones.

Ultimamente, hay tres variaciones del tercer pronombre, que sirven para señalar la relacion que tiene una cosa ó una persona consigo misma, por lo que se llaman recíprocas; tales son: *si, se, consigo*. *La vanidad á nadie quiere sino á sí, no se halla sino consigo, y se fastidia de todo lo que no es suyo* (Sentencias de Marco Aurelio). La segunda de estas variaciones sirve para suplir la voz pasiva de los verbos que no tenemos en castellano, como: *se ve una escuadra, se dice*. *Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres de sus padres, esforzaba que salia de los del triunvirato romano* (Quevedo, Vida del gran Tacaño, cap. 1).

De los verbos.

Se dijo en la Gramática general que cada terminación en los verbos puede expresar muchas circunstancias ó relaciones. *Estudiáras*, por ejemplo, dice relacion á la segunda persona, á una acción ó facultad de esta persona, á una afirmación acerca de esta acción, á un tiempo denotado en aquella afirmación, y á una condición implícita, de la cual está suspensa la acción. Donde se ve que los verbos son, entre todas las partes de la oración, las mas artificiales y dificultosas.

Los tiempos suelen expresarse en nuestra lengua por medio de auxiliares ó con distintas terminaciones del verbo. De ahí dos especies de tiempos: simples y compuestos. *Estudio, estudiaba* pertenecen á la primera; *he, había, habré estudiado*, á la segunda. Los auxiliares son *dos, ser y haber*; bien que los verbos *querer, poder, deber* y otros hacen muchas veces el mismo oficio, v. g.: *he podido, he querido, he debido estudiar*, segun veremos despues, tratando de sus variaciones.

Hemos visto también cómo el tiempo puede dividirse en tres épocas distintas, por donde recibe el nombre de presente, pasado y venidero; y considerándose las cosas pasadas como mas ó menos concluidas, y las venideras como mas ó menos distantes, se formaron otros tiempos, que se refieren á alguna de aquellas épocas, por ejemplo: *estudió, estudié, estudiaré* expresan los tres tiempos primitivos; al pasado se refieren el cercano *he estudiado*, el remoto *estudí*, el imperfecto *estudiaba* y el pluscuamperfecto *había estudiado*; al venidero se refieren el indefinido *estudiaré* y el definido *habré estudiado*.

Estas circunstancias contenidas en los verbos pueden expresarse de varios modos: cuando las indicamos ó manifestamos directamente, hablamos en el modo indicativo; cuando mandamos, en el imperativo; cuando las expresamos bajo la forma de una condición ó con subordinación á alguna otra cosa á que se hace referencia, en el subjuntivo; y cuando señalamos la acción contenida en el verbo, sin referirla á tiempo, número, persona ni afirmación, en infinitivo; primer modo *estudio*, segundo *estudia*, tercero *aunque estudies*, cuarto *estudiar*.

Tiempos del subjuntivo.

El indicativo y el subjuntivo tienen distintas terminaciones; pero las del subjuntivo no se refieren á un tiempo solo, como las del indicativo, sino que pueden expresar varios tiempos, segun las palabras ó proposiciones á que están subordinadas; por ejemplo, en estas dos expresiones: *aunque estudies, es menester que estudies*, el verbo expresa tiempo presente en la primera, y venidero en la segunda. A pesar de esto, los gramáticos no señalan esta terminación sino con el nombre de presente del subjuntivo, y llaman de imperfecto las terminaciones *estudiara, estudiaría, estudiase*; pasado, *hubiera estudiado* ó *hubiese estudiado*; pluscuamperfecto, *hubiera, habría ó hubiese estudiado*; y venidero, *estudiare* ó *hubiere estudiado*.

El imperativo solo admite un tiempo, que es presente respecto al que manda, y venidero respecto al que debe ejecutar lo mandado: *estudia tú, estudiad vosotros, estudie aquel, estudien aquellos*.

El infinitivo puede llamarse el nombre del verbo, y algunas veces hace oficio de sustantivo, como *es dulce morir por la patria*.

El gerundio, lo mismo que el infinitivo, no expresa tiempo alguno de por sí, sino que puede expresarlos todos, segun las palabras con que se junta. Esta palabra no es otra cosa mas que un adjetivo, pues concierta siempre con un sustantivo, expreso ó suplido: *ma-*

tando las fuentes; en explicando esto, pasaremos á otra cosa.

Yo vi sobre un temillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado. (Villegas.)

Los participios, así llamados porque participan del verbo, se dividen en activos y pasivos: los primeros significan acción, como *leyente, oyente*; y los segundos pasión, como *leído, oído*. Ambos á dos expresan tiempo por medio de los verbos, expresos ó suplidos, con que se juntan, v. g.: *es amante, es amado; era amante, era amado*.

Cuando el participio pasivo se junta con el auxiliar *haber* para formar los tiempos compuestos, no tiene plural ni terminación femenina; mas sucede lo contrario cuando concierne con algún sustantivo, como *hombre perdido, mujer estimada*, ó cuando sirve para suplir la voz pasiva de los verbos, como *la riqueza es apetecida, los empleos son deseados*.

El infinitivo es la norma y sirve para la formación de los tiempos, y como los infinitivos en castellano acaban en *ar, er ó ir*, suele decirse que hay tres conjugaciones, esto es, tres especies de terminaciones, arregladas á estos tres infinitivos: la primera acaba en *ar*, la segunda en *er*, la tercera en *ir*. En los verbos *amar, temer, partir* son radicales *am, tem, part*, y las letras que excedan á estas forman las terminaciones de los tiempos y personas.

Juntando pues las radicales con cada una de las terminaciones correspondientes á cada persona, se formarán los tiempos de los verbos, advirtiendo que cada conjugación tiene distintas terminaciones. Esta formación es tan clara, que no necesita mas explicación que sus ejemplos.

Verbos irregulares son los que en la formación de los tiempos y personas se apartan de algún modo de las reglas que guardan constantemente los regulares. Mas no dejan de ser regulares los verbos que en sus radicales ó en sus terminaciones reciben aquellas leves variaciones á que obliga la ortografía, como *tocar, vencer, resarcir, pagar, delinquir, arguir*, de los cuales se forman *toqué, vencí, resarcí, pagué, delinqué, arguí*.

En la primera conjugación hay algunos verbos irregulares, como *acertar, alentar*, etc., que admiten en algunos tiempos antes de la *e* del infinitivo una *e*, que este no tiene, como *acierto, acierte, acierta*; otros, como *acostar, almorsar*, etc., que mudan su *o* radical en *ue*, como *acuesto, acueste, acuesta*. El verbo *andar* tiene su irregularidad en el pasado remoto del indicativo y en el imperfecto y venidero del subjuntivo, como *anduve, anduviera, anduviere*. El verbo *estar*, en la primera persona singular del presente indicativo, como *estoy*; pero en el imperfecto y venidero del subjuntivo sigue en todo al verbo *andar*. *Dar* tiene la irregularidad en las mismas personas que el precedente, pero con variedad en las terminaciones, como *doy, diere, diere, diere*. *Jugar* admite una *e* después de la *u* radical en el singular de estos tiempos, *juego, juegas, juega*.

Los demás verbos irregulares pertenecientes á esta conjugación se hallarán en la cartilla siguiente:

CARTILLA DE VERBOS IRREGULARES.

PRIMERA CONJUGACION.

Toman *e* ante *e*:

Acertar,	confesar,	infernar,
acrecentar,	decentar,	invernar,
adestrar,	corregir,	mentar,
alentar,	despertar,	merendar,
apacinar,	despensar,	negar,
apretar,	deslerrar,	negar,
arrendar,	empedrar,	pensar,
asentar,	empezar,	quebrar,
asestar,	encerrar,	recomendar,
aterrar,	encomendar,	reventar,
atravesar,	enmendar,	segar,
aventar,	caerlar,	sebrar,
calentar,	escarmantar,	sentar,
cegar,	fregar,	sestar,
cerrar,	gobear,	temblar,
comenzar,	horror,	tropiezar,
concertar,	helar,	tenlar,

Mudan la *o* en *ue*.

Acostar,	desollar,	revolcar,
acordar,	emporcar,	rodar,
agorar,	encordar,	soldar,
almorzar,	encontrar,	soltar,
amolrar,	engrosar,	sonar,
apostar,	forzar,	sobrar,
aprobar,	bolgar,	trocar,
asolar,	hollar,	tronar,
avergonzar,	mostrar,	volar,
colar,	poblar,	volar,
consolar,	probar,	andar, ure, uviere etc;
contar,	regolar,	estar, oy, uve, uviere;
costar,	renovar,	dar, oy, iera, iere, iere;
descollar,	rescontrar,	jugar, ago, uaga, uego.

Todos los verbos acabados en *ecer*, como *empobrecer, enriquecer, permanecer*, reciben una *e* antes de la *e* radical en los tiempos siguientes: *empobrezco, que yo empobrezca*; y la misma irregularidad tienen los acabados en *acer y ocer*, como *nacer, complacer, conocer*; *ascender* admite una *i* antes de su *e* radical en estos tiempos: *asciende, ascienda*; *absolver* muda la *o* radical en *ue*, como *absuelvo, absuelva*. Los demás irregulares se hallarán en la cartilla siguiente:

SEGUNDA CONJUGACION.

Reciben *e* ante *e*:

Empobrecer,	permanecer,	conocer,
enriquecer,	nacer,	hacer, ago, ice, aré,
establecer,	complacer,	aga, ielera, ielere.

Admiten *i* ante *e*:

Ascender,	desatender,	hender,
atender,	desentender,	perder,
cerner,	enceadér,	revertir,
condescender,	entender,	tender,
entender,	extender,	trascender,
defender,	heder,	verter.

Mudan la *o* en *ue*:

Absolver,	doler,	recocer,
accer,	envolver,	remorder,
condigir,	flover,	remover,
conmover,	moler,	resolver,
demoler,	morder,	retorcer,
desenvolver,	mover,	revolver,
destorcer,	oler,	torcer,
devolver,	poder,	volver.
dissolver,	promover,	

Otros verbos irregulares de la segunda conjugación.

Cuer, caigo, caiga.

Caber, quepo, cupe, cabré, quepa, cupiera, cupiere.

Poner, pongo, puse, pondré, ponga, pusiera, pusiere.

Querer, quiero, quise, querré, quiera, quisiera, quisiere.

Saber, sé, supo, sabré, sepa, supiera, supiera.

Tener, tengo, tuva, tendré, tenga, tuviera, tuviera.

Traer, traigo, traje, traiga, traeré, trajera, trajere.

Valer, valgo, valdré, valga, valiera, valiere.

Irregulares de la tercera conjugación.

Todos los verbos acabados en *ucir*, como *lucir*, *re-lucir*, reciben *z* antes de *e* en los dos presentes del indicativo y del subjuntivo; pero los acabados en *ducir* tienen, además de esta irregularidad, otra en los tiempos siguientes: *conducir*, *conduciera*, *conducire*. *Sentir* admite *i* antes de *su* *e* radical en algunas personas, y en otras muda la *e* en *i*, según veremos después. *Dormir* y *morir* mudan la *o* radical en *ue*, y otras en *u*: *duermo*, *duermió*, *duerma*, *durmiera*, *durmiere*. *Pedir* muda la *e* en *i* en estos tiempos: *pido*, *pidas*, *pidiera*, *pidiese*, *pidiere*. Los demás irregulares se hallarán en la cartilla siguiente:

TERCERA CONJUGACION.

Reciben *z* ante *e*:

<i>Lucir</i> , <i>uzco</i> , <i>uzca</i> ;	<i>deducir</i> ,	reproducir,
<i>relucir</i> ,	<i>introducir</i> ,	<i>seducir</i> ,
<i>conducir</i> , <i>uzco</i> , <i>uzca</i> ;	<i>producir</i> ,	<i>traducir</i> .
<i>uie</i> , <i>uiera</i> ;	<i>reducir</i> ,	

Admiten i ante e, ó mudan e en i:

<i>Sentir</i> , <i>siento</i> , <i>intío</i> ,	<i>consentir</i> ,	<i>overtir</i> ,
<i>indieren</i> , <i>lencia</i> , <i>intiera</i> , <i>intiere</i> ;	<i>controvertir</i> ,	<i>herir</i> ,
<i>adherir</i> ,	<i>convertir</i> ,	<i>hervir</i> ,
<i>advertir</i> ,	<i>deterir</i> ,	<i>mentir</i> ,
<i>arrepentirse</i> ,	<i>difertir</i> ,	<i>presentir</i> ,
<i>asentir</i> ,	<i>digerir</i> ,	<i>referir</i> ,
<i>conferir</i> ,	<i>disentir</i> ,	<i>requerir</i> ,
	<i>ingerir</i> ,	<i>resentir</i> .

Mudan o en ue ó en u:

Dormir, *uermo*, *uermió*, *uerma*, *urmiera*, *urmiere*;
morir.

Mudan e en i:

<i>Pedir</i> , <i>ido</i> , <i>idío</i> <i>ida</i> ,	<i>perseguir</i> ,	<i>repelir</i> ,
<i>idiera</i> , <i>idiese</i> ,	<i>proseguir</i> ,	<i>retedir</i> ,
<i>idiere</i> ,	<i>regir</i> ,	<i>revertir</i> ,
<i>gemir</i> ,	<i>relir</i> ,	<i>sonreír</i> ,
<i>impedir</i> ,	<i>reñir</i> ,	<i>teñir</i> ,
<i>medir</i> ,	<i>rendir</i> ,	<i>vestir</i> .

Otros verbos irregulares de la tercera conjugación.

Venir, vengo, vine, vendré, venga, viniera, viniere.

Asir, asgo, asga.

Decir, digo, dije, diré, diga, dijera, dijere.

Bendecir, bendice tú, bendije, bendeciré, bendiga.

Contradecir.

Desdecir.

Podrir, pudro, pudrí, pudriré, pudra, pudriera, pudriere.

Oír, oigo, oiga.

Salir, salgo, saldré, salga.

Ir, voy, iba, fui, iré, vaya, fuera, fuere.

Hay también verbos que tienen sus participios irregulares, esto es, no acabados en *ado* ó en *ido*, como *abrir*, *abierto*; *absolver*, *absuelto*; *cubrir*, *cubierto*; *decir*, *dicho*; *disolver*, *disuelto*; *escribir*, *escrito*; *hacer*, *hecho*; *morir*, *muerto*; *poner*, *puesto*; *resolver*, *resuelto*; *ver*, *visto*; *volver*, *vuelto*, y sus compuestos. Otros verbos tienen dos participios, uno regular y otro irregular: el primero se usa con el auxiliar *haber* para formar los tiempos compuestos; el segundo se usa como adjetivo. Tales son los siguientes:

VERBOS QUE TIENEN DOS PARTICIPIOS.

	Regulares.	Irregulares.
<i>Ahitar</i> ,	<i>ahitado</i> ,	<i>ahito</i> ,
<i>bendecir</i> ,	<i>bendecido</i> ,	<i>bendito</i> ,
<i>compeler</i> ,	<i>compelido</i> ,	<i>compulso</i> ,
<i>concluir</i> ,	<i>concluido</i> ,	<i>concluso</i> ,
<i>confundir</i> ,	<i>confundido</i> ,	<i>confuso</i> ,
<i>convencer</i> ,	<i>convencido</i> ,	<i>convicto</i> ,
<i>convertir</i> ,	<i>convertido</i> ,	<i>converso</i> ,
<i>despertar</i> ,	<i>despertado</i> ,	<i>despierto</i> ,
<i>elegir</i> ,	<i>elegido</i> ,	<i>electo</i> ,
<i>enjuagar</i> ,	<i>enjugado</i> ,	<i>enjuto</i> ,
<i>excluir</i> ,	<i>excluido</i> ,	<i>excluso</i> ,
<i>expeler</i> ,	<i>expelido</i> ,	<i>expulso</i> ,
<i>expresar</i> ,	<i>expresado</i> ,	<i>expreso</i> ,
<i>extinguir</i> ,	<i>extinguido</i> ,	<i>extinto</i> ,
<i>hajar</i> ,	<i>hajado</i> ,	<i>hijo</i> ,
<i>harrar</i> ,	<i>harrado</i> ,	<i>hario</i> ,
<i>incluir</i> ,	<i>incluido</i> ,	<i>incluso</i> ,
<i>incurrir</i> ,	<i>incurrido</i> ,	<i>incursio</i> ,
<i>insertar</i> ,	<i>insertado</i> ,	<i>inserto</i> ,
<i>invertir</i> ,	<i>invertido</i> ,	<i>inverso</i> ,
<i>ingerir</i> ,	<i>ingerido</i> ,	<i>ingerto</i> ,
<i>junlar</i> ,	<i>junado</i> ,	<i>junto</i> ,
<i>maldecir</i> ,	<i>maldecido</i> ,	<i>maldito</i> ,
<i>manifestar</i> ,	<i>manifestado</i> ,	<i>manifesto</i> ,
<i>marchitar</i> ,	<i>marchitado</i> ,	<i>marchito</i> ,
<i>omitir</i> ,	<i>omitido</i> ,	<i>omiso</i> ,
<i>oprimir</i> ,	<i>oprimido</i> ,	<i>opreso</i> ,
<i>perfeccionar</i> ,	<i>perfeccionado</i> ,	<i>perfecto</i> ,
<i>prender</i> ,	<i>prendido</i> ,	<i>preso</i> ,
<i>prescribir</i> ,	<i>prescrito</i> ,	<i>prescripto</i> ,
<i>proveer</i> ,	<i>proveido</i> ,	<i>provisio</i> ,
<i>recluir</i> ,	<i>recluido</i> ,	<i>recluso</i> ,
<i>romper</i> ,	<i>rompido</i> ,	<i>roto</i> ,
<i>suprimir</i> ,	<i>suprimido</i> ,	<i>supreso</i> .

Los dos participios de los cuatro verbos, *prender*, *prescribir*, *proveer*, *romper*, sirven igualmente para formar los tiempos compuestos, pues se dice: *ha prendido*, *ha preso*, *ha prescrito* y *ha prescrito*.

Verbos impersonales.

Por último, hay verbos que solo se usan en las terceras personas de singular, como *amanecer*, *anocheecer*, *halar*, *llover*, y otros; los cuales, por no referirse á persona determinada, suelen llamarse impersonales. Sin embargo, expresamos algunas veces la persona diciendo: *cuando Dios amanezca*, *amaneció el día*, *yo anochece en Toledo*... A esta clase pertenece el verbo *haber*, que tiene la propiedad de convenir á ambos números cuando se usa como impersonal; el verbo *placer*, que no solo parece de primeras y segundas personas, sino de algunos tiempos; y el verbo *yacer*, que apenas tiene uso fuera de la tercera persona del presente de indicativo.

Tratáremos ahora de la tercera clase de palabras,

cuyo oficio es determinar ó modificar los substantivos ó los verbos. Cuando decimos *habla poco, estudia mucho*, las palabras *poco* y *mucho* modifican los verbos *habla* y *estudia*. Cuando decimos *Dios es infinitamente justo*, *Cicerón es muy elocuente*, las palabras *infinitamente* y *muy* modifican los adjetivos *justo* y *elocuente*; y cuando decimos *Dios castigará muy severamente á los pecadores*, la palabra *muy* modifica *severamente*, donde se ve que el adverbio puede modificar un verbo, un adjetivo ó otro adverbio.

Los adverbios se dividen en *simples* y *compuestos*. Llámense *simples* los que constan de una voz sola, como *entonces*, *tarde*, *mucho*; y *compuestos*, los que se componen de dos ó mas voces, como *así mismo*, *por demás*, *desde aquí*, *hacia allí*.

Estas palabras pueden expresar varias relaciones. Expresan relacion de lugar las siguientes: *ahí*, *aquí*, *allí*, *acá*, *acullá*, *cerca*, *lejos*, *dónde*, *adonde*, *dentro*, *fuera*, *arriba*, *abajo*, *delante*, *detrás*, *encima*, *debajo*.

Los de tiempo son: *hoy*, *ayer*, *mañana*, *ahora*, *luego*, *tarde*, *temprano*, *pronto*, *siempre*, *nunca*, *jamás* y otros.

Haylos tambien de modo, como *bien*, *mal*, *así*, *quando*, *rápido*, *de espacio*, *alto*, *bajo*, *buenamente*, y los mas de los acabados en *mente*.

Otros hay de cantidad, como los siguientes: *mucho*, *poco*, *muy*, *harto*, *bastante*.

Otros de comparacion, como *mas*, *menos*, *peor*, *mejor*.

Otros de orden, como *primeramente*, *últimamente*, *antes*, *después*.

Otros de afirmacion, como *sí*, *cierto*, *ciertamente*, *verdaderamente*, *indubitablemente*.

Otros de negacion, como *no*.

Otros de duda, como *acaso*, *quizá*.

Jamás se usa algunas veces en lugar de *nunca*, como *jamás* he oído músico tan perfecto; y contribuye á dar viveza á la expresion quando se une con *nunca* ó *siempre*, como *nunca jamás lo haré*; *siempre jamás me acordaré de los beneficios que le debo*.

El adverbio *no* sirve algunas veces para avivar la afirmacion, sin expresar negacion alguna, como *mejor es el trabajo que no la ociosidad*. Pero se expresa mayor negacion añadiendo á este otro adverbio negativo, como *no quiero nada*, *no sabe nadie*; bien que en estos dos se puede con elegancia suprimir su primer adverbio *no*.

Mas y *menos* se juntan con adjetivos para expresar comparacion, como *el maestro es mas docto que el discípulo*; con substantivos, como *Pedro es mas hombre que Juan*; con verbos, como *menos es decir que hacer*; con adverbios, como *canta menos bien*, ó con modos adverbiales, como *se empeñó mas de veras*. Lo mismo se puede decir de *muy*, pues se dice *muy docto*; *Fulano es muy hombre*; *vive muy santamente*; *lo digo muy de mala gana*.

Dónde y *cuándo* sirven para preguntar, como *¿dónde está?* y tambien se usan afirmativamente, como *cuan- do venga que avise*.

Sobre los adverbios acabados en *mente* hay que ob-

servar que quando hay necesidad de poner dos, tres ó mas juntos, se excusa de poner la terminacion *mente* en el primero ó primeros, y solo se pone en el último, v. g.: *César habló clara, oportuna y concisamente*.

Hay adjetivos que se usan como adverbios, v. g.: *hablar claro*; *peor ó mejor habla que escribe*; *corre mucho*.

Hay tambien palabras, que unas se usan como substantivos y otras como adverbios, por ejemplo: *estudia bien*; *no conoce el bien que le hacen*; *sea enhorabuena*; *dar la enhorabuena*.

Por último, hay adverbios que unas veces expresan una relacion, y otras veces otra, v. g.: quando decimos *luego vendrá*, *después irá*, los dos adverbios expresan una relacion de tiempo; y quando decimos *primero estaba sentado el presidente*, *después el decano*, *luego un diputado*, los adverbios expresan una relacion de orden.

La preposicion, llamada así porque se pone antes de otras partes de la oracion, denota la diferente relacion que tienen unas con otras; tales son las siguientes: *á*, *ante*, *cada*, *como*, *con*, *contra*, *de*, *desde*, *en*, *entre*, *hacia*, *hasta*, *para*, *por*, *según*, *sin*, *sobre*, *tras*.

La conjuncion sirve para juntar las demás partes de la oracion. Llámense copulativas las siguientes: *y*, *e*, *ni*, *que*; como: *el cielo y la tierra*; *sabiduría es ignorancia*; *no descansa ni de día ni de noche*; *dicen que la ociosidad es madre de todos los vicios*.

Las disyuntivas denotan alternativa entre las cosas, como *ó*, *ú*, *ya*; *entrar ó salir*; *siete ú ocho*; *ya reia, ya lloraba*.

Las que sirven para expresar alguna contradiccion ó contrariedad se llaman adversativas, como las siguientes: *mas*, *pero*, *quando*, *aunque*, *bien que*.

Las condicionales son las que envuelven alguna condicion, como *sí*, *si no*.

Las causales expresan causa ó motivo, como *por que*, *pues*, *pues que*.

Las continuativas sirven para continuar la oracion, como *mientras*, *pues*, *así que*.

Hay expresiones que constan de dos ó mas voces separadas, y sirven como de conjunciones para trabar las palabras ó sentencias. Tales son las siguientes: *á la verdad*, *aun quando*, *á saber*, *esto es*, *á menos que*, *con tal que*, *fuera de esto*, *entre tanto que*, *mientras que*, *dado que*, *supuesto que*, *como quiera que*, *donde quiera que*, y otras semejantes.

La interjecion sirve para denotar los afectos del ánimo, ó por mejor decir, llámense interjecciones aquellos breves sonidos ó voces con que el ánimo prorrumpe casi involuntariamente para desahogo suyo, ó para advertir alguna cosa á otro, ó llamar la atencion, v. g.: *ay*, *ah*, *oh*, *eh*, *tate*, *ta*, *chito*, *ea*, *hola*, *co*, *gi gi*, *ge ge* y otras.

Sintaxis ó construccion.

Hasta aquí hemos tratado de las palabras que componen nuestra lengua, considerándolas cada una de por sí; pasarémos ahora á tratar de su union, esto es, del orden con que deben colocarse para expresar con claridad los pensamientos.

La union de las palabras puede señalarse de varios modos: por el lugar que se les da en la oracion, por la mudanza que reciben en la terminacion, por medio de proposiciones que indican el segundo término de una relacion, de adjetivos que juntan las proposiciones incidentes con los substantivos á quienes modifican, y de conjunciones que sirven para trabar las diferentes partes de la oracion.

En esta union y debida colocacion de las palabras se cifra la claridad, que es la primera cosa á que debe atender el que habla ó escribe, y sobre esto observaremos que la oracion es tanto mas clara, cuanto mas natural el orden con que se colocan las palabras; por ejemplo, es conforme al orden natural decir las cosas con aquella antelacion que tienen por naturaleza ó mayor dignidad. El substantivo debe preceder al adjetivo, porque antes es la substancia que la calidad; el sujeto al verbo, porque antes es el agente que la accion; el verbo al término, porque este supone aquel. Diremos tambien *cielo y tierra, sol y luna, padre y madre, usted y yo*, por razon de dignidad.

Mas quizá no hay lengua alguna donde se observe con exactitud el orden que acabamos de indicar. El pueblo, por quien y para quien se formaron las lenguas, no sabe por lo regular qué cosa es sustancia, causa, efecto ó calidad, ni atiende á todas las nociones metafísicas, de que sólo se valen los sábios cuando discuten ó analizan sus ideas. Puede decirse que el uso formó todas las lenguas, y por consiguiente debe haber en cada una ciertas diferencias de construccion, que constituyen su forma particular y la distinguen de las demás. Consideremos en la nuestra las variedades que el uso consagró sobre este particular, y veamos cómo se conforma ó aparta del orden natural).

1.º El sujeto se pone unas veces antes y otras veces despues del verbo. En las cláusulas que constan de tres palabras, como esta: *Dios es justo*, los tres términos siguen casi siempre el orden natural, con motivo de señalar mejor la relacion que hay entre ellos; y no se puede decir: *es Dios justo*, ni *justo es Dios*. En las cláusulas que se componen de mas palabras puede el sujeto posponerse al verbo por razon de elegancia, cometiéndose entonces la figura hiperbaton, de que hablaremos despues.

2.º El adjetivo, artículo y participio tienen su lugar, antes ó despues, junto al substantivo, con quien conciertan en género y en número; *bien que se separan* algunas veces de él, sin que por eso resulte oscuridad ó antibología, pues la terminacion de estas palabras indica bastante á qué substantivo deben referirse. Nos convenceremos de esto con los ejemplos siguientes: *Tenia ganado Cristóbal de Olid el primer foso cuando llegaron las canoas enemigas* (Solís, *Historia de México*). *Cuatro dias faltaban para llegar aquel en el cual los padres de Ricardo querian que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio, teniendo por prudentes y dichosísimos de haber escogido á su prisionera por su hija* (Cervantes, novela de *La Española inglesa*).

Sobre la concordancia del substantivo con el adjeti-

vo observaremos que el adjetivo que se refiere á dos substantivos en número singular, recibe siempre número plural, como: *la aplicacion y constancia en el estudio son muy necesarias al que quiere adelantar*. Y cuando los substantivos son de distintos géneros, el adjetivo recibe con el número plural género masculino, como: *el cielo y la tierra son dignos de admiracion*.

Los pronombres personales, sujetos de la accion, se ponen inmediatamente antes ó despues del verbo: *digo yo, creen ellos, tú piensas, él asegura*; y lo mismo sucede cuando son términos de ella, como: *me dicen ó dicenme, se va ó vase*. Solo el imperativo tiene el privilegio de que sus términos se pospongan, sin poder nunca ir delante: *créame usted, decídele que venga*. Pero esto se entiende de los tiempos simples, porque en los compuestos el término debe siempre ir delante, como: *me ha suplicado, aunque se le haya dicho*, etc.

En una oracion el sujeto puede ser determinado por un artículo, un participio ó un adjetivo, como acabamos de decir, y tambien por un substantivo con preposicion, como *hombre de bien*; por una proposicion incidente, como *hombre que cuida de su casa*; por conjunciones que le enlazan con otro sujeto, como *Juan y Antonio*, y por interjecciones ó expresiones de gozo, tristeza ó miedo, v. g.: *mi hijo; ah! ya habrá perecido... Mi padre ¡oh, qué dicha! está para llegar al puerto*.

El adjetivo puede tambien ser determinado por un substantivo con preposicion, como *hombre lleno de dinero*; y lo mismo el participio, como *hombre amante de la patria*.

Pueden determinar el verbo: 1.º un adverbio, como *estudiar atentamente*; 2.º un substantivo con preposicion, como *estudiar con gusto*; 3.º un nombre que significa la persona ó cosa á que se dirige la accion, como: *envia una carta á Madrid; el maestro da leccion al discípulo*; 4.º palabras que significan circunstancias ó modos que puede recibir la accion, como: *el Rey encarga la justicia á sus ministros con particular cuidado para bien de sus vasallos*.

Al término le pueden determinar las mismas palabras que determinan el sujeto.

Sintáxis figurada es aquella que permite algunas mudanzas en la construccion natural, ya alterando el orden y colocacion de las palabras, ya omitiendo mas, ya añadiendo otras, ya quebrantando las reglas de la concordancia. Cuando se invierte el orden de las palabras se comete la figura hiperbaton, que significa inversion. Cuando se callan palabras, es por la figura elipsis, que equivale á falta ó defecto. Cuando se aumentan, es por la figura pleonismo, que vale suma ó superfluidad; y cuando se falta á la concordancia, es por la figura silepsis ó concepcion.

La inversion ó perturbacion del orden natural que se hace por la figura hiperbaton se funda en la mayor elegancia y energía. Si decimos *dichosos los padres que tienen buenos hijos... Feliz el reino donde viven los hombres en paz... Acertadamente gobierna el que sabe evitar los delitos*, el objeto de la primera cláusula es expresar la dicha de los padres que tienen bue-

nos hijos, y así empieza por el adjetivo *dichosos*, que llama la atención desde el principio; el objeto de la segunda es expresar la felicidad del reino en que se vive en paz; y así empieza por el adjetivo que denota esta calidad; el objeto de la tercera es expresar el acierto en el gobierno, y así empieza la sentencia por el adverbio que significa este acierto.

Cuando en el modo común de hablarnos y saludarnos decimos *adiós, buenos días, qué tal, bien, bueno, cométemos la figura elipsis*, porque en estas expresiones se suple un verbo, sin el cual no puede haber oración gramatical. Lo mismo sucede en esta cláusula: *un vasallo pródigo se destruye á sí mismo; un príncipe, á sí y á sus vasallos*.

Hay pleonismo en estas expresiones: *subir arriba, lo escribí de mi mano, lo vi por mis ojos*. Se usa tam-

bien de esta figura, añadiendo las palabras *mismo* y *propio* para dar mas fuerza á los nombres, como *yo mismo lo presencié*; y también cuando por el mismo motivo se repiten los pronombres personales, como: *á mí me dicen, á ti te llaman*.

La *silépsis* ó falta de concordancia se comete de dos modos: ó en el género, como: *vuestra majestad es justo, vuestra alteza sea servido*, ó en el número, como: *parte de ellos se quedaron en Granada, parte murieron, parte desaparecieron*.

Ni temais que para dar (la enseñanza de las bellas letras) oprimamos vuestra memoria con aquel sárrago importuno de definiciones y reglas á que vulgarmente se han reducido estos estudios (Oración pronunciada por el autor en el insituto asturiano).

LECCIONES DE RETORICA Y POÉTICA.

Emollit mores, nec sinit esse ferax.

(HORAT.)

Hace al hombre suave y dulcifica sus costumbres.

Después de haber tratado de la gramática de nuestra lengua, pasaremos á considerar qué cosa es estilo, y cuáles son las reglas de él.

Llábase *estilo* aquel modo peculiar con que un hombre expresa sus conceptos por medio del lenguaje. Sus calidades pueden reducirse á dos, *perspicuidad* y *ornamento*, porque todo lo que se exige del lenguaje es que nuestras ideas se presenten con claridad al entendimiento de los otros, y que tengan al mismo tiempo aquel adorno capaz de darles gusto y de interesarlos. Cumplidas estas dos cosas, se logra el fin que debe cualquiera proponerse cuando habla ó escribe.

La *perspicuidad* es tan esencial en cualquier género de composición, que nada puede suplir su falta. Por consiguiente, el primer objeto que debemos proponernos es darnos á entender clara y completamente y sin la menor dificultad. «La oración, dice Quintiliano, debe ser clara é inteligible aun para aquellos mas descuidados en oír; de modo que, no solo comprendan lo que se dice, sino que no puedan dejar de comprenderlo.»

Nos aficionamos por lo regular á un autor que nos ahorra el trabajo de buscar la significación de sus palabras, que nos lleva al término sin embarazo ni confusión, y cuyo estilo corre á manera de un río limpio, donde se ve hasta el fondo.

La *perspicuidad* se refiere á las palabras y cláusulas, ó á la construcción de las sentencias.

La *perspicuidad*, considerada con respecto á las palabras y cláusulas, exige pureza, propiedad y precisión.

La pureza del lenguaje no debe confundirse con la propiedad, como suele haberse muchas veces. Llábase pureza el uso de aquellas voces y construcciones que

pertenecen á la lengua que estamos hablando, en contraposición de aquellas palabras y cláusulas tomadas de otros idiomas, arcaísmos, voces nuevas ó sin propia autoridad. La propiedad consiste en la elección de aquellas palabras de la lengua patria, apropiadas por el uso establecido á aquellas ideas que intentamos expresar por ellas. El estilo puede ser puro, esto es, puede ser del todo español, sin galicismos ó expresiones irregulares, y sin embargo, puede ser defectuoso por falta de propiedad. Pueden las palabras ser mal escogidas, no adecuadas al asunto, y no expresar completamente el sentido del autor. Pero el estilo no puede ser propio sin ser también puro; y cuando la pureza y la propiedad se hallan juntas, no solo hacen el estilo perspicuo, sino también agradable. No hay otras reglas de pureza y propiedad que la práctica de los mejores escritores y oradores del país donde se vive.

Cuando decimos que las palabras anticuadas ó nuevas son incompatibles con la pureza del estilo, no dejamos de conocer que en esto debe haber algunas excepciones. La poesía admite mas latitud que la prosa acerca del uso de esta especie de palabras; con todo, debe usarse de esta libertad con parsimonia. En la prosa sería arriesgado el hacer uso de ellas, pues hacen el estilo afectado; por lo que se deja la licencia de emplearlas á aquellos cuya fama, establecida ya, justifica la autoridad dictatorial que se toman en el lenguaje.

Debe también evitarse la introducción de palabras extrañas, á no ser cuando la necesidad lo exija. Las lenguas extranjeras pueden necesitar de estos socorros; pero la nuestra no se halla en tal caso, y nadie puede menos de condolerse al ver la majestuosa lengua patria desfigurada por el gran número de vocablos extraños con que cada día la vamos oprimiendo.

Consideremos ahora el influjo que tiene la precisión en el lenguaje. Derivase esta palabra de la latina *præciderè*, cortar, y significa que debe cortarse todo lo superfluo en la oración, reduciendo de tal modo la expresión, que presente ni mas ni menos una copia exacta de la idea que se quiere expresar. Sobre esto observaremos que las palabras con que un hombre expresa sus ideas pueden ser defectuosas de tres maneras: pueden no expresar aquella idea que tiene el autor en la mente, sino otra que se le parece; ó pueden expresar aquella idea, pero no entera y completamente, ó pueden expresarla junto con otras ideas que el autor no intenta expresar. La precisión se opone á estos tres yerros, y mas principalmente al último.

La importancia de la precisión puede deducirse de la naturaleza del entendimiento humano. Este no puede contemplar clara y distintamente sino un objeto solo, y si atiende á dos ó á varios objetos, principalmente á los que tienen semejanza ó conexión, se halla confuso y embarazado. Si quiero adquirir conocimiento de un animal, mando quitarle todos sus arcos, y hago que esté solo ante mí para que nada pueda distraer mi atención. Lo mismo sucede con las palabras; si cuando me participais una cosa, decís mas de lo que se necesita para su expresión, juntando circunstancias extrañas al objeto principal; si variando sin necesidad la expresión, alejáis el punto de vista, y me hacéis ver unas veces el mismo objeto, otras veces otro unido á él, me obligáis á mirar muchas cosas á un tiempo, y pierdo de vista la principal. Por lo que acabamos de decir se demuestra que un autor puede ser perspicuo sin ser preciso. Usa de voces propias, su construcción lo es tambien; presenta la idea con la misma claridad con que la concibe, pero las ideas no son en su entendimiento tan claras como deberían ser; son difusas y generales, y por lo mismo no pueden expresarse con precisión. Todos los asuntos no necesitan igualmente de la precisión, pues basta en algunos casos que tengamos una idea general del asunto, y presentar á nuestros oyentes un bosquejo de ella.

Pero nada es tan contrario á la precisión como el uso immoderado de aquellas palabras llamadas sinónimos. Estos convienen entre sí en expresar una idea principal; mas por lo regular, si no siempre, la expresan con alguna variedad de circunstancias. Apenas se hallan en alguna lengua dos palabras que presenten rigurosamente la misma idea; y el que conoce la propiedad de su lengua observará siempre algo que las distingue. Siendo como diferentes sombras del mismo color, un escritor exacto puede emplearlas con gran ventaja para fortalecer y perfeccionar la pintura que está formando. Por ejemplo, hay diferencia entre las palabras *gozo* y *gusto*, aunque las mas veces se use la una por la otra. Gozo se aplica solo á lo moral, y gusto á lo físico; no se dice el gozo de comer una pera, sino el gusto; ni el gusto del alma, sino el gozo.

Jóven, mozo.

La voz *jóven* explica la idea absolutamente, la voz *mozo* la explica comparativamente. Un hombre de treinta años no es ya *jóven*, pero es *mozo* todavía.

Palabra, voz.

Palabra se refiere á la pronunciación, *voz* á la gramática. Un predicador usa de voces propias y de palabras arrianosias.

Auxilio, socorro, amparo.

Se da el *auxilio* al que ya tiene y le conviene tener mas, el *socorro* al que no tiene lo suficiente, y el *amparo* al que no tiene nada. Se *auxilia* al indolente, se *socorre* al necesitado, se *ampara* al desvalido.

Adulador, lisonjero.

El *lisonjero* es mas fino que el *adulador*; este le alaba todo sin distinción, el otro da mas apariencia de verdad á su alabanza. Un hombre prudente debe despreciar la adulación y temer la lisonja.

Romper, quebrar.

Romper se aplica á toda acción por la que se hace pedazos un cuerpo; pero *quebrar* supone que la acción se ejerce determinadamente en un cuerpo inflexible ó vidrioso, y de un solo golpe ó esfuerzo violento. Se rompe un papel, una tela, pero no se quiebra, como una taza, un vaso.

Habiendo considerado hasta aquí la claridad y precisión, principalmente con respecto á las palabras, réstanos ahora considerar estas calidades solamente con respecto á las sentencias que de ellas se componen. La sentencia ó período se puede definir un conjunto de palabras rectamente ordenadas, por el que en uno, dos ó mas miembros se expresa solamente un pensamiento principal. Antes que vayamos á dilucidar esta definición en todas sus partes, haremos una división de la sentencia, á que su misma definición nos conduce. Esta puede ser sencilla y corta, ó cumplida y larga. No podemos fijar el número de palabras ó miembros de que debe constar una buena sentencia; pero nos debemos persuadir á que puede haber extremos viciosos por uno y otro lado. Las demasiado largas ó que constan de muchos miembros pecan siempre contra alguna de las reglas de la buena sentencia, de que trataremos después, y en las muy cortas puede haber el mismo defecto.

De esta diferencia de sentencias ó períodos nace la división que hacen algunos del estilo en periódico y cortado. Estilo periódico es aquel en que las sentencias se componen de varios miembros encadenados entre sí y que penden unos de otros, de suerte que no se cierra el sentido del todo hasta el fin. Esta manera de composición es la mas pomposa, de mas armonía y propia de la oratoria. Estilo cortado es aquel que se compone de proposiciones breves, independientes y todas completas en su línea; tiene mucha viveza y energía, y conviene bien á los asuntos alegres y fáciles; pero llevado al extremo, hace la composición muy rígida y poco armoniosa. Así que, para atemperar lo embarazoso y oscuro del uno, y la aridez y pobreza del otro, será conveniente mezclarlos en toda composición, cuidando siempre de que esta participe mas de aquel á quien pertenezca por su carácter.

Las propiedades mas esenciales de la buena sentencia pueden reducirse á cuatro, á saber: claridad y pre-

cision, unidad, fuerza y armonia. De la claridad en las palabras hemos tratado en las lecciones pasadas. Restan ahora hablar de la claridad y precision con respecto á las sentencias. Para que una sentencia pueda llamarse clara, es necesario que exprese perfecta y distintamente el pensamiento, y para que sea precisa ha de constar de las palabras solamente necesarias. En ambos casos es preciso evitar con el mayor cuidado toda ambigüedad, como vicio opuesto á la claridad. De dos maneras se puede incurrir en este defecto: eligiendo palabras poco correspondientes á las ideas, ó colocándolas mal. Ya hemos tratado de la eleccion de las palabras; vamos ahora á mostrar la debida colocacion de ellas y su importancia.

Lo primero que se debe procurar en esta parte es observar exactamente las reglas gramaticales; pero esto no basta, pues bien puede una sentencia estar perfectamente sujeta á ellas; y tener, no obstante, el sentido ambiguo. Se debe tambien poner el mayor cuidado en que las palabras ó miembros que tengan mas estrecha conexcion entre sí, tengan en la sentencia el lugar mas cercano que sea posible, para que manifiesten mejor su mútua relacion. El adverbio, por ejemplo, que califica la significacion de otra palabra, debe colocarse inmediato á ella; y de no ejecutarlo resulta muchas veces el sentido dudoso, y siempre alguna oscuridad y poco alio en la sentencia.

Igual cuidado se debe poner en la colocacion de alguna circunstancia que ocurra en la sentencia, para que la desnude de toda ambigüedad; pero aun mas que á todo lo dicho, se debe atender á la disposicion propia de los pronombres relativos *quien, cual, que, cuyo*, y de todas aquellas particulas que expresan la conexcion de las partes de la oracion. Como todo raciocinio depende de esta conexcion, nunca seremos en esto demasiado exactos. Un error ligero puede oscurecer el sentido de una sentencia; y aun donde es inteligible, si estas particulas relativas están fuera de su lugar, habrá siempre algun desalio en la estructura de la sentencia.

Tambien convendrá evitar, en cuanto sea posible, la demasiada repeticion de algunos de estos relativos, particularmente cuando se refieren á distintas personas, porque oscurece á veces el periodo, y se hace, cuando menos, embrollado y desaliado. En fin, el que en la construccion de sus periodos observe exactamente estas reglas; que los adverbios se coloquen inmediatos á las palabras que califican; que si interviene alguna circunstancia, por el lugar que ocupa, quede determinada en uno ó otro miembro del periodo, y que cada palabra relativa presente luego su antecedente al ánimo del lector, dará en esta parte á su estilo, no solamente claridad, sino gracia y belleza.

La segunda calidad de una sentencia bien ordenada es la unidad. Esta es tambien una propiedad fundamental. Es preciso que entre sus partes haya algun principio que las enlace ó algun objeto que sobresalga. En toda composicion, sea historia, oracion, poema épico ó dramático, se requiere algun grado de unidad para que sea bella; pero en una sola sentencia se debe verificar mas rigurosamente. Ella puede componerse

de partes ó miembros; pero es preciso que estos estén ligados tan estrechamente, que hagan en el ánimo la impresion de un solo objeto.

Para conservar la unidad en una sentencia, se observará, en primer lugar, que en el curso de ella se cambie la escena lo menos que sea posible. No se nos debe llevar precipitadamente, pasando de repente de un lugar á otro ni de una persona á otra. Por lo comun hay en toda sentencia alguna cosa ó persona dominante, y esta debe regir, si es posible, desde el principio hasta el fin de ella. Debe luirse tambien de acumular en una sentencia cosas que tienen tan poca conexcion, que pudieran dividirse en dos ó mas. La violacion de esta regla nunca deja de disgustar al lector, y acaso le ofenderá menos el extremo contrario, esto es, el que las sentencias pequen por demasiado breves. Los paréntesis, mayormente los muy largos, se deben evitar lo mas que sea posible, y solo pueden tener lugar en ciertas ocasiones, en que por la vivacidad del pensamiento se toca una cosa ajena de la sentencia, como encontrada al paso. Finalmente, para que la sentencia aparezca con toda la unidad y limpieza que se requiere, se debe cerrar completamente, sin que le sobre palabra alguna hasta la conclusion del sentido.

La tercera calidad de una buena sentencia es la energia ó fuerza. Esta consiste en una disposicion de sus diversas partes y miembros, que presente el sentido con las mayores ventajas para que haga en el ánimo toda la impresion que se pretende. La claridad y la unidad son absolutamente necesarias para producir este efecto; y aun lo es tambien la precision, con tal que no pase de un medio prudente. Es máxima general que todas las palabras que no añaden algo al sentido, se lo quitan; esto es, que no pueden ser superfluas sin ser embarazosas. Mejor es dejar de expresar en la sentencia alguna cosa que se pueda suplir fácilmente, que hacerla redundante; pero se ha de observar cuidadosamente que de cercenarla mucho no resulte dureza y aridez en el estilo. Lo mismo se debe entender del último miembro de la sentencia cuando esta tiene dos ó mas, pues si no se añade en él alguna cosa nueva ó viene á ser solamente un eco ó repeticion del primero, deja la sentencia fria y desmayada.

Las particulas copulativas, disyuntivas, relativas y todas las demás usadas para las transiciones y conexiones deben ocupar su propio lugar, y se observará cuidadosamente cuándo viene bien el omitirlas ó multiplicarlas. Sobre esto apenas se puede dar regla general, y la atencion á la práctica de los escritores mas exactos es la que nos debe dirigir.

No obstante, siempre que se pretenda pasar rápidamente la imaginacion por diferentes objetos, abrazándolos todos como con un solo golpe de vista, la supresion de la particula copulativa hará bellísimo efecto, pues se presentarán sin ella mas estrechamente unidos. Por el contrario, cuando se desea parar algo la reflexion en cada uno de ellos, la misma particula los muestra entonces mas desunidos y especificados. La razon es, que en el primer caso se supone que el ánimo corre tan aceleradamente por una viva sucesion de objetos, que no halla tiempo para señalar su conexcion, al

paso que en el segundo, caminando con lentitud y señalando con la partícula copulativa la relacion de un objeto con otro, quiere dar á entender que son distintos entre sí, y que cada uno merece particular reflexion.

Aquella palabra ó expresion que es la capital en la sentençia, y que de consiguiente debe llevar la primera atencion, se ha de colocar en el mejor lugar de ella. Sobre señalar este tampoco se puede dar regla general, pues deberá variar segun la naturaleza de la sentençia. Parece, no obstante, que las palabras mas importantes deberán ocupar las mas de las veces el principio, porque el órden mas natural y sencillo es colocar al frente el objeto principal de la proposicion. Algunas veces convendrá tambien colocar estas palabras en el medio, y aun en el fin del periodo, mayormente quando es de suyo sentencioso y se le pretende dar peso. En todo caso es preciso atender á que estas palabras, donde quiera que se coloquen, estén limpias y desembarazadas de cualesquiera otras que pudieran embarazarlas; á que nunca su colocacion ocasiona inversiones violentas, por ser estas contra la índole de nuestra lengua y de todas las vivas; y finalmente, á que por ningun capítulo se dañe la claridad, que es la mas importante calidad de la sentençia.

La que se puede dar por regla general, y la mas importante para construir las sentençias con energia, es hacer que sus miembros tengan á lo menos el mismo grado de importancia desde el primero hasta el último. Bellísimo será, si se puede conseguir sin afectacion, el que la importancia de los miembros ó palabras vaya siempre en aumento; pero nunca será tolerable el órden retrógrado, porque en todas las cosas gustamos naturalmente ir ascendiendo á lo que es mas y mas bello, y nos es enojoso, después de haber puesto la vista en un objeto considerable, pasarla sucesivamente á otros de menos valor. Debe tambien cuidarse que quando la sentençia se compone de dos miembros, se concluya casi siempre con el mas largo de ellos; lo primero, porque los periodos divididos de esta suerte se pronuncian con mas facilidad; y lo segundo, porque colocado primero el miembro mas corto, se percibe mas pronto la conexon que hay entre los dos.

Tambien puede ser regla general el que la sentençia se concluya siempre con palabra de alguna importancia. Por buena que sea la construccion de un periodo, perderá este mucho de su vigor y hermosura si finaliza con un adverbio ó alguna circunstancia de poco momento. Pero quando la mayor fuerza del periodo se funda en una de estas palabras, como sucede algunas veces, tendrán buen lugar en la conclusion, porque el adverbio ó circunstancia viene á ser entonces la palabra capital. Quando en los miembros del periodo se comparan ó contraponen dos cosas entre sí, debe procurarse guardar la mayor semejanza en el lenguaje, porque la concordancia ó discordancia de ellas aparece mas perfecta con la semejanza de las expresiones. Finalmente, la regla fundamental, que comprende á todas las demás, para una construccion hermosa y enérgica, es dar el órden mas claro y natural á las ideas que intentamos trasladar á los ánimos de otros. Esto será muy fácil á los que tienen bien concebidas las ideas que van

á expresar y poseen bien el idioma en que hablan.

La cuarta y última calidad de la sentençia es la armonía. Esta consiste en cierta eleccion y colocacion de las palabras de que consta la sentençia, de forma que resulte grata al oído y fácil á la pronunciacion. No parece á primera vista de mucha importancia esta calidad; pero reflexionando sobre su utilidad, debe ser muy atendida. Es muy difícil transmitir al ánimo ideas agradables por medio de palabras de sonido áspero y de cuya mala colocacion resulte dureza y desagradado tanto para el que las oye como para el que las profiere. La música tiene naturalmente mucho poder sobre todos los hombres para excitarles los afectos y conmovierles á lo que se intenta; y siendo el lenguaje susceptible en cierto grado de este poder de la música, es claro que no se debe desatender esta calidad suya, tan útil y delicada.

Dos cosas hay que considerar en la armonía de los periodos: primera, el sonido agradable en general ó sin expresion; segunda, el sonido agradable por la expresion de la idea. La primera belleza es mas comun, la segunda mas relevante. Para lograr la primera es necesario atender, en primer lugar, á que las palabras del periodo sean de sonido agradable y fácil pronunciacion. Quando estas son ásperas, y por la mala coordinacion de sus vocales y consonantes, difíciles de pronunciar, son tambien penosas al oído, y se les deben sustituir otras que expresen ó se acerquen á la misma idea. Pero aun mayor cuidado se debe poner en la coordinacion de ellas. Es imposible formar un periodo armonioso, si á sus palabras, por mas blandas y agradables que sean, no se les da una colocacion desembarazada y sonora. Debe pues evitarse, en cuanto sea posible, la concurrencia de dos palabras que acabe la primera y comience la segunda con una consonante de pronunciacion fuerte, pues se hace muy duro el paso de una á otra, y desagrada notablemente al oído. Las vocales de un mismo sonido, quando se juntan dos ó mas, fatigan tambien al pronunciar, y se procurará disponer la sentençia de forma que no concurren. Aquellas pausas ó reposos con que terminan los miembros del periodo se distribuirán de modo que faciliten la respiracion y caigan al mismo tiempo á tales distancias, que tengan entre sí cierta proporcion musical; pero tambien se observará que estos reposos no sean demasiados, ni estén colocados á distancias precisamente iguales y que se eche de ver su mesuración; porque tiene entonces el periodo cierto sabor de afectacion, que hace desagradable el estilo. La buena conclusion ó cadencia del periodo contribuye tambien mucho para que este salga armonioso. En la melodía se verifica generalmente lo mismo que observamos en la energia. Así que, para alcanzarla cuidaremos de que el sonido, juntamente con la importancia de los miembros de la sentençia, vaya siempre en aumento hasta la conclusion; que esta se haga con una palabra llena y sonora, y que el último miembro sea, no solo el mas interesante, sino el mas largo del periodo. Los pronombres, particulas, adverbios y palabras cortas son tan desgraciadas al oído en la conclusion como incompatibles con la energia. Es muy probable que el sentido y el sonido influyen mu-

tuamente uno en otro; qué lo que ofende al oído, parece que disminuye realmente la energía del significado, y que lo que realmente degrada el significado en consecuencia de este primer efecto, parece que hace un mal sonido.

En la segunda belleza, ó en el sonido expresivo de la idea, se pueden señalar dos grados: primero, la cuerda de un sonido adaptado al tenor de un discurso; segundo, una semejanza particular entre los objetos y los sonidos empleados para expresarlos. Es evidente que se debe adaptar al tenor del discurso cierta cuerda ó tono particular. A un discurso magnífico, importante ó sentencioso, pertenece un tono grave y calmado, y á este corresponden unas cláusulas llenas y numerosas. Los discursos violentos, los raciocinios acalorados, y aun las conversaciones familiares, piden un tono mas subido, y de consiguiente, las medidas de sus cláusulas deberán ser mas vivas, más cortas y mas fáciles. Tan absurdo sería escribir en una misma cadencia un panegírico y una invectiva, como poner una letra amorosa en el aire y tono de una marcha guerrera. Por tanto es necesario que nos formemos de antemano una idea cabal del tono que corresponde al asunto; esto es, de aquel tono que forman naturalmente los sentimientos que vamos á expresar, y en el cual suelen manifestarse ellos mismos, ya sean redondos y blandos, ya graves y majestuosos, ya brillantes y vivos, ya interrumpidos y variados. Esta idea general debe dirigir el tenor de nuestra composición; ella debe darnos la clave para hablar en estilo musical, debe formar el cuerpo de la melodía, que ha de ser variada y diversificada en partes, segun varien nuestros sentimientos y segun sea necesario para causar una variedad que halague y lisonjee al oído.

La semejanza entre los objetos y los sonidos empleados para expresarlos, aunque es mas propia de la poesía, no deja de tener algun lugar en la prosa. Puede emplearse el sonido de las palabras para representar principalmente tres clases de objetos: primera, otros sonidos; segunda, el movimiento; tercera, las conmociones y pasiones del ánimo. En la primera clase no se duda que por una buena eleccion de palabras conseguimos imitar los sonidos que intentamos describir; siendo, como es, este género de belleza el mas sencillo y fácil de alcanzar. En todas las lenguas se ve que los nombres de muchos sonidos están formados de manera que llevan consigo alguna afinidad con el sonido que significan; en la castellana tenemos el susurrar de los vientos, el zumbido de los insectos, el sibido de las serpientes, el chasquido del látigo de posta, el maullido del gato, el aullido del perro, el balar de la oveja, el graznar del cuervo, gruñir, gorgajear, cacarear, rechinar, etc.

La segunda clase de objetos que imita á veces el sonido de las palabras es el movimiento, segun que este es ligero ó lento, violento ó delicado, igual ó interrumpido, fácil ó acompañado de algun esfuerzo. Aunque no hay afinidad natural entre el sonido, cualquiera que este sea, y el movimiento, sin embargo hay una afinidad fuerte en la imaginacion, como aparece por la connexion entre la música y la danza. Por lo mis-

mo está en manos del poeta, á quien principalmente toca esto, el darnos una viva idea del movimiento que quiere describir, por medio de sonidos que en nuestra imaginacion correspondan con aquel movimiento. Las sílabas largas naturalmente causan la impresion de un movimiento lento, como, por el contrario, una tirada de sílabas breves presenta al ánimo un movimiento vivo, y tanto mas ó menos en uno y otro caso, cuanto mas ó menos abunde el verso ó la sentencia de palabras compuestas de largas y breves.

La tercera clase de objetos que puede representar el sonido de las palabras, son las pasiones y conmociones del ánimo. Parecerá á primera vista que el sonido nada tiene que ver con ellas, ni puede haber semejanza alguna entre uno y otro; pero en nuestra imaginacion experimentamos muchas veces lo contrario. Un mismo pasaje, expresado con palabras mas ó menos significantes por su material sonido, excitará muy diferentemente la pasion que envuelve. Quíen lee, por ejemplo, en la *Jerusalén libertada* el congreso de los espíritus infernales, se halla extráñamente conmovido de horror, y tanto, que le parecieren sus oídos el horrendo sonido de la trompeta que los convoca y los temerosos silbos de aquellas abominables serpientes. Este efecto que causan las valentísimas voces que emplea el poeta en aquella descripción, sin duda que no se experimentaría con otras menos expresivas por su semejanza en el sonido, aunque bastante claras para representar la idea.

Por fin, la regla general que sobre esto se puede dar es que el poeta ó el orador se deje arrebatar cuanto le sea posible del sentimiento que su asunto le excita. Entonces uno y otro; cuando describe el placer, la alegría y otros objetos agradables, del sentimiento de su asunto pasará naturalmente ó con muy poco estudio á emplear palabras de número blando, líquido y corriente. Cuando las sensaciones son fogosas y animadas, se valdrá de las que tengan números mas vivos y animados. Finalmente, los asuntos melancólicos y sombríos, ellos mismos se expresarán naturalmente en medidas lentas y palabras largas.

Lenguaje figurado.

Hemos tratado completamente hasta aquí de la estructura de las sentencias respecto á su claridad, y tambien de su ornato en cuanto proviene de una eleccion y colocacion de palabras graciosas, fuerte y melodiosa. Otra gran fuente del ornato del estilo vamos ahora á descubrir, que contribuye en gran manera á su fuerza y hermosura, y es el lenguaje figurado. Aunque este modo de expresar las ideas le usamos hoy casi solamente por ornato y lujo, hay razones fuertes para creer que fué parto de la necesidad, y tan antiguo como los primeros rudimentos del lenguaje. En aquel tiempo en que los primeros hombres no conocian mas artes y ciencias que las puramente necesarias para satisfacer las cortas necesidades de alimentarse y conservarse, es preciso que el número de palabras fuese muy corto, á proporcion del corto número de ideas que entonces tenían. Por la inspeccion de nuevos objetos, y por la comparacion y reflexion que

sobre ellos iban haciendo, fueron progresivamente adquiriendo nuevas ideas y formando nuevos raciocinios. Pero como es forzoso que antecediése el conocimiento de los objetos, su comparacion y reflexion, á las palabras que iban formando para expresar uno y otro, es tambien necesario que antes de formadas estas, se viesen algunas veces en la precision de expresarse, ya con señas, ya con gestos, ya con figuras. Un nuevo objeto que hallaban, un nuevo conocimiento que adquirian ó una nueva necesidad que les comenzaba á dominar, les infundia el deseo y á veces la necesidad de significarse á los demás. Entonces, no teniendo aun palabras con que darse á entender propiamente, es natural que recurriesen primero á las señas y gestos, y cuando estos no alcanzaban, á otras palabras y expresiones ya formadas y que tuviesen la mayor analogia con la idea que intentaban comunicar. De aquí nacieron los símiles, las comparaciones, las metáforas, las alusiones y las alegorías. Es cierto que á proporción de sus conocimientos y necesidades, seria tambien corto el número de sus pasiones; pero por la misma razon serian estas mas intensas é impetuosas. Esto se comprueba muy bien con lo que hoy experimentamos en algunos sujetos que tienen muchas pasiones, pues es siempre en grado mas remiso que el que adolece de una sola. Tambien debemos creer que obraban mas en ellos que en nosotros la sorpresa, la admiracion, el asombro y otras conmociones del ánimo, por el mayor número de objetos nuevos que hallaban, fenómenos raros que experimentaban, riesgos y daños inesperados en que se veían. Siendo, pues, las figuras de elocucion el lenguaje propio de las pasiones violentas y conmociones del ánimo, es preciso que se hubiesen formado entonces la admiracion, la interrogacion, el apóstrofe, la prosopopeya, hipérbole y otras figuras y tropos, que expresan con vehemencia aquellos afectos.

De esto se infiere que el lenguaje en los principios, si era escaso de palabras, era tambien expresivo por los gestos y tonos de que se ayudaba, y poético por las figuras y coordinacion caprichosa que le animaban. Tenia en él mucha mayor parte la imaginacion que el discurso. No atendian tanto los primeros hombres á expresarse con claridad y sencillez, cuanto á desahogar aquellos violentos accesos de sustos, admiraciones y asombros, de que su imaginacion era frecuentemente acometida. No obstante, se debe creer que en los tiempos modernos, no solamente se perfeccionaron las figuras y tropos, que en su origen serian toscas y mal aliñadas, sino que se crearon otras, que contribuyen solamente á hacer el estilo ameno y florido.

Al paso que se fué enriqueciendo el lenguaje y se fueron familiarizando los hombres con todos los objetos y con todos los acontecimientos de la vida humana, fué cediendo la necesidad y el frecuente uso del estilo figurado. Parece que en las mudanzas que ha padecido el lenguaje con los adelantos de la sociedad, el entendimiento ha ido ganando terreno, y perdiéndolo la imaginacion. Sus progresos en esta parte se parecen á los de la edad en el hombre: creciendo en años, se rasfia su imaginacion y se madura en su juicio. Aquellos caracteres del lenguaje en sus princi-

pios, como sonido descriptivo, tonos y gestos vehementes, estilo figurado y coordinacion inversa, han ido dando lugar á sonidos vagos, pronunciaci6n calmada, estilo sencillo y coordinacion recta. En los tiempos modernos se ha hecho, á la verdad, mas correcto y exacto; pero al mismo paso menos enérgico y animado. En su estado antiguo era mejor para la poesia y oratoria, diuora es mas favorable á la razon y á la filosofia. Fueron abandonando los hombres en su trato ordinario el antiguo vestido metafórico y poético del lenguaje, y lo reservaron para aquellas ocasiones señaladas en que viniera bien ó fuese necesario el adorno.

Los tropos y figuras contribuyen á la belleza, gracia y energia del estilog por cuatro razones: primera, ellas enriquecen el lenguaje y le hacen mas copioso; por medio de ellas se encuentran palabras y frases para expresar toda suerte de ideas, para describir hasta las diferencias mas menudas, las mas delicadas sombras y colores del pensamiento, lo cual no pudiera hacer el lenguaje por solas las palabras y expresiones propias.

Segunda. Ellas den dignidad al estilo. La fardiliaridad de las palabras comunes, á las cuales están muy acostumbrados nuestros oidos, no es á propósito para dar aquel grado de elevacion y majestad que necesitamos muchas veces acomodar á un asunto, lo cual se logra por medio de tropos y figuras bien manejadas. Estas producen en el lenguaje el mismo efecto que un rico y espléndido vestido en una persona de carácter, á saber, causar respeto y dar un aire de magnificencia al que le lleva.

Tercera. Las figuras nos dan el gusto de gozar de dos objetos á un tiempo y sin confusion: de la idea principal, que es el asunto del discurso, y de la accesoria, que le da el vestido figurado. Podemos decir que vemos una cosa en otra, lo cual siempre es agradable al ánimo. Las comparaciones y semejanzas de los objetos deleitan en gran manera á la fantasia, y todos los tropos se fundan en alguna relacion ó analogia entre una cosa y otra.

Cuarta. Las figuras tienen la ventaja de darnos frecuentemente una idea mas clara y viva del objeto principal que la que tendriamos si se expresase en términos sencillos y desnudo de sus ideas accesorias. Esta es la mayor ventaja, y por la cual se dice que ilustran ó que derraman luz sobre cualquiera asunto, mostrando en una forma pintoresca el objeto en que se emplean, y haciendo en algun modo objetos de los sentidos las ideas abstractas.

De las figuras y su division.

Podemos pues definir las figuras, un modo de expresar los pensamientos, que se desvia en parte ó en un todo del natural y sencillo, y que da fuerza, nobleza y gracia á la oracion.

Dividense estas en tropos y figuras propiamente dichas. Los tropos consisten en el cambio de la significacion propia de la palabra, pasando esta á significar una cosa diferente. Las figuras se subdividen en figuras de palabra, que están en ella de tal modo, que quitada ó cambiada esta, desaparece la figura; y en figuras

de pensamiento, que consisten absolutamente en él; de forma que aunque se cambien las palabras, queda intacta la figura, con tal que el pensamiento se conserve. Trataremos de todas ellas por su orden, ilustrándolas con ejemplos escogidos.

Los tropos principales, y á los que reducirémos otros que son solamente variaciones de éstos, son cinco, á saber: *metáfora*, *metonimia*, *sinécdoque*, *ironía* y *autonomasia*.

Metáfora.

Es la metáfora la expresion de una idea por medio de una palabra ó palabras cuya significacion propia es diferente, pero que tiene alguna analogia con la idea que se va á expresar. Este tropo es de mucha importancia, y acaso de mas uso en la bratoria y poesia que todas las demás figuras. Por lo mismo, y por cuanto sus reglas convienen en parte á los demás tropos y figuras, lo trataremos con mas extension. Fúndase esencialmente en la semejanza entre dos objetos; envuelve siempre un símil y comparacion, y solo se diferencia de esta en que la comparacion se expresa, y la metáfora es una comparacion oculta, pero que se presenta al instante al ánimo del oyente. Por lo mismo en brillo y magnificencia lleva tanto ó mas ventaja á la comparacion, como esta á la expresion natural. Esta idea, por ejemplo, *ya sale el sol alumbrando montes y valles*, es bella y agradable, aunque expresada en términos propios; pero si se vierte con una comparacion feliz en esta forma:

Ya viene el que parece luminoso
Rey del día, los montes y los valles
Alegando;

se ennoblece la idea y se la da un aire de majestad y hermosura; y si omitiendo el *que parece*, que es el que constituye la comparacion, se expresa con la bellísima metáfora:

Ya viene el luminoso rey del día,
Los montes y los valles alegrando;

sin duda alguna que es mayor su brillo y magnificencia.

Empléase frecuentemente este tropo, no solo en la oratoria y poesia, sino tambien en los demás estilos, y hasta en el familiar. De él nos valimos casi por necesidad para tratar de las ideas abstractas y cosas espirituales, presentándolas al ánimo del oyente como por medio de los sentidos. A toda composicion da mucha gracia, majestad y belleza, usando de él en los debidos términos, para lo que observaremos las siguientes reglas:

1.^a Que la semejanza entre los dos objetos sea tan clara y manifesta, que se presente al instante al entendimiento, pues de lo contrario la metáfora se hace dura, y fatiga al ánimo del que oye ó lee, desagradándole por la misma razon. En el ejemplo propuesto se ve al instante la conexon que tiene el sol y el buen rey, tanto por su nobleza y majestad, como por sus benéficos influjos.

2.^a Que jamás se tome la metáfora de cosas bajas, asquerosas ó poco honestas. Siendo el fin principal en este tropo ennoblecer el objeto de que se trata, mal se podría conseguir tomándole de cosas semejantes. No obstante, se observará que la dignidad ó la magnificen-

cia de los objetos de que se toma la metáfora no exceda sobremano á la de los que se quieren expresar. El estilo debe siempre acomodarse á la materia, y las figuras que en él se emplean deben igualmente ser proporcionadas á ella en mediania y grandiosidad.

3.^a Que se atienda en la conducta de las metáforas á no mezclar jamás el lenguaje figurado con el sencillo, ni construir el periodo de forma que parte de él se haya de entender metafóricamente y parte literalmente, lo cual produce siempre la confusion mas desagradable. Los efectos, las calidades y demás circunstancias que se aplican en el periodo al objeto de que se toma la metáfora, deben siempre convenir á aquel de que se trata; pero cuando alguna de estas cosas se puede aplicar solamente á este, se corta el hilo á la figura, y se halla confundido el oyente entre el sentido propio y el figurado.

4.^a Que sobre un objeto no se acumulen dos ó mas metáforas diferentes. Esto cansaria sin duda y desagradaria al ánimo del oyente, pues complaciéndose con descubrir la propiedad y la belleza de la primera, le seria penoso pasar repentinamente á examinar la segunda, por mas perfecta que fuese.

Estas son las principales reglas para la buena construccion de la metáfora, á las que añadiremos estas observaciones: 1.^a los objetos de que se toma esta figura, aunque agradarán mas siendo nuevos ó poco triviales, no obstante, deberán ser no muy desconocidos, por no hacer el sentido oscuro ó del todo impenetrable; 2.^a deberán evitarse las metáforas demasiado ingeniosas, que se fundan siempre en un sentido falso, el cual una vez descubierto, dan solamente frialdad y pequeñez al asunto; 3.^a y por fin, se cuidará de no prodigar este tropo, sino usar de él con mucho tiento, y solamente cuando parece que lo exige la narracion ó el discurso.

Cuando se sigue una misma metáfora en un discurso entero, pasa á ser alegoría, que solo se diferencia de aquella en que la metáfora se circunscribe á un periodo, y á la alegoría no se le pone límite. Debe seguirse con la misma exactitud que la metáfora, y además en el fin de ella, y tal vez en el principio, se debe indicar el objeto sobre que recae, pues el lector y el oyente le pueden perder de vista por su dilatado curso. Son alegorías los apólogos y fábulas morales, y muy á propósito para cierta especie de poesias, y entran tambien en esta clase los enigmas y proverbios, pero unos y otros son de ningún uso en la poesia y oratoria.

Metonimia.

La *metonimia* consiste en tomar la causa por el efecto, ó el efecto por la causa; el continente por el contenido, ó al contrario; el abstracto por el concreto, ó el concreto por el abstracto; lo moral por lo físico, ó lo físico por lo moral. Comienza, por ejemplo, el Tasso su *Jerusalén*: *Canto las armas y el varon piadoso*, tomando la causa por el efecto, pues lo que canta es lo que obró con su prudencia y con su brazo en aquella famosa expedicion. Decimos comunmente *beber un vaso de agua*, tomando el continente por el contenido. *A san Juan, obispo de Constantinopla, le llamaron*

Crisóstomo, esto es, *pico de oro*, tomando el órgano físico de la elocuencia por ella misma; en donde se acompaña esta figura de una hermosa metáfora, denotando la pureza y sublimidad de su elocuencia por la del oro. Solemos también decir *esto es la verdad*, tomando el abstracto por el concreto, pues lo que intentamos significar es *que esto es cierto y verdadero*.

Sinécdoque.

Esta tropo tiene mucha afinidad con el anterior, y consiste en emplear la parte por el todo, ó el todo por la parte; el género por la especie, ó la especie por el género. Se dice, por ejemplo, de un buen ministro, *es una gran aneja*, tomando la parte por el todo. Pedimos á Dios pan para cada día, tomando una especie de alimento por el género. Refieren también los retóricos á este tropo el cambio de números, de personas y de tiempos. Para señalar el carácter de las naciones se dice ordinariamente *el español es constante*, *el francés ligero*, *el inglés meditabundo*, etc., hablando de todos los individuos de cada nación.

Cuandodamos á alguno reprehension ó consejo cambiamos alguna vez de persona, diciendo: *Debemos siempre comportarnos de este ó aquel modo*. Para hacer una descripción fuerte y animada empleamos muchas veces el presente por el pasado; tal es la de Ducheane de la famosa batalla de Cannas. Dice pues hablando de Anibal: *Cae de improviso sobre este cuarto ejército, mas brillante que animoso, le atropella, le despedaza, le devora; y harto ya de sangre y carnicería, grita, fatigado, á sus soldados: Hijos, dad cuartel á los rendidos*.

Estos dos tropos contribuyen mucho á la energía y elegancia de la expresión, y los usamos con frecuencia hasta en el estilo familiar; pero se debe atender á que estén recibidos por el uso común. Sería buena y elegante esta expresión: *pasaron los ingleses el Sund con veinte velas*; pero sería intolerable decir con veinte mástiles, siendo así que en uno y otro caso se toma la parte por el todo. En el mismo modo se puede decir de cierto pueblo: *consta de cien hogares*, y sería expresión ridícula la de *cien cocinas*, por estar recibida aquella, y no esta, por el uso común.

Ironía.

La *ironía* es una expresión enteramente contraria á la que se siente y se intenta persuadir. Es de mucho uso en todos estilos, mayormente en la elocuencia del púlpito y del foro para acriminar alguna acción poco digna en un sujeto. A cada paso se nos ofrece esta expresión: *caya, que está usted un buen hombre*. Los predicadores, por medio de esta figura, pintan con energía la ingratitude de los hombres con el Criador, y Cicerón debe á ella mucha parte de la fuerza de sus invectivas contra Antonio y Catilina.

Antonomasia.

La *antonomasia* emplea un nombre común en lugar del propio, ó un nombre propio en lugar del común. En el primer caso se pretende dar á entender que aquella persona ó cosa de que se habla tiene alguna exce-

lencia sobre las que son comprendidas bajo el nombre común. Estos nombres *apóstol* y *filósofo* son sin duda nombres comunes, y los usamos muchas veces para denotar con el primero á san Pablo y con el segundo á Aristóteles. En el segundo caso se quiere expresar la gran semejanza que tiene la persona de que se habla con otra cuyo nombre se haya hecho célebre por alguna virtud ó vicio. Para exagerar la elocuencia de algun sujeto decimos comunmente que es un Cicerón, y para notarle de cruel ó vicioso, que es un Nerón ó un Sardanápalo. Tiene mucho uso este tropo, mayormente en el estilo noble, por la mucha energía que da á la oración.

Figuras propiamente dichas.

Las figuras, á diferencia de los tropos, dan vengencia, nobleza y gracia á la oración, sin cambiar el sentido de las palabras que emplea el orador. Omittir términos que se pueden fácilmente suplir, emplearlos con superabundancia; la interrogación, el apóstrofe, la exclamación son los ornamentos de esta especie, donde no hay mutación alguna de sentido en las palabras. Dividense, como ya hemos dicho, en figuras de palabra y figuras de pensamiento. Las de palabra, que consisten en ella de tal modo, que suprimiendo ó cambiándola desaparece la figura, son las siguientes:

Repetición.

Esta figura consiste en repetir una ó muchas veces alguna palabra ó expresión en que principalmente se contiene la pasión del que habla. Expone con igual energía la indignación, el furor y la ternura; de suerte que se puede llamar con propiedad el lenguaje de todas las pasiones. Narbái, por ejemplo, dice al joven Telémaco: *¡Feliz el que se ve á punto de alejarse de aquí para siempre! Feliz el que pudiese seguirnos hasta las mas desconocidas regiones! Feliz el que pudiese vivir y morir con vos!* No es menos á propósito para probar cualquiera asercion, como se puede ver en Tertuliano á favor de la religión católica.

Derivación.

Somejante á la figura de que acabamos de tratar es la derivación, y consiste en emplear dos ó mas voces en una misma frase ó periodo, que tengan una misma derivación. Cicerón dice á César: *Vos habéis vencido la victoria misma*. Corneille, en el *Cid*: *Tu brazo no fué jamás vencido, pero no es invencible*. Se puede llamar figura solamente de ornato, y debe usarse de ella pocas veces y sin que se eche de ver afectación.

Sinonimia.

Algunas veces ni se repiten las mismas voces ni las que son derivadas de un mismo origen, sino que se acumulan muchas diferentes, pero de un mismo sentido, con intento de afirmar con vehemencia alguna cosa. Esta figura se llama sinonimia y es muy común en los discursos. Decimos muchas veces: *Te aseguro, te protesto que no he hecho tal cosa*. Boileau califica la *Encida* de Virgilio de *agradable, dulce, armoniosa*.

Expolicion.

Cuando no son voces sinónimas las que se acumulan, sino pensamientos semejantes en cuanto al sentido, pero diferentes en la manera de expresarle, se usa entonces de la expolicion, que es figura de pensamiento, pero que se pone aquí por su estrecha conexon con la sinonimia. El uso de esta figura es muy frecuente, y se emplea cuando se quiere desenvolver un pensamiento para insinuarle mas y mas en el ánimo del oyente. Para los predicadores, abogados y todos los que hablan en público es absolutamente necesaria, porque sus palabras, volando como ligeras flechas, no dan bastante lugar al oyente para la reflexion; y les es preciso reproducir una misma idea con diferentes formas, para persuadirla ó hacerla entender suficientemente. De aquí se infiere que es menos necesario su uso para aquellos que escriben solo para ser leídos. No obstante, citando las cosas que tratan, ó son difíciles de comprender, ó tales que debe acompañar en ellas el sentimiento ó la inteligencia, es preciso que insistan y vuelvan sobre las mismas ideas, variando solamente las expresiones. Aunque esta figura es de mucho valor, se puede abusar de ella, como de todas las demás, ya sea empleándola en asuntos donde no conviene, como son los de puro razonamiento, ya sea multiplicándola tanto, que se enmbozeca la materia á fuerza de abundancia.

Asindeton y polisindeton.

Estas dos figuras, contrarias entre sí, consisten, la primera en suprimir las conjunciones que deben enlazar varios objetos, cuando se ha de pasar por ellos con rapidez y viveza, y la segunda en multiplicarlas cuando conviene para la reflexion sobre cada uno de los objetos. Ya tratamos de ellas con bastante extension en la enargia de las sentencias, aunque no como figuras de retórica.

Elipsis y pleonismo.

Son tambien contrarias la elipsis y el pleonismo. La primera suprime una voz que es necesaria para la integridad de la frase. Es muy propia en las pasiones tristes, que parece que no permiten al que está agitado de ellas completar su discurso. *¡Ay de mí! ¡Ya qué partido tomar en este caso!* Aquí se usa de la elipsis, suprimiendo la voz *puedo* ó *se puede*. La segunda produce el mismo efecto que la polisindeton, que es insistir fuertemente sobre una idea, usando de voces superfluas para la integridad del sentido. Decimos para dar fuerza á la asercion: *Yo lo vi por mis propios ojos*.

Hay una especie de elipsis, bellísima por sí, pero que no conviene á pasiones violentas, y es, cuando sin prevencion alguna se introduce á hablar una persona de quien se está refiriendo algun suceso. De esta suerte Homero introduce á Héctor, amenazando á sus troyanos: *Héctor entonces, llenando de clamores la ribera, manda á sus soldados que dejen el pillaje y corran á las naves. Porque furó á los dioses que á cualquiera que ose apartarse de mi vista, lavaré yo su vergonzosa codicia con su propia sangre.*

Reticencia.

La reticencia viene á ser otra especie de elipsis, pero de mas alto grado. Por la elipsis se suprime una voz, y por la reticencia se suprime y se indica solamente una proposicion entera. Esta figura puede ser efecto mas de la reflexion y de la prudencia que de la pasion, como se ve en este bello pasaje de Ciceron por Ligario, hablando con César: *Si en la alta fortuna que gozais no tuviéreis vos aquella dulzura á que por naturaleza propendeis, yo os aseguro, y yo me entiendo, que vuestra victoria seria un manantial de sangrientas catástrofes.*

Antitesia.

Hay algunas figuras que consisten en cierto órden simétrico ó en puro juego de palabras, de las cuales, por ser todas estas pueriles y á propósito solamente para materias juvenas, elegrémoslas solo la antitesia. Es esta figura una disposicion de los miembros del periodo, de forma que á un nombre ó verbo del primero corresponda otro nombre ó verbo del segundo, y será tanto mejor la figura, cuanto haya mayor oposicion entre las palabras que se correspondan, por ejemplo: *Á los voluptuosos se les hace por sus excesos enojosa la vida, y por sus remordimientos terrible la muerte.* Es muy agradable por sí misma, por aquel gusto natural que tenemos de la simetria; pero para que no sea viciosa se deben observar en ellas tres cosas: 1.^a que caiga siempre sobre palabras de sentido verdadero y sólido, y jamas sobre pensamientos falsos; 2.^a que se use de ella con sobriedad y discrecion, pues aquellas cosas que causan el placer mas vivo son precisamente las que mas fastidian con su uso demasiado ó inoportuno; 3.^a que no se amplien en el estilo elevando ó dando movimiento, á no ser que salga tan naturalmente de la cosa misma, que de ningun modo se eche de ver que fué buscada.

Epíteto.

El epíteto es un nombre adjetivo aplicado á un sustantivo, á quien engrandece ó disminuye, segun la cantidad que le caubre. Da mucha gracia, y algunas veces vehemencia, á la expresion cuando es bien aplicado; de suerte que suprimiéndole, pierde la frase mucha parte de su mérito. No obstante, deben usarse con sonreidos, pues acumulados sin medida, hacen la oracion abundante mas de palabras que de cosas. Compara graciosamente nuestro Quintiliano un discurso cargado de epítetos á un ejército donde hubiese tantos pajes como soldados, que seria doble en número, pero no en fuerzas. Debe tambien el epíteto, particularmente en la prosa, ser acomodado al sentido de toda la frase, como en esta: *El ambicioso Alejandro emprendió la conquista del universo.* Se ve luego la intima relacion que tiene el epíteto *ambicioso* con el proyecto del dominio universal.

Aposicion.

La aposicion tiene mucha afinidad con el epíteto. Este es un adjetivo aplicado á un sustantivo, á quien califica, y la aposicion emplea los sustantivos como

epítetos. Fray Luis de Leon califica así á Saturno en su *Noche serena* :

Rodáase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro.

En cuyo pasaje el substantivo *padre* califica á Saturno de bienhechor de la humanidad, como fundador de aquel imperio de la inocencia y felicidad que tanto decantan los poetas. Muchas veces se une esta figura á la metáfora, como en el ejemplo propuesto; pero se usa también sin ella, como en este otro : *La retórica, ciencia tan importante como deliciosa*, etc. Conviene solamente esta figura al estilo elevado, y sería desagradable en el familiar. Aun la elocuencia y la poesía deben hacer de ella un uso muy sóbrio, porque, aunque da majestad y elegancia, quita la fluidez al estilo, empleada con profusión.

Hipérbaton.

Es muy corto el uso que no sea vicioso de esta figura en las lenguas vivas, respecto al que hicieron de ella la griega y la latina. Consiste en invertir el orden natural de las palabras que componen el período, para darle mas armonía y elegancia. Y como las lenguas modernas carecen en los nombres de aquellas diferentes terminaciones que tuvieron las antiguas, no pueden colocarlos tan arbitrariamente como ellas, sin incurrir en la ambigüedad de sentido. No obstante, siempre que este quede bien claro y determinado, se podrá trastornar el orden natural de las palabras según convenga á la mayor elegancia y buen sonido de la cláusula.

Hay una especie de hipérbaton muy común entre nosotros, y aun entre los franceses, nimiamente escrupulosos en esta parte, que es comenzar la arenga de una persona que introducimos á hablar en un discurso, antes de prevenirle. Así Cervantes, en su *Ingenioso Hidalgo* : *Desde la memorable aventura de los batanes*; dijo don Quijote, *nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora*; donde se ve que el orden natural de las palabras debería ser : *Dijo don Quijote : Desde la memorable aventura, etc.*

Figuras de pensamiento.

Ya llevamos dicho que las figuras de pensamiento son aquellas que consisten en él de tal modo, que aunque las palabras se cambien, permanezca la figura, con tal que el pensamiento se conserve. La parte principal en estas figuras es la expresión de los sentimientos, y por lo mismo, comenzaremos por los que con mas viveza los expresan.

Interrogación y exclamación.

La interrogación, figura de retórica, no es aquella por la cual preguntamos para saber lo que ignoramos, como cuando se dice : *¿Qué hora es? qué hay de novedades?* La figura de que tratamos es aquella interrogación que se introduce en el discurso para animarle, para expresar la indignación, el dolor, el temor y todos los demás movimientos del alma. Así en Virgilio, dando cuenta Anquises á su hijo de sus descendientes, que vagan en sombras por los campos Eliseos,

le dice : *¿Quién pasará en silencio á los dos Escipiones, rayos de la guerra?*

La exclamación expresa aun con mas viveza las pasiones, y por lo mismo es mas á propósito para las fuertes conmociones del ánimo. En el mismo pasaje, tratando Anquises del jóven Marcelo, exclama : *¡Oh piedad! ¡oh fe antigua! ¡oh indomable diestra en las batallas!*

Apóstrofe.

El apóstrofe es también una expresión muy viva del sentimiento que ocupa al que habla cuando, arrebatado y como olvidándose de sus oyentes, dirige su discurso á una persona ausente ó á la misma de que trata. En el lugar arriba citado, prosiguiendo Anquises el informe que va haciendo á su hijo, deja á este, y arrebatado, endereza su discurso al mismo sugeto de quien le informa. *¡Ah jóven digno de compasión! Si por alguna via logras romper los duros hados que te amenazan, tú serás Marcelo.*

Hay un uso mas atrevido de esta figura, que solo tiene lugar en el mayor fuego de una pasión; y es cuando se dirige el discurso á algún ser inanimado, como suponiéndole capaz de inteligencia y sentimiento. Entonces se acompaña esta figura de la personificación de que vamos á tratar, y por su mucha elevación se debe emplear solamente en la poesía, y muy rara vez en la prosa. No obstante, Cicerón hace uso de ella en una de sus oraciones por Milon, hablando con el monte Albano, en cuyas inmediaciones fué muerto Clodio. *Yo os imploro y os pongo por testigos, oh sagrado monte Albano, bosques religiosos y altares albanos, tan antiguos como los del mismo pueblo romano, y asociados á su culto; vosotros, que fuistes profanados por este insensato con las masas enormes de sus edificios.*

Personificación.

La personificación ó prosopopeya expresa con tanta ó mas vehemencia que las figuras anteriores las fuertes conmociones del ánimo. Consiste en transformar los seres insensibles en personajes animados, atribuyéndoles inteligencia y afectos propios de los hombres. Es muy común su uso en los violentos accesos de algunas pasiones, y á cada paso se nos ofrece clamar á los cielos ó á otros seres insensibles que nos rodean, cuando nos vemos sumergidos en una profunda tristeza ó nos sobreviene alguna desgracia, como suponiéndolos capaces de entender y sentir la pasión que nos agita. Tres son los modos mas generales de esta figura: 1.º Cuando solo referimos de un ser inanimado alguna acción ó afecto propio de los hombres. Así Plinio el mayor, para realzar el valor y la sencillez de los antiguos romanos, dice : *Regocijase la tierra al verse romper con el arado entretejido de laureles, y por la mano del labrador triunfante.*

2.º Cuando dirigimos nuestro discurso á un ser inanimado, como si este fuese capaz de entendernos y de penetrarse de los afectos de que estamos conmovidos, entonces se une esta figura al apóstrofe, y supone el mas alto grado de conmoción y arrebatamiento del afecto que nos ocupa. La poesía nos ofrece á cada paso hermosos ejemplos de esta figura, ya sea en los afectos

los dulces, ya en los trágicos. Así fray Luis de Leon, en su *Noche serena*, hablando con el cielo:

Morada de grandeza.
Templo de claridad y hermosura.
El alma que á tu alteza
Nació, ¡qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?

En la prosa se emplea rara vez, como llevamos dicho en la figura anterior, y solo cuando la materia exige la mayor elevación. Barthelemy, en su *Anacarsis*, refiriendo el heroico sacrificio de sus vidas, que los trescientos espartiatas hicieron por la patria en el paso de los Termópilas: *Perdonad, sombras generosas, la debilidad de mis expresiones; yo os ofrezco un homenaje mas digno cuando visite aquella colina en donde rendisteis los últimos suspiros; cuando, apoyado sobre uno de vuestros sepulcros, bañe con mis lágrimas aquellos lugares, teñidos de vuestra generosa sangre.*

3.º Cuando, además de atribuirles sentimiento, se hace hablar á las cosas inanimadas, á los ausentes y á los muertos. Es de tanta elevación en este modo, que se necesita, según Quintiliano, prepararle el camino con un esfuerzo grande de elocuencia, para que no aparezca muy atrevida. La *Profecía del Tajo*, de fray Luis de Leon, nos suministra un hermoso ejemplo de la prosopopeya en este tercer modo, desde los versos:

El río sacó fuera
El pecho, y le habló de esta manera:
«En mal punto te goceas,
Injusto forzador, etc.»

Aunque esta figura es mas propia de los asuntos serios y del estilo elevado, se usa tambien en materias jocosas y en los apólogos, como el *Lutrin* de Boileau, y algunas fábulas que contienen diálogos entre seres inanimados.

Hipotipósis.

Hipotipósis es voz griega, que significa imagen ó pintura. Consiste esta figura en una descripción tan viva de aquello que se refiere, que parezca ponerse delante de los ojos mismos. Muéstrase, por decirlo así, lo que no hace mas que referirse. Dase en alguna manera el original por la copia, el objeto mismo por la pintura. Contribuye mucho á esta viveza de descripción el poner siempre el verbo en presente, pues las acciones pasadas parece que se ponen entonces á la vista. La descripción que el abate Seguí hace de la arribada de san Luis á Africa en el panegirico de este santo, es un bellissimo ejemplo de la hipotipósis: *Parte, dice, bañado en lágrimas y cubierto de bendiciones de su pueblo; ya gimen las ondas con el peso de su poderosa armada, ya se ofrecen á su vista las costas de Africa; ya se forman en batalla las innumerables tropas de los sarracenos. Cielo y tierra, sed testigos de los prodigios de su valor. Arroja con precipitación á la costa, seguido de su armada, que su ejemplo anima, á pesar de los espantosos gritos del enemigo, y rompiendo una nube espesa de dardos, que le cubre, avanza hácia los campos donde le llama la victoria, toma tierra, acomete, penetra los espesos batallones de bárbaros, etc.*

Amplificación.

Algunas veces se ejecuta esta pintura con solo uno ó pocos rasgos, pero fuertes y expresivos, y otras se ponen á la vista todas aquellas circunstancias que la puedan hacer mas interesante. Esto se llama *amplificación* ó *acumulación*, que no es tanto una figura cuanto el manejo artificioso de varias que hacemos dirigirse á un mismo punto. Si se dice que una ciudad fue tomada por asalto, arrasada, y pasados á cuchillo sus habitantes, con pocas palabras se ponen á la vista todos los horrores que acompañan un desastre igual. Pero si se desenvuelve lo que comprenden aquellas palabras, se ven allí llamas, que devoran las casas y los templos; la ruina de los edificios, que vienen á tierra con horrible fracaso; los gritos diversos, de que resulta un ruido confuso y espantoso, buyendo unos sin saber adónde encaminan sus pasos, y abrazando otros estrechamente las personas que mas aman, sin poder separarse de ellas; los alaridos lamentables de mujeres y niños, y los lamentos de los viejos, que se quejan al cielo de haberlos reservado para tan desafortunado día.

La enumeración de todos los particulares y la reunión de todas las circunstancias interesantes constituyen esencialmente esta figura, y se le dará mas valor si se emplea en ella el *climax*, que consiste en disponer en tal modo las circunstancias que se refieren, que vaya siempre en aumento su importancia ó interés. Así Ciceron: *Delito es grande encadenar un ciudadano romano, maldad terrible azotarle, casi parricidio matarle; pues ¿que diríamos de ponerle una cruz?* Donde se ve que esta progresión gradual aumenta en gran manera el último delito. Se debe advertir, sin embargo, que en estos *climax* ó graduaciones se ha de procurar esconder el artificio en cuanto sea posible, pues aunque tienen mucha belleza, quitan tambien mucho al calor y sentimiento cuando se echa de ver el estudio.

Hiperbole.

Las pasiones aumentan ó disminuyen un objeto, segun su interés. La admiración aumenta, el menosprecio disminuye, y del mismo modo las demás. De aquí nace la *hipérbole*, que algunos retóricos la dividen por lo mismo en dos, esas es, *aumentación* y *disminución*; pero realmente es una sola figura; pues, sea que el objeto sea engrandezca, sea que se disminuya, siempre se exagera. Es de uso muy ordinario, y muchas expresiones hiperbólicas han pasado ya al lenguaje familiar. Es muy comun la expresion de *tan ligero como el viento, tan blanco como la nieve*, y otras semejantes. Cuando esta figura tiende á disminuir, se emplea frecuentemente en materias jocosas, y tiene poco lugar en el estilo elevado; pero en este se emplea felizmente cuando con el juego de la pasión se aumentan los objetos y se sacan de su natural proporcion. No obstante, la prudencia, tan recomendada en el uso de las demás figuras, es mas necesaria en el de esta. Las *hipérboles* muy frecuentes ó las desmesuradas y muy extravagantes hacen lánguida la composición, y no pocas veces ridicula.

Énfasis.

La voz *énfasis* se toma algunas veces por la pompa y el esplendor del estilo, por aquel gusto de sublimidad y nobleza que reina en el total de las ideas y de las expresiones, y que resulta de la elección de pensamientos nobles y de palabras dignas de expresarlos. Pero, como figura particular de retórica, es la elección y colocación de una frase en donde da á entender muchas de lo que expresa. Así Mitridates, en Racine, al verse repelido de Monima: *¿Es esta Monima? ¿Soy yo Mitridates?* Cuyas enfáticas voces envuelven todo este sentido: *«Monima me desprecia! Monima, á quien he sacado de la condición privada para hacerla reina, y que está enteramente en mi dependencia! ¿Soy yo Mitridates! Soy aquel cuya severa majestad hace temblar al mundo, y que, no obstante, sufre tranquilamente la insolencia de una mujer!»*

Perífrasis.

La *perífrasis*, al contrario de la *énfasis*, desenvuelve una cosa con un número considerable de palabras. Parece á primera vista que esta figura es mas bien un vicio que una virtud de la locución. En efecto, la circunlocución, que es lo mismo, es desagradable las mas de las veces, por exprimir en muchas palabras lo que se conoce que se podría decir en una sola, huyendo así de la propiedad de los términos, que es una virtud fundamental en un discurso. No obstante, en muchas ocasiones es útil y en algunas absolutamente necesaria. Cuando el orador se propone, no solamente darse á entender, sino tambien agradar á sus oyentes, si consigue mejor usando de esta figura, aunque con moderación, que expresándose en un estilo nimiamente preciso y austero. Pero cuando tiene que tocar un punto desagradable, duro ó menos honesto, tiene en ella el socorro necesario para expresarse con decencia y placer de los oyentes. Va casi siempre unida á otras figuras, especialmente á la metáfora, y da á la poesía mucha belleza y esplendor. Así pinta Homero un amanecer: *Ya la aurora abrió con sus dedos de rosa las doradas puertas del oriente.*

Lírote.

Esta figura es la expresión de un pensamiento por medio de unas palabras que parece que le debilitan, mas cuya fuerza se sabe que han de hacer sentir las ideas accesorias. Se dice menos de lo que se siente, por modestia ó por otro respeto, pero se sabe bien que este menos subirá mas de punto que el pensamiento. Es muy comun su uso, y decimos frecuentemente para reprehender ó detestar: *Yo no puedo alabar tal conducta.* Igualmente, para calificar á alguno de discreto solemos decir: *Pues Fulano no es bobo.* Es el lenguaje de la modestia, é indispensable su uso cuando uno trata de sí mismo, cuando se da consejo á persona que se debe respetar, cuando se representa sobre méritos y servicios, mayormente al trono, adonde se propone llevar la verdad, pero donde el respeto no permite emplear expresiones fuertes y atrevidas, y hasta una afirmación modesta es mejor recibida que una decisión cortante.

Preterición.

La *preterición* consiste en figurar que se omiten algunas circunstancias ó hechos pertenecientes al asunto, tocándolos ligeramente, para insistir sobre uno que se supone ser el principal, y fundar en él todo el peso de un discurso. Acontece muchas veces al orador presentársele varias razones para probar y persuadir alguna cosa; y siéndole embarazoso y expuesto á confusión el desenvolverlas todas, pasa rápidamente por aquellas que le parecen de menos valor, para insistir fuertemente sobre aquella que elige como de mas peso. Consiguiese de este modo el presentárselas todas sin embarazo á la reflexión del oyente, á quien suelen herir mas, por la misma razon de posponerlas á la que se juzga de mas fuerza. Algunas veces se toca solamente una cosa que, aunque es de la mayor fuerza, no se halla por conveniente el insistir sobre ella. Así en Corneille, objetando Flaminio á Laodisea que habia procedido temerariamente en oponerse á los romanos, y que el valor sin la prudencia es una virtud brutal, responde esta reina: *Mi prudencia jamás estubo dormida, y sin examinar por qué celoso destino estáis tan mal avenidos con la grandeza de alma, paso á haceros ver que mi valor en esta empresa no fué de modo alguno virtud brutal.*

Prolepsis.

La *prolepsis* es una figura que proviene las objeciones que se pueden hacer contra nosotros, y que destruyéndolas de antemano, vuelve inútiles en la mano de nuestro adversario las armas con que se prometia destruirnos. Echase de ver al instante la gran importancia de esta figura, por ser máxima general que el golpe prevenido hace siempre menos daño. Los oradores por lo comun, mientras puedan prever razones contrarias á aquello que afirman ó intentan persuadir, las van proponiendo y refutando, logrando de este modo embolar las armas que les pudieran dañar, ó á lo menos disminuir su efecto. Apenas habrá una oración ó discurso de los antiguos y modernos que no se pueda proponer por ejemplo de esta figura.

Sentencia y epítonema.

Estas dos figuras consisten ambas en un pensamiento digno de observación, que contiene alguna razon ó máxima de importancia. Diferéncianse en que la *epítonema* se emplea para terminar la relación de un hecho ó la discusión de una proposición, y de consiguiente, debe ceñirse precisamente á su materia, viniendo á ser como sustancia de ella; la *sentencia* se puede colocar en cualquiera parte del discurso, por ser máxima general en materia de costumbres. Es muy frecuente el uso de ambas, ya en prosa, ya sea en poesía, y dan mucha elevación y nobleza al estilo; pero se debe observar que la mucha profusión en las sentencias le hace enervado y poco fluido.

Transición.

La *transición* une y traba la diferencia de materias ó pensamientos que entran en la composición de un discurso, pero de una manera fina y delicada. Aquel tránsito simple de una materia ó otra, que se hace con

prevención al auditorio, y habiendo dividido antes el discurso en partes, aunque no siempre es reprehensible, no merece el nombre de figura de retórica. Esta ligazón ha de nacer de la naturaleza de las mismas cosas entras cuales se busca alguna afinidad ó relación por donde se enlazan, llevando insensiblemente al oyente de un objeto á otro, sin hacerle sentir interrupción alguna. Entonces es cuando la transición pide arte y delicadeza, y conserva la energía y fluidez del estilo.

De las tres especies de estilo.

Hemos tratado hasta ahora de la perspicuidad y ornamento del estilo en general; restan pues examinarlo con respecto á la *conveniencia* que debe tener con las materias á que se aplica.

Esta conveniencia debe dirigir siempre al orador, tanto en la elocución de que ahora tratamos, como en la invención y disposición de sus discursos, como veremos despues. Todo lo que acabamos de decir perteneciente al ornamento, si se haceale ello un uso desagradable, si no se pone el mayor cuidado en acomodarlo á la exigencia de las materias; si se tratan los objetos grandes en un estilo humilde y dulce, los pequeños magníficamente y los patéticos con frialdad; si se aplica un estilo alegre á una materia triste, y triste á la que le pide alegre y adonado, áspero y duro á un discurso suplicatorio, y humilde al que le conviene un tono amenazante; todos nuestros preceptos, digo, vendrán á ser, no solo inútiles, sino tambien nocivos. Aquel solo se debe tener por elocuente que sabe tratar las cosas pequeñas con simplicidad, las grandes con elevación y movimiento, y las mediaras en un estilo mas relevado que el simple y menos animado y fuerte que el grande.

Esto es lo que propriamente se llama conveniencia en la elocución, y la atención á observarla produce necesariamente los tres géneros de estilo que mas han señalado los retóricos, es á saber: el estilo simple, el adornado ó florido, y el grande ó elevado. Otras varias divisiones hacen algunos del estilo; pero pondremos solo estas tres clases, tanto porque iremos reduciendo á ellas todas las demás, cuanto porque estas solas responden visiblemente á los tres deberes de un orador, es á saber: al de instruir, al de agradar, al de conmover. El estilo simple es el mas á propósito para instruir, el adornado para agradar, y el fuerte ó grande para herir y conmover; y aunque á este último pertenece principalmente la victoria en la elocuencia, los otros dos son absolutamente necesarios, pues nada se puede hacer sin primero instruir, y es un socorro muy importante el agradar para alcanzar la persuasión. Así que, el orador verdaderamente digno de este nombre no será aquel que sea solo eminente en uno de los tres géneros, sino el que los reúna todos, y los emplee eligiendo la diferencia de las materias. Este es el único modo de practicar la regla fundamental de un discurso, que es el proporcionar los estilos á la naturaleza de los objetos.

De este modo se consigue tambien lo inestimoable ventaja de la variedad, tan justamente recomendada á los poetas y oradores. Ni es necesario para alcanzarla un arte muy estudiado, pues dejándose gobernar por la

materia de su discurso, ella misma conducirá al orador á aquella alternativa de estilo que exige la infinita variedad de objetos que se le presentan. Solo se necesita dejarse poscer de ellos, y dárles el tono correspondiente, y se hallará un discurso vario por la impresion misma de la naturaleza, y sin esfuerzo alguno de parte del orador.

Es tan natural, dice Quintiliano, la division que acabamos de hacer del estilo, que en Homero, el escritor toaslanliguo que conocemos, se nota y señala con sus propios caracteres. Describiendo la elocuencia de Menelao, las virtudes de estilo que le atribuye son una brevedad elegante, la propiedad de los términos y la precisiun ó descarte de palabras superfluas; y hé aquí las virtudes del género simple. El carácter propio del género adornado es la delicia y la cultzura. Homero pinta este gusto en el estilo de Néstor, de cuya boca, dice el poeta, *corría un discurso mas dulce que la miel*. Pero á la elocuencia de Ulises le da un carácter diferente. Su boca, dice, *derramaba las palabras con la abundancia y la impetuosidad de las nieves que caen en el invierno*. Así delina el tercer género, cuya esencia consiste en la abundancia, la fuerza y el movimiento; y no solamente le define, sino que le aprecia, dándole la superioridad sobre los otros. *Ningun mortal, añade, podia disputar á Ulises la gloria de decir bien*. Vamos ahora á tratar de ellos en particular.

Del estilo simple.

El estilo simple es niss fácil de definir por la exclusion de aquello que no le conviene que por la exposiciun de lo que abraza. No admite ni lo sobresaliente en figuras y construcción, ni lo que se resiente de ornato y esplendor, ni lo que liege por el vigor de los movimientos, ni lo que se eleva por la grandeza de las ideas. Repugna igualmente los períodos numerosos y las cadencias armoniosas ó estudiadas. Una elección de términos propios, una frase neta, corriente y desembarazada de toda superfluidad, y una elegancia modesta son los caracteres que le constituyen, y que le proporcionan, tanto á las materias para què es hecho, que son aquellas que no inducen movimiento, caanto á su principal objeto, que es el de instruir.

Admite, no obstante, todas las gracias de la simple naturaleza; pero repugna aquellas que tiran á embellecerla por medio de rasgos brillantes. A un trozo escrito con una amable simplicidad, si se le quisiese adornar con ellos, le sucedería lo que á una estatua de Lisipo, que Neron hizo vestir ricamente; esto es, que la riqueza ofuscaba todas las gracias, y fué necesario despojarla y volverla á su primer estado, para restituirla su mérito.

Como en este género de estilo reina mas que en otro alguno la claridad, así es mas á propósito para aquellas partes de la oración que comprenden la simple discusion de los hechos y sus pruebas, para las disertaciones académicas, para los discursos filosóficos, para diálogos, cartas, diarios y demás papeles públicos, y para las obras didácticas, de cualquiera especie que sean.

La historia es grande y noble por su objeto, y do

consiguiente lo debe ser tambien su estilo. Pero la nobleza no es de modo alguno enemiga de la simplicidad; al contrario, lo que es verdaderamente grande, jamás lo parece tanto como cuando desnuda y simplemente se presenta tal cual ella es. En este estilo escribió Julio César sus comentarios, que son sin duda el mejor modelo de él, y de los que hace Ciceron un gran elogio. En este mismo gusto de simplicidad escribió el abate Fleury su *Historia eclesiástica*, obra muy estimada de todos los buenos concedores. No obstante, debemos confesar que los mas de los historiadores, así antiguos como modernos, no se contuvieron dentro de sus limites. Aun el mismo Ciceron abre mas ancho campo al historiador, quien siguiendo su plan, puede acompañar su relacion de reflexiones, señalar su juicio, ligar por medio de transiciones las diferentes circunstancias y adornar su obra con retratos. Pero en esta parte, conformándonos con el gusto de nuestro siglo, deberémos seguir un camino medio entre los dos estilos sencillo y adornado. Podemos adornar la narracion con las mejores figuras de retórica cuando el mismo pasaje parece que lo exige, pero no derramarlas con profusion; descartando asimismo toda pompa de palabras, toda frase armoniosa y periódica, y sobre todo, aquellas expresiones de movimientos impetuosos y pasiones propiamente oratorias. Las reflexiones pueden ser finas é ingeniosas; pero es preciso que sean fundadas en el mismo discurso, y que no roinpan de modo alguno el hilo de la narracion. No son del gusto presente, ni las excelentes, pero largas reflexiones de Polibio entre los griegos, ni la profusion de sentencias de Tácito y Tito Livio entre los latinos, ni el refinamiento, demasiadas flores y descripciones poéticas de nuestro Solís.

De todo lo que acabamos de decir se concebirá á primera vista que el estilo sencillo es el mas fácil de alcanzar, pero bien considerado, y segun el juicio de Ciceron, ninguno es mas difícil. En el estilo adornado brillan las flores retóricas, aun cuando falte algunas veces la solidez de los pensamientos, que constituye la verdadera hermosura. En el grande y vehemente hay la ventaja de que el propio ímpetu de la pasion conduce naturalmente al orador á aquella sublimidad que tanto encanta á los oyentes, y que les hace perder de vista algunas veces los mayores defectos. Pero en el sencillo no hay socorro alguno que supla las gracias y encubra los descuidos. Abandonado á la misma naturaleza de los pensamientos, tiene que buscar en ellos toda su gala y hermosura. Aun aquel pequeño adorno que se le concede ha de eslar tan hermanado con la solidez de los discursos, que parezca nacer precisamente de ella; consistiendo toda su belleza en un aire natural, en una simplicidad fácil, elegante y delicada, y en presentar al espíritu unas imágenes comunes, pero vivas y agradables.

Del estilo florido.

Este género de estilo se llama tambien atemperado, porque viene á ser un medio entre el sencillo y el vehemente, mas grande y rico que el primero, y menos fuerte y elevado que el segundo. Pero el nombre de florido es el que propiamente exprime su carácter y su

gusto dominante; porque el ornato dirigido á agradar es lo que le constituye y diferencia de los otros. No es decir que se deba desterrar todo ornato del estilo sencillo, y mucho menos del vehemente, sino que en el uno y en el otro debe el orador dispensarle con mucha sobriedad, en lugar que en el florido lo puede derramar con abundancia. La utilidad domina particularmente en aquellos, y en este el lujo, el deseo de agradar y de conseguir aplausos. Por esta definición es muy fácil conocer á qué naturaleza de objetos ó á cuál género de causas conviene ó no conviene el estilo adornado y florido. En los informes, deliberaciones y demás partes en que el orador tiene un objeto, del cual debe estar enteramente ocupado, no contendrá usar de ornato alguno que no se encamine á ponerle claro y patente. Pero cuando el orador está sin interés particular, y el auditorio nada mas busca que su placer, como en las arengas académicas, en discursos de aperturas de tribunales, escuelas y funciones públicas; en fin, en todos aquellos discursos que no tienen por principal objeto la instruccion, entonces acomodará bien el estilo florido, entonces podrá desplegar todas las riquezas del arte y ostentar toda su pompa; entonces podrá emplear los pensamientos ingeniosos, las expresiones brillantes, las colocaciones y figuras agradables, las metáforas atrevidas, el órden numeroso y periódico; en una palabra, todo aquello que tiene el arte de mas brillante y magnífico. A nada aspira entonces mas que á agradar, y todo cuanto á esto se dirige llenará su objeto.

Pero esta libertad de ornato no carece de límites ó de medida. Ella está sujeta á la inflexible ley de la verdad, que jamás sufre excepcion alguna. Así que, no se da lugar aun en el estilo de que hablamos, ni á los pensamientos falsos, ni á las hípérboles desmesuradas, ni á aquellas antítesis en que la exactitud se sacrifica al brillo, ni á los adornos que juegan solamente sobre palabras y que desaparecen cuando se intenta pasarlos á otra lengua.

Los pensamientos demasiado finos, aunque sean fundados sobre la verdad, tambien es necesario sombriarlos con discrecion. Un discurso lleno de ellos fatigaría al espíritu del oyente y disgustaría tambien por su uniformidad. Quanto mas viva y uniformemente hieren las cosas en nuestra imaginacion, tanto mas pronto nos cansan y fastidian, como dice Ciceron en su *Orador*.

Del estilo vehemente.

Este género de estilo encierra dos, que se confunden muy ordinariamente, es á saber: el patético y el sublime. Es cierto que tienen alguna cosa de comun, esto es, un carácter de elevacion, que hiere el espíritu del oyente ó del lector, le eleva y le transporta; no obstante, se distinguen los dos por su naturaleza y por sus efectos. El patético, á quien se le puede dar nombre de estilo ardiente, apasionado y vehemente, exprime y excita la pasion, bien sea de amor, odio, ternura, indignacion ó furor. La propiedad del sublime es de excitar solamente la admiracion y el asombro. Las lecciones de Job son los mejores modelos del patético, por la vivísima expresion de la amargura en que se hallaba sumergido aquel patriarca, y los salmos de David es-

tán sembrados de trozos del verdadero sublime. Y pues hay una distincion real entre los dos, los trataremos separadamente.

Del patético.

Quintiliano caracteriza con mucho acierto y energia el estilo vehemente y patético: cuando, despues de haber comparado el estilo adornado á un gran rio que corre majestuosamente entre dos ribetas adornadas de verdes florestas, designa á este de que ahora tratamos, por un impetuoso torrente, que arrebatá las piedras que encuentra al paso; que indignado de verse detenido ó embarazado por algun puente, le trastorba con violencia, y que no sufriendo los limites de su lecho, se derrama por todas partes con impetuosidad. Un estilo, dice, cuya vehemencia imite la de este torrente, arrastrará los ánimos del auditorio, y los revestirá de aquel afecto que pretende excitar. Como tiene por objeto el mover las pasiones, se vale para ello de aquel mismo fuego que agita al orador, y viene á ser el lenguaje de un hombre cuya imaginacion está recalentada y fuertemente penetrada de lo que dice ó escribe.

De esta comparacion se deduce que un carácter propio del estilo patético es la energia y fogosidad. Ama la sencillez de las expresiones, y no admito aquellas figuras que solo sirven para el ornato de la locucion. El buen orador no emplea en este estilo ninguna ostentacion ni estudio; antes bien, mostrando cierto desaliño, cierto desorden, cierta perturbacion, nos dice que está vehementemente poseído del entusiasmo de aquella pasion que exprime. Debe entarlo en efecto, pues mal podrá herir á sus oyentes sin estar él herido de antemano. Para conseguirlo es necesario que penetre profundamente el asunto que trata, que se convenza plenamente de su objeto, que sienta toda su verdad é importancia, que se grave fuertemente la imagen de las cosas que quiera emplear para mover á sus oyentes, y que las pinte con tanta naturalidad como energia. Los discursos fuertes y vehementes siempre son proferidos por hombres apasionados. El ingenio ni el arte en esta ocasion no pueden suplir el sentimiento, porque el que no ha probado una pasion ignora su idioma, y solo muy imperfectamente se la puede enseñar el arte. Las pasiones deben ser miradas como la semilla productiva de los grandes pensamientos; ellas son las que mantienen una perpétua fermentacion en nuestras ideas, y fecundan en la imaginacion las que serian estériles en una alma tibia. Las pasiones, en fin, siempre serán el alma del discurso elocuente, pues le dan la fuerza que necesita para arrebatarlo todo.

Aunque parece que las pasiones deban reinar por intervalos en aquellos trozos de la composicion en que es menester mover y persuadir, sin embargo, el lugar mas propio de su imperio es el epílogo ó peroracion. Aquí es donde se deben reunir, como en un foco, todos los rayos de un discurso para tomar mayor actividad. Aquí es donde el hombre elocuente, para acabar de subyugar los ánimos y arrancarlos sus últimos sentimientos, emplea tumultuariamente, segun la importancia y naturaleza de las cosas, ya lo mas tierno, ya lo mas fuerte de la elocuencia.

Los objetos de las pasiones en la oratoria deben ser

siempre cosas grandes, y en que resplandezca la justicia, la bondad y la comiseracion; unas son grandes por su naturaleza, como las divinas, las celestes, el bien de la humanidad, la salud de la patria, la vida del ciudadano, el triunfo de la virtud, la defensa de la justicia, etc. Otras son grandes por convencion humana, como el honor, la reputacion, la dignidad, la riqueza, la prosperidad, etc. En todas ellas serán las pasiones excelentes cuando se nos hace esperar lo que debe ser verdadero y digno objeto de nuestras esperanzas, temer los males que nos amenazan, aborrecer las acciones que la virtud y la religion conunan, amar la verdad y la justicia, detestar la iniquidad y la imprudencia, desear el honor y la felicidad, y compadecer la inocencia oprimida. Expresándose, pues, el orador con naturalidad y conveniencia á nada una de ellas, conseguirá todo el efecto que pretende, pues la verdadera elocuencia no es otra cosa que la efusion de una alma sencilla, sensible y juntamente grande.

Del sublime.

Lo sublime en todas las cosas es lo que hace en nosotros la impresion mas fuerte, por razon de que siempre envuelve un sentimiento profundo de admiracion ó respeto, nacido de la grandeza ó terribilidad de los objetos por sus circunstancias ó caracteres. Como el efecto de esta impresion proviene á veces de dos cosas diferentes, podemos distinguir dos especies de sublime: la una de imagen y la otra de sentimiento. A la primera pertenecen aquellas sensaciones profundas de una admiracion ó estupor secreto, causado por la grandeza de las cosas. A lo verdádo en la naturaleza, donde los objetos que excitan sensaciones mas fuertes son siempre la inmensidad de los cielos, la prodigiosa extension de los mares, las erupciones de los volcanes, los estremecimientos de la tierra y la furia de las tempestades.

Algunos fueren de parecer que la sublimidad en los objetos estaba ceñida precisamente al espacio, esto es, á aquella inmensidad que se concibe en su prodigiosa extension ó profundidad; pero no debemos ser de su opinion, porque hay muchos objetos que aparecen sublimes, sin que tengan relacion alguna al espacio. Si un altísimo monte ó una desmesurada torre nos presenta una idea sublime, no lo será menos la que nos inspira el horrísono trueno de los vientos ó el temeroso estallido de un trueno ó cañon. Si una llanura interminable á la vista ó la prodigiosa extension del Océano son objetos verdaderamente sublimes, lo son del mismo modo la rapidéz de un relampago y la voracidad de un incendio. Son tambien objetos grandes y sublimes el espantoso ruido que forman las aguas despeñadas de una grande altura, una oscuridad muy densa, el profundo silencio de una selva ó campiña solitaria, el majestuoso sonido de una gran campana, inayormente en medio del silencio ó calma de la noche, y en general lo son muchas escenas nocturnas, sin que todas estas cosas y otras muchas que se pueden proponer tengan relacion alguna con el espacio. Finalmente, no hay ideas tan sublimes como las que se toman del Ser supremo, el mas desconocido, pero el mas

grande de todos los objetos, cuya infinita naturaleza y eterna duracion, juntas con su omnipotencia, aunque sobrepujan mucho nuestras ideas, las exaltan sobremanera.

El sublime de sentimiento tiene por objeto las grandes acciones de nuestros semejantes, que producen en nosotros el mismo efecto que la vista de los objetos grandes de la naturaleza, llenando el ánimo de admiracion y elevándolo sobre sí mismo. Sentimos esta conmocion siempre que en una situacion critica vemos á un hombre singularmente intrépido y que se confia á sí mismo, superior á la pasion y al miedo, y animado por algun gran principio al desprecio de las opiniones populares, del interés personal, de los peligros y de la muerte. Las virtudes heroicas son la fuente mas copiosa y natural de la sublimidad moral ó del sentimiento; sin embargo, hay ocasiones en que, teniendo poco lugar, ó manifestándose muy poco la virtud, con tal que se descubra en ellas una fuerza y vigor extraordinario del ánimo, no dejamos de sentir cierta grandeza en el carácter, y no podemos dejar de admirar á un conquistador brillante ó á un osado conspirador, aunque estesemos bien lejos de aprobarlo.

Siendo una misma la conmocion que nos producen las dos especies de sublime, esto es, un asombro ó elevacion de ánimo sobre sí mismo, parece que debe haber y podremos hallar una causa fundamental comun á las dos. En efecto, algunos juzgaron que la amplitud ó grande extension, junta con la sencillez, era la calidad fundamental de todo lo sublime; pero ya hemos visto que la amplitud está limitada á cierta especie de objetos sublimes, y que no puede aplicarse sin violencia á todos los demás. Cierta autor opina que el terror es la fuente del sublime, y que ningun objeto tiene este carácter sin el que nos hace impresion de terror y de pena. Tampoco podemos asentir á esta opinion, pues aunque hay objetos terribles que son muy sublimes, hay otros que, causando mucho terror, nada tienen de sublimidad, como la amputacion de un miembro y la mordedura de una serpiente; y hay tambien otros que son sublimes sin que produzcan terror alguno, como el magnífico prospecto de unas grandes llanuras y las disposiciones ó sentimientos morales; que miramos con la mayor admiracion. Con mas fundamento podremos juzgar que la fuerza y el poder son la calidad fundamental del sublime. Bien examinado todo, ningun objeto hay que lo sea, en cuya idea no entren directamente el mucho poder y fuerza, ó que, á lo menos, an estén intimamente ligados con ella, guiando nuestros pensamientos á algun poder superior que intervenga en la produccion del objeto. Aquella comparacion que involuntariamente hacemos de este poder en el hecho mismo de observarle con nuestra debilidad produce inmediatamente el asombro; pero dejando esto solamente en el grado de verosímil, vamos á averiguar el estilo que corresponde al sublime.

Suponiendo que el orador ó poeta debe estar bien penetrado del objeto que va á describir, es necesario que procure presentarle en el aspecto mas propio para darnos de él una impresion clara y llena. Para esto deberá describirle con sencillez, concision y fuerza; la

sencillez ó exclusion de aquellos atavíos artificiales de la retórica, que solo tienen lugar en el estilo florido, conviene á este aun mas que al patético. Cuanto mas adornado y hermoso se presente el objeto, tanto menos tendrá de sublime, aun cuando por su naturaleza lo sea en alto grado. Lo propio sucede si en su descripcion hay redundancia ó superfluidad en las expresiones. La conmocion causada en el ánimo por algun objeto grande ó noble le da un tono mas elevado, y le comunica una especie de entusiasmo, muy agradable mientras dura, pero por instantes viene esta á caer en su situacion ordinaria; y cuando un autor nos la puesto en este estado, ó nos quiere poner en él, si multiplica las palabras sin necesidad, si enriquece con adornos brillantes el objeto sublime que nos presenta, si prodiga las decoraciones y con ellas oculta la imagen principal, en el momento altera la clave, relaja la tension del ánimo y enerva la fuerza del sentimiento; de forma que podrá quedar lo bello, pero desaparecerá por grados el sublime. Cuando César dice al piloto, que tenía hacerse con él á la mar en una tormenta: «¿Qué temes? Llévate á César,» nos conmueve la osada magnanimidad de uno que reposa con tanta confianza en su causa y su fortuna; pero Lucano, tratando de amplificar y adornar el pensamiento, le va demudando mas y mas del sublime, hasta que al cabo viene á parar en una hinchada declamacion.

César, que siempre armó la confianza
Contra amenazas últimas del hado,
«Mi naufragio, responde, en la tardanza.
Larga veías en contra el golfo airado,
Combate su altiver, sus fuercas doma;
Y si te niegan puerto, en mi le toma.»

La fuerza de la descripcion nace en gran parte de la concision sencilla; pero requiere tambien una eleccion de circunstancias tales, que muestren el objeto en el mejor punto de vista. Cada objeto tiene diversos aspectos por los cuales se nos puede presentar, segun las circunstancias que le acompañan; y aparecerá mas ó menos sublime, segun estén mas ó menos bien escogidas estas circunstancias. Si la descripcion es demasiado general y está desnuda de circunstancias, el objeto, aunque grande, aparecerá bajo una luz desmayada, y hará en el lector una impresion muy débil, ó no le hará ninguna; lo mismo sucederá si se le mezclan algunas circunstancias impropias, triviales, bajas y ridiculas. Una tempestad es sin duda un objeto sublime en la naturaleza; pero las propias y grandes circunstancias que Virgilio felicisísimamente le acomoda, le presentan al ánimo en un grado muy alto de eleccion.

El mismo Padre celestial, cercado
De tempestad y noche tenebrosa,
Rayos fulminas con la diestra armada.

Hemos considerado ya el estilo segun sus tres principales especies, en las cuales se refunden todas las demás que señalan los retóricos, y que recorreremos brevemente, por ser de poca importancia estas subdivisiones. La primera es en estilo conciso y difuso: aquel se ciñe á las expresiones absolutamente necesarias, presentando el objeto bajo un solo punto de vista; y este desenvuelve completamente el pensamiento,

presentándole bajo de diferentes aspectos para su mayor inteligencia. Señalan después el nervioso y el débil: este coincide casi siempre con el difuso, y aquel con el conciso, pues la redundancia en la expresión pocas veces deja de debilitarla, como la precisión de darla fuerza y energía. Finalmente, desde el árido, que es el que excluye todo ornato, de cualquiera clase que sea, ponen el llano, el limpio y el elegante, que van por grados admitiendo el adorno, hasta llegar al florido, que es el que emplea toda la pompa y flores de la retórica.

De todos los géneros de estilo que hemos tratado no es fácil, ni aun necesario, determinar cuál sea el mejor. Es cierto que hay calidades generales de tal importancia, que se deben tener siempre presentes en cualquiera especie de composición, y que se debe procurar evitar siempre ciertos defectos. Un estilo pomposo, por ejemplo, un estilo débil, árido, oscuro ó afectado son siempre defectuosos, y la claridad, fuerza, limpieza y sencillez son bellezas á que debemos siempre aspirar. Pero en cuanto á la mezcla de estas buenas calidades, ó al grado en que debe prevalecer cada una de ellas para formar nuestra manera particular y característica, no pueden darse reglas precisas ni se puede señalar ningún autor por modelo. Darémos, sí, algunas reglas en cuanto al método propio de conseguir un buen estilo en general, dejando al asunto sobre que se compone y al nuplan peruliar del genio del compositor la formación del carácter particular del estilo.

La primera es procurar adquirir ideas claras acerca del asunto sobre el cual hemos de hablar ó escribir. El estilo y los pensamientos de un autor están enlazados tan íntimamente, que es por lo común difícil distinguirlos. Siempre que la impresión que hacen las cosas sobre el ánimo es débil é indistinta, ó embarazosa y confusa, nuestro estilo lo será igualmente tratando de estas cosas mismas, al paso que naturalmente expresamos con claridad y con fuerza lo que concebimos y sentimos clara y fuertemente.

En segundo lugar, para formar un buen estilo es indispensable la práctica de componer frecuentemente. Hemos observado muchas reglas para el estilo, pero todas ellas serán inútiles sin un ejercicio habitual; ni basta tampoco para adquirir un buen estilo el componer de cualquiera manera. Está tan lejos de ser esto así, que adquirimos sin duda un estilo malísimo por componer mucho, de prisa y sin cuidado; y para olvidar defectos y corregir negligencias, hallamos después mas dificultad que si no habiéramos tenido práctica alguna. Por tanto se ha de cuidar á los principios de escribir con lentitud y esmero, pues la facilidad y soltura han de ser obra del tiempo y de la práctica.

No obstante, es preciso usar que puede ir en un extremo en punto al mismo cuidado y afán por las palabras. La demasiada atención á cada una de ellas puede cortar algunas veces el hilo de las ideas y resfriar el calor de la imaginación. Será pues conveniente dejar para la lima aquella última perfección ó pulimento que se debe dar á la composición, pero que tiene poca conexión con el calor que debe animarla.

En tercer lugar, es de la mayor importancia el familiarizarnos bien con el estilo de los mejores autores. Esto se requiere tanto para formarnos un buen gusto en punto de estilo, cuanto para adquirir un rico caudal de palabras sobre cualquier asunto. Para sacar el mayor fruto de este ejercicio, será conveniente este método: traducir en nuestras propias palabras alguna página de un autor clásico, habiéndola leído antes dos ó tres veces; comparar después lo que hemos escrito con el estilo del autor, y observar por la comparación y corregir los defectos en que hayamos incurrido.

En cuarto lugar, es preciso precavernos al erismo tiempo de la imitación servil de un autor, cualquiera que sea. Esto es siempre dañoso, porque embota el genio y fácilmente hace resbalar en una manera dura; y los que se dan á una imitación rigurosa, del mismo modo imitan los defectos del autor que las bellezas. Ninguno será buen escritor ú orador sin seguir con alguna confianza su genio. Debemos guardarnos en particular de adoptar eretas frases de un autor y de copiar pasajes suyos. Mucho mejor será que nuestras composiciones sean de nuestro propio caudal, aunque no sean sobresalientes, que no que brillen con adornos prestados, que cuando mas, servirán para poner en claro la total falta de genio.

La quinta regla, tan importante como obvia, es que evitemos siempre de acomodar el estilo al asunto, y aun á la capacidad de los oyentes si componemos para hablar al público.

No merece nombre de elocuente ó bellu lo que no es para la ocasión y personas á quienes se habla, y es el mayor absurdo tratar de decir alguna cosa en estilo florido y poético en ocasiones en que se debe tratar solamente de argüir y raciocinar, ó hablar con pompa y aparato de expresiones delante de gentes que no son capaces de comprenderlas. Estos defectos no son tanto de estilo, cuanto, lo que es peor, de sentido común. Cuando tratamos de escribir ó hablar, debemos formarnos de antemano el fin á que aspiramos, conservar siempre á la vista esta idea, y adaptar á ella el estilo. Si á tan importante fin no sacrificamos todos los adornos intempestivos que pueden presentarse á nuestra fantasía, no merecemos disimulo alguno; y aunque nos captemos la admiración de los niños y los tontos, daremos que reir con nuestro estilo á los hombres de juicio.

De la elocuencia.

Concluida la parte perteneciente al lenguaje y estilo, vamos á examinar las materias en que aquel se emplea. Comenzaremos por lo que se llama propiamente elocuencia ó locucion pública. Para esto hemos de considerar los varios géneros de materias de locucion pública, la manera correspondiente á cada una, la buena distribución y desempeño de todas las partes de un discurso, y su recitación ó pronunciaci6n propia. Pero, antes de entrar en ninguno de estos capítulos, será bien dar algunas nociones de la naturaleza de la elocuencia en general. La definici6n mejor que se puede dar de la elocuencia es el arte de hablar de manera, que se consiga el fin para que se habla. Siempre que un hombre habla ó escribe se supone, como que es

racional, que aspira á algun fin, sea á instruir, á entretener, á persuadir ó á influir de un modo ó de otro sobre sus semejantes. Aquel que habla ó escribe de manera que con mayor acierto acomoda á este fin las palabras, es el hombre mas elocuente. La elocuencia tiene lugar en cualquiera materia, en la historia y en la filosofía, como en las oraciones.

La definición que hemos dado de la elocuencia comprende todos sus diversos géneros, ora se emplee para instruir, ora para persuadir ó agradar; pero, como el objeto mas importante del discurso es la accion ó la conducta, por eso el poder de la elocuencia se ve principalmente cuando se emplea para influir en la conducta ó para persuadir á la accion. Siendo este fin el principal objeto del arte, la elocuencia, bajo este punto de vista, se pueda definir *el arte de la persuasion*.

Establecido esto, se siguen inmediatamente ciertas consecuencias, que señalan las máximas fundamentales del arte. De aquí se infiere claramente que, para persuadir, los requisitos mas esenciales son argumentos sólidos, método claro y un caracter de probidad reconocida en el orador, junto con las gracias del estilo y de la expresion, que exciten nuestra atencion á lo que dice. El buen sentido es el fundamento de todo; ningún hombre sin él puede ser verdaderamente elocuente, pues los locos solo pueden persuadir á otros locos. Para persuadir á un hombre que está en su juicio, es preciso convencerle, y esto solo se puede conseguir dándole á entender que es muy útil lo que se le propone. Esto nos hace observar que convenir y persuadir, aunque algunas veces se confunden, son, sin embargo, cosas diferentes; lo que debemos distinguir desde luego, para no confundirlas en adelante.

La conviccion es relativa solamente al entendimiento; la persuasion, á la voluntad y á lo práctica. Oficio es del filósofo convenir de la verdad; oficio es del orador persuadir á obrar conforme á ella, inclinándole á su partido y empujándole en él. La conviccion no va siempre acompañada de la persuasion; ellas debieran á la verdad ir juntas, é irian tambien si nuestra inclinacion siguiese constantemente el dictamen de nuestro entendimiento; pero sucediendo muchas veces lo contrario, puedo yo estar convencido de que la virtud, la justicia y el patriotismo son laudables, y no estar al mismo tiempo persuadido á obrar conforme á ellas. La inclinacion puede oponerse, aunque esté satisfecho el entendimiento, y las pasiones pueden prevalecer contra el juicio.

No obstante, la conviccion facilita siempre la inclinacion del corazón, y el orador debe desde luego poner su mira en ganarle, porque la persuasion no puede regularmente ser durable si no va cimentada en la conviccion. Pero para persuadir debe el orador hacer mas que convencer, porque necesita considerar al hombre como una criatura movida por muchos y diferentes resortes, que debe poner en ejercicio; es preciso que se dirija á las pasiones, es preciso que pinte á la imaginacion y toque al corazón. Por tanto, en la idea de elocuencia, además de argumentos sólidos y método claro, entran todas las artes de conciliar ó interesar. Hechas previamente estas reflexiones acerca de la

naturaleza de la elocuencia en general, pasamos á considerar los diferentes géneros de locucion pública, el carácter distintivo de cada uno, y las reglas concernientes á ellos.

Los antiguos dividieron todas las oraciones en tres géneros, á saber: el demostrativo, el deliberativo y el judicial. El fin del demostrativo es la alabanza ó vituperio; el deliberativo, persuadir ó disuadir, y el del judicial, acusar ó defender. Las principales materias de la elocuencia demostrativa fueron los panegíricos, las invectivas y las oraciones gratulatorias y fúnebres. El género deliberativo se empleaba en las materias de interés público, ventiladas en el senado ó en las juntas populares. El judicial es el mismo que la elocuencia del foro empleada en hablar á los jueces, que tenían poder de absolver ó condenar. Esta division, abrazada por los modernos, es bastante exacta, pues comprende casi todas las materias de los discursos hechos en público. No obstante, nos parece mas conveniente seguir la division que naturalmente nos indica el estado de la elocuencia moderna en las tres grandes escenas, á saber, juntas populares, foro y púlpito, pues cada una de estas tiene un carácter distinto, que peculiarmente le pertenece. Esta division coincide en parte con la antigua. La elocuencia del foro es precisamente la que los antiguos llamaban judicial. La elocuencia de las juntas populares, aunque por la mayor parte es de aquella especie que los antiguos llamaron deliberativa, admite tambien el género demostrativo. La elocuencia del púlpito es de naturaleza enteramente distinta, y no se puede reducir con propiedad á ninguna de las especies que imaginaron los antiguos retóricos.

A todas tres, púlpito, foro y juntas populares son comunes las reglas concernientes á la conduccion de un discurso en todas sus partes, de las cuales trataremos despues. Pero primero veremos lo que sea peculiar de cada una de ellas en su espíritu, carácter y manera, de lo cual es esencialísimo formar una idea exacta para dirigir la aplicacion de las reglas generales.

Comenzaremos por el género que durara mas luz sobre los demás, conviene á saber, la elocuencia de las juntas populares. Teatro de este género de elocuencia es toda junta, y do quiera que se congrege cierto número de hombres para debates ó consultas puede tener lugar esta elocuencia, aunque en formas diferentes. Su objeto es, ó debe ser siempre, la persuasion. Debe proponerse algun fin, algun punto, por lo regular de utilidad comun, y determinan en su favor á los oyentes. Pero en su conduccion debe caminar sobre el principio de que para persuadir á un hombre es necesario convencer su entendimiento. Seria gran error imaginar que por admitir la elocuencia popular mas que otros el estilo declinatorio, no tenga necesidad de apoyarse en razonamientos sólidos; los que se gobernarán por esta falsa idea podrian acaso parecer mas elocuentes, pero no producirian efecto alguno.

Cualesquiera que sean los oyentes, debe juzgar el orador que no les hará impresion alguna con arengas hinchadas y pomposas, sin buen sentido y pruebas sólidas. Aun el pueblo juzga de la solidez de las pruebas mejor de lo que muchas veces pensamos; y sobre cual-

quiera cuestion interesante, un rústico que hable al caso sin arte, prevalecerá generalmente sobre el mas diestro orador, que haga mas ostentacion de flores y paramentos que de razones. «Póngase cuidado en las palabras, y mucho esmero en las cosas,» dice Quintiliano.

Es también regla fundamental para persuadir con eficacia en las juntas populares, la de que estemos persuadidos de lo que intentamos recomendar á otros. Siempre que se pueda, debemos meternos á aquella parte de la prueba que nos parezca mas justa y verdadera. Nunca será elocuente un orador sino cuando está apasionado, y mal podrá estarlo de aquello á que no está infinitamente persuadido.

Ya llevamos dicho que la elocuencia sublime debe nacer siempre de la pasión ó emoción amiente. Esto es lo que hace persuasivos á los hombres, y lo que da á su ingenio una fuerza desconocida en cualquier otra ocasion. Pero ¿qué desventaja no lleva para eso el que, no sintiendo lo que dice, se ve precisado á fingir un calor que le es extraño?

Los debates en estas juntas mas veces dan lugar al orador á que de antemano componga y perfeccione su discurso, como lo permite siempre el púlpito, y algunas veces el foro. Las pruebas se deben conformar al tono que toma la disputa; y como ninguno puede preverlo exactamente, al que se fie en un discurso estudiado, compuesto en su gabinete, le sucederá muchas veces que son ineficaces ó fuera de propósito sus ratiocinios, por el nuevo rumbo que tomaron los nagocios. Por esta razon nunca será demasiada la preparacion con respecto á la materia hasta que el orador se haga enteramente dueño del asunto que ha de tratar. Y por cuanto en estas oraciones repentinas hay al riesgo de contraer el hábito de hablar de una manera floja é indigesta, será conveniente que los principiantes las eviten en cuanto sea posible, hasta que adquieran aquella firmeza, aquella ptesteza de ánimo y posesion del buen lenguaje, que únicamente pueden dar el hábito y la práctica de recitar discursos compuestos.

Después que esto se haya adquirido, irán saliendo de estos límites, escribiendo de antemano aquellas sentencias de que piensan valerse para ponerse en el buen camino, y apuntando unas breves notas de los tópicos ó pensamientos principales en que han de insistir; dejando que el calor del discurso les sugiera la correspondiente locucion. Por este método se acostumbrarán á algun grado de exatitud, á pensar mas de cerca en la materia en cuestion, y á coordinar metódicamente sus pensamientos.

Lo mas importante en toda locucion pública es ciertamente el ánimo propio y claro; no aquel método formal de capitulos y subdivisiones, que comunmente se practica en el púlpito, pues este disgustaría á los oyentes, como que semejantes introducciones presentan siempre el aspecto melancólico de un discurso largo. Pero aquel método que consiste en coordinar de antemano los pensamientos y colocarlo todo en su propio lugar, es lo que mas contribuye á la claridad y fuerza del discurso, ayudando al mismo tiempo á la memoria del orador, y guiándola en todo él sin estar

expuesto á aquella confusion que padece á cada paso el que no se forma un plan distinto de lo que ha de decir. El estilo que corresponde á la elocuencia de las juntas populares debe ser sin duda el mas animado. La vista de una concurrencia numerosa, empeñada en debates de importancia y atenta toda al discurso de un hombre solo, es capaz de inspirar al orador tal calor y elevacion, que le sugieran las expresiones mas fuertes y mas rópas. Aquí tienen su propio lugar aquellas valientes figuras de que hemos hablado, como lenguaje espontáneo de la pasión; aquel ardor de locucion, aquella vehemencia de sentimiento, que nacen de un ánimo agitado é inflamado por algun objeto grande y público, forman el carácter propio de la elocuencia popular en su mayor perfeccion.

No obstante, esta libertad, que vauda dando á esta manera fuerte y apasionada, se debe entender con algunas limitaciones. En primer lugar, el calor que manifestamos debe ser proporcionado á la ocasion y á la materia. No puede haber cosa mas indepeestiva que hablar con vehemencia en un asunto de poca importancia, y que por su naturaleza requiere ser tratado con calma; y el que en cualquiera ocasion se muestra apasionado y vehemente, será tenido por un inoportuno declamador.

En segundo lugar, debemos guardarnos de fingir un calor que no sentimos. Es muy difícil, como ya dijimos, aparentar una pasión de que no estamos revestidos, y nunca puede ser tan perfecto el disfraz, que no se descubra. Esto nos lleva siempre á una manera violenta, que nos hace fastidiosos y no pocas veces ridiculos. Debentnos en este caso, como en cualquiera otro, seguir la naturaleza, proporcionando el estilo á nuestro genio y sensibilidad. Puede uno ser mador de mucha reputacion por el género calmado del ratiocinio. Para conseguir el patético y el sublime de la oratoria se requieren aquella fuerte sensibilidad de ánimo y aquel gran poder de expresion que se conceden á muy pocos.

En tercer lugar, debemos cuidar de que nuestra impetuosiad no sea tanta, que nos arrebatte y lleve demasiado lejos, aun cuando la mayor justicia lo piera vehementemente y el genio la favorezca. La elocuencia, como ya apuntamos, no causará los mayores efectos si el orador no está conmovido; pero si se deja arrebatar tanto, que pierda el dominio de sí mismo, bien pronto perderá tambien el de su auditorio. Este le debe acompañar en el camino de la pasión; y si él se precipita ó corre demasiadamente apresurado, sucederá que el auditorio quede frío en la mayor frialdad. Cuando está el orador mas acalorado por su asunto, ha de permanecer, no obstante, tan dueño de sí mismo, que conserve una firme atencion á las pruebas y algun grado de correccion en la expresion. Entonces este señorío de sí mismo, esta presencia de ánimo en medio de la pasión, hará un asombroso efecto, sea para agradar, sea para persuadir, pues la mayor excelencia de la elocuencia está en unir la fuerza de las razones con la vehemencia y fuego de las pasiones.

Por último, se debe dar la mayor atencion al decoro, lugar y carácter. La vehemencia, que sienta

á una persona de carácter y autoridad, puede ser impropia de la modestia que se espera de un orador joven. La manera alegre é ingeniosa que corresponde á un asunto en ciertas juntas, es enteramente inapropiada en negocios de gravedad y en una junta respetable. La *cordum*, dice Ciceron, es el fundamento de la elocuencia, como de todo lo demás. No se ha de hablar con un mismo estilo y unos mismos pensamientos á hombres de diferentes clases, edad y fortuna, y en diferentes tiempos, lugares y auditorios. En cada parte del discurso se ha de atender, como en la conducta, á lo que es decente, viendo lo que piden el asunto de que se trata, las personas que habian y aquellas á quienes se habla.

El estilo en general debe ser llano, franco y natural; las expresiones agudas y artificiosas, y los adornos pomposos no son aquí del caso, y siempre dañan á la persuasión. Se debe procurar un estilo fuerte, racional y nada difuso, y el lenguaje metafórico, introducido con propiedad, produce regularmente buenos efectos.

Elocuencia del foro.

La mayor parte de lo que llevamos dicho en la elocuencia de las juntas populares es aplicable á la del foro, y por tanto, nos reduciremos á señalar la diferencia entre una y otra. En primer lugar, el fin principal de ambas es por lo comun diverso. El que se debe proponer al orador en una junta popular es determinar á los oyentes á que tomen alguna resolucion, despues de convencerles de que es buena y conveniente. Para conseguir este fin tiene que valerse de todos los resortes que puede poner en accion nuestra naturaleza, y dirigirse á las pasiones y al corazon no menos que al entendimiento. Pero el fin principal en el foro es convencer. Aquí no es negocio del orador persuadir á los jueces lo bueno y lo útil, sino mostrarles lo justo, lo verdadero; y de consiguiente, su elocuencia se debe dirigir principalmente al entendimiento, al paso que en las juntas populares á la voluntad. Esta es la diferencia característica que hay entre las dos, y que se debe tener siempre á la vista.

En segundo lugar, los oradores en el foro hablan á uno ó pocos jueces, y aun estos son por lo comun personas de edad, gravedad y carácter. Aquí carecen de las ventajas que ofrece una junta numerosa para emplear todas las artes de la locucion, aun suponiendo que las admitiese el asunto, porque las pasiones no se excitan aquí tan fácilmente; todos escuchan con frialdad al orador, le observan con mas severidad, y se veria este expuesto á que le tuviesen por ridículo, si tomase un tono muy vehemente, el cual solo corresponde á las juntas populares.

Finalmente, la naturaleza y el manejo de las materias pertenecientes al foro puen en un género de oratoria muy diverso del de las juntas populares. En estas tiene el orador mucho mas campo, y raras veces se ve atado con regla alguna precisa, pudiendo tomar sus tópicos de infinitos panjes y emplear las ilustraciones que le sugiera su fantasía; pero en el foro el campo del orador está reducido al rigor de las leyes y estamentos, siendo su principal oficio el hacer continua apli-

cacion de ellos al asunto de que se trata, dejando muy poco lugar á la imaginacion.

Siendo la elocuencia del foro mas limitada y modesta que la de las juntas populares, no debemos considerar las oraciones de Demóstenes y Ciceron como rigurosos modelos de la manera y estilo que conviene al estado presente del foro; la diferencia del antiguo y el moderno se bien manifiesta, pues aunque las oraciones de aquel fuesen sobre causas civiles ó criminales, no obstante la naturaleza y circunstancias del foro perniciosamente antiguamente, tanto en Grecia como en Roma, que su elocuencia se aborrecia mas que ahora á la de las juntas populares. Siempre se podrán estudiar con mucho provecho estos dos famosos oradores, por la destreza con que abren la materia, por la facilidad con que se insinúan para granjearse el favor de los jueces, por la buena coordinacion de los hechos, por lo gracioso de su narracion y por el plan y exposicion de las pruebas. Pero sería ahora ridiculo imitarlos en sus exageraciones y amplificaciones, en su difusa y vehemente declamacion y en su empeño de excitar las pasiones.

Suponiendo que el orador del foro debe estar completamente instruido de la causa de que se encarga, y sin que para ello perdone la mas diligente y penosa atencion, es preciso observar que la elocuencia es de la mayor importancia para dar apoyo á una causa. De que sea poco á propósito la antigua y vehemente manera de orar, no se ha de inferir que la elocuencia no tenga ya lugar en el foro. Aunque se ha mudado la manera, con todo siempre hay una propia y conveniente, que se debe estudiar cuanto se pueda. Acaso no hay escena pública donde sea mas necesaria la elocuencia. En otras ocasiones la materia sobre que se habla es por lo comun suficiente para interesar por sí sola á los oyentes; pero la aridez y tenuidad de las que generalmente se ventilan en el foro, piden mas que otras algunas cierto género de elocuencia para granjearse la atencion, para dar el peso competente á las pruebas, y para impedir que se oiga con indiferencia, y acaso con desprecio, al abogado.

Aunque el estilo debe ser del género templado y calmado, sea de palabra, sea por escrito, no obstante se debe dar á la imaginacion un poco de soltura, para animar un asunto árido y aliviar algo la atencion fatigada. Pero esta libertad se debe tomar siempre con sobriedad, porque un estilo demasiado brillante y una manera florida harian que el orador fuese escuchado de los jueces con sospecha de que no hubiese solidez y fuerza en sus pruebas. Se debe procurar con especialidad la pureza y limpieza de expresion de un razonamiento preciso, que ni esie inutilmente cargado de términos legales, pero que tampoco se eche de ver en él la afectacion de evitarlos, siempre que valgan ó sean necesarios.

Una propiedad esencial de la recucion del foro es la distincion, la cual se ha de mostrar principalmente en dos cosas. Lo primero en establecer la cuestion, mostrando claramente cuál es el punto contencioso que se niega, y dónde comienza la línea de separacion entre nosotros y la parte contraria.

Lo segundo se debe ver en el orden y disposicion de todas las partes del informe. En todas las oraciones es de la mayor importancia un método claro; pero este es casi el todo en los casos ombrollados y dificultosos del foro. Por eso nunca será demasiado el cuidado que se ponga en estudiar de antemano el plan y el método. Donde hay desorden y confusion nunca puede haber acierto en convencer, porque toda la causa queda en tinieblas.

Finalmente, debe guardarse el orador de hacer injusticia alguna á las pruebas de la parte contraria cuando va á refutarlas, ya sea desfigurándolas, ya presentándolas bajo otro aspecto del que deben tener. Es muy de temer que descubriéndose pronto el engaño, entran los jueces en desconfianza del orador, que ó no tuvo discernimiento para percibir la fuerza de las razones contrarias, ó ingenuidad para confesarlo. Por el contrario, cuando expone con ingenuidad y candor los argumentos puestos contra él, aun antes de pasar á rebatirlos, se preocupan fuertemente los jueces en su favor, y se ponen en mejor disposicion para recibir las impresiones que intenta hacerles, un orador en quien hallan ingenuidad, entendimiento y probidad, que es la prenda que debe brillar siempre en su carácter.

Elocuencia del púlpito.

Siendo la verdadera elocuencia el arte de colocar la verdad en la luz mas ventajosa para convencer y persuadir, en ningun teatro puede interesar y brillar tanto como en el púlpito. Las materias que en él se tratan, en cualquiera clase de sermones, son siempre las mas nobles y de la mayor importancia. Grande es la ventaja que por esta razon tiene el orador del púlpito sobre todos los demás; pero tampoco carece de desventajas. Si las materias de sus discursos son tan altas é interesantes, son tambien trilladas y familiares. Siglos enteros han sido ocupacion de tantos oradores y tantas plumas, y el público está tan acostumbrado á oirlas, que el predicador necesita hacer un esfuerzo extraordinario para cautivar su atencion.

Ninguna composicion requiere tanta destreza como la que afianza todo su mérito en la ejecucion; porque no está la gracia en enseñar una cosa nueva ni en convencer á los hombres de lo que no creen, sino en dar á verdades conocidas tales colores, que irremediablemente conmuevan su imaginacion y su corazon.

Los principales caracteres de la elocuencia del púlpito son dos, á saber: la gravedad y el calor. La naturaleza de las materias pertenecientes al púlpito pide gravedad; su importancia exige calor. No es fácil ni comun unir estos dos caracteres en el grado conveniente. Si prepondera la gravedad, viene á parar en una majestad informe y fastidiosa. El calor, cuando le falta la gravedad, raya en teatral y ligero. Deben pues los predicadores poner su principal conato en unirlos, tanto en la composicion de sus discursos como en el modo de recitarlos.

Entonces conseguirán aquella manera de predicar afectuosa y penetrante, que nace de una fuerte sensibilidad de su corazon á la importancia de las verdades que tienen en la boca, y de un ardiente deseo de que

hagan la mas profunda impresion en el corazon de sus oyentes.

En orden al estilo del púlpito, el primer requisito es que sea claro. Como los discursos que se han de recitar son para la instruccion de toda suerte de oyentes, debe reinar en ellos la claridad y sencillez. Se han de evitar las palabras desusadas, hinchadas y altisonantes, con especialidad las que son meramente poéticas ó filosóficas. El púlpito requiere dignidad de expresion en el mayor grado, y por ningun caso se deben tolerar expresiones débiles ó arrastradas, ni modos de hablar bajos ó vulgares. El fervor que debe animar á un predicador y la grandeza é importancia de la materia justifican y aun exigen expresiones ardientes y animadas, pues se concilian tanto con la claridad y sencillez. Finalmente, le vendrán bien al predicador en ocasiones oportunas las metáforas atrevidas, las comparaciones, los apóstrofes, las personificaciones, las exclamaciones vehementes, y en general tiene á sus órdenes las figuras mas patéticas de la locucion.

Partes de un discurso.

Examinado ya todo lo peculiar á cada uno de los tres espaciosos campos de la locucion pública, trataremos ahora de lo que es comun á todos ellos; esto es, de la conducta de un discurso ó oracion en general. Sea cual fuere la materia sobre que el orador piense hablar, por lo regular ha de comenzar preparando los ánimos de los oyentes por medio de alguna introduccion; ha de fijar el asunto explicando los hechos relativos á él; se ha de valer de pruebas para establecer su opinion, y destruir las contrarias, y en fin, despues de haber dicho cuanto juzgare oportuno, ha de cerrar su discurso con alguna peroracion ó conclusion. Siendo este el curso natural de la locucion, las partes componentes de una oracion regular y completa se reducen á cuatro: primera, el exordio ó introduccion; segunda, la narracion ó exposicion; tercera, confirmacion ó pruebas; cuarta, peroracion ó conclusion. Algunos retóricos señalan otras dos partes, que son la proposicion con la division de la materia, y la parte patética; pero nosotros incluiremos la proposicion en la narracion, y la parte patética en la peroracion, por ser ese su propio lugar, cuando es necesario usarlas. Trataremos ahora de cada una de las cuatro esenciales, comenzando por el exordio.

Introduccion ó exordio.

A todas tres especies de locucion pública conviene el exordio, y tanto, que se debe tener menos por invencion retórica que por funde en la naturaleza y sugerido por el sentido comun. Siendo el fin principal de cualquier discurso convencer y persuadir, es natural que el orador pase á hacerlo, no de golpe, sino con alguna preparacion, comenzando con alguna cosa que pueda inclinar á las personas á quienes se dirige á que juzguen favorablemente de lo que va á decir, y disponerlas de modo que coadyuven al intento que se propone. Este es, ó debe ser siempre, el fin de toda introduccion. Conforme á esto señalan Ciceron y Quintiliano tres fines, de los cuales es necesario siempre acomodarse á alguno, cuando no á todos ellos; es á saber,

hacer benévolo, atentos y dóciles á los oyentes.

El primer fin es conciliar la voluntad del auditorio, haciéndole benévolo y adicto al orador y á su asunto; para esto se puede tomar el argumento de la naturaleza de la materia, como íntimamente enlazada con el interés de los oyentes, y de la buena intencion con que el orador toma parte en el asunto. El segundo fin de la introduccion es excitar la atencion de los oyentes, lo cual puede conseguirse dándoles alguna idea, ya de la importancia, dignidad ó novedad del asunto, ya de la claridad y precision con que va á tratarle. El tercero es hacer dóciles á los oyentes ó prepararlos para la persuasion, para lo cual hemos de procurar desvanecer todas las preocupaciones que puedan haber contra la causa ó contra la parte que sostenemos.

Por ser el exordio una parte del discurso que exige no poco cuidado, ya porque de su naturaleza es difícil una buena introduccion, ya porque siendo el principio del discurso, pende de ella la primera impresion, mas ó menos favorable, que comienzan á sentir los oyentes, estableceremos ciertas reglas para su composicion.

La primera es que la introduccion sea fácil y natural. La misma materia del discurso debe sugerirla; se ha de procurar, como dice Ciceron, que brote enteramente del asunto de que se trata. Para que las introducciones sean fáciles y naturales, lo mejor es no bosquejarlas hasta que se haya meditado bien el fondo del discurso. De otro modo, hallará el que compone serie forzoso echar mano de lugares comunes, y acomodar despues el discurso á la introduccion, y no la introduccion al discurso, como debiera ser. En segundo lugar, se debe cuidar en un exordio de que las expresiones sean las mas correctas. Esto lo exige el estado mismo de los oyentes, los cuales se hallan entonces mas dispuestos á criticar, porque, como no están todavía ocupados con el asunto, fijan su atencion en el estilo y la manera del orador. Además de esto, debe la introduccion ser modesta, sin declinar en baja, pues de un aire de arrogancia y ostentacion se da luego por ofendido el amor propio de los oyentes, que ya por todo el discurso escuchan al orador con frialdad y menosprecio. No obstante, servirá de mucho al orador mostrar, á una con la modestia y deferencia á sus oyentes, cierta dignidad, nacida del conocimiento de la justicia ó de la importancia del asunto. Del mismo modo se cuidará de no prometer mucho en el exordio. Es regla general que el orador no manifieste al principio todas sus fuerzas, sino que las vaya aumentando, al paso que va adelantando en el discurso. Hay casos, no obstante, en que desde el principio puede tomar un tono elevado; por ejemplo, cuando se presenta á hablar á favor de una causa que ha sido muy censurada é infamada del público, ó cuando ha de versar su discurso sobre materia de naturaleza declamatoria, que entonces hará buen efecto una introduccion fuerte ó magnífica, con tal que despues se sostenga bien. Pero muy pocas veces tienen lugar en el exordio la vehemencia y las pasiones. Los ánimos de los oyentes se deben preparar por grados, antes que el orador llegue á aventurar sentimientos vehementes y apasionados. Mas, aunque en las introducciones no es donde regularmente se manifiestan

tan las ardientes conmociones, sin embargo se ha de preparar en ellas el camino para las que se quierian excitar en lo restante del discurso. Así, por ejemplo, si en su discurso ha de insistir en la compasion, la indignacion ó el desprecio, ha de sembrar sus semillas en la introduccion, y debe comenzar respirando aquel mismo espíritu que intenta inspirar. También se cuidará de no anticipar en la introduccion alguna parte principal de la materia. Si en ella se apuntan y en parte se explican los tópicos ó pruebas que despues se han de extender, pierden á la segunda vez su gracia y novedad. La impresion que se intenta hacer con un pensamiento interesante, es siempre mayor cuando se hace de una vez y en el lugar que corresponde. Finalmente, debe ser la introduccion proporcionada al discurso que la sigue en duracion y en género, pues la razon nos dicta que cada parte del discurso debe corresponder al todo en el espíritu, en el tono y aun en el estilo.

Narracion.

La segunda parte constitutiva de un discurso es la narracion ó explicacion. Pondremos juntas á estas dos, ya porque las comprenden unas mismas reglas, ya porque comunmente se dirigen á un mismo intento, sirviendo para ilustrar la causa ó asunto de que se trata, antes de proceder á sus pruebas ó argumentos. La claridad, distincion, probabilidad y concision son las calidades que exigen principalmente los críticos en una narracion; y cada una de ellas lleva bastante para conseguir la evidencia de su importancia. La distincion pertenece á toda la série del discurso; pero en la narracion se requiere con especialidad, pues ella debe derramar luz sobre todo lo demas. Un hecho, ó una simple circunstancia pasada por alto ó mal entendida por el auditorio, puede destruir el efecto de todas las pruebas y razonamientos que emplee el orador. Si su narracion es improbable, el auditorio no hace aprecio de ella; y si empalagosa y difusa, se cansa pronto y la olvida. Para la distincion se requiere una atencion particular á disponer con claridad los nombres, las datas, los pasajes y cualquiera otra circunstancia esencial de los hechos que se refieren. Para que la narracion sea probable, es esencial ponerlos en lugar de las personas de que hablamos, y hacer ver que sus acciones procedieron de motivos que se pueden tener por fidedignos y naturales. Para que sea concisa, si lo permite la materia, es necesario despojarla de toda circunstancia superflua, con lo cual se hará probablemente mas clara y vigorosa la narracion.

En los sermones, donde raras veces tiene lugar una narracion propia, la explicacion de la materia sobre que se ha de hablar sustituye á la narracion en el foro y se ha de moderar por el tono mismo; esto es, ha de ser concisa, clara y distinta, y en estilo correcto y elegante antes que muy adornada. La division de la materia, que hemos reducido á esta parte, y que se debe ejecutar en el principio de ella, tiene algunas reglas generales, que apuntaremos para su mejor ejecucion. Prácticamente, las diversas partes en que se divide un discurso han de ser realmente distintas unas de otras; esto es, que la una no incluya á la otra, pues este método serviria solo para

dar al asunto nueva confusión y desórden; segunda, se ha de seguir en la division el órden de la naturaleza, comenzando por los puntos mas sencillos, mas fáciles de comprender, y que se deben examinar los primeros, pasando despues á los que están fundados en estos y que suponen su conocimiento; tercera, los diferentes miembros de una division deben apurar la materia, pues de otro modo no seria completa la division; y se presentaria el asunto por trozos, sin dar un plan que lo manifestase todo; cuarta, los términos con que se expresan las divisiones han de ser los mas concisos que sean posibles. Dese huirse de toda circunloucion, y no admitirse ni una sola palabra que no sea necesaria. Se ha de estudiar la precision, sobre todo quando se establece el método. Lo que principalmente hace que una division sea limpia y elegante, es que las diferentes partes ó capitulos se propongan con las palabras mas elaras y mas expresivas. Esto produce siempre una impresion agradable á los oyentes, y es además muy importante para que las divisiones se conserven mas fácilmente en la memoria; quinta y última, se debe evitar una multiplicacion de partes y capitulos que no sea necesaria. El rajar una materia en muchas partecillas con infinitas divisiones y subdivisiones hace mal efecto en la locucion. Podrá venir bien en un tratado de lógica, pero á una oracion la hace dura y alida, y fatiga la memoria sin necesidad. La division, cuyas reglas hemos dado, no conviene, aunque se observen todas, á todo género de discursos. En los que se hacen para el púlpito y el foro tienden á su favor la práctica comun, y está fundada en razones de bastante peso. Si las particiones formales hacen que un sermón sea menos oratorio, tambien le hacen mas claro y mas fácil de comprender, y de consiguiente mas instructivo al comun de los oyentes; objeto principal que se debe tener siempre presente. Los puntos de un sermón sirven de mucho auxilio á la memoria, tanto del orador, como de los oyentes, y tambien para fijar la atencion de estos. Hacen que les sea mas llevadero el aguardar con sosiego el fin del discurso, y las dan pausas y descansos donde pueden reflexionar sobre lo que se ha dicho, y discurrir lo que se ha de seguir. Finalmente, el estilo que conviene á todas las partes de la narracion es sin duda alguna el sencillo; pues este es el mas á propósito para exponer un asunto con claridad, tan necesaria en esta parte del discurso.

Confirmacion.

El órden natural pide que, despues de haber expuesto y distribuido su objeto, entre el orador en probarle. Así que, despues de la narracion y division, que ordinariamente anian juntas, se sigue la confirmacion, que contiene y pone en órden las pruebas de la causa, y que destruye las que oponen ó pueden oponer los contrarios. Esta parte del discurso es sin duda la mas esencial, y de consiguiente aquella en que el orador debe poner un mayor esfuerzo. Este prepara los espíritus por medio del exordio, y presenta el hecho con exactitud é inteligencia por medio de la narracion, para venir á las pruebas, que son las que le pueden dar el triunfo y alcanzar una sentencia tal como la desea. Es ciertamente muy útil en cualquiera asunto el agrandar y

conmover los ánimos; pero todo aquello que se llama sentimiento está subordinado á la prueba, y tiene solamente el mérito de servir á hacerla valer. Compreendidos bajo un mismo artículo aquello que mira directamente á probar la causa, y lo que se emplea para destruir las objeciones contrarias.

Los oradores pueden usar en la conducta de sus razonamientos dos métodos distintos, los cuales en términos del arte se llaman *analítico* y *sintético*. El analítico es quando el orador encubre su intencion tocante al punto que va á probar, hasta que por grados ha conducido á sus oyentes á la conclusion deseada. Los lleva paso á paso, de una verdad conocida á otra desconocida, hasta encastrar con el fin, como consecuencia necesaria de una serie de proposiciones. Así, por ejemplo, quando uno intenta probar la existencia de Dios, comienza por observar que todas las cosas que vemos en el mundo han tenido principio; que todo lo que tiene principio ha de tener una causa anterior; que en las producciones humanas, el arte que vemos en el efecto, arguye necesariamente un designio en la causa; así va procediendo de una causa en otra, hasta llegar á una suprema y primera, de la cual se derivan todo el órden y los designios que vemos en sus obras. Este método es casi el mismo que el socrático, y es muy artificioso, susceptible de mucha belleza, y muy á propósito para quando, prevenido el auditorio contra alguna verdad, se le quiere convencer de ella imperceptiblemente.

Pero no todas las materias admiten este método, ni se ofrecen siempre ocasiones de emplearlo. El método de razonar usado mas generalmente, y el mas conforme al género de locucion popular, es el llamado *sintético*. Por este se señala claramente el punto que se ha de probar, y se va cargando una prueba sobre otra hasta que los oyentes queden enteramente convencidos.

Es evidente que el buen efecto de las pruebas ha de depender en parte de su recta disposicion. Deben colocarse de modo que no empujaren unas á otras, sino que se den un auxilio mútuo y vayan encaminadas á un fin, para lo cual observaremos las reglas siguientes: Primera, no se deben mezclar en un discurso pruebas que sean de distinta naturaleza. Todas se dirigen á probar una de estas tres cosas: ó que lo que se trata es verdadero, ó que es moralmente recto, ó que es provechoso. Estas son las que constituyen las tres grandes materias entre los hombres, á saber, verdad, obligacion ó interés; pero las pruebas que se dirigen á cada una de ellas son genéricamente distintas, y el que las confunda todas bajo de un tópico, hará una oracion confusa y nada elegante. Segunda, se ha de observar el climax ó graduacion en el órden y disposicion de las pruebas, esto es, que la fuerza y eficacia de ellas vaya siempre en aumento. Esta debe ser casi siempre la conducta del orador, teniendo una causa clara y esperando probarla evidentemente. No hay peligro en comenzar por las pruebas mas débiles, subiendo poco á poco, y sin desplegar hasta el último toda su fuerza, quando se tiene seguridad de hacer una completa impresion sobre los oyentes, preparados ya por lo que antes se ha dicho.

Pero si el orador tiene poca confianza en su causa, en este caso le conviene presentar al frente su prueba

principal, para ganar de antemano á los oyentes, y hacer al principio el esfuerzo posible, para que, removidas las preocupaciones y dispuestos los ánimos en su favor, escuchen lo restante con mas docilidad. Cuendo entre varias pruebas hay una ó dos que no son tan concluyentes como las otras, pero que, sin embargo, son buenas, aconseja Ciceron que se pongan en el medio, por ser un paraje no tan visible como el principio ó el fin. Tercera, cuando nuestras pruebas son fuertes y convincentes, serán tanto mejores, cuanto mas distintas y separadas estén unas de otras, porque se puede presentar cada una en toda su extension, amplificarla é insistir en ella. Pero cuando son dudosas y solamente del género presuntivo, será mejor acumularlas y mezclarlas unas con otras, para que aunque de suyo tengan poca fuerza, se sostengan mutuamente. Cuarta, se ha de cuidar de no extender mucho las pruebas ni multiplicarlas demasiado, porque esto antes sirve de hacer sospechosa una causa, que de darla autenticidad. La multiplicacion no necesaria de las pruebas confunde la memoria y disminuye el convencimiento que podrian hacer pocas bien escogidas. Se ha de observar tambien que si las pruebas se amplifican y extienden fuera de los limites de una ilustracion razonable, tienen siempre poca fuerza y enervan el vigor y la agudeza, que debe ser el distintivo de la parte argumentativa de un discurso.

Finalmente, despues de poner la conveniente atencion en la disposicion de las pruebas, otro requisito esencial para el buen manejo de estas es expresarlas en estilo conveniente, y recitarlas de manera que se les dé toda su fuerza. El estilo debe ser claro y preciso en cuanto sea posible, por contribuir estas calidades al vigor que se pretende, y podrá, no obstante, participar de los mas de los adornos de la locucion.

Peroracion.

Luego que las pruebas han sido comunicadas, y refutadas las objeciones contrarias, parece que la causa está absolutamente concluida y la materia completamente tratada; pero aun resta alguna cosa al orador. Del mismo modo que le seria duro entrar en la materia sin la preparacion del exordio que la debe anunciar, asi la dejaria desairada sin aquella apocasion que sirve como de corona al discurso, y es la que llaman peroracion. Esta tiene dos objetos, es á saber: el resumir las partes principales del discurso, y el acabar de conciliar y mover los ánimos del auditorio. La recapitulacion de las partes mas importantes es absolutamente necesaria en las causas grajides, las que, por su extension y por la variedad de los objetos que pueden abrazar, hay riesgo de que órien alguna confusion y embarazo en el ánimo de los oyentes. Aqui es donde el orador debe juntar todas aquellas especies que deja esparcidas; reducir lo que le habia sido preciso extender, y presentar toda la causa ó materia de su discurso bajo un solo punto de vista, si le es posible, ó á lo menos bajo un pequeño número de razones fáciles de oñtinuar y retener. La parte patética de un discurso, hemos dicho ya que tiene aquí su principal lugar, aunque en algunas ocasiones se puede usar en todas ó en las mas de las divisiones que hemos hecho. Es cierto que, instruido el auditorio y convencido su entendimiento del objeto del discurso, parece que solo resta moverle el ánimo, hablándole á la pasion que corresponde, para alcanzar triunfo completo. Así que, debe esforzarse mas aquí este género de locucion, observando en él aquellas reglas que prescribimos para el estilo vehemente.

LECCIONES DE POÉTICA.

Hemos dado fin á nuestras observaciones sobre las diferentes especies de composiciones en prosa; trataremos ahora de las composiciones poéticas en todas sus formas, aunque mucha parte de lo que llevamos observado en la retórica, particularmente el lenguaje figurado, pertenece tambien á esta facultad. Antes de entrar á examinar ninguna de sus especies en particular, trataremos, por modo de intraluccion, de la naturaleza de esta facultad, y daremos alguna razon de su origen y progress, como tambien de la versificacion ó números poéticos.

Sobre la definicion de la poesia han variado mucho los críticos, haciendo algunos consistir su esencia en la ficcion, sostenidos con la autoridad de Aristoteles y Platon; pero ya la opinion comun desecha esta definicion, por ser constante que hay muchas partes que, sin ser fingidos, son muy propios para la poesia. Otros han hecho consistir la esencia de la poesia en la imitacion; pero esto es una cosa muy general y que no la define, pues conviende tambien á otras artes que imitan igualmente que la poesia.

La definicion mas exacta que nos parece se podrá dar de la poesia es, el lenguaje de la pasion ó de la imaginacion animada, formado por lo comun en números regulares. La llamamos lenguaje de la pasion ó de la imaginacion, porque del mismo modo que el orador, el historiador y el filósofo laudan principalmente al entendimiento, esta á la imaginacion y á las pasiones; el fin directo de aquellos es informar, instruir ó persuadir, pero el principal objeto que se propone la poesia es agrador y conmover, aunque secundaria ó indirectamente puede y debe tener la mira de instruir y corregir. Se supone el ánimo del poeta avivado por algun objeto interesante, que enciende su imaginacion ó empeña su corazon, y que de consiguiente comunica á su estilo una elevacion proporcionada á sus ideas, y muy diferente de aquel modo de expresion que es natural al hombre en el estado ordinario de su alma. Añadimos que es formado por lo comun este lenguaje en números regulares, por no detenernos ni decidimos enteramente sobre una cuestion poco interesante, pero muy batida entre los críticos, de si es ó no la versifica-

cion de esencia de la poesía, y si hay ó no límites entre una prosa numerosa y una versificación desaliñada. Es cierto que hay obras en prosa que poseen los principales constitutivos de la poesía, (que son la invención artificiosa y agradable, y el lenguaje apasionado y en cierto modo numeroso, como el *Télemaco* de Fenelon, las *Elegías sobre la guerra de Ménesia*, de Barthelemy, y otros muchos rasgos épicos y aun diamáticos; pero nosotros, siguiendo la opinion mas comun, pondremos la versificación, ya que no por su principal constitutivo, por una propiedad de la poesía, que la caracteriza y distingue de las composiciones prosaicas.

El origen de la poesía, así como el de todas las ciencias y artes, se le atribuyen á sí los griegos, y ponen por los primeros poetas á Orfeo, Lineo y Museo, porque acaso fueron estos los primeros que se distinguieron en la Grecia; pero es muy cierta que hubo poesía mucho antes que hubiese noticia de tales hombres, y entre gentes donde jamás fueron conocidos. No se debe imaginar que la poesía y la música son artes que pertenecen solo á las naciones civilizadas; ellas tienen su fundamento en la misma naturaleza del hombre, y pertenecen á todas las naciones y á todas las edades; bien que, semejantes á las demás artes que tienen el mismo fundamento, han sido mas cultivadas, y por un conjunto de circunstancias favorables, llevadas á mas perfeccion en unos países que en otros. Para hallar el origen de la poesía hemos de recurrir á los desiertos y los bosques; debemos volver á la edad de los cazadores y los pescadores, y en fin, al estado mas sencillo de la naturaleza humana.

Es comun opinion y voto unánime de toda la antigüedad que la poesía es mas antigua que la prosa. No se debe entender por esto que los primeros hombres en sociedad conversasen entre sí en números poéticos; antes bien se debe imaginar que las primeras familias se comunicarian en prosa la mas humilde y escasa las necesidades y menesteres de la vida; pero las primeras composiciones que se transmitieron á la posteridad, ya por medio de la memoria, ya por la escritura, despues que esta se inventó, se cree fueron en verso. Desde el principio de las sociedades es natural que hubiese ocasiones en que se congregasen los hombres para fiestas, sacrificios, juntas populares; y en ellas, es bien sabido que la música, el canto y la danza eran su principal divertimento. En la América principalmente es donde hemos tenido lugar de conocer al hombre en su estado salvaje, y por las relaciones de todos los viajeros sabemos que entre todas las naciones de aquel vasto continente, la música y el canto enluden en gran manera su entusiasmo y reinan en todos sus congresos.

Así, los primeros rudimentos de las composiciones poéticas se encuentran en aquellas toscas efusiones que el entusiasmo de la fantasía ó de las pasiones sugeria á los hombres rudos, excitados por acaecimientos interesantes ó por su reunion en las concurrencias públicas. Dos particularidades distinguirian desde luego este lenguaje del canto de aquel en que conversaban en su trato ordinario, á saber: una desusada coordinacion de las palabras y el uso del lenguaje figurado. Ellos invertirian las palabras, ó de aquel orden regular en que

las colocaban en su trato ordinario, las harian pasar á aquel que mas convenia á la pasion del que hablaba ó á la cadencia que requeria aquel canto. Bajo el poderoso influjo de una pasion fuerte ó de una comocion vehemente, los objetos no parecen aquello que son en realidad, sino lo que los hace parecer la pasion. Se engrandece, se exagera, se comparan las cosas menores con las mayores, se habla á los ausentes como si estuvieran presentes, y aun se dirige el discurso á las cosas ausinimadas. De aquí, en conformidad con los movimientos del ánimo, nacen aquellos giros de expresion, que distinguimos ahora con los doctos nombres de hipérbole, prosopopeya, simil, etc.; pero que no son otra cosa que el lenguaje nativo de la poesía entre las naciones mas bárbaras.

Esta especie de composicion poética no se ha de creer propia ó característica de ciertas naciones ó países, sino de cierta edad ó de aquel periodo que dió el primer origen á la música y á la poesía en todas las naciones. Comunes son á todas los motivos ó ocasiones de estas composiciones, como las alabanzas de los dioses y de los héroes, la celebridad de sus ascendientes, la relacion de las hazañas marciales, los cantos de victoria, y las querellas por los infortunios y la muerte de sus compatriotas; y el mismo calor y entusiasmo, la misma composicion tosca, pero animada; el mismo estilo conciso y relumbante, y unas figuras igualmente extraordinarias que alrevidas, son los rasgos que distinguen y caracterizan las poesias antiguas y originales.

Pero la diversidad del clima y de la manera de vivir debió sin duda haber ocasionado alguna diferencia en el carácter de la primera poesia de las naciones, segun que estos fueron mas feroces ó mas humanas, y segun que adelantaron mas ó menos lentamente en las artes de la civilizaciun. Así vemos que todos los fragmentos de la antigua poesia goda son señaladamente feroces y no respiran sino sangre y carnicería, mientras que desde los tiempos mas remotos las canciones orientales giraban sobre asuntos mas blandos y tiernos. Entre los griegos parece que las poesias recibieron pronto un tono filosófico, segun estamos informados de los asuntos de los tres antiguos poetas Orfeo, Lineo y Museo. Estos trataron de la creacion y del caos, de la generacion del mundo y del origen de las cosas. Pero sabemos al mismo tiempo que los griegos se inclinaron mas pronto á la filosofía, y dieron en ella pasos mas largos que la mayor parte de las demás naciones en todas las artes.

En la infancia de la poesía todas sus diferentes especies estaban confundidas y mezcladas en la misma composicion, segun que el entusiasmo, la inclinacion ó la casualidad dirigian la vena del poeta. Con los progresos de la sociedad y de las artes comenzaron á tomar aquella regularidad de formas diferentes y á distinguirse por aquellos nombres diversos con que ahora las conocemos. Pero en el primer estado grosero de las efusiones poéticas, podemos fácilmente discernir las semillas y los principios de todas las especies de poesia regular; himnos y odas de todas clases serian naturalmente las primeras composiciones, segun que los sentimientos

religiosos, el amor, el resentimiento, el júbilo ó algun otro afecto vehementemente movian á los poetas á derramar en cánticos sus conceptos. La poesía elegíaca ó lastimera naceria naturalmente de las querellas por la muerte de sus parientes y amigos. La narracion de las hazañas de los héroes y ascendientes dió origen á la poesía épica; y como, no contentos con recitar ó cantar sencillamente estas hazañas, se verian sin duda inducidos á representarlas en algunas de sus concurrencias públicas, introduciendo diferentes personajes, que hablaban en el carácter de sus héroes, y se respondian unos á otros, hallamos en esto los primeros bosquejos de la tragedia ó poesía dramática.

Ninguna de estas especies de poesia se distinguió como quiera en los primeros tiempos de la sociedad, ni tuvo la separacion propia que hacemos ahora entre ellas. Al principio fueron una misma cosa la historia, la elocuencia y la poesia. Conviene que necesitaba mover ó persuadir, instruir ó deleitar á sus compatriotas y amigos, fuese cual fué el asunto, acompañaba sus sentimientos y narraciones con la melodia del canto. Esto fué lo que sucedió en aquel periodo de la sociedad en el que se reunian en una sola persona el carácter y las ocupaciones de labrador, de arquitecto, de guerrero y de político.

Cuando, con los progresos de la sociedad é invencion de la escritura, se fué haciendo separacion entre los negocios de la vida civil, se fué reflexionando sobre lo que era real y fabuloso, y se comenzaron á poner en custodia las apuntaciones de los hechos pasados y aquellos discursos que interesaban al entendimiento; se fué tambien haciendo por grados la separacion de las diferentes ocupaciones literarias. El historiador abandonó los arreos de la poesia, escribió en prosa, y emprendió dar una fiel y juiciosa relacion de los acontecimientos anteriores. El filósofo se dirigió principalmente al entendimiento; el orador trató de persuadir con raciocinios, y retuvo mas ó menos el estilo antiguo, apasionado y relumbrante, segun que era mas ó menos conducente á sus designios. La poesia vino á hacerse de este modo un arte separado, dirigido principalmente á agradar, y ceñido por lo general á aquellos asuntos que se referian de cerca á la imaginacion y á las pasiones.

La poesia en su antigua condicion original debió de ser mas vigorosa que en su estado moderno. Entonces rebosaba todo el ardor del corazon del hombre, y este ponía en ejercicio toda su imaginacion y todas sus potencias. Impelido el poeta, inspirado por objetos que le parecian grandes, por acontecimientos que interesaban á su patria ó á sus amigos, se levantaba y cantaba. Cantaba á la verdad en un tono desordenado y toscó; pero sus canciones eran las efusiones espontáneas de su corazon, los ardientes conceptos de admiracion y reconocimiento, de dolor ó amistad. Cuando la poesia llegó ya á ser un arte regular, y se cultivó por ganar reputacion ó interés, los autores comenzaron á afectar lo que no sentian; componiendo á sangre fria en sus gabinetes, se esforzaron á imitar las pasiones, mas bien que á expresarlas, y trataron de violentar su imaginacion, fingiendo arrebatos que no experimentaban, ó de suplir la falta de calor nativo con atavíos artificiales,

que podian dar á la composicion un exterior espléndido.

La separacion entre la poesia y la música produjo efectos nada favorables en algunos respectos á la poesia, y acaso tambien á la música. La de aquellos primeros periodos fué sin duda muy sencilla, y del mismo modo los instrumentos con que acompañaban á la voz y realizaban la melodia del canto. Oíase siempre la voz del poeta, y tenemos varios fundamentos para creer que entre los antiguos griegos, igualmente que entre otras naciones, el poeta cantaba sus versos y tocaba al mismo tiempo su arpa ó su lira. En este estado fué cuando la música obró aquellos efectos prodigiosos que leemos en las historias antiguas, y que dieron origen á portentosas fábulas, como las de Orfeo y Arion. Parece cierto que solo de la música, acompañada del verso ó del canto, debemos esperar aquella fuerte expresion y aquel poderoso influjo sobre el corazon del hombre.

Aun conserva, sin embargo, la poesia algunas reliquias de su primera y original conexion con la música. Para ser expresada en canto se dispuso en números ó en una coordinacion artificial de palabras y sílabas. Esta calidad característica, que hoy conserva y llamamos versificacion, la trataremos ahora.

Las naciones cuyo lenguaje y pronunciacion eran musicales, cimentaron su versificacion principalmente en las cantidades; esto es, en la longitud ó brevedad de las sílabas. Otras, que no hacian percibir tan distintamente en la pronunciacion la cantidad de las sílabas, fundaron la melodia de sus versos en el número de sílabas que contenian, en la disposicion propia de los acentos y de las pausas, y frecuentemente en aquella repeticion de sonidos correspondientes, que llamamos rima. Sucedió lo primero entre los griegos y romanos; lo último es lo que sucede entre nosotros y entre las mas de las naciones modernas. Entre los griegos y romanos cada sílaba tenia conocidamente una cantidad fija y determinada, y su manera de pronunciarla hacia á esta tan sensible al oído, que una sílaba larga era computada precisamente por igual en tiempo á dos breves. Pero el genio de nuestra lengua no corresponde en esta parte al de la griega y latina. Es cierto que miramos de algun modo en la pronunciacion á la cantidad de las sílabas; pero es tan corta la diferencia que hacemos de las largas y breves, son tantas las que no tienen cantidad fija, como en las palabras monosílabas y algunas bisílabas, y tan grande la libertad que nos tomamos de alargar las sílabas breves, y al contrario, segun mas nos acomoda, que la cantidad sola es muy poca cosa en la versificacion castellana. La única diferencia perceptible entre nosotros es la de pronunciar algunas sílabas con aquella presion mas fuerte de voz que llamamos acento. Este acento, sin hacer siempre mas larga la sílaba, la da un sonido mas fuerte, y la melodia del verso entre nosotros depende infinitamente mas de cierto orden y sucesion de sílabas acentuadas que de ser estas largas ó breves.

Nuestro verso endecasílabo ó heroico es compuesto de una sucesion alternativa de sílabas, no breves y largas, sino acentuadas y no acentuadas. Quanto al lugar de los acentos, tenemos alguna libertad por amor de la

variedad. Las mas veces comienza el verso con una sílaba no acentuada, y algunas en el curso de él van seguidas dos y aun tres sílabas no acentuadas; pero en general en cada verso hay cuatro ó cinco sílabas acentuadas, y cuantos mas acentos lleva, suele ser mas corriente y numeroso. El número de las sílabas es once, á no ser que el verso concluya en sílaba aguda ó acentuada, la cual allí tiene el valor de dos, ó que por una concurrencia de vocales se haga alguna sínéresis, ó enmudezcan algunas sílabas líquidas en la pronunciación; de suerte que si atendemos solo á su efecto en el oído, nunca bajan ni suben de once. La sílaba última no deberá ser acentuada, por convenir poco á la armonía; pero convendrá siempre que lo sea la penúltima, y nunca la antepenúltima, porque la precipitación á que arrastra el estrépito no se adapta bien á nuestra gravedad y mesura.

Otra circunstancia esencial en la estructura del verso es la pausa de cesura. Casi todas las naciones dan al verso una pausa de esta especie, dictada por la melodía. En el verso heroico francés es muy perceptible, por tenerla constantemente en el medio, dividiéndole así en dos hemistiquios iguales. Lo propio se advierte en nuestros antiguos poetas, hasta la época de Boscan y Garcilaso. Aquellos versos parados de catorce y de diez y seis sílabas del monje Berceo, y los de Juan de Mena y sus coetáneos, de doce, observan siempre la regla de dar la pausa ó cesura en el medio, incurriendo, por lo mismo, en la ingrata monotonía que hoy notan todos en los heroicos franceses, que son tambien de doce sílabas. Pero la versificación actual castellana, ora sea adoptada por Boscan, Garcilaso y Mendoza de la italiana, ora conocida antes y mejorada por estos, lleva en este punto mucha ventaja á la nuestra antigua y á la francesa moderna. Aquella facilidad y licencia de colocar esta cesura en cuatro sílabas diferentes, variándola arbitrariamente y segun lo exige el sentimiento, dan á nuestros endecasílabos mucha melodía y fuerza.

Esta cesura ó pausa puede caer despues de la cuarta, de la quinta, de la sexta y de la séptima sílabas. Cuando cae despues de la cuarta ó de la quinta, se da mucha viveza á la melodía y se anima en gran manera el verso, como en estos de Cienfuegos:

Pluguiera al cielo
Que de Jaen | en la sangrienta arena
La paz gozase | del eterno sueño.

Cuando la cesura cae despues de la sexta ó séptima sílaba, se da peso y majestad al tono, y el verso camina con mas lentitud y con pasos mas medrados, como en estos de Garcilaso:

Divina Elisa, ¡ pues agora el cielo
Con inmortales piés | pisa y mides,
Y su mudanza ves | estando queda,
¿ Por qué de mí te olvidas, ¡ y no pides
Que se apresure el tiempo | en que este velo
Rompa del cuerpo, ¡ y verme libre pueda?

Pero siempre convendrá variar esta cesura; pues de este modo se huye la monotonía, se varia la melodía del verso, y se diversifican su aire y cadencia, como se nota en estos de Meléndez:

¡ Adónde, ingrato, ¡ desde la ancha vega
Del claro Tórmes, ¡ que con onda pura
De Otea el valle | fertiliza y riega,
Dejando ya | á los tímidos pastores
El humilde rabel, ¡ canta alrevido
La gloria de las artes, ¡ sus primores,
Y de la patria | el nombre esclarecido!

Donde se ve la ventaja que llevan en melodía los cuatro últimos á los tres primeros, por tener aquellos variada la cesura, y estos todos despues de la quinta sílaba.

Convendrá tambien que el sentido acompañe en cuanto sea posible el orden de las cesuras; esto es, que la pausa dictada por la misma construcción del verso coincida con la que pide el sentido, ó que á lo menos no le violente ni le interrumpa. Por esta razon, cuando hay alguna oposicion entre la melodía formada por las pausas y el sentido de los versos, se deben leer estos segun lo dicta el sentido, sin hacer alto en la cesura; porque, aunque esto haga perder al verso parte de su gracia, no destruye enteramente el sonido.

El verso suelto ó no rimado tiene muchas ventajas, y es en realidad una especie de versificación noble, grandiosa y desembarazada. El defecto principal de la rima es la precision en que pone al compositor de cercar el sentido al fin de cada estancia, á mas de la sujecion del consonante. El verso suelto no tiene este embarazo, y permite que los versos monten unos á otros con la misma libertad que los latinos. Aun por esto cuadra tan bien en los asuntos que por su dignidad y vehemencia piden números mas libres y robustos que los que permite la rima. La violenta y metódica regularidad de esta destruye mucha parte del sublime y patético, y por lo mismo, se debe juzgar menos á propósito para la epopeya y la tragedia que el verso suelto, á pesar de algunos trozos que tenemos de esta clase de una versificación algo corriente y numerosa.

No obstante, asentará bien la rima en las composiciones cuyos sentimientos no son muy veladamente y cuyo estilo no exige la mayor sublimidad, tales como las églogas, elegías, epístolas, sátiras, etc. A estas les da aquel grado de elevacion que les es propio, y sin otro auxilio, distingue fácilmente su estilo del de la prosa.

Pero donde campea mas nuestra versificación es en los géneros cortos. Hemos adoptado el verso de ocho sílabas para la prodigiosa variedad de romances, ya heroicos, ya amorosos, ya jocosos, ya burlescos; y en estos hemos empleado una media rima que nos es peculiar, esto es, el asonante. Este, sin atar tanto al poeta, da á la composicion una sonoridad sencilla, que acompaña naturalmente á la expresion ingenua y nativa del sentimiento. Este verso ocusilabo y asonantado es el que generalmente se emplea en la comedia; pues el diálogo no debe de ser en redondillas, liras, sonetos ni décimas, que son de un mecanismo trabajoso y muy ajeno del estilo de la conversacion.

Para el género anacreontico hemos adoptado el verso de siete sílabas, que es casi idélico con el de Anacreonte; y aun en el mismo género hemos empleado el de seis sílabas, que se acomoda tambien á las endechas y á las letrillas. Las arietas, que hemos imitado de

los italianos modernos, quieren tambien este género de verso corto, bien sea de ocho, siete, seis y aun cinco sílabas, con la particularidad solamente de haberse de rimar una copla en final aguda.

Finalmente, para concluir lo que pertenece á la versificación, observaremos: 1.º Que así los endecasílabos como los versos cortos se deben terminar las menos veces que sea posible en adjetivos, porque, entre otras razones, el sentido de una cláusula no reposa tan bien en un adjetivo como en un sustantivo; y se tiene averiguado que los mejores poetas pusieron en esto particular esmero. 2.º Se debe cuidar mucho de que no vayan seguidos dos ó mas versos asonantados ó que tengan consonantes poco diferentes, por el mal efecto que hacen en el oído. 3.º Por la misma razon se debe evitar en un mismo verso la concurrencia de dos ó mas vocablos asonantados, y mucho mas consonantados, porque su inmediatecion los hace monótonos y destruye la melodía. Hablando de la armonía del lenguaje hemos dicho acerca de ella lo conveniente, lo que es aun mas aplicable al asunto de que tratamos; porque de suyo exige mayor sonoridad, y de consiguiente, se resiste muchas veces á los hiatos que resultan de las diéresis, á la atropellada ó sorda pronunciación que producen las sínéresis, y á veces tambien á las sinalefas. 4.º Finalmente, se debe siempre poner el mayor cuidado en la fluidez y sonoridad del verso; pero con especialidad en dos géneros de composiciones: en el poema épico, cuyo interés se debilitaria mucho sin este auxilio, y en la poesia lirica, por requerir esta, como destinada al canto, la mas subida y delicada armonía imitativa; y lo propio convendrá en todas aquellas poesías cortas en que se describe un pensamiento delicado, y cuyo mérito dependa por la mayor parte de la felicidad de la expresion.

POESÍA PASTORAL.

Finalizadas las observaciones sobre el origen y progresos de la poesia y las principales reglas de la versificación castellana, vamos á tratar ahora de las diferentes especies de composiciones en que esta se emplea, comenzando por la poesia pastoral, no por ser esta la mas antigua, como algunos pensaron con poco fundamento, sino por ser la mas simple y de menos vehemencia en los afectos.

La materia de esta poesia es la vida pacífica, inocente y deliciosa que se imagina en los primeros hombres, cuyo ejercicio fué por la mayor parte pastoril.

Cuando, ya formadas las sociedades, reunidos los hombres en ciudades populosas, y hechas las distinciones de clases y estados, se hicieron conocer el bullicio y tedios de las cortes, y la doblez y mala fe de sus habitantes, entonces fué cuando algunos volvieron los ojos con placer á la vida, mas sencilla é inocente, que habian ó imaginaban haber llevado sus antepasados; entonces fué cuando, figurándose en aquellas escenas campestres y ocupaciones pastoriles un grado de felicidad superior á la que ellos disfrutaban en su estado, concibieron la idea de celebrarla en la poesia. Teócritó escribió las primeras pastorales de que tenemos noticia, en la corte del rey Tolomeo, y Virgilio le

imitó en la de Augusto. En ellas recuerdan á la imaginación aquellas escenas, aquellas vistas risueñas de la naturaleza, que son las delicias de nuestra infancia y juventud, y á las cuales volvemos con gusto la vista en edad mas avanzada. No hay asunto mas hermoso y á propósito para la poesia. La naturaleza presenta á manos llenas en el campo objetos para las descripciones mas delicadas y halagüeñas. Parece que corren de suyo á ponerse en números poéticos los arroyos y las montañas, los prados y los oteros, los rebaños y los árboles, y los pastores exentos de cuidados.

Para estas composiciones no se ha de considerar la vida pastoril en el estado que tiene al presente, cuando el pastor se halla reducido á un estado bajo, servil y laborioso; cuando sus ocupaciones han llegado á hacerse desagradables y groseras, y ruinas sus ideas; sino como podemos suponer que fué alguna vez, cuando era una vida de comoluidad y abundancia, porque las riquezas de los hombres consistian principalmente en ganados, y el pastor, aunque no refinado en su estilo y maneras, era respetable en su estado, y de costumbres sencillas é inocentes. De este modo la pintaron los referidos poetas, y lo debe hacer cualquiera que se emplee en composiciones de este género, ya sean élogos, idilios y aun dramas; y pintaron, digo, la sencillez é inocencia de la vida del campo, sin mencionar su groseria y miserias. Pueden atribuírsele á la verdad inquietudes y desgracias, porque seria violentar la naturaleza suponer exenta de ellas ninguna condicion de la vida humana; pero han de ser estas de tal naturaleza, que no presenten á la fantasía cosas que puedan disgustarnos de la vida pastoril. Puede afligirse el pastor de hallarse mal correspondido en sus honestos amores, de la pérdida de un corderillo á quien amaba y acariciaba, ó con otros sentimientos que manifiesten igualmente su sencillez é inocencia. Mas para hacer recomendable este estado, basta que no tenga otros males que llorar. Finalmente debe el poeta presentarnos la vida pastoril algo hermozeada, ó vista á lo menos por el lado mas bello. Debe hermozear la naturaleza, pero cuidando de no desfigurarla; pintando con los colores mas agradables aquellos objetos halagüeños que algunas veces encantan á nuestra vista é imaginación, como los prados amenos y floridos, los bosques sombríos y deliciosos, las fuentes y arroyos cristalinos, los venticillos suaves, y el dulce canto de los pajarillos, etc., cuidando siempre de variar las escenas, por ser esta una circunstancia que se debe observar en todo género de composiciones poéticas.

POESÍA LÍRICA.

El carácter peculiar de la oda ó poesia lirica le viene de su destino á ser cantada y acompañada con la música. El nombre mismo envuelve esta idea, pues oda en griego es lo mismo que canto ó himno en nuestro idioma; y aunque todos los demás géneros de poesia tuvieron en su principio el mismo destino, este solo retuvo el nombre. En la oda retiene, por tanto, la poesia su primera y mas antigua forma; esto es, aquella en que los poetas antiguos expresaban los conceptos, hijos de su entusiasmo, alababan á sus dioses y á

sus héroes, y se lamentaban de sus infortunios. Ningun asunto le viene á ser ajeno; pero los de sentimiento le son sin duda mas propios. Por lo mismo comprenderemos este género de poesia bajo cuatro denominaciones:

1.^a Odas sagradas, himnos dirigidos á Dios ó sobre asuntos religiosos. De esta naturaleza son los salmos de David, que nos muestran esta especie de poesia lirica en el punto de su perfeccion. 2.^a Odas heróicas, empleadas en las alabanzas de los héroes y en la celebracion de las hazanas marciales y de las acciones. De esta especie son todas las de Píndaro y algunas de las de Horacio. Estas dos especies deben tener por carácter dominante la sublimidad y elevacion. 3.^a Odas filosóficas y morales, donde los sentimientos son principalmente inspirados por la virtud, la amistad y la humanidad. De esta especie son muchas de las de Horacio y otros, y aqui es donde la oda ocupa aquella region media que antes hemos dicho. 4.^a Odas festivas y amorosas, destinadas meramente al placer y entretenimiento. De esta naturaleza son todas las de Anacreonte, algunas de las de Horacio, y muchos cantos y composiciones de los modernos. El carácter dominante de estas debe ser la elegancia, la alegria, la blandura y la jovialidad.

En todas ellas debe haber siempre un asunto, y este debe tener partes, pero tan conexas, que resulte de su union un todo perfecto. Aun las transiciones de un pensamiento ó de un afecto á otro deben ser tan delicadas y suaves, que se eche de ver al instante alguna conexcion, que haga natural y nada violento este paso.

POESIA DIDÁCTICA.

Como el fin último de la poesia y de toda composicion consiste en hacer alguna impresion útil en el ánimo, todas ellas se dirigen á él, aunque las mas por medios indirectos, como la fábula, la narracion y la descripcion de caracteres; pero la poesia didáctica declara abiertamente su intencion de instruir y de dar conocimientos útiles. Por tanto, solo se diferencia en la forma, y no en la esencia y fin, de un tratado en prosa, filosófico, moral ó crítico.

En toda obra didáctica se requieren esencialmente método y orden, aun mas que en cualquiera otra especie de poesia. Tambien hay en esta mas libertad para los episodios y adornos, por el riesgo de hacerse tediosa una instruccion nada interrumpida, mayormente en la poesia, donde tanto se busca la diversion. Pero los episodios deben estar enlazados con el asunto; y en esto se admiran el arte y la felicidad con que los introducen Virgilio en sus *Geórgicas* y Lucrecio en los seis libros de la *naturaleza de las cosas*. Deben pues tales episodios no ser extraños de la propia materia que se trata, ni de una extension desproporcionada, y el estilo que les compete, tanto á ellos, como al total de la composicion; deberá ser por lo general un medio entre el llano y el sublime.

POESIA DE LOS HEBREOS.

Aunque la antigua poesia de los hebreos ó de las Escrituras Sagradas no constituye una especie diversa de

las que hasta aqui hemos tratado; por contener los rasgos mas sublimes que se leen de esta facultad, examinaremos sus diferentes géneros y los caracteres distintivos de algunos de los principales escritores.

Los géneros poéticos que vemos en la Escritura son principalmente el didáctico, el elegiaco, el pastoral y el lirico. De la poesia didáctica, el ejemplo principal es el libro de los *Proverbios*. Sus nueve primeros capitulos son muy poéticos, escritos con mucha gracia y distinguidas figuras de expresion; el libro del *Eclesiástico* es tambien de este género, y lo son del mismo modo algunos de los salmos de David.

En la Escritura hallamos bellísimos ejemplos de la poesia elegiaca, como las lamentaciones de David sobre su amigo Jonatás, varios pasajes de los profetas, y algunos salmos que respiran tristeza y afliccion. Pero la composicion elegiaca mas regular y perfecta de la Escritura, y acaso de todo el mundo, es el libro intitulado *Las lamentaciones de Jeremias*.

Los cánticos de Salomon nos presentan el mejor ejemplo de la poesia pastoral; su forma es dramática ó un diálogo continuo entre personas del carácter de pastores, y consiguientemente, están sembrados del principio al fin de imágenes rurales y pastoriles.

El Viejo Testamento está lleno todo de poesia lirica, ó que al parecer iba acompañada de música. Fuera de infinitos himnos y cánticos, esparcidos por los libros historiales y proféticos, como el cántico de Moisés, el de Débora y otros muchos, todo el libro de los salmos se ha de considerar como una coleccion de odas sagradas. En ellos encontraremos la oda en sus varias formas y con todo el fuego y el sublime de la poesia lirica, á veces vivo, alegre, triunfante; á veces grave y magnifico, y á veces lierno y blando. Por estos ejemplos se ve que en la Escritura Sagrada hay dechados perfectos de varios de los principales géneros poéticos.

POESIA ÉPICA.

Es ya universalmente reconocido que el poema épico es el mas noble de todos. Su definicion se puede reducir á la relacion de alguna empresa esclarecida, hecha en forma poética. Es constante tambien que es el de mas difícil ejecucion, segun la idea que dan de él todos los autores, porque debe ser una historia que agrade el interés á todos los lectores, uniendo al mismo tiempo la diversion, la instruccion y la importancia; que esté llena de incidentes oportunos, animada con la variedad de caracteres y descripciones, y que se conserve en toda aquella propiedad de sentimientos y aquella elevacion de estilo que requiere un poema de la mayor nobleza.

Pretenden algunos que el poema épico, por su esencia, debe ser una alegoria ó fábula, fabricada para ilustrar alguna verdad moral; y aun por lo mismo descartan de esta clase á la *Farsalia* de Lucano y otros poemas que tratan materia puramente histórica. Pero los mayores críticos están por la opinion contraria, y solo pretenden que el hecho que refiere este poema esté adornado de tales circunstancias, ya verdaderas, ya fingidas, que interese y suspenda el ánimo de los lectores. El fin que se propone el poema de esta clase es

extender ideas acerca de la perfeccion humana y excitar la admiracion. Esto solo puede conseguirse por una representacion propia de acciones heróicas y de caracteres virtuosos; porque los hombres están por naturaleza propensos á admirar las acciones grandes, y por eso los poemas épicos son por precision favorables á la causa de la virtud. En el discurso de estas composiciones se deben presentar con los colores mas vivos y espléndidos el valor, la verdad, la justicia, la fidelidad, la amistad, la compasion y la magnanimidad. Con esto se empuñan nuestros afectos en favor de los personajes virtuosos; nos interesamos en sus designios y en sus afectos; se despiertan las afecciones generosas y patrióticas; se purga el ánimo de las inclinaciones sensuales y bajas, y se acostumbra á tomar parte en las empresas grandes y heróicas.

El tono y el espíritu general de toda composicion épica la distinguen bien de las otras especies de poesia. En la pastoral la idea dominante es la inocencia y tranquilidad. La compasion es el objeto principal en la tragedia, el ridiculo es el campo de la comedia; pero el carácter que prevalece en la epopeya es la admiracion que excitán las acciones heróicas. Requiere mas que otra especie una dignidad grave, igual y sostenida; y aunque es composicion mas calmada que la tragedia, admite tambien el patético y aun el sublime, pero no son estos sus caracteres generales.

La accion del poema épico debe tener tres propiedades: debe ser una, grande ó interesante. Debe ser una, esto es, que comprenda esta composicion una sola accion principal, y que esta se eche de ver por todo el curso de ella, pues cuanto mas sensible sea á la imaginacion esta unidad, tanto mayor será el efecto del poema; pero no se ha de entender esta unidad de forma que excluya los episodios ó acciones subordinadas. Una composicion épica puede contener algunos episodios, que, bien manejados, adornarán mucho el total de ella; pero para que produzcan este efecto se observarán las reglas siguientes: primera, que estén introducidos naturalmente, teniendo bastante conexon con el asunto del poema, y que sean siempre inferiores á él en grandeza y circunstancias; segunda, que pongan á la vista objetos diferentes, en especial de los que anteceden y siguen en el curso del poema, porque los episodios se introducen principalmente en las composiciones épicas por amor de la variedad; tercera, que siendo de suyo el episodio un adorno, se ha de procurar en él una elegancia particular, y que esté bien acabado, como en efecto vemos que se han esmerado en ello los mejores poetas épicos. Como la unidad de la accion épica supone por necesidad que esta ha de ser entera y completa, debé tener por lo mismo su principio, su medio y su fin, ya sea refiriéndose toda, ya sea introduciendo alguno de sus autores, que dé cuenta de lo que ha pasado antes de abrir el poema; de forma que el poeta debe darnos siempre cabal noticia de todo el asunto, ha de satisfacer completamente nuestra curiosidad, y nos ha de llevar al punto preciso en que concluye su plan y cierra el poema.

La segunda propiedad de la accion épica es que sea grande; es á saber, que tenga el esplendor y la impor-

tancia suficiente, ya para fijar nuestra atencion, ya para justificar el magnífico aparato de que se ha valido el poeta. Este requisito es tan evidente, que no necesita de ilustracion, y se ve que todos los poetas épicos han escogido asuntos de importancia, ó por la naturaleza de la accion ó por la fama de los personajes interesados en ella.

A la grandeza del asunto épico contribuye que no sea de una data reciente, y que no esté comprendido en un periodo de la historia con el cual estamos intimamente familiarizados. La antigüedad es favorable á aquellas ideas elevadas y augustas que debe excitar la poesia épica, contribuye á engrandecer en nuestra imaginacion tanto las personas como los acontecimientos, y concede al poeta la libertad de adornar su asunto por medio de la ficcion; pero, en entrando en la esfera de la historia real y auténtica, se coarta mucho esta libertad, porque entonces es preciso que el poeta se ciña rigurosamente á la verdad, á expensas de la riqueza de la poesia.

La tercera propiedad del poema épico es que sea interesante. Para esto no basta que su accion sea grande; porque hay hazañas que, por heróicas que sean, no dejarán de aparecer en el poema frias y cansadas. Es necesario pues que el asunto que se elige interese por su naturaleza al público, escogiendo por héroe á uno que es el fundador, el libertador ó el favorito de alguna nacion, ó escribiendo hazañas de gran celebridad ó trascendentales á la causa pública.

Pero la principal circunstancia que hace interesante un poema épico es la artificiosa conducta del autor en el manejo del asunto. Debe disponer de tal manera su plan, que abrace muchos incidentes. No siempre ha de presentar á los lectores hazañas heróicas, porque se cansarian de estar viendo perennemente encuentros y batallas; debe pues mezclar con lo grave y majestuoso lo tierno y patético, y entre las escenas heróicas, presentar tambien algunas delicadas y placenteras. De estas debe preferir aquellas situaciones que mas despiertan los sentimientos de la humanidad, y estarán sin duda en ellas los pasajes mas interesantes de la obra, como se ve en Virgilio y Tasso.

El carácter de los héroes que presenta en su poema hace tambien en gran parte el interés de él. Todos estos deben ser tales, especialmente el que preside ó es el objeto del poema, que interesen fuertemente al lector y le hagan tomar parte en los peligros que arrostran. Estos peligros ó obstáculos forman el nudo ó el enredo del poema, y el artificio y belleza de él consiste por la mayor parte en su juiciosa conducta. Aquí se excita la atencion del lector á vista de las dificultades que le hacen temer se malogre la empresa de sus personajes favoritos, y debe ir subiendo de punto y tomando por grados mas cuerpo, hasta que; habiendo tenido por algun tiempo al lector en agitacion y confusion, se van superando estas dificultades y riesgos, se va allanando el camino por una preparacion propia de los incidentes, y desenredando el nudo de una manera natural y probable.

El éxito de la accion épica quieren los mas de los críticos que sea siempre feliz, porque un remate des-

dichado en un poema épico abate el ánimo y se opone á la elevacion de commociones que pertenecen á esta especie de poesia. El terror y la compasion son asuntos propios de la tragedia, y del poema épico la elevacion de ánimo y admiracion de lo heroico; y así, el éxito infeliz es mas propio de aquella que de este; no obstante, hay algunos poemas de mucho nombre que le tienen infeliz, como *La Farsalia*, de Lucano, en la ruina de la libertad romana, y *El Paraiso perdido*, de Milton, en la expulsion del hombre de este sitio feliz.

La introduccion en seres sobrenaturales, como ángeles buenos y malos, encantadores y nigrománticos, fué adoptada por los mas de los poetas épicos, antiguos y modernos, y en ella fundaban gran parte del interés del poema; es á lo que llamaron máquias, y en que pusieron particular esmero; pero, aunque absolutamente hoy no se prohibe, parece menos á propósito para interesar en un tiempo en que ya no se creen semejantes patrañas ni aun pan el ínfimo vulgo, y se puede suplir ventajosamente con la commocion de los afectos y vehemencia de las pasiones, en que se deberá poner el mayor conato.

POESIA DRAMÁTICA.

Poesía dramática es aquella en que, escondiéndose el poeta, habla solo en voz de aquellos personajes que introduce para representar una accion. Sus principales especies son la comedia y la tragedia, segun los incidentes de la vida humana sobre que estriba, ya ligeros y festivos, que constituyen la primera; ya graves y patéticos, que dan materia á la segunda. Pero, como los asuntos grandes y serios dominan mas la atencion que los pequeños y burlescos; como la caída de un héroe interesa mas al público que el casamiento de un particular, se ha mirado siempre la tragedia como composicion mas noble que la comedia; aquella estriba en las grandes pasiones, las virtudes, los crímenes y los trabajos de los hombres; esta, en sus extravagancias, locuras y caprichos. El terror y la compasion son los instrumentos principales de la primera; el ridiculo es el único de la segunda; por tanto, tratémosla primeramente y con mayor extension de la tragedia.

Tragedia.

La tragedia se puede definir una representacion de un hecho grande, acaecido á personas de alta esfera, que se dirige á purgar nuestras pasiones por medio de la compasion y el terror. De esta definicion se deduce que en la accion trágica han de intervenir necesariamente riesgos, desdichas y grandes mutaciones de fortuna, que aterran y muevan la compasion de los espectadores. Algunos pretenden que el éxito de esta accion haya de ser precisamente infeliz; pero los mas de los críticos llevan que no es absolutamente necesario, y que bastará que el héroe ó personaje principal su vea en grandes peligros y persecuciones, que conmuevan fuertemente nuestros ánimos y nos interesen á favor de la virtud oprimida. Para esto se ve bien que este personaje se debe delinear con los rasgos mas brillantes de honradez, nobleza y virtud. Así se conseguirán todos los fines morales de la tragedia, interesándonos

á favor del virtuoso afligido, moviendo nuestra indignacion contra el autor de sus males, y por medio del interés que excita en nosotros la desgracia ajena, guiándonos á la precaucion de entregarnos á la violencia de las pasiones que deben producir los riesgos y desdichas en la tragedia.

Para conseguir estos fines el primar requisito es que el poeta escoja una historia poética é interesante, porque la naturalidad y la probabilidad son la base de la tragedia, y son en ella mucho mas esenciales que en la poesia épica. El objeto del poeta épico es excitar nuestra admiracion por la relacion de aventuras heroicas, y para esto no es necesario un grado tan alto de probabilidad; pero la tragedia pide una imitacion mas rigurosa de la vida y de las acciones de los hombres, porque el fin á que aspira, no tanto es elevar la imaginacion, cuanto conmover el corazon, y esto juzga siempre de lo que es probable con mas escrupulosidad que la imaginacion.

Por este principio se excluye de la tragedia toda máquina ó intervencion de seres sobrenaturales, aunque la usaron algunos dramáticos antiguos, que hoy destruirian la probabilidad, por las diferentes ideas que tenemos de aquellos seres.

Para aumentar esta probabilidad, tan necesaria para el buen éxito de la tragedia, será conveniente, aunque no absolutamente preciso, que el asunto no sea de invencion del poeta, sino que se tome de la historia verdadera y aun de los pasajes mas célebres y conocidos; pero en los incidentes tiene el poeta facultad de inventar á su arbitrio, con tal que nunca salga de la linea de lo verosímil.

Para mejor conservar la verosimilitud se ha fijado la regla de las tres unidades que debe haber en la accion trágica, es á saber: unidad de accion, unidad de lugar y unidad de tiempo. La unidad de accion es la principal de las tres, y mas importante en la tragedia que en todas las demás composiciones poéticas de que hemos tratado. Consiste en que haya solamente en la tragedia una accion principal; dividen esta los críticos en simple y compuesta; esto es, en accion destituida de incidentes ó acciones subordinadas, y la que abraza otras muchas, pero dependientes siempre de ella. Aun en esta última se puede y debe conservar perfectamente la unidad, haciendo que cualquiera otra accion que se introduzca en el drama esté íntimamente enlazada con la principal, y sea de suyo menos interesante que ella. La unidad de lugar requiere que jamás se mude la escena, sino que la accion continúe hasta el fin en el mismo lugar donde se supone que comenzó. La unidad de tiempo, tomada en rigor, requiere que el tiempo de la accion no sea mas largo que el de la representacion del drama, aunque Aristóteles parece que dió un poco mas de libertad al poeta, permitiendo que la accion comprendiese el tiempo de un día entero.

El objeto de estas dos últimas unidades es cargar lo menos que sea posible la imaginacion de los espectadores con circunstancias inverosímiles en la representacion del drama, y hacer que la imitacion se acerque mas á la realidad; pero la práctica moderna de suspender totalmente el espectáculo por un corto tiempo

entre acto y acto, da algo mas campo á la imaginacion, haciendo menos necesaria la precision en que estaban los antiguos griegos, cuyos dramas carecian de la division de actos, de cañirse al mismo lugar y tiempo; pues mientras queda interrumpida la representacion, se puede suponer que pasan algunas horas entre acto y acto, ó figurar se traslada del salon de un palacio á otro y de una parte de la ciudad á otra, y no parece que debe preferirse la observancia rigida de estas unidades á bellezas superiores de ejecucion y á la introduccion de situaciones mas patéticas, las cuales no pueden realizarse algunas veces sin traspasar estas reglas.

Pero no debe ser esta libertad sin límites, pues seria una cosa absurda, y cortaria toda la verosimilitud é ilusion de los espectadores, comenzar la representacion con un hecho acaecido en Madrid, y finalizarla con el mismo, concluido en París á otro paraje distante, ó que la accion que se representa en tres ó cuatro horas compranda el espacio de muchos meses ó años. La mayor extension que dan los críticos modernos á la unidad de tiempo es hasta el espacio de tres dias, y á la de lugar el recinto de una ciudad ó poblacion, con sus cercanias; pero se debe tener siempre presente que cuanto mas se acerque el poeta á la rigida observancia de estas unidades, tanta mayor perfeccion y verosimilitud dará á sus dramas, por acercarse mas de este modo lo fingido á lo verdadero, y ser mas completa la impresion que hará en los espectadores.

La division en actos se tiene hoy por arbitraria, pudiendo formarse el drama en cinco, en cuatro y hasta en un solo acto; pero se debe observar que á esta division de actos ha de corresponder la de accion, esto es, que cada acto debe terminar en una parte señalada de ella, dividiéndola para esto, cuando se forma el plan del drama, en aquellos pasajes mas notables, para arreglar á ellos el número de los actos.

Tampoco se da regla fija para el número de personajes ó interlocutores que deben entrar en una tragedia; solo, si, se puede decir que cuanto menor sea este, tanto mas fácil le será al poeta sostener el carácter de cada uno, en lo cual se debe poner muy particular esmero, y los espectadores podrán tambien mejor formar idea de ellos y conservar su conocimiento en todo el discurso del drama. Podrá ser bastante el número de seis interlocutores, y excesivo el que pasa de diez á doce cuando mas; pero siendo demasiado corto, hallará tambien el poeta dificultad en conservar la escena para que nunca llegue á verse enteramente vacía, lo que no debe suceder, por cortarse con esto el curso al sentimiento y algunas veces á la ilusion de los espectadores. En cuanto á las salidas y entradas de los interlocutores, se deberá observar que ninguno entre ni salga de la escena sin que lo exija la misma accion y enlace del drama. Si presenta el poeta en la representacion un personaje que no es necesario entonces, y le hace ausentarse sin necesidad, falta notoriamente á la propiedad y verosimilitud, que deben reinar siempre en las composiciones dramáticas.

Finalmente, se debe disponer la materia de forma, que el interés vaya siempre en aumento, exponiendo el

I.-1.

asunto del drama en el primer acto, formando y aumentando el enlace en los siguientes, y reservando para el último la solucion ó desenredo, que se deberá ir preparando para que sea mas natural; y en todos ellos se debe conservar aquella elevacion de estilo que exige lo grande de la materia, pero sin faltar á la naturalidad, tan necesaria para la conmocion de los afectos.

Comedia.

La comedia conviene con la tragedia en estar sujeta á todas las reglas que dimos para la formacion de esta, y solo se diferencia en la materia y estilo que en le debe adaptar. Ya dijimos que la materia de la tragedia son los peligros, las disidias y mutaciones de fortuna de personajes célebres, proveniente todo de entregarse á la violencia de las pasiones; pero los asuntos de la comedia se deben tomar de acontecimientos ordinarios y entre gentes de menos alta clase. Asi como el fin moral de la tragedia es purgar nuestras pasiones por medio de la compasion y el terror, el de la comedia es corregir nuestros vicios por el eficazísimo medio de verlos ridiculizados. La observancia de las tres unidades, y todo cuanto puede contribuir á sostener la verosimilitud, es aun mas necesaria en la comedia que en la tragedia; porque, como los asuntos de aquella ños son mas familiares y están mas á nuestro alcance, nos serian por lo mismo mas reparables y enojosos los defectos en esta parte. Tiene tambien la tragedia mas libertad en los asuntos, no limitándose estos á tiempo ni pais alguno; pero en la comedia será muy conveniente que el asunto se refiera al tiempo presente ó recién pasado, y al pais propio ó cercano. La razon es, porque los sucesos y las pasiones que tienen lugar en la tragedia son comunes á todos los hombres y á todos los tiempos; pero los vicios que particularmente se deben castigar en la comedia son los que mas dominan en el pais y en los tiempos presentes.

Puede dividirse la comedia en dos especies: comedia de carácter y comedia de enredo. En la primera se aspira principalmente á desenvolver algun carácter particular, siendo en ella la accion como subordinada á aquel; pero en la segunda la trama ó accion del drama es el objeto principal. De uno y otro género tenemos varias y muy ingeniosas, aunque las mas de ellas enormemente defectuosas en las unidades.

Para llevar la comedia á su perfeccion se deben mezclar con oportunidad las dos especies; sin alguna historia interesante y bien enlazada, el diálogo y la conversacion se hacen insípidos. Debe haber siempre el enredo que sea suficiente para hacerlos desear y temer alguna cosa. Los incidentes se deben suceder unos á otros, de forma que presenten situaciones apuradas y que lleven toda nuestra atencion, dando lugar al propio tiempo para mostrar los caracteres, que deben ser siempre el objeto principal del poeta cómico. El estilo de la comedia debe ser puro, elegante y animado, sin levantarse apenas del tono ordinario de una conversacion entre personas ajenas, y sin descender jamás á expresiones vulgares, bajas y groseras. El verso que mas la compete es el octosílabo acentuado, por ser este el que mas se acerca á la prosa, que debiera ser el len-

gunja de la comedia, como propio de una conversacion familiar, sobre que por la mayor parte ella versa. Por esta razon se debe tener por importuno en la comedia el estilo demasiado adornado y culto, y la versificacion artificiosa de sonetos, décimas, quiniellas, y otras, cuyo defecto se nota en nuestros dramáticos antiguos.

Há pocos años que apareció en el teatro francés una especie de comedia, que cultivaron despues con ventaja los ingleses y alemanes. Esta es la comedia tierna ó drama sentimental, de que tenemos un buen modelo en *El Delincuente honrado* (1), original, y en la traduccion de *La Misantropia*. Esta especie de drama ó comedia tiene por principal objeto el promover los afectos de ternura y compasion, sin que deje de dar lugar

al desenvolvimiento de caracteres ridiculos, que fueren desde sus principios el fundamento de las composiciones cómicas. No es fácil decidir cuál especie es mas digna de imitacion; pues si la primera castiga los vicios y extravagancias de los hombres con el ridiculo, esta otra forja el corazon sobre los útiles sentimientos de humanidad y de benevolencia. Todas serán muy interesantes bien manejadas y dispuestas de forma, que induzcan el amor á la virtud, aunque se mire oprimida, y el horror al vicio, aunque parezca afortunado, que es el fin principal que se debe proponer todo poeta dramático, y aun los compositores en todos los demás géneros de poesia.

TRATADO DE DECLAMACION:

La declamacion puede dividirse en dos partes principales, que son *pronunciacion* y *accion*; tratarémos de cada una de ellas separadamente.

El que habla en publico debe tener una pronunciacion clara y distinta; esto es, debe hablar despacio, distinguir los sonidos, sostener los finales, separar las palabras, las silabas, y algunas veces las letras que podrian confundirse ó producir, al encontrarse, algun mal sonido; pararse en los puntos, las comas, y donde quiera que lo pidan el sentido y la claridad. Es la pronunciacion respecto del discurso lo que la impresion respecto de la lectura; así como una obra hermosamente impresa, en buen papel, con todos los acentos y debidos espacios entre las palabras y entre los renglones, parece que adquiere un nuevo mérito y encanta la vista; del mismo modo se oye con indecible gusto una pronunciacion clara, que lleva las palabras al oído sin confusion y sin embarazo.

La pronunciacion debe ser tambien expedita, no precipitada. Tampoco se ha de alentar frecuentemente, para que no se corte el sentido de la oracion, ni se ha de aguantar el aliento hasta que falte, porque es muy disonante el eco producido por el aliento que se acaba; por cuya razon, los que tienen que decir un periodo dilatado deben tomar el aliento de tal manera, que esto se haga por un instante, sin ruido y sin que se conozca. Con todo, bueno es ejercitar el aliento para que dure lo mas que sea posible, como hizo Demóstenes, que recitaba sin alentar las mas versos que podia subiendo cuestras, y solia perorar en su casa revolviendo piedrecillas con la lengua, para pronunciar las palabras con mas expedicion.

Pero la gracia principal de la pronunciacion consiste en la variedad, cuyo vicio opuesto se llama *monotonía*, esto es, un solo tono y sonido de la voz. No conviene decirlo todo á gritos, lo cual es una locura; ó como en una conversacion, lo cual carece de efecto; ó en un bajo murmullo, lo que quitaría á la pronuncia-

cion toda la viveza; sino que se deben variar las inflexiones de la voz, segun lo pidiere, ó la dignidad de las palabras, ó la naturaleza de los conceptos, ó el remate y principio de los períodos, ó el tránsito de una cosa á otra. Sobre todo, atiendase á no esforzar la voz mas de lo que se puede, porque la voz sofocada y despedida con esfuerzo es siempre oscura, y algunas veces violentada viene á dar en aquel tono que los griegos llamaban *clamos*, esto es, canto de gallina, tomado el nombre del canto de los pollos pequeños.

La pronunciacion debe ser conveniente; es decir, que se ha de tomar un tono de voz proporcionado á lo que se dice. Siendo estos tonos infinitos en número, sería dificultoso señalar todas sus diferencias y dar reglas acerca de ellos; con todo, parece que se pueden reducir á tres especies: tono familiar, sostenido y medio.

El primero es de la conversacion: se compone de inflexiones suaves y sencillas; no es monótono ni muy desigual, y no tanto se aprende con reglas quanto con la imitacion; pero es menester escoger un buen modelo, porque hay que distinguir el tono familiar de los hombres cultos del tono familiar de la gente ordinaria, y entre los primeros, unos tienen mas finura que otros. A este tono pertenecen las definiciones, reflexiones y relaciones; en una palabra, todo lo que es narracion.

El tono sostenido se emplea en la declamacion de discursos graves ó cuando se leen obras serias. La voz entonces es llena, las silabas se pronuncian con cierta melodia parecida al canto y se varian las inflexiones con dignidad. Dicense con este tono las oraciones públicas y los trozos de poesia sublime.

El tono medio tiene mas aparato que el familiar y menos que el sostenido; se extiende su jurisdiccion á las recitaciones en verso y prosa, quando no pertenecen al género sublime, y á las disertaciones literarias, romances y fábulas.

Despues de la pronunciacion no hay cosa mas importante que la accion. Con ella expresamos algunas

(1) Véase la nota de la pág. 132.

veces las cosas mejor que con las palabras, y de ella pende toda la gracia del que habla en público. Por esta razon solia Demóstenes ejercitarse en esta parte de la oratoria, mirándose en un espejo de cuerpo entero.

La cabeza es uno de los miembros principales en la accion, como lo es en el cuerpo, y contribuye, no solamente á dar gracia, sino tambien expresion. Lo que se requiere es, que esté siempre derecha y en una postura natural; porque deja denota humildad, demasiado levantada, arrogancia; inclinada á un lado, desfallecimiento, y muy tiesa, groseria.

En segundo lugar, debe tener unos movimientos proporcionados á la misma accion, de tal manera que acompañe las manos y se conforme al ademan. Esto deberá observarse siempre; indrós cuan desaprobo nos, negamos ó mostramos aversion á alguna cosa, de tal manera que parece que con el senolante desatamos y con las manos desechamos aquello mismo, como cuando declinamos: *¡Oh dioses, apartad tamaño pestel!* Háyan otros muchos modos con que la cabeza expresa los sentimientos del corazon, porque adems de los movimientos que tiene para *afirmar, negar y asegurar*, los tiene tambien para *mostrar vergüenza, duda, admiracion ó indignacion*, conocidos y sabidos de todos.

Mas no debe hacerse uso del movimiento solo de la cabeza; aun el moverla frecuentemente no deja de ser cosa viciosa, y moverla con demasiado impetu, sacudiendo los cabellos, es propio de un hombre que está furioso.

El semblante es el que mas dominio tiene en la accion. Con él nos mostramos suplicantes, con él amenazamos, con él somos benignos, tristes, alegres, soberbios y humildes. De él están como pendientes los hombros, á él es á quien miran, con él mostramos nuestro amor, por él entendemos muchísimas cosas, y algunas veces sirve por todas las palabras. Pero en el semblante hacen sus ojos el papel principal, pues en ellos se pinta el alma, de manera que aun sin moverse, no solo se revelan de claridad con la alegría, sino que con la tristeza se cubren como de una nube. Además de esto, la naturaleza les dió las lágrimas por intérpretes del sentimiento ó del gozo.

Con el movimiento muestran conato ó indiferencia, soberbia, fiereza, dulzura ó aspereza; de cuyas formas se revestirá el que hable en público, segun el lance lo pidiere. Alguna vez deberá fijar la vista en un objeto, ofenderse, ó manifestar desfallecimiento, asombro, alegría, viveza ó deleite, ó ponerla atravesada y, por decirlo así, amorosa, en ademan de hacer alguna súplica. Porque ¿quién, sino un hombre enteramente rudo é ignorante, tendrá los ojos cerrados ó fijos siempre en un objeto mientras habla?

Mucho hacen tambien las cejas, pues parece que ponen en otra disposicion los ojos y gobiernan la frente. Con ellas se arruga, se baja ó se levanta; y como si la naturaleza hubiese querido que una misma cosa sirviese para muchos afectos, aquella sangre que sigue los movimientos del alma, movida por la vergüenza, hace abrir el rostro de un color encendido, y cuando se retrae por el miedo, queda todo el hombre exangüe,

frio y pálido; mas templada, produce un buen medio de serenidad.

Apenas puede decirse cuántos movimientos tienen los brazos; las demás partes del cuerpo acompañan al que habla, pero estas casi estoy por decir que hablan por sí mismas. ¿Por ventura no pedimos con ellas, no prometemos, llamamos, perdonamos, amenazamos, suplicamos, desatamos, tememos, preguntamos, negamos, y mostramos gozo, duda, confusion, tristeza, arreosentimiento, moderacion, abundancia, número y tiempo? Ellas mismas ¿no incitan, no suplican, no aprueban, no se admiran, no se avergüenzan? Para mostrar los lugares y personas, ¿no hacen las veces de adverbios y pronombres, de tal manera que siendo tan grande la variedad de lenguas que hay entre todas las gentes y naciones, este parece ser un lenguaje comun á todos los hombres?

Pero el aire de los brazos no se consigue sino con mucha aplicacion, y por mas favorables que puedan ser nuestras disposiciones naturales, el punto de perfeccion depende del arte. Para que el movimiento de los brazos sea agradable se observará la siguiente regla: siempre que se levante el uno, es menester que la parte superior, quiero decir, la que se comprende de la espalda al codo, se separe del cuerpo la primera, y que esta arrastre las otras dos, que deben moverse sucesivamente y sin precipitacion. De consiguiente, la mano no deberá moverse la última, permaneciendo inclinada hasta tanto que la parte anterior del brazo haya llegado á la altura del codo; entonses la mano se mueve hácia arriba, mientras que el brazo continúa su movimiento para elevarse al punto en que deba permanecer.

Cuando se quiere bajar el brazo deberá la mano caer la primera, y las demás partes del cuerpo seguirán por su orden, atendiendo á que los brazos no estén tiesos; y se haga ver el pliegue del codo y del puño. Los dedos no deben estar extendidos; es necesario presentarlos con suavidad, y hacer que se conserve entre ellos la gradacion natural, que es fácil observar en una mano medianamente doblada.

Igualmente es necesario no accionar con viveza, porque cuanto mas lento y suave es la accion, es tanta mas agradada.

Separándose de las expresadas reglas, y moviéndose, por ejemplo, primeramente la mano y la parte inferior del brazo, la accion es zurdá; si el brazo se extiende con precipitacion y con fuerza, la accion es dura. Cuando se acciona solamente con medio brazo y los codos se mantienen unidos al cuerpo, semejante postura es en extremo desairada. No obstante, los brazos no deben estar igualmente extendidos ni elevarse á la misma altura, porque es una regla bastante conocida que la mano no debe levantarse mas arriba del codo, ó á todo mas, ue los ojos; pero cuando una violenta pasion arrebató al que declama, puede olvidar todas las reglas, y en tal caso le será lícito accionar con viveza y levantar los brazos encima de la cabeza.

El movimiento de la mano comienza muy bien desde el lado izquierdo y remata en el derecho; la izquierda por sí sola jamás hace buen ademan; comunmente acompaña á la mano derecha, y se levanta algunas ve-

ces á la altura de la otra para la expresion de algunos afectos.

La postura del cuerpo debe ser recta; los piés iguales, ó el izquierdo muy poco trecho delante del otro; las rodillas derechas, pero no de manera que parezca se tienen estiradas; los hombros quietos, los brazos algo separados del cuerpo, y las manos en la disposicion que se dijo arriba.

SOBRE LA CONGRUENCIA EN LA PRONUNCIACION (1).

Peca contra la congruencia:

Primero. El que, hablando á un superior ó orando, no da á sus palabras el tono de respeto ó veneracion que debe.

Segundo. El que, predicando en el templo, exhortando á un concurso, perorando en un consejo, no proporciona su pronunciacion al lugar y auditorio.

Tercero. Lo mismo el que pronuncia discursos piosos con irreverencia ó descompostura, graves con ligereza, jocosos con gravedad, alegres con chocarrería.

Cuarto. El que habla con descaro á sus mayores, con altanería á sus iguales, con menosprecio á sus inferiores; pues tal es el efecto de la pronunciacion, que muchas veces se ofende mas con el tono que con las palabras.

Quinto. Y en fin, casi siempre que se pecó contra el sentimiento, se peca tambien contra la congruencia. Así que, para evitar equivocaciones, debe notarse que la diferencia que hay entre estas dos propiedades es, que la congruencia mira principalmente al tono general de la pronunciacion, y el sentimiento á la modulacion particular de cada expresion, aunque sin perder de vista el tono general.

Este tono en la congruencia dice relacion al sentido; pero el sentimiento de la pronunciacion al afecto del ánimo ó al sentimiento mismo.

Para que se comprenda mejor esta diferencia debe advertirse:

Primero. Que nosotros podemos muy bien enunciar con palabras las ideas de raciocinio, mas no las de sentimiento.

Segundo. Que para estas no tenemos signos bastante congruentes.

Tercero. Que aunque en las lenguas hay palabras ó signos sentimentales, por ejemplo, las interjecciones, ni aun estas lo son por sí solas, independientemente de la pronunciacion.

Cuarto. Que solo podemos enunciar bien nuestros sentimientos cuando á las palabras que los representan, sean las que fueren, acompañamos la modulacion que corresponde á cada uno en particular.

Quinto. Que siendo tantos y tan varios los que pueden afectar nuestra alma, la pronunciacion no será congruentemente sentida sino en cuanto se acomode, multiplicando y variando y uniendo sus modulaciones, al número y variedad de nuestros sentimientos.

(1) Lo que sigue es un trozo perteneciente á la última parte de otro tratado que escribió el autor en Bellver; el resto se ha perdido, y por eso, imitando á otros editores ó colectores de las obras de Jovellanos, le colocamos en este lugar.

Sexto. Y en fin, que siendo cada sentimiento particular, por ejemplo, de horror, de sorpresa, de lástima, de gozo, capaz de tantos grados de fuerza, dentro de su misma naturaleza, no bastará para la completa expresion del sentimiento que la modulacion sea general correspondiendo á su naturaleza, sino que deberá tambien acomodarse á su grado.

Peca contra la armonía el que peca en las demás calidades de la pronunciacion, porque el que no expresase clara y ordenadamente sus palabras ó no señalare con las pausas convenientes su distincion y la de las frases y períodos; el que no acomodare su tono y modulacion á los objetos y sentimientos de su discurso, claro es que no será armonioso en su pronunciacion, pero tampoco lo será el que por defecto natural ó vicio adquirido (que es lo mas comun) pronuncia con voz oscura, ó cascarrería, ó desentonada; el que da á las palabras sonidos ásperos, confusos ó desagradables; el que chilla, ó ladra, ó canta en vez de hablar; esto es, cuyo tono ó modulaciones son ya agudos, ya bajos, ya ásperos en demasia ó ya demasiado afectados en la expresion; el que cae en monotonia, esto es, en uniformidad de tono, pronunciando todo cuanto dice con un mismo sonido, ó que, por el contrario, varia sin razon ni objeto sus sonidos, ó pronunciando, como se suele decir, sin ton ni son; finalmente, el que pronuncia sus discursos sin cadencia, esto es, sin elevacion ó depresion de la voz, ó tiene esta cadencia fuera de los puntos en que la requieren las frases ó períodos, ó las emplea en mas alto grado, ó bajo, del que ellas requieren.

Para confirmar estos principios de pronunciacion con ejemplos es indispensable la viva voz. Con todo, citaremos dos escritos para mayor ilustracion. El primero será en prosa, á saber, las arengas pronunciadas en Tascala antes de su conquista por los españoles, tomadas de Solís. El segundo la *Profecía del Tajo*, de fray Luis de Leon. De uno y otro hablaré segun la ocasion.

En cuanto á la claridad, las reglas dadas no han menester explicacion, ni se puede dar sino á la voz. Solo noto que, debiendo ser la pronunciacion de Xicotencal mas animada, pide ya un sonido mas fuerte, ya unas pausas menos detenidas y marcadas que la de Magiscacin; y tambien que en la primera estancia de la *Profecía del Tajo*, en que habla el poeta, se debe pronunciar con menos fuerza que las otras, en que habla el rio, y que la pausa entre ella y las demás debe ser mas larga y marcada.

En las arengas se debe considerar: primero, la dignidad de los que hablan como senadores; segundo, de los que oyen, el senado ó consejo soberano de la república; tercero, el asunto, la deliberacion, la paz y la guerra con un ejército de fuerza y poder desconocido; cuarto, el estado, esto es, la division de pareceres en el Senado, y la necesidad de tomar un partido para responder á los embajadores. Estas consideraciones son comunes á uno y otro interlocutor, y piden de entrambos: primero, gravedad circunspecta y respetuosa al cuerpo que oye; segundo, vigor para esforzar las razones y persuadir y convencer con ellas; tercero, ca-

lor y vehemencia de pronunciación para expresar el amor á la patria, que las dicta y anima, y el temor de las consecuencias del contrario dictámen; cuarto, confianza en la fuerza y peso de las razones en que se funda cada uno.

Pero el carácter personal de los que hablan modifica variamente estas consideraciones.

Magiscacín era anciano, lleno de madurez y experiencia, amante de la paz por razón y del reposo por su edad; su patriotismo era mas desinteresado, y todo esto le daba una gran consideración en todo el Senado y mayor confianza en su opinión. Por el contrario, Xicotencal, mozo de profesión militar, general de las tropas y acreditado en la guerra, tenía de una parte inclinación preferente á ella, y de otra mas confianza en las armas; la ambición tomaba en él la máscara del patriotismo. Conocía la consideración de Magiscacín, pero la sentía al mismo paso que la desdénaba; y para quitársela y destruir el peso de ella, quería pintar su prudencia como hija del miedo y la cobardía, y su inclinación como efecto de la vejez y amor al reposo. Si pues las razones que dimos antes presentaban á entrambos unos mismos puntos de congruencia, las que acabamos de indicar presentan otros particulares á cada uno de estos interlocutores, como prueban sus mismos discursos.

Así que, el tono de Magiscacín será firme y circunspecto, porque solo quiere llamar la atención del Senado á sus razones, y no á su persona, y no trata de deslucir el dictámen ajeno, sino de establecer el propuesto. Pero el de Xicotencal debe ser vehemente y orgulloso, porque quiere superar á Magiscacín y llamar la atención del Senado á sí solo. Magiscacín empezará con gran reposo y sin prelude, recordándole la tradición en que se funda, hasta las palabras «no puedo negaros»; en ellas habla con mas énfasis, porque aplica el vaticinio á los españoles, y confirma esta aplicación con los recientes portentos; hasta «pues ¿quién habrá», donde su expresión empieza á ser mas sentimental y acalorada; témpase en las palabras «pero yo», donde, prescindiendo del vaticinio, se funda solo en razones de probidad y política; pero entrando en las palabras «sobre que injuria», toma nuevo calor, cuyo sentimiento y expresión van creciendo graduadamente hasta «mi sentir es», donde concluye su dictámen con firme é imparcial seguridad.

Pero Xicotencal, desde su exordio, que acaba en las palabras «verdad es»; trata de desviar la atención del Senado de Magiscacín y de menguar su autoridad. Debe, pues, empezar con cierta templanza, pero orgulloso, y cuando dice que venera el dictámen de Magiscacín, debe manifestar mas desden que respeto. Sigue templado en las palabras citadas, concediendo como de gracia la certeza del vaticinio, pero con cierto énfasis, que indica sus dudas acerca de él. Luego toma calor su expresión desde «pero dejadme», donde reprueba la aplicación que hizo Magiscacín á los españoles. Continúa creciendo su calor, y muestra menosprecio de estos enemigos y de los que los temen, hasta «esto se pondera»; desde aquí mas fuerza de calor y altanería; mas aun desde «estos nuestros», donde hay

una mezcla de horror y envidia hacia el enemigo, variados y graduados según los males de los que acusa. En todo aspira á llamar hacia su persona toda la consideración. Por fin, interpreta las últimas señales del cielo en favor de su intento, menosprecia la intercesión de los zeimpoales, y concluye lleno de arrogante confianza en favor de la guerra que desea.

Profecía del Tajo.

Creían los gentiles que en los rios y fuentes habitaban genios, y los poetas, fingiendolo mismo, los personificaban y hacían hablar. Así, fray Luis hace al Tajo, rio principal de España por su caudal y porque baña la ciudad de Toledo, antigua corte de los goios, profetizar á su rey don Rodrigo la irrupción sarracénica. Un rio pues que es una especie de semidios, anunciando en tono profético al soberano de una gran nación los males y la ruina que la amenaza, debe tomar en su expresión el último grado de vehemencia, aunque graduándola según la serie de los pensamientos. Esta vehemencia crece por el estado del Rey, que, siendo á quien principalmente incumbe la defensa de la nación, en vez de atender á ella, está descuidado y entretenido en amores ilícitos. A esn se agrega que en poesía la expresión debe ser mas fuerte y marcada que en la prosa, y todas las calidades de la pronunciación mas cuidadosamente distinguidas. De estos principios se inferirá el tono de congruencia general con que se debe pronunciar toda oda.

El poeta expone en la 1.^a estancia el sujeto y la escena de la profecía; en la 2.^a rompe súbitamente el rio por una amarga imprecación al Monarca; en la 3.^a deplora tristemente los males que amenazan á su patria; declara en la 4.^a y en la 5.^a la grande extensión de país á que se extenderán; en la 6.^a declara con vehemencia los aparatos de la guerra que le viene encima, y su progreso y cercanía en las siguientes hasta la 12, siempre graduando la vehemencia de la expresión conforme á ellos. El *¡ay triste!* con que rompe la 12, y la reponción que sigue el rio al Monarca, debe expresarse en tono profundamente lastimoso y desconsolado; pero en la 13 pone al rio en todo su calor y prisa para mover al Rey. Al fin, en la 14, 15 y 16 desesperado de todo remedio, lamenta en tono muy doloroso y abatido los horrores de la guerra, derrota del ejército y ruina de la patria.

Gesto.

El gesto acompaña, ayuda y completa la pronunciación. Consta de dos partes: una á quien conviene mas particularmente este nombre, y es el aire ó aspecto que sucesivamente va tomando nuestro semblante al paso que pronunciamos; y otra, á que se da el nombre de acción, y es el movimiento con que nuestro cuerpo, y particularmente nuestra cabeza y brazos, acompañan nuestras palabras.

Para conocer cuánto es el poder del gesto, reflexiónese que la experiencia enseña que nuestro rostro, aun sin hablar, puede manifestar atención, aprobación ó desaprobación, duda, recelo, temor, complacencia, gravedad, respeto, desden, desprecio, inclinación,

amor, despego, odio, aborrecimiento, horror, templanza, moderacion ó alteracion, sobresalto, ira, furor, despecho, contento, alegría, gozo extremado, seriedad, tristeza, melancolía, etc.; en suma, no solo todos los sentimientos que se pueden expresar con palabras, sino tambien algunos para cuya expresion no hay palabras en ninguna lengua conocida.

Para determinar mas la expresion de estos sentimientos los dividiremos en tres clases: 1.^a disposiciones, 2.^a afecciones, 3.^a pasiones del ánimo. La prime-

ra indicará el estado tranquilo de nuestra alma, aunque modificado por su disposicion actual, como sério, grave, circunspecto, plácido, sereno, satisfecho, afable, agradable, etc. La segunda los movimientos mas vivos del ánimo, conmovido por alguna afeccion, como de gozo ó dolor, orgullo, recelo, admiracion, repugnancia, aversion, etc. La tercera los movimientos mas impetuosos del ánimo, poseido ó arrebatado por alguna passion, como de odio, horror, furor, sorpresa, profunda tristeza, extrema alegría, etc.

TRATADO DEL ANÁLISIS DEL DISCURSO,

CONSIDERADO LÓGICA Y GRADUALMENTE.

*Cui lecta potenter erit res,
Nec facundia deseret hunc, neque lucidus ordo.*

ANALIZAR una cosa es dividirla en todas las partes de que se compone, para observar cada una separadamente, y volver despues á unir las, para observar su conjunto. Hecho este análisis se conoce una cosa cuanto cabe en el entendimiento humano.

Así, si queremos conocer el mecanismo de un reloj, la dividiremos en todas sus partes, poniéndolas unas junto á otras. Examinaremos su forma y su destino, cómo obran unas sobre otras, y cómo desde el primer muelle pasa el movimiento de rueda en rueda hasta la aguja que señala las horas.

Luego tambien para analizar el discurso observaremos el oficio y la significacion de cada palabra, sus relaciones unas con otras, cómo de su enlace se forman los pensamientos, y cómo estos, reducidos á cierto orden, componen el discurso.

De ahí se ve que el discurso no es mas que una serie de pensamientos expresados con palabras. Luego, haciendo el análisis del discurso, se hace al mismo tiempo el del pensamiento. Aun podemos decir que el análisis del pensamiento se halla hecho en el discurso, porque las palabras nos representan las ideas que percibimos por la sensacion ó por la reflexion. Las relaciones de las palabras son las de nuestras ideas. En la union de las palabras vemos claramente las comparaciones, los juicios y los raciocinios que forma nuestro entendimiento. Todas estas cosas están separadas y puestas en orden en el discurso; nos podremos tener en cada una para observarla con cuidado, y ver despues cómo se unen entre sí para formar el pensamiento.

Este método, pues, nos ha de enseñar cómo formamos y cómo expresamos nuestros pensamientos. Por él adquirirá nuestro entendimiento aquella rectitud necesaria

para hallar la verdad en las ciencias, y la precision, que se dirige á facilitar tan precioso hallazgo. Conocida la generacion de las ideas, y por consiguiente, la de las palabras, no tropezaremos en ninguna que pueda causar confusion; rectificaremos las ideas falsas que hemos contraído por el hábito, y distribuiremos todos nuestros conocimientos en un orden tan claro, que podremos desde el último subir progresivamente hasta el primero, y desde este bajar hasta el último.

El análisis es el único método que tenemos para aprender y saber bien las ciencias, porque es aquel con que ellas se formaron. Las matemáticas, v. g., infunden al entendimiento tanta claridad y conviccion, porque sus proposiciones se derivan unas de otras; y así, no es posible convencerse de una de ellas antes de haberse convencido de aquella en que se funda su demostracion.

Del mismo modo, sin el análisis nunca podremos conocer el arte de pensar y el de hablar, que se reducen á lo mismo. Una cosa es pensar y hablar, y otra pensar y hablar bien. Todos los hombres piensan y hablan, porque sus necesidades les precisan á esto desde la infancia. Mas ¿qué diferencia reina entre ellos en este punto!

Dejemos aparte aquella clase de hombres que viven en la mas baja esfera de la sociedad, pues estos, no con sus luces, sino con su trabajo, contribuyen al bien comun; por lo que el corto número de sus ideas se contrae únicamente á sus oficios respectivos y á los objetos que diariamente se presentan á su vista. Solo contemplemos los que recibieron una educacion, sea la que fuere, y veremos desde luego que la mayor parte de ellos puede dar razon de lo que ha aprendido. ¿Quién duda que explicarán bien sus ideas si estuviesen coloca-

das en su entendimiento en un órden claro? Pues en este caso solo tendrían que dar á las palabras el mismo órden que tienen sus ideas.

Al contrario, estando sus ideas envueltas en la mayor confusión, ¿quién se admirará de que la misma confusión reine en las palabras?

A lo mismo se debe atribuir la facilidad con que olvidan lo sabido ya. No habiendo órden, no están sus conocimientos enlazados unos con otros. Por consiguiente, cuando perciben una idea no pueden representarse todas aquellas con quienes tiene relación; así como estando separadas varias bolas de marfil, el impulso dado á una de ellas no comunicará movimiento alguno á las demás; pero estando unas unidas con otras, bastará dar impulso á una para que todas reciban movimiento.

Apuremos mas nuestras observaciones, aplicándolas á aquella porción de hombres que llamamos de instrucción. Muchos de ellos, dotados de ingenio, por la falta de método no logran la extensión de luces á que podían aspirar. Por mas que lean los mejores modelos y traten con los mas eruditos, reina siempre en su entendimiento un caos, que no pueden disipar. De ahí se ven en sus producciones los pensamientos mas sólidos junto á los mas ridiculos, y la verdad mezclada con el error. Algunos tienen el don de hablar con facilidad, mas sus discursos son por lo regular fútiles y vacíos de sentido. Su facundia les ofrece muchas palabras y su imaginación muchas ideas placenteras con que quieren encubrir esta falta; pero este afeite no puede engañar á la razón, y solo fascina los ojos de la ignorancia.

Si volvemos ahora la vista hácia aquellos que, siempre claros en sus pensamientos, lo son tambien en sus expresiones; que esparcen la misma claridad en todas las materias que tratan; que juzgan con solidez y eligen con buen gusto; cuya conversacion agrada tanto, porque siempre es sencilla, amena y del alcance de todos; estos diremos que piensan bien, porque estudian como se piensa bien; estos hablan bien, porque hablan del mismo modo que piensan.

Por último, si en cualquiera ciencia ó arte, el que estudia por principios lleva tanta ventaja al que solo sabe por la práctica; si un arquitecto es superior á un albañil, un pintor á un embarrador, y un piloto á un práctico, lo mismo en el arte de expresar nuestros pensamientos, el mas perfecto será el que conozca mejor sus principios.

Ya conocemos la importancia de este arte; estudiemos sus principios, que llegarán á nuestro conocimiento por medio del análisis del discurso.

PRINCIPIOS DEL ANÁLISIS.

El discurso es una serie de pensamientos expresados con palabras. Luego todas las veces que hablamos ó escribimos con alguna extensión formamos un discurso.

Puesto que un discurso consta de varios pensamientos, para analizarle será preciso considerar aparte cada pensamiento, y después considerar cómo se enlazan unos con otros.

Pero un pensamiento tiene varias partes, que están desenvueltas en lo escrito. Para conocerlas no hay mas que tomar un pensamiento en cualquier obra, y observarle con cuidado. Sea, por ejemplo, el trozo siguiente, sacado del discurso de don Ventura Rodríguez por don Gaspar de Jovellanos. Trátase en él de la erección del nuevo templo de Covadonga.

A vista de una de aquellas grandes escenas en que la naturaleza ostenta toda su majestad, Rodríguez se inflama con el deseo de gloria, y se prepara á luchar con la naturaleza misma. ¿Cuántos estorbos, cuántas y cuán áridas dificultades no tuvo que vencer en esta lucha! Una montaña, que escondiendo su cima entre las nubes, embarga con su horrididad y su altura la vista del asombrado espectador: un rio caudaloso, que taladrando el cieniento, brota de repente al pié del mismo monte: dos brazos de su falda, que se avanzan á ceñir el rio, formando una profunda y estrechísima garganta: horrendos peñascos suspendidos sobre la cumbre, que anuncian el progreso de su descomposición: sudaderos y manantiales perennes, indicios del abismo de aguas cobijado en su centro; árboles robustísimos, que le minan poderosamente con sus raíces: ruinas, cavernas, precipicios... ¿qué imaginación no desmayaría á vista de tan insuperables obstáculos?

Mas la de Rodríguez no desmaya; antes su genio, empeñado de una parte por los estorbos, y de otra mas y mas aguijado por el deseo de gloria, se muestra superior á sí mismo y hace un alto esfuerzo para vencer todos los obstáculos. Retira primero el monte, usurpando á una y otra falda todo el terreno necesario para su invención; levanta en él una anchura y majestuosa plaza, accesible por medio de bellas y cómodas escalinatas, y en su centro esconde un puente, que da paso al caudaloso rio y sujeta sus márgenes; coloca sobre esta plaza un robusto panteon cuadrado, con graciosa portada, y en su interior consagra el primero y mas digno monumento á la memoria del gran Pelayo; y elevado por estos dos cuerpos á una considerable altura, alza sobre ella el majestuoso templo de forma redonda, con gracioso vestíbulo, y cúpula apoyada sobre columnas aisladas; le enriquece con un bellissimo tabernáculo, y le adorna con toda la gala del mas rico y elegante de los órdenes griegos.

¡Oh, qué maravilloso contraste no ofrecerá á la vista tan bello y magnífico objeto en medio de una escena tan horrida y extraña! Dia vendrá en que estos prodigios del arte y de la naturaleza atraigan de nuevo allí la admiración de los pueblos, y en que disfrazada en devoción la curiosidad, rescuite el muerto gusto de las antiguas peregrinaciones, y engendre una nueva especie de superstición, menos contraria á la ilustración de nuestros venideros.

NÚMERO 1.º

Partes de un pensamiento.

Todo este trozo se reduce á un solo pensamiento. Rodríguez hizo un magnífico edificio en Covadonga;

mas el autor le desenvuelve con claridad, precision y elegancia (1).

Primero le divide en tres partes principales, señaladas con tres párrafos distintos. En el primero presenta los obstáculos que Rodriguez tuvo que vencer, en el segundo todo lo que hizo para vencerlos, y en el tercero la admiracion que causa tan magnífica obra. Estas tres partes, distintas en lo escrito, se presentaban al mismo tiempo al entendimiento del autor. No pudo separarlas sin desengañar su pensamiento, ni expresarlas con primor sin analizar con exactitud y perfeccion.

Luego que el autor descubrió en su pensamiento tres partes principales, trató de desenvolver cada una separadamente. Cada una de estas tres partes se hizo, pues, como un nuevo pensamiento, cuyas nuevas partes fué preciso señalar. En efecto, las vemos señaladas en el primer párrafo, ora con un punto, ora con dos, ó coma, ó con punto y coma.

Estas palabras, v. g., «Rodriguez se inflama con el deseo de gloria, y se prepara á luchar con la naturaleza misma,» se terminan con un punto porque presentan un sentido completo. Todas las demás partes de este párrafo se terminan con dos puntos, porque el sentido se halla suspenso de una á otra, y así todas concurren á desenvolver la primera, cuyo desenvolviendo acaba con el párrafo. En cada parte vemos una coma, última subdivision del pensamiento, que sirve para separar una idea de otra.

Lo mismo podemos observar en los dos párrafos siguientes. Como quiera, ocurre en ellos una nueva division, señalada con punto y coma. Esta tiene casi el mismo efecto que los dos puntos, pues si en algunos casos el punto y coma no señala una relacion tan próxima entre lo que se dijo y lo que se va á decir como la que señalan los dos puntos, siempre se puede asegurar que uno y otro se confunden las mas de las veces, y que ambos son partes que desenvuelven un pensamiento.

NÚMERO 2.º

Naturaleza de estas partes.

Hemos visto el pensamiento dividido en varias partes; consideremos ahora cada parte separadamente.

Para esto hemos de advertir que un pensamiento se compone de uno ó mas juicios, porque cuando pensamos no hacemos sino juzgar de dos ó mas cosas, y cuando expresamos con palabras estos juicios de nuestra alma formamos lo que se llama proposicion.

Ahora bien, volvamos á nuestro asunto, y verémos en el trozo precedente tres especies de proposiciones. En la primera parte del primer párrafo, «Rodriguez se

inflama...» hallamos una proposicion, llamada principal, porque la que precede y las que siguen se refieren á ella; y no hacen mas que desenvolverla. Su carácter consiste en que presenta por sí sola un sentido completo. Llamamos subordinada la que está antes, «A vista de una...» porque no forma sentido alguno, sino en cuanto se une á la proposicion principal. Puede estar antes ó despues de ella, sin que por eso pierda su carácter.

Se observa la última especie de proposicion en estas palabras: «una montaña, que embarga la vista del espectador.» *Que embarga* no es proposicion principal, tampoco es subordinada; determina solamente la palabra *montaña*, señalando la calidad que tiene de embargar la vista, por lo que se le da el nombre de incidente.

En la primera parte del último párrafo vemos una proposicion principal que carece de miembros. Esta tiene el nombre de frase ó de oracion.

En el primero y segundo párrafo varias proposiciones desenvuelven la proposicion principal; se da el nombre de periodo á su conjunto, y á cada una el de miembro del periodo.

NÚMERO 3.º

Análisis de la proposicion.

Se asentó arriba que una proposicion es la expresion de dos ó mas juicios; luego para conocer qué cosa es proposicion, debemos considerar antes en qué consiste el juicio.

Esta es una operacion de nuestra alma. Para comprender mejor cómo se hace, tomémosla desde su principio.

Sabemos ya que todas nuestras ideas proceden de la sensacion ó de la reflexion; de la sensacion cuando las percibimos por medio de los sentidos, y de la reflexion cuando el alma se pára á considerar sus propias operaciones.

Supongamos ahora que el alma recibe por la sensacion dos ideas. [En este caso su primera operacion es la atencion; esto es, atiende á ellas. No podría el alma atender á ellas si no fuesen presentadas por los sentidos; mas pueden los sentidos presentárselas, sin que por eso les dé siempre el alma su atencion, como sucede cuando miramos una cosa y pensamos en otra.

Despues de la atencion el alma pasa á la comparacion; esto es, compara una idea con otra. Si despues de compararlas percibe entre ellas semejanza ó diferencia, esta percepcion es un juicio de nuestra alma.

Luego el juicio procede de la comparacion de dos ideas; la comparacion es la atencion dada á cada una de estas dos ideas, y se debe la atencion á la direccion de nuestros sentidos á un objeto particular.

Estas tres operaciones son simultáneas en nuestra alma, como lo podemos conocer por nuestra propia experiencia. Siempre que hablamos formamos uno ó muchos juicios, sin advertir que nuestra alma atiende ó compara para formarlos. Obrando las tres al mismo tiempo, nuestra alma percibe por ellas al mismo instante una relacion de semejanza ó de diferencia, que constituye el juicio.

(1) No disculpamos á JOVELLANOS de haber incurrido en la falta de elogiarle; pero bueno será tener presente que no compuso este tratado para el público, sino para el uso exclusivo de los alumnos del instituto. También elogia, y sin duda por el mismo motivo, su *Delincuente honrado* al hablar de la comedia en el *Curso de humanidades castellanas*. Todos los hombres tienen flaquezas, y rasgos de candorosa sencillez tiene muchos don Gaspar; en el seno de la propia familia se explican naturalmente, y él consideraba como hijos suyos á los alumnos del instituto asiriano.

Mas si queremos expresar este juicio con palabras, tendremos que separar estas operaciones. Así, representaremos por medio de dos palabras las dos ideas de que consta necesariamente cada juicio; y hecha la comparación, representaremos por medio de una tercera palabra la relacion de semejanza ó de diferencia que se advierte en las dos primeras. De ahí se ve cómo las operaciones de nuestra alma se analizan con palabras, ó lo que es lo mismo, con el discurso.

Si el juicio expresado con palabras constituye la proposición, este juicio *Rodriguez es arquitecto* se llamará proposición, y hallaremos en ella el análisis de las operaciones que hizo nuestra alma para formar este juicio.

Luego toda proposición consta de tres palabras. La primera se llama sugeto, la segunda atributo; ambos son seguidos de dos ideas que hemos comparado; y la tercera, que es signi de la operación de nuestra alma, se llama verbo.

Las proposiciones son simples ó compuestas; simples cuando constan de tres palabras ó de dos, porque en este caso el verbo y el atributo se confunden en una misma palabra. Así, *yo hablo* es una proposición simple, que equivale á *yo estoy hablando*.

Llámanse proposición compuesta la que contiene en compendio varios juicios, como la siguiente: «Rodriguez tiene ingenio, osadía, talento.» Es claro que en esta proposición hay tantos juicios cuantos atributos. Es lo mismo que decir: «Rodriguez tiene ingenio... Rodriguez tiene osadía... Rodriguez tiene talento.»

También puede una proposición ser compuesta respecto del sugeto, como se advierte en esta: «Rodriguez, dotado de un alma sublime, superior á todos los obstáculos, formado por los mejores modelos, tiene ingenio, osadía, talento.» *Dotado, superior y formado* son otros tantos atributos que se refieren á *Rodriguez* por medio del verbo que se suple en cada uno de ellos.

Por último, los varios miembros de que se compone un período son otros tantos juicios, que se refieren al sugeto ó al atributo de una proposición principal, como lo podemos ver en el primero y segundo párrafo del trozo mencionado.

Se infiere de esta doctrina que un juicio es simple, y que una proposición es compuesta cuando encierra en sí varios juicios.

NÚMERO 4.º

Análisis de los términos de una proposición.

El sugeto, el verbo y el atributo, que también suelen llamarse términos de una proposición, tienen sus oficios respectivos. El sugeto representa la cosa de que se habla, el atributo la calidad que se juzga que tiene, y el verbo refiere la calidad al sugeto.

Primero. El sugeto representa la idea de una cosa que existe ó la idea de una cosa que miramos como existente. En el primer caso se contrae únicamente á la cosa que representa, distinguiéndola de cualquier otro

individuo, por lo que se llama nombre propio, como *Madrid, Tajo*. En el segundo comprende en su significación una clase de muchos individuos, como *hombre, caballo*, y se llama nombre general.

Luego el nombre propio expresa la idea que tenemos de un individuo, y el nombre general una clase de muchos individuos.

La idea de un individuo es una idea de sensación, pues no la tendríamos si los sentidos no presentasen este individuo á nuestra alma, y los sentidos no le presentarían si no existiese verdaderamente. Al contrario, la idea que tenemos de una clase es una idea de reflexión, pues los sentidos no presentan esta clase á nuestra alma, sino que la formó ella de por sí, por medio de varias expresiones; luego el nombre general no representa una cosa que existe verdaderamente.

Consideremos ahora las operaciones que hizo el alma para lograr la idea de una clase. Los sentidos la presentaron sucesivamente varios individuos, á quienes dió su atención, primera operación; comparó estos individuos unos con otros, segunda operación; juzgó que tenían varias calidades comunes, tercera operación; dió al alma la idea de un conjunto de calidades comunes de muchos individuos, cuyo conjunto se representa por la palabra *clase*, ó lo que es lo mismo, por la de *nombre general*.

Así como hemos formado varias clases de individuos que existen, formaríamos también varias clases de las calidades que percibimos en los individuos. Tales son las clases representadas por las palabras *blanca, olor, virtud*.

Se tirare de estos principios que el sugeto de una proposición representa indistintamente un nombre propio ó un nombre general, cuyos nombres se reducen comunmente al de substantivo.

El atributo representa un nombre general, como en la proposición «Rodriguez es arquitecto», ó un adjetivo, como en esta, «Rodriguez es inganioso.» Consideremos ahora el carácter de esta última palabra.

El adjetivo determina siempre el substantivo, y se podría llamar incidente, pues hace el mismo oficio que la proposición de este nombre. En *hombre ilustre*, la palabra *hombre* representa la idea de un nombre general; y la palabra *ilustre* determina esta idea, haciéndola considerar con la relacion de *ilustre*. En *vuestro padre*, la palabra *vuestro* determina la idea *padre*, pues señala la relación que tiene con vosotros. En *este libro*, la palabra *este* determina la idea de *libro*, porque manifiesta la relación que tiene con lo que indica. Y generalmente todo adjetivo añade á la idea principal otra idea, que por esta razón se llama adjetiva.

Estas tres relaciones suponen tres juicios de nuestra alma. No conoceríamos, v. g., la relación que existe entre *hombre* y *ilustre*, sin haber comparado estas dos ideas. Luego cuando decimos *hombre ilustre* significamos que la idea de *hombre* conviene con la de *ilustre*, ó lo que es lo mismo, que la primera tiene relación con la segunda. Conforme á esto, *hombre ilustre* es lo mismo que *hombre que es ilustre*; *vuestro padre*,

lo mismo que *padre que es vuestro; este libro*, lo mismo que *libro que es este*. Donde se ve claramente que los adjetivos tienen el mismo oficio que las proposiciones incidentes; esto es, el de determinar los sustantivos.

Los sustantivos con preposicion tienen tambien el mismo oficio que los adjetivos y las proposiciones incidentes. *Hombre de ingenio* es lo mismo que *hombre ingenioso*, ó lo mismo que *hombre que es ingenioso*. Sentaremos pues por principio general que las proposiciones incidentes, los adjetivos y los sustantivos con preposicion se identifican, y que todos ellos determinan los sustantivos.

NÚMERO 5.º

Análisis del verbo.

El verbo, segun hemos dicho, juzga de la relacion de semejanza ó de diferencia que exista entre el sujeto y el atributo; de donde se podría inferir que no hay mas que un verbo en el lenguaje. Mas los hombres procuraron reducir la expresion de sus pensamientos á un corto número de palabras, por cuya razon impusieron á una sola palabra la significacion de varias relaciones, que deberian expresarse con distintas palabras.

Así unieron la idea del verbo *estar* con la idea de un adjetivo, expresando las dos con una sola palabra, cual es *vivir*; *amar*, *estudiar*, en lugar de *estar viviendo*, *estar amando*, *estar estudiando*; y estos compuestos se llamaron tambien verbos.

Además de esto, imaginaron varias terminaciones del verbo, para expresar con ellas varias relaciones: 1.º con un sujeto conocido por medio de esta terminación, y que por lo mismo puede suplirse en el discurso; 2.º relacion con el número de sujetos; si es uno se dice *estudio*, si son muchos, *estudiamos*; 3.º relacion al tiempo, *estudio ahora mismo*.

Si tomamos por punto fijo del tiempo un momento determinado, estableceremos tres divisiones: tiempo presente, tiempo pasado ó perfecto, y tiempo venidero, cuyos tres periodos se señalan con distintas terminaciones del verbo.

La accion, una de las calidades transitorias de un sujeto, puede tener relacion con dos periodos. De ahí nuevas terminaciones del verbo, conocidas bajo los nombres de imperfecto, pluscuamperfecto, imperativo.

Por último, todos estos tiempos reciben distintas terminaciones en las proposiciones subordinadas, lo que constituye la diferencia de tiempo del indicativo y tiempo de subjuntivo. Tales son las relaciones expresadas con las terminaciones del verbo; veamos las que le acompañan.

Cuando se dice *la naturaleza ostenta*, se puede preguntar: ¿qué es lo que ostenta? *Toda su majestad*; donde se ve que *majestad* es objeto del verbo. Luego si hemos hallado una relacion entre el sujeto y su calidad, comparando el primero con la segunda hallaríamos del mismo modo una relacion entre el sujeto y el objeto del verbo. Esta relacion no se expresa en el discurso sino por el lugar que tiene el objeto, pues

suele posponerse al verbo; y cuando no, se alcanza esta relacion por medio del buen sentido.

La naturaleza ostenta su majestad á todos los hombres, es otra relacion expresada con la preposicion *á*; porque la calidad del sujeto se dirige ó se termina en todos los hombres; porque todos los hombres se llaman término del verbo.

En una de aquellas grandes escenas; relacion del lugar, señalada con la preposicion *en*.

Se inflama con el deseo de gloria; relacion de causa, señalada con la preposicion *con*.

Dos brazos de su falda; relacion de pertenencia, señalada con la preposicion *de*.

Bastan las relaciones que acabamos de apuntar para formar concepto de las demás, cuyo número es considerable, y con esto concluimos el análisis del discurso, puesto que le hemos dividido en varias partes, y subdividido estas en proposiciones principales, subordinadas, incidentes, simples y compuestas; hallado en cada proposicion sustantivos, adjetivos, verbos y preposiciones, y visto cómo unas palabras sirven para determinar otras. Hé aquí pues el discurso reducido á sus elementos, y acabado su análisis.

NÚMERO 6.º Y ÚLTIMO.

Observaciones sobre el análisis del discurso.

Con el análisis que acabamos de hacer hemos reparado que muchas palabras se suplen en el discurso con motivo de darle mas precision. Esta calidad del discurso es muy grata al que escribe y al que lee, al que habla y al que oye, porque con ella unos y otros logran mas pronto su intento. Las percepciones de nuestra alma son obra de un instante, mas su expresion exige todo el tiempo necesario para descomponerlas. Percibiendo varias ideas al mismo tiempo, desearíamos, si fuese posible, expresarlas del mismo modo; mas no pudiendo ser esto, nuestro mayor gusto pende de la mayor precision. Quanto mas se reduce el tiempo, tanto mas pronto se verifica la expresion y tanto menos trabajo cuesta la descomposicion. A esto se puede atribuir el origen de las palabras compuestas en el discurso. El adverbio, el pronombre y la conjuncion, por ejemplo, no representan una sola idea, sino varias ideas, que deberian expresarse con distintas palabras. Por esta razon no tratamos de ellos en el análisis.

Consideremos ahora estas palabras compuestas, y veamos á qué elementos se reducen.

El adverbio equivale á un sustantivo con preposicion. Se dice *prudentemente*, en lugar de *con prudencia*; *mas*, en lugar de *en cantidad superior*, y así de los demás.

El pronombre equivale algunas veces á una proposicion compuesta, como *venid á ver á un rey á quien los reyes pagaron tributo*, á un soberano de quien eran vasallos ocho soberanos, al monarca mas célebre de su siglo, al mas sabio de Europa, y todos menos su corazon le fallaron. Donde vemos que el pronombre *le* representa las cuatro partes de que consta esta proposicion.

La conjuncion encierra en sí el pensamiento ó la

idea que se acaba de expresar, uniéndola con la que sigue. Tales son las siguientes: *entonces*, en lugar de *en aquel tiempo*; *así*, en lugar de *esta suerte*; *pués*, en lugar de *por consiguiente*.

La conjunción *y* entre dos substantivos, como *orador y poeta*, manifiesta que se va á hacer respecto de poeta el mismo juicio que se hizo de orador.

Por último, la conjunción que suple el lugar de varias palabras, como *dicese que la jurisprudencia es el alma de la sociedad*. La conjunción que en esta proposición es una expresión abreviada, que corresponde á esta otra: *dicese una cosa que es la jurisprudencia, etc.*; donde se ve que su oficio es unir la primera proposición con la segunda.

RESÚMEN GENERAL.

PRIMERA PARTE.

Primero. Nuestros pensamientos se contraen á cosas que existen en la naturaleza ó á cosas que miramos como existentes.

Segundo. Una cosa que existe es un conjunto de calidades, porque las calidades de las cosas son todo lo que podemos percibir en ellas.

Tercero. Las calidades pueden ser esenciales ó transitorias. *Animado* es una calidad esencial del hombre. La acción de sus miembros es una calidad transitoria, porque pende de su voluntad.

Cuarto. En una cosa que existe consideramos las calidades esenciales y transitorias; mas en una cosa que miramos como existente prescindimos de las transitorias, y solo consideramos las esenciales; de donde se infiere que la idea de las primeras es de sensación, y la de las segundas de reflexión.

Quinto. La palabra que representa la idea de una cosa que existe se llama nombre propio. La que repre-

senta la idea de una cosa que miramos como existente se llama nombre general. Ambos tienen nombre de substantivos.

Sexto. El nombre propio siempre es sujeto; el nombre general puede ser sujeto de una proposición.

SEGUNDA PARTE.

Primero. Las cosas tienen entre sí varias relaciones; luego las mismas relaciones habrá entre nuestras ideas.

Segundo. Percibimos estas relaciones por medio de una operación de nuestra alma.

Tercero. Una cosa puede tener relación con otra cosa, ó con una ó varias calidades.

Cuarto. Para expresar estas relaciones en el discurso usamos de nombres generales, adjetivos, proposiciones incidentes y substantivos con preposiciones que se refieren al sujeto por medio del verbo expresado ó suplido.

Quinto. El adjetivo, llamado así porque siempre se une al substantivo, expresa en el discurso lo que se refiere al sujeto.

Sexto. El adjetivo, la proposición incidente y el substantivo con preposición son siempre atributos de una proposición.

Sétimo. El verbo es el signo de una operación de nuestra alma, que juzga de la relación de semejanza ó diferencia que existe entre el sujeto y el atributo.

Octavo. Damos también el nombre de verbo á una palabra compuesta que comprende el verbo verdadero en adjetivo y varias relaciones expresadas con sus terminaciones; aunque algunos los diferencian llamando verbo substantivo al primero y verbo adjetivo al segundo.

Noveno. Las demás palabras compuestas que vemos en el discurso se reducen á las que acabamos de señalar, como el pronombre, el adverbio y la conjunción.



RUDIMENTOS DE LA GRAMÁTICA FRANCESA.

IDEA DE LA PRONUNCIACION.

La verdadera pronunciación de la lengua francesa consiste en dar á cada sílaba un sonido conforme al genio de la lengua. Las sílabas se componen de letras, así como en los demás idiomas; consideraremos pues la pronunciación de cada letra por sí sola, y después llegarémos á la pronunciación de las letras en cuanto forman sílabas.

Las letras se dividen en vocales y consonantes. Las vocales son cinco: *a, e, i, o, u*, cuya pronunciación solo en la *e* y en la *u* se diferencia de la castellana; la *e* se articula con mas ó menos lentitud, segun lo requieren los acentos, que en francés son tres: agudo, grave y circunflejo. Por medio de estos tres acentos la *e* toma tres nombres y tres pronunciaciones distintas: *e* cerrada se pronuncia como en castellano *amé*; *e* abierta pide una abertura de boca mas grande, y *e* muda tiene un sonido sordo, como en la palabra *mudre*; la pronunciación de la *u* se hará conocer con la viva voz.

Dos ó tres vocales pueden andar unidas en una misma palabra, y sin embargo se reducen al sonido de una sola vocal; llámense entonces vocales compuestas. Así, en la voz francesa *plaire*, la *a* y la *i* juntas suenan como una *e*; en la voz *autel*, la *a* y la *u* tienen el valor de una *o*. No sucede lo mismo en la lengua castellana, donde se pronuncia como se escribe, y se escribe como se pronuncia. Procurarémos hacer conocer con ejemplos algunas de estas vocales compuestas, dejando al uso el conocimiento de las demás, que son en gran número.

Ejemplos de vocales compuestas: *ai, ei, oi* tienen el sonido de una *e* abierta (1), como: *maison*, casa; *peine*, trabajo; *connoître*, conocer.

Ea suena *a*, v. g.: *il mangea*, él comió; *eo* suena *o*, v. g.: *nous mangeons*, nosotros comemos; *eu* forma un misto de *e* muda y de *a* francesa, v. g.: *peu*, poco; *ou* hace *u* castellana, v. g.: *fou*, loco; *ui* se pronuncia como *i*, v. g.: *guide*, guía.

Cada una de estas vocales no sigue la misma pronunciación en todas las palabras; las excepciones son muchas, y por consiguiente reservaremos para el tiempo de la lectura el indicarlas á medida que se ofrezca.

Las consonantes de la lengua francesa son diez y

nueve, á saber: *b, c, d, f, g, h, j, k, l, m, n, p, q, r, s, t, v, w, z*.

No pueden pronunciarse sin ayuda de vocal; aplicaremos pues cada una de ellas á cada una de las cinco vocales para determinar su pronunciación respectiva. En estas combinaciones observaré sus diferencias del castellano, particularmente en los tres sonidos de la *e*.

La *b* se ha de distinguir de la *v* en la pronunciación. El sonido de la primera se forma arrojando el aliento al tiempo de desunir los labios, y el de la *v* hiriendo en los dientes de arriba el labio de abajo, al modo con que se pronuncia la *f*, como en estas vocales *base* y *vase*, *bague* y *vague*, *bain* y *vain*. Los españoles confunden estas dos letras en la pronunciación, mas no en lo escrito, como lo manifestaremos en la pronunciación.

C y *k* son unisones hiriendo á las vocales *a, o, u*; la *c* se pronuncia *s* antes de *e* y de *i*; suena *g* algunas veces, v. g.: *second*, *cicogne*, *secret*; suena *s* delante de las cinco vocales cuando está con cedilla.

La *g* suena como en castellano delante de *a, o, u*; pero es necesario oír la viva voz para pronunciarla con *e, i*. Se pronuncia delante de *a, o, u* como delante de *e, i* cuando á dicha *g* sigue inmediatamente una *e* muda, como *il mangea*. A la pronunciación de la *g* delante de *e, i* se arregla la pronunciación de la *j* delante de las cinco vocales, v. g.: *jardin*, *joli*.

La *h* es aspirada *hamau*, ó muda, v. g.: *homme*, *honneur*. La primera corresponde á una consonante, la segunda suple las veces de vocal.

La *d, f, l, m, n, p, q, r, t* no se apartan de la pronunciación castellana.

La *s* simple tiene el sonido de la *c* francesa (2), que se hará conocer con la viva voz, como *baiser*, *poison*; la doble tiene el sonido de una *s* castellana, v. g.: *baisser*, *poisson*.

La *x* tiene en francés dos sonidos: el primero suena como *ks*, v. g.: *sexe*, *axe*; y el segundo suena *s*, como *deuxième*, *sixième*.

La pronunciación de cada letra por sí sola conduce á la pronunciación de las letras en cuanto forman sílabas; llamamos sílaba un sonido que se articula con un solo impulso de la voz; una sílaba se compone de una consonante con una vocal, v. g.: *me*, *pe*; ó de una vocal con varias consonantes, v. g.: *prompt*; ó de una consonante con varias vocales, v. g.: *Dieu*; ó de una sola vocal, v. g.: *a*.

(1) *Oi* tenía en efecto el sonido que aquí le apropia nuestro autor, en los tiempos de los verbos. Ahora *oi* se pronuncia *ou*, y en los verbos se usa en su lugar de *ai*.

(2) Querrá decir de la *c*.

Nacen de aquí dos dificultades : primera, ¿cómo se distinguen las sílabas en una palabra que tiene muchas? Segunda, ¿cómo se distinguen las sílabas largas de las breves? Dejémoslas para mañana el responder á ellas.

La division de las sílabas en una palabra depende del oído solo; de modo que toda la doctrina sobre este asunto se reduce á que los alumnos atiendan á la voz de su maestro, y apunten en la palabra tantas sílabas cuantos sonidos fueren señalados en la pronunciación. Ilustrados por la experiencia, conocerán después fácilmente los caprichos del uso francés sobre este particular.

Formada la division de las sílabas en una palabra, falta dar á cada una su sonido correspondiente. Si la sílaba fuere compuesta de una consonante con una vocal, os será fácil pronunciarla, habiendo aplicado cada consonante á cada una de las cinco vocales. Si la consonante fuere combinada con una vocal compuesta, no os detendrá tampoco su pronunciación, sabiendo que una vocal compuesta se reduce al sonido de una simple vocal. Está toda la dificultad en la combinación de consonantes con diptongos ó con vocales nasales, que serán el objeto de las lecciones siguientes.

El conjunto de dos vocales que se pronuncian con dos sonidos se llama diptongo; en la palabra *moi* la *o* y la *i* tienen dos sonidos distintos; en la palabra *moi* la *a* y la *i* juntas tienen un solo sonido. Ved aquí la diferencia del diptongo y de la vocal compuesta.

Los diptongos se componen de dos vocales simples, como *suave*; ó de una vocal simple con una vocal compuesta, como *miauler*; ó de dos vocales compuestas, v. g.: *pnais*.

El diptongo forma siempre sílaba, y si las vocales no pueden pronunciarse en una sola sílaba deja de ser diptongo, como en estas voces: *criant*, *sanglier*. Los diptongos pertenecen á los dos idiomas, francés y castellano; los triptongos solo al castellano, y no al francés, segun nuestro dictamen, que motivaremos en la explicación.

Cuando una vocal simple ó compuesta se une con la *m* ó la *n*, forma una vocal nasal, por salir de las narices su pronunciación, v. g.: *plan*, *can*, *paon*; *en* y *em* suenan algunas veces *an* y *am*, v. g.: *enfant*, *empire*; otras veces suena *en*, v. g.: *ennemi*, *lien*; *im* y *in* siguen la misma pronunciación, como *faim* *jardin*.

Cesan de ser nasales la *m* y la *n* cuando se pronuncian separadas de la vocal y forman distintas sílabas, v. g.: *amié*, *vaine* (1). Harémos conocer la pronunciación de estas vocales nasales con la viva voz, aplicando á cada una de ellas cada una de las consonantes; y así facilitaremos á los alumnos el pronunciarlas en sus sílabas.

Las sílabas largas y breves son el objeto de la segunda dificultad; la sola regla para distinguirlas es el uso y el ejemplo de aquellos que hablan puramente. Las sílabas largas son señaladas regularmente con el acento grave ó el circunflejo, v. g.: *tempête*, *après*; debiéndose advertir que la pronunciación francesa es diametralmente opuesta á la castellana en cuanto á los

(1) *Vaine* no puede servir de ejemplo de esta regla.

acentos. Las sílabas breves en castellano son largas en francés, v. g.: *ingénua*, *ingénie*; *serie*, *serie*; *génése*, *génése*.

So ha dado á conocer la pronunciación de cada letra por sí sola y la pronunciación de las letras formando sílabas. Era el único fin de nuestras lecciones, porque sabida la pronunciación de cada sílaba, no hay trabajo en pronunciar cualquiera palabra. Concluirémos este bosquejo con algunas reglas generales de pronunciación.

Primera regla. No se ha de pronunciar ninguna consonante final, á excepcion de *c*, *t*, *m*.

Segunda regla. Si la consonante final fuere seguida de una vocal inicial de voz, la consonante se pronunciará en la poesía y discursos académicos, mas no en la prosa y discursos familiares, sino en ciertas palabras que hacen excepcion.

Tercera regla. Se pronuncia larga la sílaba final de los plurales.

Observaciones particulares.

La *d* final se pronuncia con el sonido de la *t*, v. g.: *grand homme*; la *g* con el de la *k*, v. g.: *sang et eau*. La *l* no se pronuncia en *il ó elle*, v. g.: *il mange*, *ils laissent*, sino cuando se sigue una vocal inicial de voz; *quelque* y sus derivados se pronuncian sin *l*; *cel* suena *st*, y *cette* suena *ste*, v. g.: *cel oiseau*, *cette femme*.

Es muy desagradable la pronunciación que se da en París á la *l* mojada, á las vocales compuestas *ou*, *eu*, *rou* y á *gn*; restablecerémos estas letras en su verdadera pronunciación, indicando los abusos de la lengua parisiense.

Concluirémos aquí nuestras lecciones de pronunciación, persuadidos de que en esta materia no conviene multiplicar las reglas, sino apuntar las precisas y sostenerlas con buenas explicaciones; más luce aquí la viva voz del maestro que la teoría mas sublime de los principios.

Principios de gramática francesa.

Se han considerado las palabras como simples sonidos en el tratado de la pronunciación; conviene ahora considerarlas como signos de nuestros pensamientos; esto es, dando á conocer á los otros hombres, por medio de la voz ó de la escritura, lo que pasa en nuestra mente, bien sean los objetos ó las formas de nuestros pensamientos. Las palabras, así consideradas, se llaman partes de la oración.

En la lengua francesa, como en las demás lenguas, todas las palabras son indicantes ó determinantes. Cada una de estas especies se divide en varias clases, segun se ha explicado en la Gramática general. Seria ocioso repetir una cosa sabida ya; prescindamos pues de estas definiciones, y económicos del tiempo, nos detendremos solamente en las diferencias de la lengua francesa.

Palabras indicantes de ser y de calidad.

Estas dos clases de palabras son susceptibles en todas las lenguas de sexo, número y caso.

En la lengua francesa el sexo se distingue por las palabras *le* y *la*; *le* conviene á la especie varonil, y *la* á

la especie de hembras. Seria un error manifiesto querer determinar el sexo por la terminacion, existiendo palabras de diferentes sexos que se terminan del mismo modo, como *porte, homme, gain, main*; hemos de advertir que *le* y *la* no pueden determinar el sexo cuando la palabra que sigue principia con vocal, porque la vocal anterior se omite por evitar la cacofonia, quedando su lugar señalado con el apóstrofo, como *l'ame, l'esprit*; en estos casos el *Diccionario* puede servir de guia á los principiantes. Es de grande importancia para nuestros alumnos el reparar con cuidado los sexos de las palabras francesas, y cotejarlas con las de las palabras correspondientes en castellano; de este modo no se dejarán engañar por la analogia de su idioma. El dolor se dice en francés *la douleur*; el fin, *la fin*; la primavera, *le printemps*; la sangre, *le sang*. Suce le algunas veces que la misma palabra indicante de ser muda su sexo mudando su significacion: *le garde du corps, la garde d'une épée; un poste avantageux, courir la poste*.

Otras, sin mudar su significacion, mudan su sexo en ciertas ocasiones; *gens* indica sexo femenino cuando es precedido de una palabra indicante de calidad; así, se dice *les bonnes gens*; y al contrario, es masculino cuando le sigue una indicante de calidad, como *les gens savans*.

Amour es masculino refiriéndose á uno, y femenino refiriéndose á muchos; *les folles amours*.

Chose es femenino por sí mismo, y masculino cuando se une con *quelque*, v. g.: *quelque chose de bon*.

Las palabras indicantes de calidad tienen dos sexos: el masculino y el femenino, aumentado con la letra *e*, v. g.: *savant, savante*. Esta regla tiene muchas excepciones; primeramente las voces terminadas en *l, n, s*, duplican estas en la formacion del femenino, como *bel, belle*.

Lo segundo *beau* hace *belle, blanc blanche, public publique, bref breve, long longue, favori favorite, pêcheur pécheuse, acteur actrice, frais fraîche, honteux honteuse, doux douce, malin maligne*.

Las palabras francesas reciben tambien número. El plural se forma añadiendo una *s* al singular, como: *porte, puertas, portes*; se exceptúan las voces terminadas en *au, eu, ou*; estas toman una *x* en el plural, en lugar de una *s*, como: *eau, aguas, eaux; caillou, guijarro, cailloux*.

La palabra determinante *la* hace *les* al plural, y no *las*; los terminados en *al* se convierten en *aux*, como *cheval, caballo, chevaux*; salen de esta excepcion *bat, baile; regal, regalo; carnaval, carpañal*, y algunos otros.

Los que acaban en *z, s, x* guardan estas letras en el plural, como *le nez, la nariz; le fils, el hijo; la voix, la voz*. Algunos plurales son irregulares; *le ciel, el cielo, hace les cieux; ayeul, abuelo, hace ayeux; ail, ojo, hace yeux*.

En fin las palabras francesas son susceptibles de casos; no renovaremos aqui la teoria de los casos, por haberse establecido en la Gramática general; bástanos decir qué se forman en francés, oido en castellano, por medio de palabras determinantes, segun se sigue:

El hombre, <i>l'homme</i> ;	El hombre, <i>l'homme</i> ;
Del hombre, <i>de l'homme</i> ;	O hombre, <i>à l'homme</i> ;
Al hombre, <i>à l'homme</i> ;	Del hombre, <i>de l'homme</i> .

El plural francés se refiere tambien al castellano, como:

Los hombres, <i>les hommes</i> ;	Los hombres, <i>les hommes</i> ;
De los hombres, <i>des hommes</i> ;	O hombres, <i>à hommes</i> ;
A los hombres, <i>aux hommes</i> ;	De los hombres, <i>des hommes</i> .

Hay alguna variacion en el uso de las determinantes cuando la palabra principia con vocal y es masculina, como:

El pan, <i>le pain</i> ;	El pan, <i>le pain</i> ;
Del pan, <i>du pain</i> ;	O pan, <i>à pain</i> ;
Al pan, <i>au pain</i> ;	Del pan, <i>du pain</i> .

Las palabras femeninas no siguen esta diferencia; se dice:

De <i>l'eau</i> , del agua;	De <i>la fleur</i> , de la flor;
A <i>l'eau</i> , al agua;	A <i>la fleur</i> , á la flor.

Por lo que queda dicho se infiere que la lengua francesa y la castellana son conformes en cuanto á los casos; que solo se diferencian en las palabras que principian con consonantes, y que entrambas se apartan del mismo modo de la latina, excluyendo las terminaciones y representándolas con palabras determinantes.

Conviendría pues establecer entre los usos y variaciones de esta palabra determinante, llamada por los latinos artículo; sin embargo, no le señalaremos este lugar, por conformarnos al orden que se ha puesto en la gramática general.

Las palabras indicantes de ser pueden ser representadas por otras palabras, para evitar una repeticion frecuente; los latinos llamaron á estas últimas pronombres. Son de uso comun en todas las lenguas, y por ser dificultosa su aplicacion en la francesa, nos detendremos en considerarlas por menor, explicando sus diferencias.

Primera especie. En el discurso, no puede hablar de sí mismo, de otro ó á otro; y para no repetir sus apellidos respectivos, se ha convenido en representarlos por medio de otras palabras. En castellano se dice *yo, tú, él*; en francés *je, tu, il*; tienen la misma significacion las palabras *moi, toi, lui*, y corresponden á *mi, tí, él*.

Luego se puede establecer que para expresar la primera persona se puede usar de las palabras *je, me, moi*; para la segunda de *tu, te, toi*, y para la tercera de *il, le, lui*; fíase ahora determinar la aplicacion de cada una. *Je, tu, il* son sujetos de la accion, como: *yo veo, je vois; me, te, le* se ponen cuando sigue una palabra indicante de accion, como: *él le mató, il le tua; moi, toi, lui* se ponen despues de la indicante de accion, como: *dale, donne lui*.

Cuando las personas indican muchedumbre, se dice *nous, vous, ils*, nosotros, vosotros, ellos. Se ha de advertir que *nous* y *vous* no varían delante ó despues de una palabra indicante de accion, como: *nous aimons*, nosotros amamos; *il nous aime*, él nos ama; *aimons nous*, amados. No sucede así respecto á la tercera persona; se dice *ils* cuando es el sujeto de la accion, v. g.: *ils veulent*; se dice *les* antes de una palabra in-

dicante de accion, como il *les ennuye*, él les enfada; sa dice unas veces *les* y otras *leurs* despues de una indicante de accion; permitidles, *permettez leurs*; matadles, *tuez les*.

Segunda especie. Estas palabras indicantes de *ser* se convierten en indicantes de calidad caspido se trata de posesion. *Je*, primera persona, se convierte en *mon* ó *mien*; *tu*, segunda persona, en *ton* ó *tien*; *il*, tercera persona, en *son* ó *sien*. De modo que se dice *mon, ma, mien, mienne*, mi, mio, mia; *ton, ta, tien, tienne*, tú, tuyo, tuya; *son, sa, sien, sienne*, su, suyo, suya.

Teneis que advertir que las palabras castellanas *mi, tu, su* no reciben género femenino como las francesas, v. g.: *mi libro, mi casa, mon livre, ma maison*. La aplicacion de estas dos especies *mon, mien, ton, tien, son, sien* es la misma en los dos idiomas, y por tanto no hablaremos de ellas.

Aunque *mon, ton, son* sean propios del masculino, se usarán para ambos géneros cuando el nombre que sigue empieza con vocal ó *h* muda, v. g.: *mon ami*, mi amigo; *mon ame*, mi alma.

Tercera especie. No se pueden colocar en esta clase, segun mi dictamen, *ce* y *cet*, que corresponden en castellano á *este*, porque en francés estas palabras se juntan siempre á un nombre; luego no se les puede llamar pronombres, sino meras palabras indicantes de calidad.

En lugar de *ce* y *cet*, cuando se quiere usar de estas palabras como pronombres, se ha de decir *celui-ci, celui-là*, v. g.: ¿quién es este? *qui est celui-ci?* ¿aquel es mi primo, *celui-là est mon cousin*.

Sucede algunas veces que para indicar mayor inmediacion, las sílabas *ci* y *là* se posponen á *ce*, v. g.: este libro, *ce-livre-ci*; aquel banco, *ce-banc-là*.

Cuarta especie. Llámase relativos aquellos que se refieren á una cosa ó persona antecedente; tales son en francés *qui, que, quoi, quel, dont*; *qui* es sugeto de la accion, como: *la vertu qui plait*; *que* es término de accion, v. g.: *la vertu que j'aime*, la virtud que yo amo; *quoi* se usa en ciertas ocasiones, v. g.: ¿con qué escribe usted? *avec quoi écrivez vous?* Se dice *quel* antes de una palabra indicante de *ser*, cuando el sentido es admirativo ó la oracion interrogativa, v. g.: ¿qué hombre es este? *quel homme est celui-ci?* *Dont* corresponde á las palabras castellanas de que ó de quien, v. g.: el libro de que hablo, *le livre dont je parle*.

Quinta y última especie. Hay en francés una palabra que indica una especie de tercera persona, general é indeterminada, como cuando se dice: *on étudie*, se estudia. Esta palabra *on* parece tener las propiedades de pronombre, y por tanto la hemos colocado en esta clase, apartándonos de las ideas recibidas en las gramáticas francesas.

Pueden tambien ser contraidas á esta especie *y, en*; la primera corresponde á las voces castellanas en él ó en ellos, y la segunda á las voces de él ó de ellos, v. g.: hablando de un sitio hermoso, *je m'y divertis*, yo me divierto en él; hablando de manzanas, *j'en ai mangé*, comí de ellas; ampliaremos esta doctrina en la explicacion.

Palabras indicantes de accion.

Habéis aprendido á expresar ideas simples con palabras indicantes de *ser*; conviene ahora unir estas entre sí para formar una oracion completa, lo que se hace por medio de palabras indicantes de accion. Infundiremos claridad sobre esta materia, considerando primero sus conjugaciones, segundo sus propiedades, tercero sus especies.

Sus conjugaciones.

Conjugar una palabra indicante de accion es decir la con todas las diferencias de que es capaz, de lo cual hablaremos despues. No se conjugan del mismo modo todas las palabras, porque existe su diferencia en la terminacion del tiempo indeterminado de cada una; pueden reducirse á cuatro sus terminaciones, *er, ir, oir, re*; luego son cuatro las conjugaciones.

Conviene hablar ahora de los auxiliares *haber* y *ser*, porque no reciben regla alguna para su conjugacion peculiares, y entran en la conjugacion de las demás palabras.

CONJUGACION DEL AUXILIAR HABER.

Tiempo presente.

J'ai,	nous avons,
tu as,	vous avez,
il a,	ils ont.

Prétérito imperfecto, ó tiempo pasado referente al presente.

J'avois,	nous avions,
tu avais,	vous aviez,
il avoit,	ils avoient.

Tiempo pasado perfecto.

J'ai eu, ó j'eus,	nous avons eu, ó nous eumes,
tu as eu, ó tu eus,	vous avez eu, ó vous eûtes,
il a eu, ó il eut,	ils ont eu, ó ils eurent.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

J'avois eu,	nous avions eu,
tu avais eu,	vous aviez eu,
il avoit eu,	ils avoient eu.

Tiempo venidero.

J'aurai,	nous aurons,
tu auras,	vous aurez,
il aura,	ils auront.

Tiempo presente referente al venidero.

Aie,	ayez,
qu'il aie,	qu'ils aient.
ayons,	

Tiempo indeterminado.

Avoir.

Participio activo.

Ayant.

Participio pasivo.

Êu.

Los mismos tiempos sugetos á una causa de la accion.

Il faut que j'aie,	que nous ayons,
que tu aies,	que vous ayez,
qu'il ait,	qu'ils aient.

Tiempo pasado referente al presente.

Quand j'aurois,	quand nous aurions,
quand tu aurois,	quand vous auriez,
quand il auroit,	quand ils auroient.

Tiempo pasado.

Quoique j'aie eu,	quoique nous ayons eu,
quoique tu aies eu,	quoique vous ayez eu,
quoiqu'il ait eu,	quoiqu'ils aient eu.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

Si j'eusse eu,	si nous eussions eu,
si tu eusses eu,	si vous eussiez eu,
s'il eût eu,	s'ils eussent eu.

Tiempo venidero.

Quand j'aurai eu,	quand nous aurons eu,
quand tu auras eu,	quand vous aurez eu,
quand il aura eu,	quand ils auront eu.

CONJUGACION DE LA PALABRA AUXILIAR SER.

Tiempo presente.

Je suis,	nous sommes,
tu es,	vous êtes,
il est,	ils sont.

Tiempo pasado referente al presente.

J'étois,	nous étions,
tu étois,	vous étiez,
il étoit,	ils étoient.

Tiempo pasado perfecto.

J'ai été, ó je fus,	nous avons été, ó nous fumes.
tu as été, ó tu fus,	vous avez été, ó vous fûtes,
il a été, ó il fut,	ils ont été, ó ils furent.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

J'avais été,	nous avions été.
tu avais été,	vous aviez été.
il avait été,	ils avaient été.

Tiempo venidero.

Je serai,	nous serons,
tu seras,	vous serez,
il sera,	ils seront.

Tiempo presente referente al venidero.

Sois,	soyez,
qu'il soit,	qu'ils soient.
soyons,	

Tiempo indeterminado. Participio pasivo.

Être.	Être.
-------	-------

Participio activo. Gerundio.

Êtant.	En étant.
--------	-----------

TIEMPOS DETERMINADOS DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

Tiempo presente.

Il faut que je sois,	que nous soyons,
que tu sois,	que vous soyez,
qu'il soit,	qu'ils soient.

Tiempo pasado referente al presente.

Quand je serois,	quand nous serions,
quand tu serois,	quand vous seriez,
quand il seroit,	quand ils seroient.

Tiempo pasado.

Quoique j'aie été,	quoique nous ayons été,
quoique tu aies été,	quoique vous ayez été,
quoiqu'il ait été,	quoiqu'ils aient été.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

Si j'eusse été,	si nous eussions été,
si tu eusses été,	si vous eussiez été,
s'il eût été,	s'ils eussent été.

Tiempo venidero.

Quand j'aurai été,	quand nous aurons été,
quand tu auras été,	quand vous aurez été,
quand il aura été,	quand ils auront été.

Conocidas las conjugaciones de los auxiliares *ser* y *haber*, veamos cómo entran en la conjugacion de las demás palabras: á este efecto estableceremos aquí las cuatro conjugaciones.

PRIMERA CONJUGACION.

Tiempo presente.

J'aime,	nous aimons,
tu aimes,	vous aimez,
il aime,	ils aiment.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

J'aimois,	nous aimions,
tu aimois,	vous aimiez,
il aimoit,	ils aimoient.

Tiempo pasado.

J'ai aimé, ó j'aimai,	nous avons aimé, ó nous aimames,
tu as aimé, ó tu aimas,	vous avez aimé, ó vous aimâtes,
il a aimé, ó il aima,	ils ont aimé, ó ils aimèrent.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

J'avais aimé,	nous avions aimé,
tu avais aimé,	vous aviez aimé,
il avait aimé,	ils avaient aimé.

Tiempo venidero.

J'aimerai,	nous aimerons,
tu aimeras,	vous aimerez,
il aimera,	ils aimeront.

Tiempo presente referente al venidero.

Aime,	aimez,
qu'il aime,	qu'ils aiment.
aimons,	

Tiempo indeterminado. Participio.

Aimer.	Aimer.
--------	--------

Participio activo. Gerundio.

Aimant.	En aimant.
---------	------------

TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

Tiempo presente.

Il faut que j'aime,	que nous aimions,
que tu aimes,	que vous aimiez,
qu'il aime,	qu'ils aiment.

Tiempo pasado referente al presente.

Quand j'aimerois,	quand nous aimerions,
quand tu aimerois,	quand vous aimeriez,
quand il aimerait,	quand ils aimeraient.

Tiempo pasado.

Quelque j'aie aimé,
quoique tu aies aimé,
quoiqu'il ait aimé,
quoique nous ayons aimé,
quoique vous ayez aimé,
quoiqu'ils aient aimé.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

Si j'eusse aimé,
si tu eusses aimé,
s'il eût aimé,
si nous eussions aimé,
si vous eussiez aimé,
s'ils eussent aimé.

Tiempo venidero.

Quand j'aurai aimé,
quand tu auras aimé,
quand il aura aimé,
quand nous aurons aimé,
quand vous aurez aimé,
quand ils auront aimé.

SEGUNDA CONJUGACION.

Tiempo presente.

Je suis,
tu es,
il est,
nous sommes,
vous êtes,
ils sont.

Tiempo pasado referente al presente.

Je finissais,
tu finissais,
il finissait,
nous finissions,
vous finissiez,
ils finissaient.

Tiempo pasado.

J'ai fini, & je suis,
tu as fini, & tu es,
il a fini, & il est,
nous avons fini, & nous sommes,
vous avez fini, & vous êtes,
ils ont fini, & ils sont.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

J'avais fini,
tu avais fini,
il avait fini,
nous avions fini,
vous aviez fini,
ils avaient fini.

Tiempo venidero.

Je finirai,
tu finiras,
il finira,
nous finirons,
vous finirez,
ils finiront.

Tiempo presente referente al venidero.

Finis,
qu'il finisse,
finissons,
finissez,
qu'ils finissent.

Tiempo indeterminado. Participio activo.

Finir. Finissant.

Participio pasivo. Gerundio.

Finí. En finissant.

TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

Tiempo presente.

Il faut que je finisse.
que tu finisses,
qu'il finisse,
que nous finissions,
que vous finissiez,
qu'ils finissent.

Tiempo pasado referente al presente.

Quand je finissais,
quand tu finissais,
quand il finissait,
quand nous finissions,
quand vous finissiez,
quand ils finissaient.

Tiempo pasado.

Quoique j'aie fini,
quoique tu aies fini,
quoiqu'il ait fini,
quoique nous ayons fini,
quoique vous ayez fini,
quoiqu'ils aient fini.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

Quand j'aurai fini, etc.

TERCERA CONJUGACION.

Tiempo presente.

Je reçois,
tu reçois,
il reçoit,
nous recevons,
vous recevez,
ils reçoivent.

Tiempo pasado referente al presente.

Je recevois,
tu recevois,
il recevoit,
nous recevions,
vous receviez,
ils recevoient.

Tiempo pasado.

J'ai reçu, & je reçois, etc.

Tiempo referente á otro mas pasado.

J'avais reçu, etc.

Tiempo venidero.

Je recevrai,
tu recevras,
il recevra,
nous recevrons,
vous recevrez,
ils recevront.

Tiempo presente referente al venidero.

Reçois,
qu'il reçoive,
recevons,
recevez,
qu'ils reçoivent.

Tiempo indeterminado. Participio activo.

Recevoir. Recevant.

Participio pasivo. Gerundio.

Reçu. En recevant.

TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION.

Il faut que je reçoive,
que tu reçoives,
qu'il reçoive,
que nous recevions,
que vous receviez,
qu'ils reçoivent.

Tiempo pasado referente al presente.

Quand je recevois,
quand tu recevois,
quand il recevoit,
quand nous recevions,
quand vous receviez,
quand ils recevoient.

Tiempo pasado.

J'ai reçu, etc.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

Si j'eusse reçu, etc.

Tiempo venidero.

Quand j'aurai reçu, etc.

CUARTA Y ÚLTIMA CONJUGACION.

Tiempo presente.

Je défends,
tu défends,
il défend,
nous défendons,
vous défendez,
ils défendent.

Tiempo pasado referente al presente.

Je défendais,
tu défendais,
il défendait,
nous défendions,
vous défendiez,
ils défendaient.

Tiempo pasado perfecto.

J'ai défendu, & je défendis, etc.

Tiempo pasado referente á otro mas pasado.

J'avois défendu, etc.

Tiempo venidero.

Je défendrai,	nous défendrons,
tu défendras,	vous défendrez,
il défendra,	ils défendront.

Tiempo presente referente al venidero.

Défends,	défendez,
qu'il défende.	qu'ils défendent.
défendons,	

Tiempo indeterminado.

Défendre.

Participio activo.

Défendant.

Participio pasivo.

Défendu.

Gerundio.

En défendant.

TIEMPOS DEPENDIENTES DE UNA CAUSA DE LA ACCION.**Tiempo presente.**

Il faut que je défende,	que nous défendions,
tu défendes,	que vous défendiez,
qu'il défende,	qu'ils défendent.

Pasado referente al presente.

Quand je défendrais,	quand nous défendrions,
quand tu défendrais,	quand vous défendriez,
quand il défendrait,	quand ils défendraient.

Tiempo pasado.

Quoique j'aie défendu, etc.

Pasado referente á otro mas pasado.

Si j'eusse défendu, etc.

Tiempo venidero.

Quand j'aurai défendu, etc.

Hasta aquí se trató de las conjugaciones de las palabras indicantes de accion regulares; vamos ahora á tratar de sus propiedades.

Las palabras indicantes de accion reciben números, personas y tiempos. El número se distingue cuando la accion se hace por uno ó muchos agentes; en el primer caso es singular, en el segundo plural. De esto se infiere que los agentes determinan el número en esta especie de palabras.

Las personas ó agentes son tres, como lo hemos establecido hablando de los pronombres. En francés acompañan á las palabras indicantes de accion, de manera que no pueden ser separadas de ellas; no sucede lo mismo en la lengua castellana, como se comprobó en la explicacion.

Regularmente se colocan las personas precediendo á las palabras de accion; sin embargo, puede suceder que se pospongan á ellas: 1.º cuando hay interrogacion en el discurso: 2.º cuando se encuentran despues de las voces *aussi*, *peut-être*, *du moins*, en *vain*, *à peine*. Cuando se habla interrogativamente, y que se termina la palabra de accion con *e* muda, no basta pos-

poner la persona correspondiente, sino que la *e* muda se convierte en *e* cerrada; *parle-te bien?* se ha de pronunciar, *parlé-te bien?*

En estos casos de interrogacion puedan ser expresadas en la oracion palabras indicantes de *ser*, y no obstante se les debe expresar los pronombres, y posponerlos á las palabras de accion, v. g.: *Pierre est-il paresseux?*

Consta por lo que queda dicho que á cada persona corresponde en cada palabra de accion una terminacion diferente; con que se hace preciso conocer esta variedad para aplicarla en el discurso.

Los tiempos son objeto de la última propiedad de las palabras de accion. Seria muy ocioso considerar ahora sus diferencias y definiciones, por haber sido desenvuelta esta teoría en la Gramática general; bastará, para recapitularse en la memoria, reunir sencillamente aquellas mismas expresiones en la explicacion. Cefiárase nuestra tarea á observar cómo se aplican en francés los tiempos dependientes de una causa de la accion con oposicion á la lengua castellana, siendo así que los dos idiomas suelen muchas veces expresar una misma accion con varios tiempos.

Primeramente cuando el presente parece referirse á una accion venidera, varían las dos lenguas en su expresion; creo que venga, *je crois qu'il viendra*; cuando yo venga, *quand je viendrai*. 2.º El pasado referente al presente no recibe la terminacion de tiempo dependiente cuando encierra una condicion inmediata, v. g.: Si yo respondiera, *si je répondois*. 3.º No hay diferencia alguna inante al pasado. 4.º El pasado referente á otro mas pasado se arregla siempre á la terminacion dependiente, por afeclado que sea de condicion. Si yo hubiese respondido, *si j'eusse répondu*. 5.º Sucede en castellano expresarse el venidero dependiente con el pasado relativo al presente, y en francés con el futuro, v. g.: Cuando yo hubiese leido, *quand j'aurais lu*.

La formacion de los tiempos es materia de mucha dificultad en la lengua francesa, y no se pueden dar reglas generales sobre este particular, porque hay ciertas palabras que con la calidad de ser de una misma conjugacion, no por eso se arreglan á una misma formacion en todos sus tiempos; las primeras se llaman defectuosas, las segundas irregulares; por consiguiente, no pueden los alumnos arreglarse á aquellas conjugaciones que se han establecido, sino en ciertas palabras de accion. Pero ¿cómo sabrán distinguir las unas de las otras? Cómo conocerán las que son irregulares, defectuosas ó regulares? Mi dictamen es, que la sola experiencia debe ilustrar sobre esto, porque no es posible desenvolver las conjugaciones de todas las palabras, por ser infinitas en número, ni conviene apuntar algunas de ellas; si no han de dar luz para la formacion de las demás. Me pareció pues conveniente el reducir todo lo que se debe saber ahora á tres partes principales, que se señalarán en una cartilla: 1.º las terminaciones de los tiempos que se arreglan á una misma conjugacion; 2.º sus diferencias en algunas palabras defectuosas; 3.º una porcion considerable de palabras irregulares.

CARTILLA DE CONJUGACIONES.

PRIMERA CONJUGACION.

Terminaciones.

1.	2.	3.	4.	5.
<i>er</i> .	<i>ant</i> .	<i>e</i> .	<i>e</i> .	<i>ois</i> .
aimer.	aimant.	aimé.	je aime.	je aimois.

Todas las palabras pertenecientes á esta conjugacion se arreglan á una misma terminacion, prescindiendo de las palabras *aller* y *puer*.

SEGUNDA CONJUGACION.

1.	2.	3.	4.	5.
<i>ir</i> .	<i>issant</i> .	<i>i</i> .	<i>is</i> .	<i>ois</i> .
finir.	finissant.	fini.	je finis.	je finissois.

Primera diferencia. Palabras defectuosas.

En algunos verbos varían las palabras pertenecientes á esta clase en cuanto á la terminacion de su tiempo presente; tales son los siguientes: *sentir*, *je sens*; *bouillir*, *je bous*; *dormir*, *je dors*; *mentir*, *je mens*; *partir*, *je pars*; *se repentir*, *je me repens*; *servir*, *je sers*; *sortir*, *je sors*.

Segunda diferencia.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
<i>enir</i> .	<i>enant</i> .	<i>enu</i> .	<i>tens</i> .	<i>ins</i> .	<i>enais</i> .
tenir.	tenant.	tenu.	je tiens.	je tiens.	je tenois.
venir.	venant.	venu.	je viens.	je viens.	je venois.

Tercera diferencia.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
<i>rir</i> .	<i>rant</i> .	<i>ori</i> .	<i>re</i> .	<i>rie</i> .	<i>rois</i> .
courir.	courant.	couvert.	je couvre.	je couvris.	je couvrois.

TERCERA CONJUGACION.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
<i>espoir</i> .	<i>erant</i> .	<i>u</i> .	<i>ois</i> .	<i>us</i> .	<i>coais</i> .
recevoir.	recevant.	reçu.	je recois.	je reçois.	je recevois.

CUARTA CONJUGACION.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
<i>dre</i> .	<i>dant</i> .	<i>du</i> .	<i>da</i> .	<i>dis</i> .	<i>dois</i> .
rendre.	rendant.	rendu.	je rends.	je rendis.	je rendois.
répondre.	répondant.	répondu.	etc.		

Primera diferencia.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
<i>indre</i> .	<i>ignant</i> .	<i>ni</i> .	<i>ins</i> .	<i>ignit</i> .	<i>ignoits</i> .
craindre.	crainant.	craini.	je crains.	je craignis.	je craignoais.
peindre.	peignant.	peint.	etc.		
joindre.	joignant.	joint.			

Segunda diferencia.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
<i>aire</i> .	<i>aisant</i> .	<i>a</i> .	<i>ois</i> .	<i>us</i> .	<i>vois</i> .
plaire.	plaisant.	plu.	je plais.	je plus.	je plaisois.
faire.	faisant.				

Tercera diferencia.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
<i>uire</i> .	<i>uisant</i> .	<i>ui</i> .	<i>uis</i> .	<i>uisis</i> .	<i>uisois</i> .
produire.	produisant.	produit.	je produis.	je produisis.	je produisois.

Cuarta diferencia.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
<i>oivre</i> .	<i>oissant</i> .	<i>u</i> .	<i>ois</i> .	<i>us</i> .	<i>oissois</i> .
parloir.	parloissant.	paru.	je parols.	je parais.	je parloissois.
coûler.	coûissant.	etc.			

IRREGULARES DE LA PRIMERA CONJUGACION.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
<i>aller</i> .	<i>allant</i> .	<i>alle</i> .	je vais.	j'allai.	
puer.	puant.	pué.	je pus.	je pusai.	

IRREGULARES DE LA SEGUNDA CONJUGACION.

1.	2.	3.	4.	5.	6.
<i>courir</i> .	<i>courant</i> .	<i>couru</i> .	je cours.	je courus.	

<i>cueillir</i> .	<i>cueillant</i> .	<i>cueilli</i> .	<i>je cueille</i> .	<i>je cueillis</i> .
<i>faillir</i> .	<i>faillant</i> .	<i>failli</i> .	<i>je faillis</i> .	<i>je faillis</i> .
<i>foir</i> .	<i>foyant</i> .	<i>foi</i> .	<i>je fois</i> .	<i>je fois</i> .
<i>haïr</i> .	<i>haissant</i> .	<i>haï</i> .	<i>je haïs</i> .	<i>je haïs</i> .
<i>mourir</i> .	<i>mourant</i> .	<i>mori</i> .	<i>je meurs</i> .	<i>je mourus</i> .
<i>ouir</i> .	<i>oyant</i> .	<i>oui</i> .	<i>j'ois</i> .	<i>j'ois</i> .
<i>acquérir</i> .	<i>acquérant</i> .	<i>acquis</i> .	<i>j'acquiers</i> .	<i>j'acquies</i> .
<i>saillir</i> .	<i>saillant</i> .	<i>sailli</i> .	<i>je saillis</i> .	<i>je saillis</i> .
<i>vêtir</i> .	<i>vêtant</i> .	<i>vêtu</i> .	<i>je vêts</i> .	<i>je vêtis</i> .

IRREGULARES DE LA TERCERA CONJUGACION.

1.	2.	3.	4.	5.
<i>échoir</i> .	<i>échuant</i> .	<i>échu</i> .	<i>échois</i> .	
<i>mouvoir</i> .	<i>mouvant</i> .	<i>mu</i> .	<i>je meus</i> .	<i>je meus</i> .
<i>pleuvoir</i> .	<i>pleuvant</i> .	<i>plu</i> .	<i>il pleut</i> .	<i>il plut</i> .
<i>pouvoir</i> .	<i>pouvant</i> .	<i>pu</i> .	<i>je puis</i> .	<i>je pus</i> .
<i>savoir</i> .	<i>sachant</i> .	<i>sus</i> .	<i>je sais</i> .	<i>je sus</i> .
<i>valoir</i> .	<i>valant</i> .	<i>valu</i> .	<i>je vauds</i> .	<i>je valus</i> .
<i>voir</i> .	<i>voyant</i> .	<i>vu</i> .	<i>je vois</i> .	<i>je vis</i> .
<i>vouloir</i> .	<i>voulant</i> .	<i>voulu</i> .	<i>je veux</i> .	<i>je voutis</i> .

IRREGULARES DE LA CUARTA CONJUGACION.

1.	2.	3.	4.	5.
<i>battre</i> .	<i>battant</i> .	<i>battu</i> .	<i>je bats</i> .	<i>je battis</i> .
<i>boire</i> .	<i>buvant</i> .	<i>bu</i> .	<i>je bois</i> .	<i>je bus</i> .
<i>conclure</i> .	<i>concluant</i> .	<i>conclu</i> .	<i>je conclus</i> .	<i>je conclus</i> .
<i>confire</i> .	<i>confisant</i> .	<i>confit</i> .	<i>je confis</i> .	<i>je confis</i> .
<i>croire</i> .	<i>croyant</i> .	<i>crû</i> .	<i>je crois</i> .	<i>je crus</i> .
<i>dire</i> .	<i>disant</i> .	<i>dit</i> .	<i>je dis</i> .	<i>je dis</i> .
<i>lire</i> .	<i>lisant</i> .	<i>lu</i> .	<i>je lis</i> .	<i>je lis</i> .
<i>mettre</i> .	<i>mettant</i> .	<i>mis</i> .	<i>je mets</i> .	<i>je mis</i> .
<i>vivre</i> .	<i>vivant</i> .	<i>vecu</i> .	<i>je vis</i> .	<i>je vécus</i> .

Especies de palabras indicantes de accion.

En francés, como en castellano, hay palabras de accion activas, pasivas, neutras, reflexivas, reciprocas á impersonales; por tanto no las tomaremos en consideracion, dejando á la practica su conocimiento y distincion; tocarémos algo en la explicacion acerca de las tres primeras, señalando la diferencia que reina entre ellas por lo tocante á la formacion de sus tiempos compuestos, porque se aparta en esto al francés del castellano, siendo así que las activas piden el auxiliar *haber*, y las pasivas y neutras el auxiliar *ser*.

Palabras determinantes.

Las palabras determinantes sirven á determinar la idea de un objeto; se pueden dividir en determinantes de relacion y determinantes de modificacion; las primeras ejercen principalmente su determinacion sobre las palabras indicantes de ser; las segundas sobre las palabras indicantes de accion. Se han tratado separadamente estas dos especies en la gramática general, y el francés no se aparta de lo establecido en ella, ni se diferencia tampoco del castellano. Dejamos de apuntar aquí una série de palabras determinantes, por no ser esto un diccionario, bastando para la instruccion de los alumnos el considerar las variaciones que recibe en la lengua francesa el artículo.

El artículo en francés determina el sentido de una palabra indicante de ser, ó expresa una parte de un todo, ó indica un individuo de una especie; en estas tres diferencias recibe tres nombres diversos. En la primera se dice *le*, *la*, v. g.: *le livre que vous voyez*. En la segunda *du*, de la sin negacion, y de con negacion, v. g.: *donne moi du pain*, *ne me donne pas de pain*. En la tercera un sin negacion, y de con negacion, v. g.: *apporte une chaise*, *n'apporte pas de chaise*, *j'ai des livres*, *je n'ai pas de livres*.

RUDIMENTOS DE LA GRAMATICA INGLESA.

La gramática inglesa puede ser dividida en cuatro partes: la 1.^a considera las letras respecto de su pronunciación; la 2.^a queda contrahida á las sílabas con relación á sus acentos; la 3.^a abraza todas las especies de palabras, sus derivaciones, mudanzas y analogía; la 4.^a, en fin, trata de la colocación y enlace de las palabras con motivo de formar una oración. Estas cuatro partes se irán explyando en otros tantos artículos.

ARTÍCULO PRIMERO.

De las letras respecto de su pronunciación.

No se debe equivocar la verdadera pronunciación de la lengua inglesa con aquella que se da en varias provincias, pues sucede en ellas lo que en España, donde no hablan todas con igual pureza y corrección, ya por la influencia de otro idioma particular, ya de los vestigios de una lengua antiguamente usada. Tendrán, pues, por objeto estos principios, la pronunciación universal de la lengua inglesa, prescindiendo de la variedad que pueda tener en los países donde se halla adulterada.

Las letras son los elementos de la pronunciación en todas las lenguas; se dividen en vocales y consonantes, pero solo al inglés toca la subdivisión de las vocales en simples y compuestas; las primeras se pronuncian con un solo impulso de la voz, sin ninguna alteración de los órganos de la palabra, como *a, e, o*. Las segundas necesitan para pronunciarse de la aplicación de uno ó mas órganos; tales son *i, u*.

Las vocales son cinco *a, e, i, o, u*; pueden ser consideradas como vocales y, *u* cuando terminan una sílaba; si no, siempre son consonantes. Hay otra vocal cuyo sonido corresponde casi al de la *u* castellana; se escribe con dos *oo* y se halla en *wool, coo, look*.

La vocal *a* tiene cuatro sonidos: el 1.^o corresponde al de *a* castellana, v. g. *father*; el 2.^o no es mas que una prolongación del 1.^o, y se advierte en *water*; el 3.^o suena como una *e* acentuada, y se halla en la palabra *fat*; el último, en fin, puede igualarse con el precedente, sino que es muy breve, y participa algo del sonido de la *a*, como en las palabras *fat, man* (1).

(1) Creemos poco exactas y un tanto oscuras estas reglas para la pronunciación inglesa.

La *a* tiene el sonido número primero cuando termina una sílaba y tiene acento, como *aper, spectat^{or}*.

Se exceptúan solamente *father, water, master*. Tiene el sonido segundo cuando se halla seguida de una consonante con *e* muda, v. g.: *trade, spade*. Las solas excepciones son *have, are, gave, y bade*. El tercer sonido se advierte en las voces que acaban en *tion*, como *creation, gesticulation*.

El sonido número segundo corresponde á las palabras que terminan en *rp* ó *lm*, como en estas palabras *far^p, salt^m*; se halla algunas veces en las que se terminan en *lf* ó *th*, como *cal^f, bath*. En fin en las abreviadas *cant, hant, shant*.

La *a* tiene el sonido número tres cuando precede á *ll*, como *all, wall*, ó cuando se halla acompañada de *w*, como *was, what*. En fin, el sonido número cuarto le corresponde siempre que le sigue una consonante, como *man, fat*, y que el acento recaiga sobre esta consonante.

La *e* inglesa suena como una *i* castellana, y algunas veces como una *e* castellana muy breve. Tiene el primer sonido siempre que la sigue una consonante con *e* muda, como en las palabras *glebe, theme*. El otro sonido se halla en ciertos monosílabos, como *fed, bed, red*.

El primer sonido de la *i* inglesa se compone del sonido de la *a* en la palabra *father*, y del sonido de la *e* en la palabra *he*, los dos pronunciados tan juntos como pueda ser; corresponde á las voces que acaban con *e* muda, como *time, thine*. El segundo sonido puede igualarse con el de la castellana, como *thin, him*.

La *i* tiene su sonido breve cuando se halla delante de una ó dos *rr* seguidas de una vocal, como *irritate, conspiracy*; si la *r* se halla seguida de una consonante, ó fuese letra final de dicción, le corresponde el sonido de la *e* castellana, como *virtue, sir*.

La *i* suena como *e* número 1 en ciertas palabras tomadas de otras lenguas ó idiomas, como *verdigris, chiopaine, signior*. Suena como *i* en *militar*,

pinion. Le toca el sonido largo siempre que forma sílaba, y que el acento recae sobre la sílaba siguiente, como *idea*, *idolatry*. En fin, conserva el sonido largo cuando se halla seguida de otra vocal y que las dos forman distintas sílabas, como *diameter*.

Los ingleses dan regularmente á la *o* cuatro sonidos. El primero pueda ser contraído al de la *o* castellana, como *tone*, *bone*; el segundo corresponde á una *u* castellana, como *move*, *prove*; el 3 se confunde con el de la *a* número 3, como *nor*, *for*, *or*; el cuarto se identifica con el primero, sino que es breve, como *not*, *hot*, *got*.

El primer sonido de la *u* inglesa se compone de los sonidos de la *i* y de la *u* castellanas; se halla en las voces *tube*, *mule*. El segundo corresponde á la vocal francesa *eu*. El tercero suena como la *u* castellana, como *bull*, *full*.

La *y* inglesa es vocal: 1.º cuando termina sílaba ó dicción, y así es que toma el sonido largo en las voces *thyme*, *rhyme*; 2.º cuando terminando sílaba, se halla precedida de una *f*, como *justify*, *qualify*. IV es también vocal en fin de dicción ó de sílaba, y corresponde al sonido de una *u* castellana, como *vow*, *towel*.

Un diptongo es la reunión de dos vocales en una sílaba. El diptongo es propio cuando cada vocal tiene un sonido, é impropio cuando las dos se reducen á un solo sonido; en este caso llámase también vocal compuesta.

Diptongos ingleses con sus sonidos castellanos correspondientes.

<i>ae</i>	ⁱ caesar,
<i>ai</i>	ⁱ pail, ^{ei} raisin, ⁱ alles,
<i>ao</i>	^a gaol,
<i>au</i>	^a taught, ^a bauboy,
<i>aw</i>	^a bawl,
<i>ea</i>	ⁱ each, ^e bear, ^a heart,
<i>ee</i>	ⁱ meet, ^e mean,
<i>ei</i>	^e vein, ⁱ ceil, ⁱ height,
<i>eo</i>	ⁱ people, ^o georgic, ^{ia} feod, ^{eu} surgeon,
<i>eu</i>	^{eu} feud,
<i>ew</i>	^{iu} new, ^{eu} to sew,
<i>ia</i>	^{ia} poniard, ⁱ marriage,
<i>ie</i>	ⁱ grieve, ^{ie} twentie, ^{eu} bratier,
<i>io</i>	^{ei} priory, ^{eu} marchioness, ⁱ cushion,
<i>oa</i>	^o boat, ^a broad,
<i>oi</i>	^{oi} boil, ^{io} tortoise, ⁱ connoisseur,

<i>oo</i>	^{oo} noon, ^{oo} blood, ^{oo} door,
<i>ou</i>	^{au} account, ^{eu} country, ^{eu} house, ^{ou} court, ^{ou} ought,
<i>ow</i>	^{ou} nov, ^{ow} know,
<i>ua</i>	^{ue} antiquate, ^{ia} guard,
<i>oe</i>	ⁱ economy, ^{oe} foe, ^{oe} shoe,
<i>ue</i>	^{ui} mansuetude, ^{ue} guest, ^{ue} blue, ^{ue} true,
<i>ui</i>	^{au} languid, ^{ie} guide, ⁱ guitar, ^{ui} juice, ^{ui} bruide,
<i>uo</i>	^{uo} quote,
<i>uy</i>	^{ui} to bay, ^y plague.

Triptongos ingleses.

<i>aye.</i>	^{ei} aye,	<i>ieu.</i>	^{ie} adien,
<i>eau.</i>	^{ia} beauty, bean,	<i>ieu.</i>	^{ie} view,
<i>con.</i>	^{eu} pleonteous,	<i>oeu.</i>	^{eu} manoeuvre.

De las consonantes.

La *b* no se pronuncia: 1.º después de la *m* en una misma sílaba, como *lamb*, *kemb*, *comb*, *dumb*; 2.º delante de *t* en una misma sílaba, como *debt*, *doubt*. En la palabra *rhomb* se oye distintamente.

La *c* suena como *k* delante de *a*, *o*, *u*, como *card*, *cord*, *curd*; suena como *s* delante de *e*, *i*, como *cement*, *cily*; como *ch* en *vermicelo*, y como *z* en *suffice*, *sacrifice*, *discern*. Combinada con *h* tiene dos sonidos; el primero equivale á *ch*, como *child*, y el segundo á *sh*, como *chaise*. Conserva este último sonido precediendo á los diptongos *ea*, *ia*, *ie*, *io*, *aeou*, como *ocean*, *social*, etc.

La *d* se acerca mucho á la *t* en la pronunciación, y se confunde con ella en los participios pasivos de ciertos verbos, como *blessed*, *cursed*. Delante de los diptongos *ia*, *ie*, *io*, *eu* suena como *dje*, v. g.: *soldier*, *verdure*; su sonido es imperceptible en la palabra *ordinary*.

La *f* suena como en castellano.

La *g* tiene dos sonidos delante de *e*, *i*; el primero es muy suave en las voces derivadas del griego, latín y francés, como *gentil*; el segundo es fuerte en las voces sajonas, como *finger*; suena como en castellano delante de *a*, *o*, *u*, *l*, *r*.

La *h* es siempre aspirada, sino en ciertas palabras, que se harán conocer en la lectura.

La *j* se pronuncia como *g*, y la *k* como *c*. De veinte años acá se omite la *k* en fin de dicción cuando le precede una *c*.

La *l* es muda en muchas palabras; cuando se halla seguida de una *e* tiene un sonido imperfecto, que se advierte en las palabras *able*, *people*; la *m* y la *n* suenan como en castellano.

La *q* suena como *k* en la palabra *queen* y otras tomadas del francés, como *piqueet*.

La *r* nunca es muda, pero se traspone algunas veces, como *sabre*, *saffron*; esta letra se pronuncia con fuerza al principio de dicción; al no, es siempre suave.

La *s* tiene dos sonidos: el primero conforme al cas-

tellano; el segundo, particular al inglés, suena como *z*, equivale á *sh* en *censure*, *tonsure*, y á *zh* en *mansion*, *pleasure*.

La *z* delante de las diptongos suena como *sh*, con tal que el acento recaiga sobre la sílaba diptongal, como *nation*. Tiene el mismo sonido delante de *u*, como *nature*.

La *x* tiene dos sonidos, el primero como *ks* en la palabra *exercise*, el segundo como *g* inglesa en la palabra *example*. La *z* no es otra cosa mas que una *s* muy suave. Es aspirada delante de los diptongos, como en la palabra *vizier*.

Combinacion de consonantes.

GN. La *g* antes de *n*, en una misma sílaba, es siempre muda, como *resign*. Formando distintas sílabas, tiene cada una su sonido, como *signify*. Se advierte la misma diferencia respecto de *gn*.

GH. Al principio de diccion se pronuncia como si no hubiese *h*, v. g.: *ghost*; en fin de diccion suena f algunas veces, como *laugh*, ó no tiene sonido alguno, como *high*.

ARTÍCULO II.

De las palabras indicantes de ser.

Las palabras indicantes de *ser* reciben en inglés número y caso; el plural se forma añadiendo una *s* al singular, cuyo aumento no comunica mas sílabas al uso que al otro; así *stick* hace *sticks* en el plural.

Es de advertir que muchas palabras se apartan de esta regla: 1.º las que se acaban en *ch*, *ss*, *sh*, *x* añaden *s* al singular como *church*, *churches*; 2.º las que se acaban en *f* ó *fe*, convierten la *f* en *v*, como *wife*, *wives*; 3.º las que tienen *y* final toman *es* al plural, v. g.: *frainty*, *frainties*.

Además de esto, muchos plurales son irregulares, como *man*, *men*, *child*, *children*, *foot*, *feet*, *tooth*, *teeth* y otros.

Los casos se señalan por medio de palabras determinantes; solo el genitivo inglés puede ser expresado por la terminacion segun sigue:

a child,	a child,
of a child, or child's,	of child,
to a child.	from a child.

Palabras indicantes de calidad.

Esta especie de palabras no tiene en inglés sexo, número y caso; mas, á imitacion del latin, suelen expresarse con diferentes terminaciones sus diferentes grados en comparacion.

El primer grado, llamado positivo, se señala por la primera palabra; el segundo, que es el comparativo, se forma añadiendo *er* al primero; y el tercero, llamado superlativo, añadiendo *est* ó *most*, como *fair*, *fairer*, *fairest* ó *most fair*.

No todas las palabras de calidad pueden ser contraindadas á estas tres terminaciones, porque algunas se comparan por medio de palabras determinantes, como en castellano, v. g.: *more* or *most* *benevolent*.

Los pronombres ingleses no se diferencian ni en su

formacion ni en su colocacion; van indicados en la cartilla siguiente:

Primer pronombre personal.

	Sujetos de la accion.	Términos de la accion.	Con palabras de ser.	Sin palabras de ser.
Singular	I	me	my	mine.
Plural	We	us	our	ours.

Segundo pronombre personal.

	Sujetos de la accion.	Términos de la accion.	Con palabras de ser.	Sin palabras de ser.
Singular	thou, or you	thee	thy	thine.
Plural	ye, or you	you	your	yours.

Tercer pronombre personal.

	Sujetos de la accion.	Términos de la accion.	Con palabras de ser.	Sin palabras de ser.
Singular mascul.	he	him	his	his.
Singular femenino	she	her	her	hers.
Singular neutro.	it	it	its	its.
Plural	they	them	their	theirs.

Interrogativos.

	Sujetos de la accion.	Términos de la accion.	Con palabras de ser.	Sin palabras de ser.
De personas	Who	Whom.	Whose	Whose.
De cosas.	What	Whereof.		

No se pueden llamar pronombres *this*, *that*, *which* porque no se ponen en lugar de nombres, sino que se unen á ellos; así se dice *this book*, *that man*, *the thing which you lost*.

Palabras indicantes de accion.

Estas palabras indican por lo regular una accion hecha por un sujeto, la cual puede ser presente, pasada y venidera; y para expresar estos tres estados hay varias terminaciones de palabras, que llaman tiempos; en inglés son dos, presente y pasado.

El presente se señala por la misma palabra, v. g.: *I burn*; el pasado añadiendo *ed* al primero, v. g.: *I burned*. Las palabras acabadas en *d* ó *t* tienen sus tiempos iguales, y solo se distinguen en la pronunciación, v. g.: *to lead*, conducir; *lead*, plomo.

No puede uno hablar sin referir la acción á sí mismo, á aquel con quien habla ó á otro. De aquí nacen tres personas en cada tiempo, cada una con su terminación correspondiente, según sigue.

Tiempo presente.

<i>I burn,</i>	<i>we burn,</i>
<i>thou burnest,</i>	<i>you burn,</i>
<i>he burns,</i>	<i>they burn.</i>

Tiempo pasado.

<i>I burned,</i>	<i>we burned,</i>
<i>thou burnedst,</i>	<i>you burned,</i>
<i>he burned,</i>	<i>they burned.</i>

Prescindiendo del presente y pasado, todos los demás tiempos suelen señalarse en inglés por medio de auxiliares, cuyo oficio se extiende también á los tiempos dependientes de una causa de la acción.

Los auxiliares son siete, *do, will, shall, may, can, have, be*. Los cuatro primeros solo tienen presente y pasado, y carecen de participio pasivo; en lugar que los dos últimos pueden expresar todos los demás tiempos. Tratarémos de cada uno en particular.

El auxiliar *do* denota tiempo presente, y su derivado *did* tiempo pasado; así, en lugar de *I burn*, se puede decir *I do burn*; y en lugar de *I burned*, *I did burn*.

Las terminaciones de esta palabra correspondientes á cada persona son:

Tiempo presente.

<i>I do,</i>	<i>he doth, or does.</i>
<i>thou dost, or do.</i>	

Tiempo pasado.

<i>I did,</i>	<i>he did.</i>
<i>thou didst, or did.</i>	

El auxiliar *may* denota tiempo presente dependiente de una causa de la acción; *might*, su derivado, se aplica al pasado referente al presente, también dependiente de una causa de la acción.

Tiempo presente.

<i>I may,</i>
<i>thou maist,</i>
<i>he may.</i>

Tiempo pasado.

<i>I might,</i>
<i>thou mightst,</i>
<i>he might.</i>

El oficio de los auxiliares *will, shall* es indicar tiempo venidero, y el de sus derivados *would, should*, de señalar el pasado referente al presente dependiente de una causa de la acción.

Tiempo presente.

<i>I will,</i>
<i>thou wilt,</i>
<i>he will.</i>

Tiempo pasado.

<i>I would,</i>
<i>thou wouldst,</i>
<i>he would.</i>

Tiempo presente.

<i>I shall,</i>
<i>thou shalt,</i>
<i>he shall.</i>

Tiempo pasado.

<i>I should,</i>
<i>thou shouldst,</i>
<i>he should.</i>

Can tiene en inglés el mismo oficio que *may*; estas son sus terminaciones:

Tiempo presente.

<i>I can,</i>
<i>thou canst,</i>
<i>he can.</i>

Tiempo pasado.

<i>I could,</i>
<i>thou couldst,</i>
<i>he could.</i>

Must y *ought* no reciben variación en sus personas, y corresponden á la expresión castellana *es menester que*.

El auxiliar *have*, que corresponde á la palabra castellana *haber*, no se diferencia de este en su aplicación á las palabras indicantes de acción.

Tiempo presente.

<i>I have,</i>
<i>thou hast,</i>
<i>he has.</i>

Tiempo pasado.

<i>I had,</i>
<i>thou hadst,</i>
<i>he had.</i>

El auxiliar *be* suple la voz pasiva de las palabras indicantes de acción, como en castellano.

Tiempo presente.

<i>I am, or be,</i>
<i>thou art, or beest,</i>
<i>he is, or be.</i>

Tiempo pasado.

<i>I was, or were,</i>
<i>thou wast, or wert,</i>
<i>he was, or were.</i>

Conocidos los auxiliares ingleses y su oficio en la formación de los tiempos, no será dificultosa la conjugación de las palabras indicantes de acción, con tal que sean regulares. Nos referimos pues á la práctica para su completa inteligencia.

La irregularidad de esta especie de palabras estriba en la formación del pasado y participio pasivo, que no terminan en *ed*. En las palabras, sobre esto, se ha de advertir: 1.º que en ciertas palabras irregulares el pasado y participio pasivo se identifican; 2.º que en otras el pasado se diferencia del participio. Bastará dar algunos ejemplos para acreditar esta doctrina.

PRIMERA ESPECIE DE PALABRAS IRREGULARES.

Tiempo indeterminado. Pasado y participio pasivo.

<i>abide,</i>	<i>habitar,</i>	<i>abode.</i>
<i>awake,</i>	<i>despertar,</i>	<i>awoke.</i>
<i>leave,</i>	<i>dejar,</i>	<i>left.</i>
<i>spring.</i>	<i>salir,</i>	<i>sprang.</i>

SEGUNDA ESPECIE DE PALABRAS IRREGULARES.

Tiempo indeterminado. Pasado y participio pasivo.

<i>be,</i>	<i>ser,</i>	<i>was,</i>	<i>been.</i>
<i>bear,</i>	<i>llevar,</i>	<i>bore,</i>	<i>born.</i>
<i>besall,</i>	<i>besar,</i>	<i>be'fell,</i>	<i>besallen.</i>
<i>forgive,</i>	<i>perdonar,</i>	<i>forgave,</i>	<i>forgiven.</i>

Las palabras determinantes inglesas no presentan novedad alguna, porque prescindiendo de su pronunciación peculiar, se contraen en todo lo demás al uso castellano. Haylas de relación y de modificación; ejerciendo las primeras su determinación sobre las palabras indicantes de ser, y las segundas sobre las indicantes de acción.

Derivación de las palabras inglesas.

Para enterarse á fondo de la lengua inglesa, y quitar los embarazos que Cícuitan su traducción, será muy del caso exponer aquí brevemente los modos de derivarse unas voces de otras, indicando el origen que traen las primitivas de otros idiomas.

Las palabras indicantes de ser se derivan de las in-

dicantes de acción, como que expresan la cosa producida por la acción, y suelen contraerse á la primera persona del presente; así, las palabras *alove*, *fright*, *strooke*, se contraen á las terminaciones *I love*, *I fright*, *I strooke*.

El agente ó persona que hace la acción se denota por la sílaba *er*, añadida á la palabra de acción, v. g.: *lover*, *frighter*, *strooker*.

Las palabras indicantes de *ser*, las de calidad y otras partes de la oración, pueden convertirse en palabras indicantes de acción, sin más diferencia que el hacerse la vocal larga, como *house*, *to house*; *brass*, *to brass*; *glass*, *to glass*; *oil*, *to oil*; *further*, *to further*; *forward*, *to forward*.

La terminación *en*, añadida á una palabra indicante de calidad, forma algunas veces una palabra indicante de acción, como *haste*, *to hasten*; *length*, *to lengthen*; *short*, *to shorten*.

De las palabras indicantes de *ser* se derivan algunos indicantes de calidad, añadiendo las terminaciones y ó *ful*, como *wealth*, *wealthy*; *might*, *mighty*; *joy*, *joyful*; *plenty*, *plentiful*.

La terminación *som* hace que las palabras de calidad expresen una especie de diminución, v. g.: *delight*, *delightsome*. La terminación *less* denota una falta, v. g.: *worth*, *worthless*; la privación ó contrariedad se señala con la palabra *un*, v. g.: *unpleasant*.

Veamos ahora cómo las palabras inglesas han sido tomadas de otros idiomas. Muchas parece derivarse del latín, lo que consta por la grande analogía que tienen con las palabras de aquel idioma; sin embargo, todos los autores ingleses dicen que han sido trasladadas al inglés de la lengua francesa.

Las palabras inglesas que parece derivarse del latín, se forman del presente ó del supino, como *spend*, de *expendo*; *supplicate*, de *supplicatum*; *suppress*, de *suppressum*.

Las palabras que no son ni latinas ni francesas proceden de la lengua teutónica, que es la que formó todos los idiomas del Norte, exceptuando algunas, que traen su origen del griego.

Es de notar que en esta traslación de las palabras de otros idiomas á la lengua inglesa se han suprimido muchas vocales y las mas de las terminaciones, quedando solamente las consonantes, como la parte mas sustancial; como de *expendo*, *spend*; *exemplum*, *sample*; *executio*, *execute*.

ARTÍCULO III.

De la colocación y enlace de las palabras.

El sujeto de la acción en una oración afirmativa se debe colocar antes de la palabra indicante de acción, como *Alexander conquered Darius*; y despues de ella, ó entre ella y su auxiliar, cuando fuere la oración interrogativa, como *did Alexander conquer*? El régimen siempre se pospone á la acción, como en el primer ejemplo.

La palabra indicante de calidad debe preceder á la de *ser*, como *a good man*, y se coloca despues cuando entre las dos se halla una indicante de acción, como

the lord is great; las palabras determinantes de modificación suelen ponerse delante de la palabra de acción y su régimen, como *Alexander entirely vanquished Darius*; ó entre el auxiliar y el participio, como *I am exceedingly fatigued*.

La palabra de calidad y la de acción siguen el número de las indicantes de *ser*, como *this man*, *I love*, *the sun shines*.

Cuando los pronombres fueren términos de la acción se deben colocar despues de las palabras de acción: *I love her*, *I wrote this for him*.

El pronombre *it* se debe usar cuando entre discurso que expresa el estado de alguna cosa, ó lo que es causa de algun suceso, como en los ejemplos siguientes: *It was at the Royal feast of Persia won*; *I appeared on a summers day*; *how is it with you*?

Es de advertir que la palabra de acción *be* tiene siempre un sugeto despues de ella, como *it was I that did it*.

Do, antes de una palabra indicante de acción, indica por lo regular tiempo indeterminado. Sucede, sin embargo, que muchas palabras se hallen seguidas de otra palabra de acción, sin admitir *to*, v. g.: *I bade him do it*, *I will make him feel it*.

El tiempo indeterminado se usa algunas veces como palabra indicante de *ser*, para expresar la acción, como *to win is pleasant*.

El participio, con una palabra determinante antes de él y su régimen despues, corresponde al gerundio de los latinos, y se usa muy frecuentemente en la construcción inglesa, v. g.: *felicity is to be obtained by avoiding evil*.

La palabra determinante suele algunas veces separarse de su régimen, colocándose despues de la palabra de acción, como *Horace is an author whom I am much delighted with*.

Las determinantes *in*, *on* se suplen por lo regular delante de un pronombre, como *give me the book*, *get me the money*; en lugar de *give to me*, *get for me*.

Algunas palabras determinantes rigen terminación de tiempos dependientes; tales son *if*, *though*, *unless*, *whether*, como: *if thou be the son of God*, *though he slay me*, *unless he wash his flesh*, *whether it were I or they*.

Estas son las pocas reglas que, por ser peculiares de la lengua inglesa, necesitan de alguna mas consideración; en las demás partes de la construcción no ofrece esta lengua dificultad alguna, siendo, al parecer de muchos eruditos, la mas fácil de todas las lenguas en su sintaxis (1).

No trataremos ahora de la última parte de la gramática (la prosodia, ó las sílabas con relación á sus acentos), porque no es de gran importancia para enterarse de los principios de la traducción. Daremos algunas reglas ligeras en las explicaciones sobre su ser peculiar en la lengua inglesa, solo en cuanto se satisfaga la curiosidad.

(1) Sin embargo, los incompletos son estos rudimentos, que no pueden considerarse ni aun como un epitome gramatical. El autor, como alguna vez lo indica, se reservaba dar mas amplitud á este tratado en las explicaciones de viva voz.

REGLAMENTO LITERARIO É INSTITUCIONAL,

EXTENDIDO PARA LLEVAR Á EFECTO EL PLAN DE ESTUDIOS DEL COLEGIO IMPERIAL DE CALATRAVA,
EN LA CIUDAD DE SALAMANCA.

SUMARIO.

TITULO PRIMERO.

DE LA DISCIPLINA DEL COLEGIO.

CAPÍTULO PRIMERO. DE LOS INDIVIDUOS DEL COLEGIO Y SUS CLASES. — CAPÍTULO II. *Párrafo 1.º* De las clases de individuos del colegio y sus ministerios. — *2.º* Del rector. — *3.º* De los regentes y catedrático. — *4.º* De los colegiales de número. — *5.º* De los colegiales supernumerarios. — *6.º* De los familiares. — CAPÍTULO III. DE LOS OFICIOS DEL COLEGIO Y SUS OBLIGACIONES. — *Párrafo 1.º* De la elección de oficios. — *2.º* De los consultarios. — *3.º* Del maestro de ceremonias. — *4.º* Del analista. — CAPÍTULO IV. DE LA COMUNIDAD EN GENERAL. — *Párrafo 1.º* De las juntas de la comunidad. — *2.º* De la distribución general del tiempo. — *3.º* De los ejercicios piadosos. — *4.º* De la comida y cena. — CAPÍTULO V. DE LA DISCIPLINA EN GENERAL. — *Párrafo 1.º* Del hábito de los colegiales. — *2.º* De la conducta doméstica. — *3.º* De la conducta pública. — *4.º* De las salidas de día. — *5.º* De las salidas de noche. — *6.º* De las ausencias del colegio. — *7.º* De las entradas en el colegio.

TITULO II.

DE LOS ESTUDIOS DEL COLEGIO.

CAPÍTULO PRIMERO. DEL ESTUDIO DE HUMANIDADES. — *Párrafo 1.º* De los que deben estudiar las humanidades. — *2.º* Del catedrático de humanidades. — *3.º* Del método de enseñar las humanidades. — *4.º* De los autores en que se deben enseñar las humanidades. — *5.º* De la división de esta enseñanza en épocas, y del paso de la primera. — *6.º* Del paso de la segunda y tercera época. — *7.º* Del paso de la cuarta y última época. — *8.º* Del paso de las facultades mayores. — *Párrafo 1.º* Del método de la enseñanza doméstica, y su combinación con el plan público en cuanto á facultades mayores. — *2.º* De las obras en que deben hacer los estudios preliminares y subsidiarios de las facultades mayores. — CAPÍTULO III. DEL ESTUDIO TEOLÓGICO EN PARTICULAR. — *Párrafo único.* De la división de este estudio, y de los pasos relativos á él. — CAPÍTULO IV. DEL ESTUDIO CANÓNICO EN GENERAL. — *Párrafo 1.º* De los estudios preliminares y subsidiarios que deben hacer los canónigos. — *2.º* Del estudio de la ética, de derecho natural y público. — *3.º* Del estudio del derecho romano. — *4.º* Del estudio del derecho nacional. — *5.º* Del estudio particular de los cánones. — CAPÍTULO V. DE LOS MEDIOS DE FACILITAR Y PERFECCIONAR LA ENSEÑANZA GENERAL. — *Párrafo 1.º* De los maestros de estudiantes. — *2.º* De la junta censoria. — *3.º* De los ejercicios semanales y sus turnos. — *4.º* De las materias de los ejercicios semanales. — *5.º* De la forma de idem. — *6.º* De los ejercicios de oposición á los colegiaturas. — *7.º* De los exámenes privados. — *8.º* Del examen público y su preparación. — *9.º* De la forma del examen público. — *10.º* De la censura literaria de los colegiales. — *11.º* De la censura moral de los colegiales. — *12.º* De los premios y castigos.

DON GASPARD MELCHOR DE JOVELLANOS, del consejo de su majestad en el real de las Ordenes, caballero de la

de Alcántara, visitador general extraordinario del imperial colegio de la Inmaculada Concepcion que la órden de Calatrava tiene en esta ciudad de Salamanca, y particularmente comisionado por su majestad en su real consejo de las Ordenes para establecer y llevar á debida ejecucion el plan de estudios domésticos del mismo colegio, propuesto á su majestad por el citado real Consejo en consulta de 7 de diciembre de 1787, y aprobado por real decreto publicado en él á 13 de setiembre de 1788; habiendo concluido ya las visitas públicas y secretas de este dicho colegio, que nos fueron asimismo encargadas, y tomado todas las noticias é informes convenientes, tanto del rector y otros individuos de su comunidad, cuanto de personas doctas, ceñosas de los progresos de la literatura; y bien enterados del estado actual de ella en las escuelas públicas de esta insigne universidad, como tambien de los varios abusos y estorbos que impiden ó retardan su mejoramiento en esta comunidad, y de los medios mas oportunos de ocurrir á ellos; y usando de las facultades que por su majestad nos están conferidas, por su real despacho de 31 de marzo de este presente año, mandamos al rector, regentes, catedráticos, colegiales, familiares y demás personas que al presente componen ó en adelante compusieren esta comunidad, y al prior y conventuales presentes y futuros del sacro y real convento de Calatrava, y á cualesquiera otras personas á quienes tocare ó perteneciere, ó de cualquier modo pudiere tocar y pertenecer, que guarden, cumplan y ejecuten todos y cada uno de los artículos insertos en el presente reglamento, formado para los fines y efectos que van referidos, y cuyo tenor es como sigue:

Del objeto, autoridad y observancia de este reglamento.

1.º El objeto del plan aprobado por su majestad ha sido extender á todos los individuos que entraren en el sacro convento de Calatrava la proporcion de venir á estudiar las ciencias eclesiásticas en este imperial colegio, mejorar la condicion y subsistencia de los que en adelante vinieren á él, reducir á mejor y mas provechoso método sus estudios domésticos, y estimular su aplicacion con premios y recompensas. Este es tambien el objeto del presente reglamento.

2.º Al mismo fin se han encaminado las visitas pú-

los serén, ve mas de lleno las relaciones que enlazan tantas y tan varias esencias, y se lanza de un vuelo hasta el inefable principio de donde todas manan y se derivan. Allí ocuende penetrado de admiracion y reverencia, reconoce aquella eterna, y purisima Fuente de bondad, en la cual esencialmente residen, y de la cual perennalmente fluyen los tipos de cuanto es sublime, bello, gracioso en el mundo físico, y de cuanto es justo, honesto, deleitable en el mundo moral. Allí es donde se inunda, se embebe en estos puros y generosos sentimientos, que tanto realzan la gloria de la naturaleza y la dignidad de la especie humana; en la activa ilimitada sensibilidad que le interesa, en el bienestar de cuanto existe, en la augusta longaninidad que le fortifica contra el dolor y la tribulacion; en la gran prudencia, la noble gratitud, la tierna compasion y la caelestial beneficencia, corona de todas sus virtudes; allí ve, en fin, cómo á él solo fueron dados este amor á la verdad, este respeto á la virtud, este intimo religioso sentimiento de la Divinidad, que desprendiéndole de todas las criaturas, le mueve y le fuerza á buscar solamente en el seno de su Criador la causa y el fin de toda existencia y el principio y término de toda felicidad.

Ved aquí, amados jóvenes, los títulos de vuestra dignidad; títulos gloriosos, á ninguno negados, y entre los cuales se eclipsan ó se disipan como el humo todos los títulos y vanas distinciones que la ambicion y el orgullo han inventado. Conocerlos, merecerlos, perfeccionarlos es el sublime objeto de vuestros estudios y de mis ardientes deseos. ¡Venturosos vosotros si en medio de la depravacion de un siglo en que la supersticion y la impiedad se disputan el imperio de la sabi-

duria, siguiereis el único camino que ella señala á los que quiere conducir á su templo! Venturosos si la hallareis en el estudio de la naturaleza y en la contemplacion del alto fin para que fuisteis colocados en medio de ella! Venturosos si ilustrado vuestro espíritu con el conocimiento de las verdades noa enueñera, y perfeccionado vuestro corazon con la posesion de las virtudes á que conduce, alcanzareis la verdadera sabiduria para asegurar vuestra felicidad, mejorar vuestro ser y acelerar la perfeccion de la especie humana! Entonces podréis convencer con la razon y con el ejemplo á aquellos hombres tímidos y espantadizos, que deslumbrados por una supersticiosa ignorancia, condenan el estudio de la naturaleza, como si el Criador no la hubiese expuesto á la contemplacion del hombre para que viese en ella su poder y su gloria, que predican á todas horas los cielos y la tierra. Entonces si que podréis confundir mas bien á aquellos esapiritas altaneros é impíos, baldon de la sabiduria y de su misma especie, que solo esaudriñan la naturaleza para atribuirle al acaso ó abandonarla al gobierno de un ciego y necesario mecanismo, usando solo, ó mas bien abusando, del privilegio de su razon para degradarla bajo del nivel del instinto animal. Entónces si que subiendo continuamente de la contemplacion de la naturaleza á la de vuestro ser, y de esta á la del Ser supremo, y adorando en espíritu á este Ser de los aeres, Ser infinito, que existe por sí mismo y que es principio y término de toda existencia, perfeccionaréis el conocimiento de los grandes objetos en que está citrada toda la humana sabiduria: Dios, el hombre y la naturaleza.

APUNTAMIENTO

SOBRE EL DIALECTO DE ASTURIAS (1).

Mientras se forma el diccionario del dialecto asturiano, que tanta luz dará á nuestras antigüedades; mientras algun sábio, entresacando de él las palabras de origen desconocido, se remonta por medio de ellas á conocer los pueblos que se establecieron en nuestro suelo antes que los romanos; en fin, mientras el señor Posada emplea su talento, su erudicion y sus tareas en recoger é ilustrar los materiales que requiere una y otra empresa, séame licito á mí llamar la atencion de todos, y particularmente de este último, á una sola de las relaciones en que puede ser considerado este dialecto, y que si es entre todas la mas óbvia y fácil, tambien es, si no me engaño, la mas provechosa, así como la mas conducente á los objetos del diccionario geográfico. Remóntense otros enhorabuena hasta los tiempos remotísimos del mundo primitivo, y palpen y penetren, si les place, las espesas tinieblas que los envuelven, para darnos despues como sublimes descubrimientos sus atrevidas conjeturas; mientras yo, sin salir de la atmósfera que cubre la actual region de la etimología, trato solo de sacar de ella algun conocimiento seguro y provechoso.

Mi objeto es hacer ver que por el dialecto de Asturias se pueda demostrar que los romanos introdujeron en nuestro país la agricultura, y como esta aria preciosísima marque el primero y mas señalado progreso de los pueblos en su civilizacion, concluir de aqui que Asturias debe la suya á aquella nacion guerrera y sábia.

No se diga que esta investigacion parece inútil, pues que Strabon, Floro, Plinio y otros suponen á nuestros arasmontanos en estado de barbarie cuando el dominio romano se extendió hasta ellos: Porque además de que un amor propio mal entendido se resiste á ceder á estos testimonios, como ellos no determinen la época de la civilizacion de nuestros abuelos, parece que el intento de fijarla no puede no merecer la aprobacion de los doctos (2).

Dos solos argumentos, bien probados, bastarian para llegar á este intento. Porque si se hiciera ver: primero, que los nombres de establecimientos rústicos; segundo, y los que se refieren al prédio rústico en nuestro dialecto se derivan por lo comun de raíz latina, estará probado que fueron introducidos por los romanos, puesto que es bien sabido que las palabras entran en todas partes con las cosas ó las ideas que represen-

tan. ¡Cuánto mas si se refieren á objetos de uso comun, cuyos signos conservan tan tenazmente los pueblos que no conceden á las vicisitudes del tiempo y otras causas mas influjo sobre ellos que el de alterarlos sin destruirlos!

Es visto, por tanto, que para formar y confirmar estos argumentos bastaria presentar una lista de nombres geográficos y geopónicos, indicando y estableciendo al mismo tiempo su derivacion latina, y este seria el método que yo seguiria si tuviese á la mano los apuntes y auxilios que en otro tiempo. Pero privado de ellos, y no teniendo siquiera á la vista un buen vocabulario latino, ¿cómo pudiera acometer esta empresa?

Con todo, y por via de ejemplo y de ensayo, y destruyendo cuanto pueda mi memoria, formaré una lista, que aunque pobre y ayuna, podrá bastar para el fin propuesto; no porque ella sola le complete, sino porque á su vista el señor Posada, ó cualquiera otro que tenga la instruccion y auxilios convenientes, la podrá enriquecer y completar fácilmente, en cuanto á los nombres geográficos, con solo repasar la nomenclatura formada para nuestro diccionario, y en cuanto á los geopónicos, formando primero un pequeño vocabulario rústico-asturiano, y subiendo despues con algun cuidado á la raíz de sus palabras. Bien sé que no se demostrará en la lengua latina la raíz de todas; pero ni esto es absolutamente necesario, ni daria á la prueba mayor grado de certidumbre.

Mas antes de presentar este ensayo, adelantaré algunas reflexiones, que creo convenientes para ilustrar mi pequeña lista.

I. Que los nombres de los grandes objetos que presenta un país á los que de nuevo vienen á él pertenecen siempre á la lengua de sus primeros pobladores, ó por lo menos á alguno de los pueblos que de muy antiguo se mezclaron con ellos. Tales son, por la mayor parte, los de montes y rios y costas, y tales los de los pueblos de primitivo establecimiento, así en la costa como en el interior. Es claro, por lo mismo, que estos no pertenecen á la época romana, y que el que aspire á descubrir su origen deberá levantarse á tiempos mas remotos y buscarle en lenguas mas viejas que la latina.

Sin duda que sobre estos nombres se pudieran adelantar desde ahora algunas curiosas reflexiones; pero yo me abstengo de ellas, porque no son de mi propósito. Bástame recordar que me circunscribo á los que suponen algun establecimiento rústico; pues aunque en los otros se ballará uno que otro de raíz latina, ni este origen dará mayor valor á mis pruebas, ni el que le tengan en otra lengua las debilitará.

II. Que para formar la parte geográfico-rústica de mi pequeña lista he escogido: primero, los nombres tomados de plantas, pues aunque pertenezcan alguna vez

(1) Inédito; es uno de los que hemos copiado de los manuscritos que posee la Real Academia de la Historia.

(2) Así dice el manuscrito que tenemos á la vista; parece que debería decir *no puede menos de merecer*, que es la frase generalmente usada, y la que emplea el mismo Jovellanos en casos análogos; ó esta otra: *no puede dejar de merecer la aprobacion de los doctos*.

á poblaciones de otra especie, esto proviene de que empezando por antiguos establecimientos rústicos, crecieron despues por efecto del cultivo y de la industria, y vinieron á ser poblaciones urbanas. Segundo, los que se tomaron de lugares campestres, y que suponen el hombre establecido ó estableciéndose en torno de ellos, y esto por la misma razón. Tercero, los que directamente indican, así un establecimiento rústico, como su pertenencia á un dueño romano. Tales son, por ejemplo, la mayor parte de los que tienen su terminación en *ana*, pues que al oír los nombres de *cornellana* y *semproniana*, nadie hay que no conozca que en su origen se dijeron *villa corneliana* ó *semproniana*, esto es, quinta, heredamiento ó heredad de Cornelio ó Sempromio. Lo que tambien se verifica cuando se refieren al plural, pues que *rubianes*, *veranes* deben venir de villas *rubiananas*, *veranas*; ó de Rulo y Varo. Y en fin, lo mismo sucede cuando la terminación indica el genitivo de un nombre romano, como Marcel (de Cornellana), que antes fué *Villa Marcelli*; bien que en estos se conservó mas frecuentemente el título de *villa* (ó *villare*, á que pasó en la media edad), como *Villa Marcel* (de Quirós), *Villar Dobeyo*, que antes serian *Villa* ó *Villare Marcelli* ó *Aufidii*. Cuarto, que no he desechado de este número los que al parecer pertenecen á nombres góticos, tales como *Llibardon*, *Villartodoric*, no solo porque muchos de estos nombres, como ya notó el maestro Florez, son de origen romano, como por ejemplo, Ponce, Alvarez, Lopez, Sanchez, Florez y otros muchos, sino porque desde el siglo v godos y romanos anduvieron en España tan mezclados y confundidos, que no sería mucho que se comunicasen sus nombres y pasasen á Astúrias. Fuera de que, estos nombres siempre indicarian, si no el origen, el progreso y extension del cultivo, y por consiguiente, que los establecimientos rústicos á que pertenecen no fueran anteriores á la época romana.

III. Que en los nombres geopónicos hemos escogido principalmente los que pertenecen á la casa y pródigo, y á los instrumentos y labores rústicos; porque entonces la luz que nos darán de su origen será mas clara, cuando reunidos y comparados entre sí, se ilustren unos á otros. Por lo mismo, no solo hemos adoptado los nombres principales de estos objetos, sino tambien de sus partes, como por ejemplo del *horru* y del *carru*, porque el complemento de esta nomenclatura hace la prueba mas luminosa.

IV. Que muchos de estos nombres, no solo prueban el origen romano, sino tambien los progresos de los que los introdujeron en la profesion rústica. Y como este sea un objeto digno de ilustrarse mas detenidamente, pondré aquí algunos ejemplos que puedan servir de materia á la meditacion de otros mas entendidos.

1.º El *horru*, atendida su nomenclatura, parece de origen romano; pero ¿cómo es que en todos los geopónicos latinos (que he leído y extractado muy de propósito, aunque con otro designio) no se encuentra noticia clara de tan singular edificio? Hablan, sí, del *horreum* en la significacion de granero; pero siempre suponiéndole un edificio cerrado, y tal como los graneros comunes. Y hablando tambien de los *silos* y de otros

muchos medios de conservar los granos y frutos, parece extraño este silencio respecto de un granero que rane en sí tan singulares circunstancias; de un granero que es á un mismo tiempo inmóvil y transportable, fijo y péndulo en el aire, cerrado y ventilado en todos sentidos, lo accesible á la humedad y á toda especie de insectos ó animales dañosos, y propio, en fin, y aun absolutamente necesario, no solo para conservar granos y frutos, muebles y ropas, sino tambien para morada de sus dueños, en un clima templado y extremamente nebuloso y lluvioso, cual el de Astúrias, donde ofrece el único reparo que se puede oponer á tantos y tamaños inconvenientes.

Agregue usted (1) á esto la singularidad de que este edificio escasi todo de madera; de que en su construcción no entra el hierro ni especin alguna de mezcla ó mortero, y que por otra parte, su fábrica es tan sólida, tan agraciada y tan bien entendida, que supone la reunion de mucho gusto ó grandes conocimientos artísticos. Agregue, en fin, que se puede decir un edificio propio de Astúrias. Por lo menos yo he corrido toda la costa septentrional desde Vigo á Fuenterrabía, y penetrado en muchas partes por lo interior de estas provincias, cuyo clima es muy análogo al nuestro, y no he visto en ellas un horrio solo. Tampoco en las otras de España donde he viajado; ni he leído ni oído que le haya en Francia ni en Italia, y solo tengo alguna idea de que hay esta especie de graneros en la Suiza, aunque harlo desemejantes de los de Astúrias.

¿Qué se infiere de aquí? Mi opinion es que los horrios son de un origen remotísimo; que los romanos, sábios cual ningún otro pueblo de aquella época en la ciencia rústica, conociendo la necesidad y las ventajas de esta especie de graneros para los países húmedos y templados, le prefirieron para Astúrias; donde primero le hallaron, y le dieron la perfeccion que hoy tiene. Mucho me detuve; pero el objeto merece todavía una disertacion, que acaso se hará, si *Diis placet*.

2.º Yo no sé si los eruditos han averiguado exactamente cuál era el carro romano; pero los nombres de nuestro pueban que de aquel país nos vino su idea. Entre estas es muy notable la palabra *trechoria*, derivada del verbo *stringo*, *strictum*, *strictoria*. Sin duda que los romanos conocieron los carros de cubo, en que el eje es inmóvil, y por lo mismo de mas fácil tiro, tal como nuestros carros castellanos. Pero ¿no conocerian tambien los carros de eje móvil, cuyo uso es tan conveniente en países quebrados y llenos de altibajos, cual es el de Astúrias? En este carro, el eje, enroscado en las ruedas, gira con ellas, y para templar su movimiento tiene dos gargantas á uno y otro lado, con dos cuñas en cada una, que mas ó menos apretadas, le facilitan ó retardan. Estas cuñas pues son nuestras *trechorias* ó apretaderas.

Los que piensan poco miran esto como una imperfeccion de nuestra máquina, sin reflexionar que en terrenos quebrados y pendientes, los carros de cubo están expuestos al doble inconveniente de cargar á la

(1) Así dice el manuscrito, que no tiene, por otra parte, señal alguna de ser carta ni de estar dirigido á persona determinada.

subida todo el peso á la zaga, haciendo mas difícil el tiro, y á la bajada, de desplomarle todo sobre el ganado y oprimirle. Para evitar el primero no ofrecen aquellos carros medio alguno. Para el segundo no hay otro que el de atar una rueda, y ya se ve que esto no es para muy repetido, como sería necesario en terrenos en que casi siempre se sube ó baja, como en la mayor parte de nuestros caminos. Nuestra *trechoria*, pues que ocurre admirablemente á entrambos inconvenientes, supone mucha pericia en los que nos la dieron á conocer, y el nombre latino lo indica bien claramente.

No diré por esto que nuestro carro sea perfecto; antes reconozco que tiene otros defectos, cuya exposicion no es de este lugar. Explicólos bien el inglés Thousenid, en su reciente viaje de España, donde los podrán ver los curiosos. Pero estos defectos han sido solo vistos por los peritos en mecánica, y nuestro propósito no es probar que los romanos que vinieron á Asturias eran insignes matemáticos, sino buenos agricultores.

3.º No puedo dejar de añadir á estas palabras la de *llaviegu*, que en nuestro dialecto significa el arado, y que parecé venir del latín *clavus*, en su diminutivo *claviculus*. Esta derivacion se puede comprobar con una conjetura, muy atrevida á la verdad, mas que no me parece improbable. Yo supongo que el primitivo arado de los romanos, que sería imperfecto, y su reja algun hierro en la forma de *clavo*, se llamó *clavus*, y que (pues sin duda fueron antes labradores que navegantes) de ahí vino que esta palabra, por la analogia de semejanza, pasase á significar el timon del navio, puesto que en la significacion primitiva de *clavus* no se halla ninguna especie de analogia con el *timon* sino por este medio. Supongo tambien que los latinos, adoptando despues el arado de los griegos como mas perfecto, adoptaron tambien su nombre *aratron*, llamándole *aratrum*, y que desde entonces la palabra *clavus* se fué antiquando, y saliendo del estilo culto y comun, quedó reducida al pueblo rústico.

Y no se extrañe ni uno ni otro, pues que son tantos, como poco conocidos, los caminos por donde la analogia ha extendido y confundido la significacion de las palabras. Sirva de ejemplo la palabra latina *temo*, *nis*, que significó primero la vara del *arado*, despues la del *carro*, y despues la del *timon*, y aun el timon entero; como todo se podria probar, si necesario fuese, con testimonios de Ovidio, Virgilio, y otros autores de primera nota. Pues ¿por qué no pudo suceder otro tanto con la palabra *clavus*? Es verdad que para esto no hay autoridad; pero tambien lo es que un número muy considerable de palabras latinas que tenia esta lengua, cuando viva, se han perdido, no siendo posible que se hallen todas en los escritos que se salvaron de ella. Y ¿cuánto mayor número de acepciones de sus palabras conservadas no se habrán perdido? Sarmiento pretende que muchas de ellas se le podrían restituir por medio de las lenguas hijas, á que sirvieron de raíces, y particularmente de su dialecto gallego. Pero ¿con cuánta mas razon lo pudiera pretender del asturiano?

No se oponga que el diminutivo *claviculus* no cuadra en un objeto que no lo es. Todos saben que en la alteracion de las lenguas los diminutivos han foggado

muchas veces la preferencia, sin relacion á la grandeza de los objetos. Hemos derivado abeja, oreja, oveja, de *apicula*, *auricula*, *ovicula*, y no de *apis*, *auris*, *ovis*, y artejo de *articulus*, y no de *artus*. Pues ¿por qué no se diria *llaviegu* de *claviculus*, y no de *clavus*?

4.º Es digna tambien de observacion la palabra *sechoria*, que significa un instrumento muy comun en Asturias, singularmente en la costa. Derivase del verbo *seco sectum*, y de ahí *sectoria*; y es una reja de filo muy agudo y corte perpendicular, algo levantado al horizonte, que tirada de los bueyes, hiende las tierras arcillosas y duras, y al mismo tiempo corta los hondos y fuertes raigones de las malas yerbas, que el exceso de humedad produce en ellas, preparando asi la operacion del arado que le sucede, y haciéndola tan poderosa y cumplida como su objeto requiere.

Ahora bien, tampoco me ocurre haber leído en los *geopónicos* latinos descripcion ni noticia alguna de este instrumento; pero me basta su nombre para creer que le conocieron. Y ¿quién lo negará? ¿Por ventura no habria en Italia ni en los vastos dominios de Roma terrenos duros y empedernidos en que fuese necesario este auxilio? Acuérdome de un pasaje de Plinio el viejo, que hablando de ciertos terrenos feracisimos del Africa, dice que despues de las lluvias los labraba un asnillo, dirigiendo el arado una vieja; pero que cuando secos no los podian romper los mas fuertes toros. ¿Quién pues dudará que en ellos seria muy necesaria la *sechoria*?

Yo bien sé que el silencio de estos autores se opone á mis conjeturas; pero, pues que este instrumento era en sustancia un arado solo diferente del comun por la forma de la reja, ¿no podrémos creer tambien que la palabra *vomis* ó *vomer*, significaba así la reja del arado como la de la *sechoria*? Me lo hacen sospechar así dos pasajes de los *Georgicos* de Virgilio. El uno es del libro primero, donde, hablando de los instrumentos rústicos, indica el *vomis* ó reja, no como parte, sino como instrumento distinto del arado:

Vomis est inflexi primum grave rubar aratri.

El otro es del libro segundo, donde habla del brillo que dan los surcos despues de arado el campo.

At rudis enituit impulso vomere campus.

Sé que los comentadores dan á la palabra *enituit* otro sentido, que yo no puedo aprobar, teniéndole tan natural y propio. Tampoco negaré que este brillo se pueda ver en los surcos que abre la reja del arado; pero como su filo es obtuso y su corte horizontal, este efecto no puede ser ni tan comun ni tan visible y notable como cuando el filo cortante de la *sechoria* ha precedido, dando al terreno una superficie tan tersa y pulida, que revuelta despues por el arado, refleja los rayos del sol como pudiera la piedra mas bruñida. ¿Cuántas veces en mis correrías esta observacion me hizo acordar con placer de aquel bellísimo verso!

Pero no insistiré en esto, bastándome el nombre del instrumento para conocer su origen. Sea pues que los romanos le inventasen, ó que conocido antes, le aplicasen á los terrenos de la costa de Asturias, que el sople secante del nordeste casi petrifica, su sabiduría

estará tan bien probada como el origen de la palabra.

He quebrantado mi propósito de no admitir otras raíces que las que estuviesen bien descubiertas y caracterizadas; pero el objeto era tan importante, que no pude excusarlo, para evitar el grande argumento que se nos podría hacer si el nombre de un instrumento tan principal en la agricultura nos hubiese venido de otra parte.

5.º Hay algunas palabras asturianas que tienen el sabor romano tan decidido, que el erudito que piense en ellas no puede dejar de paladeárselas con gran placer.

Véase, por ejemplo, el adjetivo *preso*, en significación de *cuajado*, aplicado por asturianos y latinos casi exclusivamente á la leche, pues que para otros líquidos tiene el *cuajado* y *coagulatus*. Véanse los de *corbates*, *pulguines*, *mayuques*, para indicar los diferentes estados de las castañas, y véase después si el sencillo convite de Títo á Melíbeo al fin de la primera égloga de Virgilio no representa al vivo una cena rústica de Astúrias, con sus mazanas, corbates ó pulguines y lieche preso...

Milia poma, castaneas molles, et pressi copia lactis.

Y no se culpe que traduzca *corbates*, pues el adjetivo *molles* prueba que las castañas de Títo no eran crudas ni secas, porque entonces no serian blandas ni suaves.

V. Por último, hemos añadido á nuestra listila varias palabras de uso común, y que por representar ideas tocantes á la vida doméstica y privada, deben dar mucha luz al objeto propuesto. Esta parte de la lista, sin ser muy rica, es algo mas abundante, porque, y con el mismo fin, no solo incluimos en ella voces pertenecientes á la vida y profesion agricola, sino otras que pertenecen á la vida común y social que ella supone.

Entre estas no puedo dejar de llamar la atención á dos palabras, que aunque de introducción mas moderna, porque supone ya establecido el Cristianismo en Astúrias, se deben á la lengua romana, y por su significación marcan muy señaladamente las antiguas y sencillas costumbres de nuestro pueblo rústico.

La primera es el verbo *domenicar*, que en Astúrias vale tanto como hablar ó tratar de negocios, y pues se usa solo entre labradores, se ve que significa tratar de negocios á intereses de la vida rústica; ¿quién pues no ve en ella á un pueblo inocente y ortodoxo, que después de haber trabajado sin distracción ni descanso toda la semana, se reúne el domingo en torno de su iglesia, y cumplidos los deberes de su religion, arregla fraternalmente sus intereses y negocios?

La otra es la palabra *astaferia* ó *fostaferia*, que significa el trabajo común y gratuito que hacen los labradores, reunidos por parroquias ó lugares, ya en la reparación de los caminos de su distrito, ó ya en otro objeto de pro común. Sin duda que en la institución de esta costumbre, el día de la semana señalado para ella fué el viernes, ó la feria sexta de cada una, y que de ahí le vino el nombre. El mismo hace sospechar que la intimación en lo antiguo se haria por el párroco y en la iglesia, pues que el nombre pertenece al rito eclesiástico. Estos accidentes de una costumbre ver-

daderamente patriarcal pasaron ya; pero el nombre dura, y los recuerda dulcemente á nuestra memoria.

Y hé aquí por qué querria yo que los amantes y peñeros de nuestro dialecto procurasen formar listas separadas de palabras pertenecientes á varias artes y ministerios, y á los instrumentos y operaciones empleados en ellos. Esto daria mucha luz á nuestros orígenes históricos, y esto haria tambien conocer á los preocupados de la opinion contraria que lejos de ser vano é inútil el estudio de la etimología, es uno de los que, seguidos con juicio, pueden dar mucha luz y muchos auxilios á la historia.

VI. Que en prueba de esta reflexion, he puesto en apéndice separado unas pocas palabras *marineras*, que al parecer son de origen septentrional. No dudo que estas palabras, aumentadas, como podrán ser cuando tengamos un vocabulario asturiano, acreditarán que de las costas de Francia y Flándes, donde los nuestros hicieron en la media edad su comercio y tuvieron varias relaciones mercantiles, vinieron á Astúrias muchos conocimientos relativos á las artes de pesca y navegacion.

VII. Acabaré con una reflexion, que sirviendo á mi particular objeto, se puede extender en general á los orígenes de nuestro dialecto, á saber: que si en las listas geográficas ó geopónicas, ó de otra especie que se formaren, se hallasen algunas palabras de origen, ya oriental, ya septentrional, se tendrá presente, en cuanto á estas, lo que queda indicado en el número 3.º de la reflexion II y en la VI; y en cuanto á aquellas, lo siguiente.

1.º Que estas palabras pueden ser para nosotros de origen griego; pero tomadas por medio del latín, que tanto bebió de aquella lengua, como ella de las orientales.

2.º Que teniendo los romanos esclavos de todas las naciones, y empleándolos en la agricultura y artes ministeriales, no es improbable que hubiesen llevado á Astúrias algunos esclavos griegos, y empleándolos en labrar sus campos, ni que estos nos hubiesen comunicado algunas palabras.

3.º Que pueden ser de origen árabe, porque aunque esta nacion no se estableció en Astúrias, no hay duda en que después de la conquista de España, y en la dinastía asturiana, nuestro país estuvo lleno de esclavos árabes, tomados en la guerra. Tampoco la hay en que estos esclavos eran empleados en el ejercicio de las artes, y particularmente en la agricultura: Este importante ministerio los hizo mas estimables y templó poco á poco su suerte. Las escrituras del tiempo medio los presentan agregados con sus familias á los establecimientos rústicos, con los cuales pasaban de un poseedor en otro. Vinieron pues á ser como los antiguos *adscriptici*, ó siervos *glebae adscripti*, entre los romanos; y si no se quiere derivar desde estos el origen de nuestros solariegos, que no eran otra cosa, aunque su condicion fué progresivamente mas y mas templada, es preciso que vengan de aquellos esclavos árabes. Como quiera que sea, estos hombres, empleados en la agricultura por señores ó eclesiásticos; que solo cuidaban de la religion y la guerra, pudieron

dar algunos nombres á los ministerios que ejercian y á los instrumentos que empleaban, los cuales pasasen despues á nuestro dialecto, como yo pienso de la palabra *macon*, que en árabe significa cierta medida de áridos. No se olvide pues esta reflexion, que es importante para ocurrir á algunos argumentos que se quieran oponer á mi conjetura.

Basta, y vamos ya á mi pobre listita. ¡Cuánto gus-

to tendria en poderla enriquecer! Pero pues lo hace el señor Posada con no menor celo y con mas erudicion y mayores auxilios, me contento con decir, con mi consolador Boecio, á los que, amantes como él de nuestra gloria, la quieran imitar:

*Ita nunc fortis ubi celas magni
Ducit exempli via.*

LISTA DE ALGUNAS PALABRAS GEOGRÁFICAS Y GEOPÓNICAS ENTRESACADAS POR VIA DE EJEMPLO DEL DIALECTO ASTURIANO.

I.

NOMBRES GEOGRÁFICOS DERIVADOS.

1.º

De plantas.

Bedular.	Bedula.
Castanedo.	Castanea.
Faedo.	Fagus.
Feiguera.	Filix.
Figaredo.	Ficus.
Figueras.	
Fortiguera.	Urtica.
Fresnedo.	Fragaria.
Lloreda.	Laurus.
Moreda.	Morus.
Noceda.	Nux.
Pereda.	Pirus.
Pobeda.	Populus.
Pruneda.	Prunus.
Robredo.	Robur.

2.º

De objetos locales.

Aggeria.	Aqua.
Agguina.	
Aramar.	Mars.
Aramil.	Miles.
Arances.	Caesar.
Arango.	Plural.
Ares.	
Areo.	
Belmonte.	Bellum-Mons.
Caldones.	Calidonius.
Camplongo.	Longus.
Campo-manes.	Manes.
Castiello.	Castellum.
Castro.	Castrum.
Cobielia.	Cubile.
Entralgo (inter).	Aqua.
Entrellasa (id.).	Clausum.
Entromero (id. & intra).	Mars.
Fano.	Favum.
Ferrera.	Ferrum.
Llano.	Planum.
Llanera.	
Llera (area, la era).	Glasia.
Pedra.	Petra.
Per-lora (per).	Laurus.
Priesca.	Prisca.
Sobre-scoblo (super).	Ercopulum.
Somicdo.	Summulum.
Torre-llo (turris).	Estiva.
Trevis (tres).	Via.
Tudela.	Tulela.

3.º

De personas.

Bedriñana.	Petronius.
Cabranga.	Caprus.
Cadues.	Casius.
Candiana.	Cantus & cantius.
Corneyana.	Cornelius.
Fanjat (Fanum).	Julius.
Guimara.	Wimaricus.
Illano.	Albus.
Jomexana (sub).	Mellius.
Laciana.	Flaccus.
Laviana.	Flavius.
Lavio.	
Lliverdon (Clivus).	Ordonius.
	Claudius.
Lloriana.	Clodius.
	Chlorus.
	6 Florus.
Llorana.	Plotius.
Logrosana.	Lucretius.
Marcel.	Marcellus.
Meana.	Mellius.
Novellana.	Neobulus.
Orthana (Ovinias).	Albinus.
Pisera.	Pinnarius.
Porceyo.	Porcius.
Porcia.	
Sempromana.	Sempronius.
Teberga (ti).	Tiberius.
Tidana.	Tinnius.
Tirada.	Turonus.
Rubiana.	Ruffus.
Valdoron (Vallis).	Grdonius.
Veranes.	Venus.
Veriza.	
	Jana.
Villa.	Marcel.
	Mexan.
	Mexim.
— Oril.	Aurcius.
— Peril.	Petrus.
	Venus.
— Sempis.	Simplidius.
— Tresmil.	Tremidius.
— Valci.	Valerius.
Villar D'Obeyo.	Aufidius.
	Opilius.
— Todoric.	Theodoricus.

II.

NOMBRES GEOPÓNICOS.

Allendar. (Vid. Llende.)	Anniculus.
Adoyu.	Armentum.
Armentio.	Agrifolium.
Arfoya.	Argania.
Argoma.	Artus.
Artos (2) (adjetivo).	

Los que empiezan con Val, como Val de Dios, etc., & con Villa, como Villaviciosa, Villanueva, etc.

Carro (y sus partes).	Correa.	Gorgoya.	Gurgo.
— Esquinza (3).	Stirpa.	Goxa.	Capa.
— Estadoriu.	Statorina.	Llanuerra (7).	Amarca.
— Lladrales.	Lateralia.	Llar.	Lar.
— Portega.		Llercia.	Inertia.
— Portegal.		Llixu.	Lixus.
— Povines (4).	Pulsinus.	Paracu-car.	Foramen.
— Trechoria.	Strictoria.	Maniega.	Manus.
Cazella.	Capulus.	Masera.	Maza.
Cebra.	Cibaria.	Marfueyu (maris).	Folium.
Chichu.	Cicer.	Nal.	Nidus.
Cobil.	Cubile.	Neru.	Nidus.
Collecha.	Collecta.	Pantodono (panis).	Nidarius.
Corte.	Cohors.	Paxu.	Totus-unus.
Corneyal.	Cornu.	Pebida.	Paleus.
Cuchu-ar.	Cochus.	Peñera (8).	Pibita.
Cuerria.	Curia.	Peñera (8).	Vannum.
Demir.	Demo.	Pesllera.	Pesulus.
Eadecha.	Indicta.	Revelgos.	Pellis.
Esame-ar (apum).	Erzamen.	Segondo (farida ó panis).	Secundus.
Estrada-ax.	Siratum.	Scherda.	Sepius.
Escanda.	Escoma.	Sol'omara (9).	Umbra.
Esfoya-ar.	Es-foliare.	Sol'ombreru.	Umbra.
Horra (y sus partes).	Horreum.		Umbra.
— Aguileres.	Agua.		Umbra.
— Gatos.	Aquila.		Umbra.
— Lillo.	Catru.		Umbra.
— Pegollos.	Lignum.		Umbra.
— Traves.	Pediculus.		Umbra.
Fesoria.	Trovis.		Umbra.
Forcada.	Fosum.		Umbra.
Foz.	Furca.		Umbra.
Focete.	Folz.		Umbra.
Fornella-ar.	Fornicula.		Umbra.
Llende-dar.	Limes.		Umbra.
Liosa.	Clonum.		Umbra.
Mayadera.	Mallens.		Umbra.
Mesoria.	Messum.		Umbra.
Mucir.	Mulgeo.		Umbra.
Reciella.			Umbra.
Religa-ar.	Sarcium.		Umbra.
Salla-ar.	Sepa.		Umbra.
Sabe.	Torgus.		Umbra.
Torga-ar.	Tridens.		Umbra.
Trienta.			Umbra.

III.

PALABRAS TOCANTES Á LA VIDA RÚSTICA, DOMÉSTICA
Y PRIVADA.

1.

Nombres sustantivos.

Andarina.	Hirundo.
Borrina.	Prinus.
Cain.	Caligo.
Calamieres (5).	Cremo.
Caramiellu (monton).	Colanellus.
Id. (silbato).	
Coroza (noctis).	Cerax.
Ducil.	Ductile.
Enxulla.	Insubulum.
Escobia.	Scopulum.
Esguinos (8).	Eracina.
Experten.	Vesperitio.
Estaferia-ar.	Sexta-feria.
Farrapes-Parides.	Farina.
Peuoyu.	Feniculum.
Folla.	Bolla.
Follera.	
Forion.	Foris.
Formientu.	Fermentum.
Ginoyu.	Gemiculus.

Adjettivos.

Abucadu (ab y lux).	Ab-lucatus.
Apandadu (ad y ponis).	Apandatus.
Corbates (castaneae).	Corticale.
Dondo (10).	Domitum.
Llavianes (cerislae).	Flactianae.
Lilgu.	Luana.
Moriente.	Madoriens.
Maynques (castaneae).	Maji.
Melgueru.	Mel.
Nidu.	Nidius.
Paraxismeru.	Paraxismus.
Pinyadu.	Pinguatus.
Preso (leche).	Prasum.
Preru.	Prone.
Fechn.	Factus.

2.

Verbos.

Afaracar. (Vid. Furacu.)	
Aflerar. (Vid. Neru.)	
Apurrie.	Adporrige.
Calecer.	Calaco.
Catar.	Mitar.
	Ordehar.
Domenicar.	Domica.
Entragar.	Interrogo.
Enxareyar. (Vid. Xareyu.)	
Escacer (cado, ex).	Cadasso.
Esfortase (14). (Vid. Forion.)	
Estreecer.	Ex-frigeco.
Emmeise.	Ex-mallico.
Enaidlar. (Vid. Nidus.)	
Espurrir.	Ex-porrigo.
Frañer.	Frango.
Farar. (Vid. Faracu) (per-forate).	
Iguar.	Eguar.
Mecer.	Miacco.
Miar.	Mes.
Murar. (Vid. Mure.)	
Pesllar. (Vid. Pesllera.)	
Provecer.	Profcio.

Pruir..	Pruir.
Pulgar (pellis).	Peñico.
Tarrecar (terreo).	Torresco.
Treheyar. (Vid. Treseyu.)	
Trebolga (rebolicare).	Bullia.
Turrar.	Torre.
Xintar.	Sancio.

3.º

Adverbios.

Abondó.	Abunde.
Ausora. Adhuc-la-hac-hura.	
Ende.	Inde.
Perende.	
Estonce.	Ex-tunc.
Lloña.	Longe.
Metance (in).	Meta.
Metanques (adv.º diminutivo).	Id.
Q.	D'o.
	Per ó.
Onde.	Donde.
	Peronde.
U.	D'u.
	Per u.
Y.	D'y.
	Per y.

4.º

Compuestas.

D'aque.	De aliquo.
V'la. { la los les }	Ubi. { ille? illa? illo? illis?
Y'yo (pronombres personales).	Ill. { ill. illis.

IV.

PALABRAS DE ORIGEN SEPTENTRIONAL, POR LA MAYOR PARTE MARINERAS.

Fola.	Houle.
Lieja.	Liege.
Sable.	Id.
Refolon.	Refouster.
Tuste.	Tourage.
Vasa.	Vase.
Xorra.	Xhorrer.
Tasta.	Tast.
Guertia.	Ghost.

NOTAS

SOBRE ALGUNAS PALABRAS DE LA LISTA ANTERIORE.

(1) En el libro del *Coda* de Teberga hay una nota antigua en que se llama *Ecclesia Tibiricensis*.

(2) Benteyo, interpretando á Horacio en aquellos versos con que acaba la *Oda* 12 (lib. III),

et celer arto latitantiem
Fructico, exsistere aprum,

corrige la antigua lección, y entiende el *arum fructicosum* por lo que se diría en Castilla *matarral* y en Asturias *artos*.

(3) La esquirpia se forma de varas delgadas, que en latín se llaman *stirpes* ó arbolitos tiernos, y aun creo que haya en Castilla la palabra *chirpia* con la misma significación. Puede también venir de *stirpes*.

(4) Los *postres* son los maderos que sobresalen en el plano del portegal del carro, y sobre los cuales se apoya y descansa la carga (como sobre almohadas) y esto descubre claramente la analogía con su raíz.

(5) Alguna vez creí que esta palabra venia del francés *cremailiers*; pero pues esta indica proceder de raíz latina (en la media edad *cremailaria* ó *cremailaria*), creo que tenemos igual derecho á este origen.

(6) He hallado esta palabra en el latín de la media edad, y en no sé cuál de las leyes septentrionales, y es probable que existiese en el antiguo latín.

(7) Puede venir de *Amarca* con la toma del artículo; mas como las palabras *llamas* y *llamasar* tengan igual significación, la raíz

es dudosa. Con todo, el origen para mí no la es, pues he visto en el *Etimologicum* de Vossio otra raíz latina, que conviene á todas, y de que ahora no me acuerdo.

(8) En la media edad, de *vannum* se formó *vannaria*, como se ve en Du-Cange. Yo creo que se formaría también el verbo *vannare*, y no dudo que en Asturias se dijo antes *sonneria* y *vannerare*, y después *peñera* y *peñerar*.

(9) Ya observó Sarmiento que la *s* de las palabras castellanas *sombra* y *sombbrero* indicaba que su raíz no era la sola palabra latina *umbra*, sino que venian de *solia-umbra*. Nuestro dialecto demuestra aquella juiciosa conjetura.

(10) Esta palabra pertenece al estilo forense. En nuestras escrituras de ventas de tierras, las palabras *drabo* y *dondo* quieren decir tierra ó terreno *inculto* y *cultivado*, ó por lo menos ya roto y descajado.

(11) Esforriase. En el latín *foria*, *orium* significa el excremento suelto y casi líquido de las vacas. De ahí sin duda las palabras *forion* y *esforriase*, que indican el que tiene el vientre muy suelto y la acción correspondiente. No cabe pues duda en el origen.

Pero ¿no podríamos inferir de aquí que en la lengua viva de los romanos, por lo menos después de Augusto, existió el verbo *esforriari*, y lo mismo de las palabras *presallarias* y *presallare*, *sectoria*, *strictoria*, *clavicula* en la significación que conservamos en sus derivados? Si fuese así, hé aquí confirmada la opinión de Sarmiento, de que por las lenguas hijas se podrían restaurar las riquezas que perdió la lengua madre.

